

DAVID TERRER PROTAGONIZA:
EL IMPLACABLE ABOGADO QUE VUELVE A LA CARGA

EL ÚNICO ENEMIGO

NUEVA NOVELA
FRANCISCO LUIS
VELASCO PARDO



EL ÚNICO ENEMIGO

Francisco Luis Velasco Pardo



El único enemigo

Primera edición: 2024

ISBN eBook: 9788410457935

© del texto:

Francisco Luis Velasco Pardo

© del diseño de esta edición:

Caligrama, 2024

www.caligramaeditorial.com

info@caligramaeditorial.com

Impreso en España – Printed in Spain

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. Diríjase a info@caligramaeditorial.com si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

A mi padre, el gran pilar que me sustenta

Prólogo

La humedad invadía el ambiente, las nubes suspendidas en el aire se habían teñido de un color extraño debido al humo que escupía una vieja fábrica de los arrabales de Barcelona.

Sarah respiró hondo para calmar los nervios, esa noche de otoño del 2023 aún no hacía mucho frío. Su nuevo BMW rojo, aparcado en la acera, quedaba eclipsado por la innegable imperfección de una parte de la ciudad condenada a muerte por el desempleo, la violencia y el tráfico de drogas.

Se trataba de un tipo distinto de barrio barcelonés y se diferenciaba de los demás. La Mina era un lugar violento y peligroso, un refugio de personas estigmatizadas y de dudosa reputación y donde los adolescentes de la capital iban allí a comprar droga, beber alcohol en público u orinar en la calle.

Años atrás, aquella humilde barriada obrera despertaba cada mañana alegre y risueña, fiel a sus condiciones de vida, sus penas y sus luchas, sus esperanzas y sus perspectivas. Pero ahora ya no.

Uno no podía sustraerse a una realidad urgente que se les imponía a las personas desamparadas, maltratadas e incluso asesinadas. Era difícil aceptar lo que tenían ahora y seguir considerándolo el mundo real.

Sarah había quedado con alguien en esa madriguera. Resoplando, comprobó la hora en su teléfono móvil. Pensó que quizá se le habría hecho tarde o sucedido algo. Sus planes se retrasaban y eso no le gustaba.

Soltó un sonoro suspiro y dejó que su mirada se perdiera en la media distancia. En el suelo, el rosario de esquirlas de cristal de las ventanas rotas de los edificios resplandecía como un mantón de cuentas deteriorado.

Necesitaba arreglar el caos que había, sin querer, permitido. Su ser se sentía magnetizado por la insidiosa fuerza que la atenazaba. Pero no podía retroceder en el tiempo, alejarse de la realidad u olvidar dónde estaba.

Esos eran los tiempos en que si eras una de las niñas pertenecientes a familias bien de Pedralbes evitabas andar sola por el barrio de La Mina. Aquel lugar no era seguro. Nadie como ella cometía esa imprudencia.

Sobre todo, para Sarah. Sobre todo, cuando eras la hija de Enric Farré.

Aguardó junto al coche, que su padre le había regalado por su dieciocho cumpleaños, y se preguntó qué debía hacer a continuación. Dar marcha atrás estaba fuera de toda cuestión porque en el estado en el que estaban las cosas no iba a poder retroceder. Además, tampoco era eso lo que quería. Rogó para que el valor no la abandonara en el peor momento posible y, si no lo hacía, pronto dudaba de que esa última y frenética jugada fuese eficaz. Su historia suscitaría una

agitada polémica: para algunos sería una denodada idealista; para otros, una niña loca, malcriada y consentida.

—¿A qué esperas? —murmuró y habló más alto—: ¡Vamos!

Al oír resonar su propia voz en aquel áspero rincón, se sintió un poco estúpida, pues sabía que estaba llamando demasiado la atención. Suerte que por aquellos lares no se escuchaba ni el zumbido de una mosca. El chirrido de un viejo cartel de Mahou meciéndose al viento. Nada más.

Sin nadie a la vista, deambuló hasta el final de la calle, donde la realidad unitaria y erosionada del barrio anidaba en la monotonía del paisaje. Sarah se detuvo junto a las ruinas de un bloque de apartamentos, una reliquia de los antiguos buenos tiempos que se erguía amenazante en la antesala del inexorable derrumbe, con las puertas tapiadas y señales de «Peligro».

Temía que alguien la descubriera si se alejaba más, de modo que dio media vuelta y caminó hacia su coche con extraños presagios en la cabeza. En alguno de aquellos edificios de paredes ennegrecidas, llenas de grafitis anárquicos y de frases capciosas se oían voces que parecían amenazadoras.

Por fin se detuvo junto al estilizado capó del vehículo y se sentó en él. Pasó con disimulo la mano sobre la reluciente capa de pintura escarlata con indisimulada complacencia.

Aquel gesto le hizo recordar a su padre. Su actitud hacia ella era cortés y protectora, le hacía sentirse a salvo, segura. Así quería sentirse el resto de su vida. Sarah cerró los ojos y pensó en su niñez, ya tan distante. En cómo se acurrucaba en los brazos de su padre, un ligero recuerdo esperanzado que la hizo sonreír sin remedio. Durante un instante, trató de fingir que lo conocía muy bien, pero eso no bastaba para olvidar lo que había hecho ni la decisiva encrucijada en la que se había convertido su vida.

Cuando abrió de nuevo los ojos, Sarah seguía en el barrio de La Mina, pero ya no estaba sola.

Observó a poca distancia la silueta de un muchacho que parecía haber surgido de la nada. Caminaba por el centro de la calle y se dirigía hacia ella. De pronto, se detuvo. Sarah, en vez de huir, se mostró indiferente para ocultar sus emociones. Si no se equivocaba, y eso era raro, había algo en esa silueta solitaria que ella apenas intuía en la penumbra que le era familiar.

Nadie se movió. Nadie habló. Pasaron diez segundos. Veinte. Treinta. Un minuto. Él no supo contener la impetuosidad y se aventuró a acercarse hacia ella. Sarah no erró en sus conclusiones: no era la persona que esperaba.

Era Hugo, su novio.

El chico hacía gala de una actitud arrogante y agresiva con el fin de mantener la tensión, se inclinó hacia delante hasta quedar a dos palmos de su cara. Ella empujó hacia arriba un brazalete en su muñeca y lo escondió debajo de la manga de la camisa.

—En el culo del mundo. ¡Quién se lo hubiera imaginado!

—Hola, Hugo —respondió Sarah con entereza.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó él con voz desgarrada.

Estaba borracho y su aliento desprendió un fuerte olor a alcohol.

—No lo entenderías.

—¿Y con quién has estado esta noche?

—Con nadie —repuso molesta—. ¿Y tú?, ¿por qué estás aquí?

—He estado buscándote por todas partes y vas a volver conmigo.

Ese joven de mirada perdida clavó sus ojos en los suyos, un reflejo de la frustración y la rabia contenidas en ellos, y a Sarah se le aceleró el pulso.

—Oye, está bien, ¿vale? Será mejor que te calmes.

—Te sorprendería saber hasta qué punto te tengo calada, princesa. ¿Pensaste que no me enteraría de que te has liado con otro?

—¿De verdad? —suspiró frustrada—. ¿En serio?

Sarah sintió cómo los celos y la ira de Hugo la anegaban. Durante largo rato, no se oyó ningún sonido en el aire quieto, aparte de la fuerza arrolladora de unas voces peleonas, acompañadas del característico lenguaje gestual de una pareja que discutía de forma acalorada.

—Por favor, no grites más —dijo ella con la voz quebrada y unas tímidas lágrimas asomaron a sus ojos—. Estás muy alterado, Hugo.

—¿Te parezco alterado?

—Hugo, Hugo, soy yo, ¿de acuerdo? —insistió con la voz impregnada de infinita congoja—. ¿Qué tengo que hacer para que confíes en mí?

Hugo guardó silencio a causa de sus palabras. Un escalofriante silencio solo roto por la agitada respiración de ambos. Ella lo miró, ¿qué probabilidad tenía de que le creyera? Todo estaba perdido, hiciera lo que hiciese.

—Ya lo hice una vez, durante mucho tiempo, pero me engañaste.

—Oh, Dios mío, no —declaró medio justificándose—. Hugo, no es lo que parece —y en su rostro leyó burla—. Te equivocas.

—¡No me mientas! ¿Crees que estoy ciego?

—¿A qué te refieres?

Hugo le acercó un dedo a la cara en señal de advertencia.

—No finjas que no sabes de qué te hablo. Sarah, os vi juntos.

Se merecía una explicación. Además, era lo mínimo que ella podía hacer después de desaparecer durante días, incluso semanas, y no dar señales de vida. Presentía que había alguien más en la ecuación.

—Eso no importa. Por favor, vete a casa.

—No me iré hasta saber qué sucede con Oliver.

Sarah contuvo su deseo de reñirlo por la frialdad con la que hablaba. Oyó la acusación implícita en sus palabras: «Has estado con él esta noche, ¿no es así?». No era cierto, pero Sarah no tenía intención de explicar lo que ocurría en realidad. Ese era su secreto. Un abismo imposible de cruzar.

Ella sabía cosas que Hugo y los demás desconocían. Había hablado con gente con la que Hugo nunca habría hablado, descubierto cosas que su padre nunca le habría permitido conocer. La curiosidad de Sarah solo encontraba alivio en la búsqueda de detalles jugosos y respuestas convincentes.

—No es importante, de verdad.

—¿En serio? ¡Pues a mí no me salen las putas cuentas! —gritó él con los labios pegados a los suyos—. Si no es importante, ¿qué haces en este barrio?

—Hugo, te lo suplico —inspiró hondo—. Es tarde y estoy muy cansada. Ha sido un día muy duro para mí, quizá uno de los más duros de mi vida.

—Estás aquí por lo que hizo tu padre, ¿no es así?

—No insistas; déjalo estar, por favor.

—¡Joder, Sarah! Ninguna de estas muertes fue culpa tuya.

Brotó de repente: un recuerdo amargo y ácido como el reflujo. El fuerte vínculo que la unía a todas y cada una de las víctimas que habían muerto de aquella manera y que arrojaban sobre ella una sombra de culpabilidad.

—Tu hermana tiene razón, estoy metida en algo que no te conviene. Ahora déjame y aléjate de mí. Por favor, regresa a casa con ella. No quiero ser la causante de más inconvenientes.

—No trates de engañarme. Esta vez no, Sarah.

—Estoy en una situación muy complicada, créeme.

—Si tú no me dices lo que pasa, me lo dirá él. Ese farsante te ha lavado el cerebro —gruñó hecho una furia—. ¡Pienso sacárselo a base de hostias!

—Tranquilo, Hugo. No hagas ninguna tontería.

—Tal vez no te atreves a decírmelo. Te has enamorado de él y lo sigues adondequiera que vaya, ¿es eso verdad? Háblame con sinceridad.

Sarah lo miró a los ojos con calidez y guardó silencio. Quería que confiara en ella, que recordara quién era en realidad. «Sabes que no soy así».

—Fuera estás tranquila, pero por dentro libras una batalla.

—Hugo, ¿de dónde has sacado esas ideas?

—Entonces, dímelo. Venga —exigió él—, dime qué coño pasa.

—¿Tú nunca has tenido la sensación de estar en el bando equivocado?

Sarah, pensativa y taciturna, continuó mirándolo con ternura. Esperaba con ello que no confundiera su humilde confesión con una cobarde evasiva. Él la miró con ademán despreciativo y dijo:

—¡Tonterías! ¿Cómo puedes cerrar los ojos a los problemas? Eso no va a hacer que desaparezcan.

En teoría, era Hugo un chico maduro que poseía cierta originalidad. Sin embargo, ahora quería sentar una tesis que no había sido sometida a un estudio adecuado para acreditar su credibilidad.

El alboroto empezaba a despertar interés entre los vecinos. De repente, se abrió una ventana y se asomaba algún curioso.

—Hugo, lo arreglaremos —rogó y temblaba como una hoja—. Puedo arreglarlo. Ya casi he acabado. Ya está. Después estaremos juntos. Tú y yo.

—¿Y qué pasa con Oliver, Sarah?

—Escúchame —le pidió ella—, he dicho que lo arreglaría y lo haré. No significó nada para mí. Te lo juro. Fue algo sin importancia.

—Oh, Dios, Sarah.

—¿Qué? —Notó un sofoco que le subía por la nuca.

—No me puedo creer que te hayas enrollado con ese tío.

—Me marchó —y, dicho esto, comenzó a caminar hacia su coche.

—No te vas a ninguna parte —le dijo él—. Ni de coña.

Hugo alargó la mano y luego, frenético, consiguió agarrarla del brazo. Sarah intentó continuar, pero era mucho más fuerte que ella.

—¡Suéltame! —exigió mientras forcejeaba para librarse.

—No.

—Me haces daño.

—Que te jodan, zorra.

—Si no me sueltas ahora mismo, te juro que-que gritaré pidiendo ayuda. Lo digo en serio, Hugo.

Sarah quería salir de allí, así terminar con esa discusión que no conducía a nada bueno, marcharse a casa y descansar. Notó que la presión en su brazo cedía un ápice y trató de huir. El alcohol tomó el control de Hugo, que sacó a relucir lo peor de sí mismo. Negó con la cabeza y la empujó, tirándola al suelo sin contemplaciones. Ella lanzó un grito que hendió el aire.

—Hugo, ¡Dios mío!, ¿qué haces? ¿Te has vuelto loco?

Se subió la manga de la camisa, se tocó el brazo y esbozó una mueca. El visible moratón de los dedos de Hugo le dolía y, en un santiamén, empezó a hincharse. En las palmas de sus manos, sucias y pegajosas, brotaron hilillos de sangre, un baile de estigmas que se limpió en un pañuelo. Se puso de pie con dificultad, pues resultaba humillante quedarse allí tendida. Y se deshizo en un llanto desesperado.

Unos pasos se oyeron entonces provenientes del otro extremo de la calle y les pareció ver a una chica delgada y de pelo oscuro que salía de entre las sombras y se acercaba sigilosa a ellos, pegada a la pared. Iba vestida toda de negro y llevaba algo entre las manos.

«¡Ay, Dios! ¡Qué vergüenza!», pensó Sarah.

El nombre de la joven era Carla Martí, una compañera de la universidad. Carla era de esa clase de personas que no piden permiso para mirar ni que se molestan en comprender a los demás, que tratan a la gente con reservas, sobre todo a niñitas de papá, ricas y mimadas. Había otros estudiantes que le tenían ojeriza a Sarah por ser hija de Enric Farré, un político cuestionado por su apoyo a una fábrica situada en el barrio a la que acusaban de envenenar la vida de inocentes.

Pese a todo, aún había algo más entre ellas dos.

Carla no vivía en el barrio de La Mina, pero su padre había encabezado la demanda para llevar a la fábrica a juicio. Y aquello era lo único que hacía falta para que naciera una enemistad.

La chica dejó entonces de jugar con un trozo de papel y lo metió en el bolsillo del pantalón. Sentía los ojos color ceniza de Sarah clavados en ella. Alzó la vista y notó que los dos la miraban.

—*¿Quins collons passa aquí?* —preguntó Carla, que intuía una pelea.

—Joder —susurró Hugo.

Se separó un par de pasos y bajó la mirada al suelo no porque se avergonzara de su conducta,

sino por un motivo peor.

—Yo... ya me iba. Es que... es demasiado tarde. —De los labios de Sarah se escapó esta frase torpe e incoherente.

—Lo sé —contestó Carla—, pero quizá quieras contarme algo.

Sarah no podía decírselo ahora. Eso solo empeoraría la situación.

Carla guardó silencio, a la espera.

—Sí. No —corrigió de inmediato Sarah.

—Se oían vuestros gritos desde el otro lado de la calle —insistió Carla. Se acercó más a ella y reparó en el rostro surcado de lágrimas, en el aspecto desaliñado y en sus cabellos despeinados —. ¡Dios mío! ¿Te ha pegado?

—¿Qué? —rebató Sarah, pero evitó la mirada ofendida de Hugo—. Te equivocas. Esto...

—Mal, preciosa, voy a... —la interrumpió Carla—. ¿O te crees que no he visto los moratones que tienes en los brazos?

—¿Qué moratones? ¿De qué estás hablando? No, no es nada, enseguida se me pasará —repuso ella.

—Yo me largo —dijo Hugo y alzó la vista para mirarla por última vez.

Sus ojos reflejaron tantas emociones que no fue capaz de identificarlas, pero una fue muy clara: frustración.

Tras la huida de Hugo un silencio abarcó el momento. Sarah seguía sin dar crédito a lo ocurrido. Esbozó una sonrisa forzada y metió la mano en el bolso para buscar las llaves del coche.

Carla observaba a Sarah como diciendo «No sé qué mierda está pasando aquí, pero a mí no me la pegas». Negarlo era la única salida honrosa para una joven bien educada y de buena familia y, aunque no se pudiese asegurar, lo más lógico era que Hugo la había insultado, amenazado o agredido. Y eso era un notición.

—Yo también me voy —se animó a decir Sarah.

—¡Es que estoy flipando! *Això és molt fotut*. —El intento fue más prometedor, pero quería unir las piezas del rompecabezas—. Estamos solas, solas tú y yo, nadie más. Puedes contármelo.

Sarah suspiró, frustrada. No tenía fuerzas.

—Carla —negó con la cabeza—, no, no; lo has entendido todo mal, fatal. Hugo y yo... no nos hemos peleado. No es así en absoluto.

Carla tensó sus delgados hombros. Actuar y mentir como si no pasara nada era la especialidad de Sarah. No podía dejarlo estar y añadió:

—Eeeh, vale —respondió sin pestañear—. *Tu mateixa*.

—Cualquier cuestión entre nosotras por este incidente deja de ser urgente —comenzó—, pero...

—Estás mal de la cabeza y esto ha sido un error.

—Estoy bien, Carla —aclaró—. Lo que ha ocurrido no cambia las cosas.

—Sí que las cambia. No te engañes.

—¿Vas a mantener la boca cerrada?

Casi sonaba como un ruego.

—Hugo es solo asunto tuyo, me lo has dejado muy claro.

Sarah sintió un escalofrío. La cara que puso Carla fue suficiente para que se inquietara. Cerró los ojos e intentó respirar con calma. Rezó para que no se fuera de la lengua. Pero la inquietud crecía en su interior.

—¿Qué pasa?

—Las dos sabemos que tendremos que hablar tarde o temprano.

—Creo que ya he hablado bastante por hoy, Carla.

—Conmigo, no —dijo, otra vez con el papel en las manos.

—Estoy cansada y quiero volver a casa.

—*En cago a la puta, Sarah!* Debo insistir.

—Perdona, mejor otro día —la interrumpió de nuevo y dio media vuelta.

Carla se quedó boquiabierta al ver que se iba sin más. ¿Eso era todo? No sabía si se tenía que sentir halagada u ofendida.

Sarah abrió la puerta del conductor y se dejó caer sobre el asiento. A medida que sus ojos se adaptaban a la oscuridad, languideció al ver su imagen en el espejo retrovisor. «¡Vaya pinta que tengo!». Tenía el maquillaje corrido por el llanto y un gesto de desesperación en el rostro.

Arrancó y salió disparada.

Tenía que poner en orden sus ideas, dominarse, pensar...

Llegó a casa sobre las doce de la noche. Vivía con su padre en un enorme y lujoso apartamento en el barrio de Pedralbes, una de las zonas más caras y exclusivas de Barcelona. Calles amplias, bellos jardines y una calma innata que solo parecía disiparse durante la celebración del Torneo Conde de Godó.

Harta del juego de la doble moralidad que en su entorno era tan frecuente, fue al dormitorio y se echó en la cama agotada. Quería reinventarse con una libertad desconocida para ella, pero la irrupción de Hugo había precipitado los acontecimientos. Se sentía sola y confusa. Sabía de la importancia de una madre en la vida de una adolescente contrariada, puesto que había perdido a la suya a los seis años. Quería a su padre, pero a veces se preguntaba si sus decisiones habrían sido otras de haber contado con el consejo de una madre.



Esa noche, como era habitual, se encontraba sola, cuando sonó el timbre. No espió por la mirilla, segura de que sería Hugo.

Inspiró hondo y decidió que lo mejor sería sorprenderlo. Abriría y dejaría la puerta entreabierta. Debía controlarse y esperar la ocasión para razonar con él. Esta vez iba a demostrarle que se equivocaba.

Poco después, se oyeron pasos por la escalera.

Sarah continuaba con su apresurado ritmo. La puerta principal se veía delante de ella. Sarah maldecía por dentro. Sin importar qué tan rápido se moviera, parecía que no iba a llegar nunca a la entrada. Después apagó las luces, convencida de que poca luminosidad avivaría el encuentro.

En situaciones como esa, había una sola forma de llegar hasta él. En aquel instante, necesitaba afirmar el vínculo entre ellos.

Se dio la vuelta, alguien la agarró desde detrás por el hombro. Un brazo la rodeó por el cuello. Supuso que se trataba de Hugo quien la sujetaba. Entonces notó una peculiar fragancia. No era un extraño, pero era como un extraño. Sarah sintió que algo andaba mal.

El vestíbulo estaba sumido en una penumbra rasgada por la débil luz que se colaba desde el largo pasillo. Sarah, desesperada, intentó mirar hacia atrás y forcejeó entre sus brazos. Descubrir la identidad del intruso que la obligaba a caminar en silencio sobre unas tupidas alfombras persas era un paso vital para evitar tan mortificante sensación. El invitado no deseado escamoteaba el verdadero propósito de su presencia.

Con las palmas de las manos agarró a su agresor por la muñeca mientras era arrastrada hacia atrás. Solo podía escuchar sus propios quejidos y el sonido de una agitada respiración en su nuca.

No podía ver quién era hasta que no pudiera soltarse de aquel que la estaba asfixiando. Con las manos empujó hacia arriba y abajo para zafarse del brazo que le rodeaba el cuello, luego notó una punzada en el costado. El presentimiento sobre un futuro nefasto se acomodó en su cerebro.

«Dios, ¡está ocurriendo! Es verdad». Antes de que tuviera tiempo de moverse, Sarah soltó un grito que reverberó por toda la estancia.

La pesadilla había comenzado.

El violento furor punzante de aquella primera puñalada le produjo un dolor tan intenso como no había imaginado. Sarah sollozaba, su corazón se paralizaba y notó el sabor salado de la sangre en la boca.

—Te lo ruego, no sigas —llegó a decir—, no sigas, no sigas.

El misterioso atacante la agarró entonces por el hombro, retiró el cuchillo y lo clavó dos veces más en el pecho justo por debajo del corazón.

Pálida y descompuesta, dolorida y ensangrentada, Sarah luchaba por no desfallecer. La muerte susurraba a su alrededor, pero ella jadeaba y se resistía como podía. Aquel inmenso infortunio no tenía fin.

El tipo se paralizó un segundo y retrocedió, lanzándola a un lado. Hizo una breve pausa, como si quisiera recuperar el aliento. Sarah, que sangraba mucho de sus heridas, se tambaleó en un intento de respirar al tiempo que se estremecía con el discurrir de la sangre en el exterior de su cuerpo.

Petrificada de terror, Sarah quedó inmóvil. Una espesa niebla se había apoderado de su visión, que le arrastraba a un laberinto de intrigas y secretos enterrados en su mente.

Imaginó el rostro de su padre, la torpe traición que no había servido de nada, y no tuvo más remedio que rendirse ante la definitiva evidencia.

Y fue entonces cuando notó angustiada cómo esa figura escondida bajo la nube de sombras continuaba apuñalándola con fuerza y contundencia.

Sarah apretó muy fuerte los puños, pero no pudo sustraerse a la sensación de que un ominoso destino, negro como la tinta china, estaba esperándola.

Al final, emitió un chillido ahogado y se desplomó en el suelo, a punto de perder la

consciencia. Inmóvil, pero con el corazón todavía palpitando su postremo hálito de vida. Su vida entera se había derrumbado, aplastándola bajo el peso de la culpa y la ignominia.

No había más batallas que librar ni contiendas redentoras. La joven cerró los ojos encharcados de lágrimas, incapaz de asumir la verdad: allí, en aquel lugar, se hallaba su último destino.

PRIMERA PARTE

DUDA RAZONABLE

Capítulo 1

David Terror abandonó la lectura, bajó sus manos sosteniendo un libro de Truman Capote y se dedicó a observar a la gente que se arremolinaba en torno a la enorme piscina situada en la cubierta 12 del barco, a popa. Se había protegido estratégicamente del sol; acomodado en un sillón de mimbre en un porche de la banda de estribor, daba sorbitos a un licor *amaretto*.

Estudió durante unos minutos el ir y venir de la gente. El grácil vuelo de las aves que revoloteaban en elegantes giros sobre su cabeza. El conjunto heterogéneo de contrastes y colores que envolvía de quietud aquel pequeño mundo en el que estaba: un cielo azul intenso, la brillante pintura blanca, el color marrón dorado de la madera de teca y los cuerpos de una multitud de turistas que se tostaban al sol.

Qué poca gracia le hacía aquello.

La vista de la ciudad de Barcelona y la bahía se extendía bajo sus ojos, con el Epic flotando en ella, un lujoso crucero con más de trescientos metros de eslora que navegaba bajo pabellón panameño. «La oportunidad perfecta para descansar», según indicaba el eslogan de la compañía naviera.

Una vez abastecido de víveres y de nuevos turistas ávidos de diversión, el barco partía hacia altamar, en dirección al puerto de Malta, y después rumbo al Egeo y la bella y salvaje isla de Santorini, la joya de las Cícladas.

Estaba agotado por el vaivén de emociones que golpeaba su vida desde el atentado de Torre Vieja y lo que aquello había supuesto para él. No quería saber nada de ese asunto ni buscaba recompensa por su inestimable labor ni la llamada de otro periodista interesado en conocer su punto de vista.

Esperaba que, con cada milla navegada, se ampliara la brecha entre el incidente de Torre Vieja y su vida sedienta de calma. Su generosa abnegación tenía un límite. Pero, como todo en la vida, cuanto más le rehúyes a algo, más te persigue. Tú puedes olvidarte del destino, pero él no te olvida a ti.

Esa fue la razón por la que dieron con él.

Unos pasos largos y pesados sobre cubierta, algo ajetreados, atrajeron su atención. Elevó sus párpados y por el rabillo del ojo distinguió la silueta de un hombre que se acercaba a él con paso decidido. Un tipo alto y de rostro amable vestido de oficial se puso a su lado de forma discreta.

—Pssst, señor —chistó—. ¿Es usted David Terror?, ¿el abogado?

—Así es —respondió de mala gana—. ¿Ocurre algo?

—Soy Magnus Carlsen, el tercer oficial —explicó—. Siento molestarle, señor, pero hay alguien que le está buscando.

—¿A mí? —balbuceó Terror—. ¿Está seguro?

—Así es. He tenido suerte de encontrarlo a tiempo.

Terrer se quedó callado un segundo y añadió:

—Oiga, no sé de qué va todo esto —gruñó—, pero estoy de vacaciones.

—Señor Terror —dijo y mantuvo la cordialidad—, lamento insistir y sé que le pongo en un aprieto, pero estoy aquí por un motivo.

La inesperada irrupción de su poco locuaz interlocutor le hizo temer lo peor. Con su teléfono móvil apagado y sin medios para contactar con él, es posible que alguien se hubiera visto en la necesidad de localizarlo a través de la tripulación. Terror soltó un suspiro nervioso y dijo:

—Debo admitir que empieza usted a preocuparme.

—Entonces —el hombre extendió el brazo y le entregó un pequeño sobre cerrado—, será mejor que acabemos con esto.

Terrer tomó el sobre y lo abrió. Dentro había una simple nota escrita a mano. Suspiró y leyó el mensaje no con demasiado denuedo y sintió un escalofrío que le heló los huesos. Era de Michelle, su exmujer.

La enigmática nota solo decía: «David, necesito tu ayuda. Hugo está en apuros. Es un asunto de vital importancia. Michelle».

El amargo recuerdo de su historia lo inquietó y oscureció el semblante. No estaba preparado. En absoluto. Quiso tirar el papel, fingir que no pasaba nada entre ellos dos, irse a casa, pero ya era tarde.

El destino lo había puesto a prueba, pues suponía el regreso a un mundo que había dejado entre renglones. Le había resultado difícil olvidarla a pesar del tiempo y la distancia, porque desde que se divorciaron —puede que incluso desde la primera vez que la vio— no había dejado de pensar en ella.

—Qué sensación más extraña —suspiró Terror.

—Perdone, pero, si piensa usted abandonar el barco, será mejor que se prepare. Zarpamos dentro de media hora —dijo el tercer oficial.

La mirada de Terror se clavó en él.

—No sé, para serle franco, no sé qué hacer. Me refiero al mensaje —lo dijo poco a poco, en un intento de darle forma desde la razón.

Sabía que lo que venía a continuación no era plato de buen gusto. Habían pasado dos años desde que Michelle lo abandonara para regresar a Barcelona, donde vivía con su hermano. Terror recordaba muy bien esos últimos días juntos y cómo ella cada vez se alejaba más y a él cada vez le resultaba más difícil vislumbrar el porqué.

No sabía nada de Hugo desde entonces ni de las confusas emociones que afloran en la vida de un adolescente y ese chico no era consciente de las consecuencias de sus actos. Pero eso no cambiaba las cosas. Su conciencia le ordenó acudir en su ayuda, por imprudente que fuera.

Terrer se levantó, dejó la nota encima del sillón y dio media vuelta. Dejó atrás la cubierta y fue escoltado hasta su camarote por el tercer oficial. Recogió sus pertenencias y preparó el equipaje. Cuando hubo terminado, Carlsen lo guio a través de los laberínticos pasillos de las entrañas del barco hasta el muelle, a una zona de acceso restringido.

—¿Necesita algo más, señor?

—Unas vacaciones. —Era un chiste, pero nadie se rio.

El tercer oficial hizo un gesto con la cabeza y subió a bordo. Terror vio acercarse un antiguo Volvo ranchera de color azul; sin duda, era Michelle. Suspiró con el fin de obviar cuán cerca estaba de ella, cuán irresistible era la sensación de volver a verla o cuán dolorosa le había resultado la ruptura.

El coche se detuvo en el borde del muelle. Terror respiró hondo antes de que la puerta del conductor se abriera. Y allí estaba ella, apoyada contra el techo desconchado con un sencillo vestido blanco.

Observó su pelo rubio muy claro y corto y esa mirada que ella había esbozado tantas veces, pero sus ojos claros y profundos lucían apagados.

No sonrió. Ni Terror esperaba que lo hiciese. Aquella era Michelle. Sin dobleces. Sin remordimientos. Concentrada en lo que tenía que hacer.

Con fijeza miraba los ojos verdes de su exmujer, que las arrugas habían perfilado, y ella devolvió la mirada sin temor alguno. Un suspiro amplio y avanzó hacia él. A llegar a su lado, Michelle permaneció inmóvil largo rato, sin pronunciar palabra. Si era para causar efecto, lo había conseguido.

—Ah, aquí estás —dijo al fin. Su voz era suave y agradable. Tímida pero decidida—. Me alegro mucho de verte, David.

—No me has dejado otra alternativa.

—Ya lo sé. Y lo siento. Por favor, entiéndelo. Esto tampoco es fácil para mí. Pero ¿qué podía hacer?

Intercambiaron otra mirada más seria. Terror tragó saliva y añadió:

—Algo que se te da muy bien, Michelle —dijo con desazón—: echarte atrás y mantenerte alejada de los problemas.

Ella captó la ironía implícita en sus palabras y lamentó que él nunca fuera a comprender lo que sentía en realidad.

—Pensaba que el pasado ya lo teníamos superado.

—Quizá tú sí.

—Desde luego que no. Es algo de lo que prefiero no hablar.

Terror se giró para mirar atrás. El Epic zarpaba en ese instante. Y así, en un chasquear de dedos, su viaje se había acabado. Aquella «oportunidad perfecta para descansar» sonaba ahora como el comienzo de un mal chiste.

—¿Podemos pasar a lo que decías en tu nota? —sugirió Terror.

A Michelle los hombros no paraban de temblarle y dijo:

—Necesito un favor.

O lo sabía o lo esperaba, pues Terror no mostró sorpresa alguna.

—Pues entonces tus halagos han sido bastante flojos. ¿Quieres volver a intentarlo?

Él deseaba que dijera: «Fui egoísta y estúpida. No debí de marcharme de ese modo. No debí de hacerlo. Te merecías una explicación»; pero no fue así.

Michelle no le dio la oportunidad de seguir soñando.

—Han detenido a mi hermano por el asesinato de su novia —anunció. Su voz tembló y rompió a llorar. Las lágrimas rodaban por sus mejillas—. La policía me llamó esta mañana —continuó—. Me dijeron que se habían llevado a Hugo para interrogarlo y que, tras explicar su versión de los hechos, lo habían detenido acusado de un delito de violencia machista.

—¿Cómo? —El rostro de Terror reflejó sorpresa—. ¿Y quién es ella?

—Se llamaba Sarah —explicó Michelle—. Sarah era la única hija del conocido político catalán Enric Farré.

—De acuerdo. Pero ¿qué le pasó?, ¿cuándo? —balbuceó las preguntas con una extraña sensación de inquietud y preocupación en su cabeza.

—Lo único que sé es que la encontraron muerta ayer por la noche en el apartamento de su padre, que era donde vivía. Y que fue deliberado, con multitud de heridas de arma blanca por todo el cuerpo. Algo horrible.

—¿Y por qué a él?

—Bueno, esa noche, unas horas antes, alguien vio a Hugo increpando a Sarah en el barrio de La Mina. Si eso es cierto, vete a saber por qué —aseveró Michelle—. Quizá dieron por hecho que no podría ser otro que mi hermano. Pobrecillo. Menuda suerte ha tenido.

A Terror le sorprendió el comentario y dejó que se le notara.

—Y tanto. ¿Te dijeron algo más?

—Ay, David, pues no sé. A lo mejor sí —replicó ella mirándolo a los ojos—. Estaba hecha un manojo de nervios.

—¿Y dónde lo tienen? —comentó Terror.

—En la comisaría de Les Corts, encerrado en el calabozo. —Hizo una breve pausa—. No pude hablar con él. Ni siquiera pude verlo —dijo afligida.

—Cierto, no permiten que cualquier persona vaya a visitar a un preso. Y, aunque seas su hermana, siguen ciertos protocolos.

—¿Y no se siguieron al detener a Hugo?

—Pues no lo sé seguro.

—¿No lo sabes seguro? Se supone que eres tú el especialista.

Él ignoró el comentario y dijo:

—¿Algo más que deba saber?

Michelle se quedó pensativa sin saber qué contestar.

—Bueno, Hugo mencionaba con insistencia algo. Algo que pasó entre Sarah y un chico de la universidad, Oliver.

—¿El qué?

—Solo sé que Hugo le dijo una noche a Sarah que no confiara en él. Que tuviera cuidado.

—Pensé que ya no espiabas detrás de las paredes, como hacías antes.

Michelle optó por el silencio y no la confrontación.

—¿Y qué respondió ella? —continuó Terror.

—Le contestó que las consecuencias de los actos de su padre eran la mayor de sus

preocupaciones.

—¿Qué habría querido decir con eso? —Terrer echó la cabeza hacia atrás—. ¿Que por culpa de esas acciones podría ocurrirle algo grave?

—Supongo que sí —convino Michelle con expresión inquisidora—. Pero ¿qué es tan grave para ser la víctima de un asesinato?

—No lo sé, Michelle. Algo debe de haber —respondió Terrer.

Ella suspiró dos veces, le puso la mano sobre el hombro y dijo:

—Hugo necesita tu ayuda —le dijo casi como un ruego.

—Esta vez no creo que pueda enderezar este entuerto.

—Tú sabes obrar milagros, David. Conoces a mucha gente. ¿Me estás diciendo que no se te ocurre cómo abordar esto?

—Ya sabes a qué me refiero. Enric Farré es un hombre muy influyente.

—Gracias —dijo ella con ironía—. No me había percatado.

No hubo respuesta. Impulsivamente, Michelle añadió:

—Es solo un niño. Es mi hermano.

—Un adolescente, Michelle —corrigió Terrer—. De los que detienen por cometer estupideces. Michelle frunció el ceño.

—Nunca pensé que te oiría pronunciar esas palabras.

—¿Cómo no lo voy a pensar? Hay miles de razones. Convénceme de lo contrario, Michelle.

—¡Serás...! —le dijo, deteniéndose antes de terminar la frase.

—Vaya, eso es todo —le dijo Terrer—. Qué pena.

—No lo digo porque sé que nunca te crearás que ha cambiado, así que para qué molestarme en convencerte. —Ella disimulaba su furia detrás de una máscara de miedo—. ¿Tú crees que sería capaz de hacer una cosa así?

—Por descabellado que suene, creo que es una posibilidad.

—¡Oh, cielos! —replicó Michelle con escándalo—. No puedo creer que digas eso. Está claro que se trata de una equivocación.

—No estoy seguro de que sea tan sencillo —señaló Terrer—. Conozco muy bien a tu hermano y de lo que es capaz. Esto pinta mal.

—¡Mierda, David! Querrás decir que «conocías» al Hugo de antes —repuso con severidad. Se había enfadado y mucho.

Terrer tragó saliva ante la mirada ofendida de su exmujer. No era solo por Hugo. Aquello era personal. Michelle suspiró y no lo dejó estar:

—¿Qué ocurre? ¿Te molesta que te lleve la contraria?

—No pasa nada —dijo Terrer, que sabía lo que venía a continuación.

—Sí que pasa. Así que dilo, ¡eh!

Terrer permaneció en silencio y miró hacia abajo. Se avecinaba pelea.

—He venido hasta aquí a verte, al jodido puerto. ¿Quieres dejar de fingir que no te afecta?

—Me ha dado por pensar en mi maleta.

—Oh, ¿ha sido lo primero que se te ha pasado por la cabeza, David?

—Mi maleta —repitió dándoles énfasis a las palabras—. Por lo general, me gusta tomarme mi tiempo para hacerla.

—¿Por eso estás cabreado?

—Sí.

—Una mierda, tú a mí no me la pegas.

Terror no podía más y explotó:

—Yo estaba de vacaciones —matizó—. Y tú te presentas aquí y lo cambias todo. Como haces siempre.

—Vas a tener que perdonarme —dijo ella, sonriendo incómoda.

—No, no, no ves por dónde va la cosa.

—¿Por dónde va?

—Siempre haces lo que quieres. Solo piensas en ti.

—¿Desde cuándo hago lo que quiero? —preguntó Michelle.

—¡Joder! ¡Pues siempre!

—Oh, ¡vaya! Siento muchísimo haberle hecho perder el tiempo al señor abogado.

—Sí, Michelle.

—Cuando estábamos casados, también eras un hombre ocupado y me dejabas muy claro que no tenías tiempo para mí —le espetó ella.

—Solo hacía mi trabajo, como cualquier otro —se justificó Terror—. Un trabajo que por aquel entonces nos daba de comer, Michelle.

—A costa de sacrificar el amor verdadero.

—Se llama profesionalidad —repuso Terror.

—Solo eras un puto pasante con ínfulas —dijo ella con sequedad.

Esos años en Alicante habían labrado, rehecho su vida.

Michelle ya había cumplido treinta y seis años, su vida se había cerrado con un punto final. Creía que era feliz, pues nunca esperaba nada especial. Había dejado su trabajo en la Universidad de Barcelona y la eterna calma que respiraba de paseo por la Explanada de Alicante no la satisfacía en absoluto. Recordaba a Hugo. Su hermano no habría soportado aquella rutina en la que se había convertido su vida. Y Michelle tampoco.

Para ella la vida exigía más emociones. Quizá por eso decidió abandonar a su marido sin darle explicaciones a nadie y volver a la docencia. Se marchó de su lado para no alterar aquel deseo que empezaba a quitarle la paz y ser consecuente con sus convicciones.

—¿No puedes disculparte por marcharte de ese modo?

—Necesitaba mi espacio —dijo ella, sin dudarlo.

—O sea que ¿ojos que no ven, corazón que no siente?

—Pensaba que sería más sencillo —se justificó Michelle—. Uno de los dos se va, el otro rehace su vida. Se escriben de vez en cuando y entierran el hacha de guerra, si así lo desean.

—Muy aséptico por tu parte.

—Desde que me fui, he estado culpándome. La película se repetía en mi cabeza una y otra vez. Detesto haber huido de ese modo. Pero ni te imaginas lo duro que ha sido para mí. Pues lo cierto

es que, bueno —apartó la mirada un segundo antes de mirarlo directo a la cara—, te quería.

Terrer exhaló un largo suspiro. Había soñado tantas veces con ese encuentro. Uno donde se reprochaban las cosas que hicieron o las palabras que nunca llegaron a pronunciar. Asintió con parsimonia y añadió:

—¿Por qué me cuentas eso?

—Porque pensé que era lo que querías oír.

Terrer sonrió.

—Tengo la impresión de que solo has venido hasta aquí por la urgencia del caso y porque necesitas un abogado.

—¿No te das cuenta de que sé que te hice mucho daño?

—Nunca me lo habría imaginado. Tu elocuencia brilló por su ausencia.

—Lo siento, David, de verdad.

—Podríamos haberlo superado.

—Podríamos —contestó ella—, pero ahora de poco sirve lamentarse.

Terrer apretó los dientes y guardó silencio.

—Sé que no es casualidad que estés aquí —continuó ella—. Quizá lo de mi hermano haya pasado por algo. Y también sé que es mucho pedir que te involucres en esto.

—Tienes razón, es mucho pedir.

—David, esto es muy serio. Estoy asustada. Ya sé que Hugo no es perfecto, pero él sería incapaz de hacerle daño a esa chica.

Ella se estremeció y él continuó en silencio.

—Contéstame —cogió sus manos entre las suyas temblorosas y a él le sorprendió la fuerza y la intensidad de su mirada—, ¿vas a ayudarme?

Notó una punzada de algo que no había sentido desde aquel último día juntos, cuando sus caminos se separaron: ansiedad y algo más. Seducción. Aquello era real, se sentía atraído por ella y todavía le importaba.

—De acuerdo —respondió Terrer, mirándola a los ojos durante largo rato—. Lo haré, pero no creo que pueda.

Como si el tiempo no hubiera pasado, se abalanzó sobre él y le tapó la boca con un beso largo e intenso, lleno de ternura. Lágrimas descendían otra vez por su rostro marcado de arrugas de preocupación. Esta vez, de felicidad.

—Sí que puedes, David. —Su voz volvió a sonar firme y decidida—. Créeme, si alguien puede demostrar su inocencia eres tú.

—¿Crees que se sincerará conmigo?

—Creo que está confundido. No confía en nadie, ni siquiera en mí; me ha visto por casa y no me ha dicho ni una palabra de su pelea con Sarah.

—Aun así, me parece un poco raro que esa chica anduviera sola y de noche por La Mina —dijo Terrer—. Le podría haber caído una buena.

Terrer conocía la zona. Se había alojado varias veces en un hotel frente a la rambla de Prim. Y el barrio de La Mina no quedaba lejos de allí. El tráfico de drogas se había convertido en el

estigma del barrio.

—No me extraña. Es un lugar peligroso —reconoció Michelle—. Me cuesta creer que mi hermano se encontrara allí con ella.

Terrer introdujo la mano en el asa superior de la maleta y la balanceó adelante y atrás en el aire.

—O sea que ¿se toparon por pura coincidencia? —espetó él—. ¿Que ella muriera justo-después-justo después de que tuvieran una pelea? Quizá haya una explicación —dijo en voz alta—. Un motivo oculto, un misterio.

—¿Averiguarás qué pasó? ¿Le ayudarás?

Terrer miró a Michelle y suspiró, pero no contestó.

Con esa enigmática pregunta en el aire, se despidió de ella. La facilidad con la que terminó el encuentro la hizo temeraria y se ofreció a llevarlo en su coche, pero él declinó la oferta. La desilusión quemaba por dentro, pero ella se lo tomó con filosofía. Sabía que esa clase de heridas no suelen sanar.

Después de verla marchar, Terrer llamó a un taxi. Eran las seis y media de la tarde. Estaba sudando a pesar de ir ligero de ropa, solo con una fina camisa y unos pantalones de lino. El día había sido caluroso y sin un soplo de viento y el calor todavía se hacía notar. El sol desaparecía pronto y la brisa de la noche traería consigo el repentino frescor de finales de septiembre.

Tomó un taxi al centro y enseguida cambió de idea al no poder soslayar el eco de una cuestión que resonaba en su cabeza. Le indicó al taxista que tomara la Ronda Litoral en dirección al Hotel Princesa, en la rambla de Prim.

Miró por la ventanilla mientras recorrían la B-10 y sonrió irónico al pensar en los giros que da la vida. Había huido del fuego de un atentado terrorista para caer en las brasas de un delito de violencia de género, con la conciencia social que estábamos viviendo en ese momento.

El trayecto hasta el hotel no debía de durar más de quince minutos. No obstante, la salida que debían tomar estaba cortada por obras y tuvieron que continuar por la Ronda Litoral en sentido Besòs. Aquella incidencia le iba a costar algunos euros más, pero lo consideró un dinero bien empleado.

El taxi dejó por fin la circunvalación y tomó el itinerario alternativo hasta su hotel en la rambla de Prim. Ello suponía atravesar el municipio de Sant Adrià de Besòs y, en concreto, el barrio de La Mina. Coincidencia o no, mataba dos pájaros de un tiro.

Salvando las distancias considerables y el énfasis de la matanza, su imaginación voló al Nápoles devastado tras la Segunda Guerra Mundial que plasmaba Vittorio de Sica en sus películas. A un paisaje de desesperanza predestinado a la derrota. Los bloques de pisos eran arcaicos; la mayoría sin ventanas o con los cristales rotos. Mucha suciedad, montañas de desperdicios y paredes pintarrajeadas con ineptitud llenas de palabras incomprensibles. El progreso de la ciudad con la que colindaba estaba vetado en aquel rincón.

El taxi recorrió un par de calles, giró a la izquierda y pasó junto al Parc del Besòs. Pero ahí, en vez de padres y madres con carritos de bebé, reinaba un gran silencio y casi no había gente. Sin

embargo, había otro tipo de «usuarios»: sombras perdidas con una jeringuilla clavada en el brazo.

Así estaban las cosas en aquel barrio. A tiro de piedra, el paisaje cosmopolita de la capital catalana cambiaba de forma drástica. El barrio de La Mina no tenía nada en común con la Ciudad Condal, ni siquiera con Sant Adrià de Besòs. Se había convertido en un patio trasero, en un gueto símbolo de la degradación, la pobreza y la droga del área metropolitana.

Antes de llegar a la rambla de Prim, pasaron por un modesto polígono industrial atestado de pequeños talleres, oficinas y almacenes. En contraste, una enorme fábrica química ubicada junto a la carretera destacaba sobre lo demás. Estaba compuesta de una inmensa nave central de una sola planta, muy alta y sin apenas ventanas, rodeada por varios módulos independientes.

El perímetro estaba protegido por una valla metálica de unos tres metros de altura, coronada por tres filas de alambre de espino que impedían el acceso a cualquier intruso.

Justo en el centro del complejo estaba la entrada principal, custodiada por dos agentes de seguridad de porte imponente que llevaban uniforme, esposas y porra. Las medidas de seguridad eran extremas. Terror advirtió que uno de aquellos guardias le miraba con cierta brusquedad.

Un cartel ubicado en la base de una chimenea de unos veinte metros de altura llamó su atención. Estaba construida con ladrillos en forma de cuña y expulsaba un fino vapor blanco hacia el cielo azul. En el cartel de fondo claro, pintado con letras azul oscuro, se leía «Químicas Ripoll S. A.».

Terror se fijó también en otra cosa. Las pintadas y grafitis que rodeaban el complejo iban más allá de la típica forma estilizada de gamberrismo o la estridente apología de la violencia y la anarquía. Tenían supuestamente un papel distinto, pues lo cierto era que se asemejaban más a una reivindicación radical de los derechos humanos. En una de ellas, su trascendente mensaje decía «*Assassins, ens esteu enverinant!*».

Capítulo 2

Reinaba la calma en su hotel, frente a la rambla de Prim, el miércoles por la mañana. En el vestíbulo, una pareja de turistas cuchicheaba con un tipo de rostro anodino que parecía el encargado, dando cuenta de las exquisiteces de su visita a la Ciudad Condal. Mientras tanto, la recepcionista explicaba con paciencia los detalles de la reserva a un nutrido grupo de turistas orientales, que parecían imperturbables a pesar del empeño.

Terrer se puso un traje oscuro, salió de su habitación y caminó por un pasillo alfombrado hasta el ascensor. Cuando las puertas se abrieron en la planta baja, se quedó de pie, con la mirada perdida en el vacío.

Recordaba la angustia en el rostro de Michelle cuando le contó lo de su hermano y ahora le parecía aún más evidente que era un perfecto idiota por decirle lo que le dijo y por la frialdad con que lo hizo. Podía imaginarse a Hugo solo, inmóvil y silencioso, postrado en un catre en el oscuro calabozo, preguntándose una y otra vez si aquello era real.

Un chico tan joven, orgulloso y lleno de vida. A ojos de Terrer, sería casi un milagro que saliera indemne de la malévola experiencia.

Los últimos dos años habían sido una especie de período de descanso que también le incumbió a él; apenas habían intercambiado unas palabras. Y si lo hacían, la cadencia rítmica y monótona del orgullo y la condescendencia se apoderaba de la conversación, induciendo al desconcierto y la indignación de ambos. Y no era difícil imaginar qué ocurría después.

El chico se había quedado tocado tras el fallecimiento de sus padres en un trágico accidente de tráfico en Arnhem, la ciudad holandesa a orillas del Rin de donde provenía. Y durante el matrimonio con Michelle la conciencia hizo que Terrer encarnara el papel suplente en la figura paternal que Hugo tanto necesitaba. Una experiencia que había resultado ser un refugio alegre para él, casi un milagro hasta el divorcio. Pero había pasado una eternidad.

Inquieto, Terrer se frotó la sien y resopló. Debería haberse dado cuenta de que Hugo también le echaba de menos. Lo necesitaba a su lado.

Aunque cualquiera le respondería que no era su culpa, se sentía en parte responsable de que todo aquello ocurriera; se llevara el mérito o agregara una carga más a su ya de por sí compleja realidad. Necesitaba sacar fuerzas de flaqueza, aspirar a ser la mejor versión de sí mismo si quería evitar que Hugo fuera condenado por aquella atrocidad. Esos nefastos pensamientos le habían atormentado toda la noche, repitiéndose sin pausa ni interrupción.

Estuviera o no preparado para ello, había llegado la hora de actuar y el primer paso era hacer acopio de sus fuerzas. Terrer fue hasta el bar y se sentó en un taburete frente a la barra. Después preguntó:

—¿Me pone un café y un cruasán, por favor?

El camarero, un hombre alto y de pelo grisáceo, se dio la vuelta y asintió con amabilidad. Debía de tener sesenta y pocos años. Piel curtida, una fina cadena de oro que desaparecía bajo la blanca camisa. Y fuertes brazos, uno de los cuales lucía el tatuaje de un ancla con una serpiente enroscada.

—¿Quiere algo más?

—No, gracias. Estoy bien. —Hizo una pausa y añadió—: Apúntelo en mi cuenta, ¿quiere? Estoy en la 4025.

—Sí, señor.

Tras una breve espera, el camarero regresó con la comanda. Terror estaba ensimismado, observaba con esmero al resto de los comensales sentados en ese tranquilo rincón del hotel, quizá recapacitando.

—Está muy pensativo —le dijo el camarero. Una vaga curiosidad se reflejaba en su mirada—. ¿Ha pasado mala noche?

Terror oyó sus palabras y no pudo abstraerse. En ocasiones, confesarse con un extraño era como respirar aire puro del mar. Sobre todo, con alguien capaz de observaciones como esta.

—Peor —le respondió Terror sincerándose—. Me he vuelto a exponer a las fieras y no sé cómo escapar de ellas.

—Parece una confesión —dijo el hombre y clavó la mirada en Terror—. Debería intentar responderse a sí mismo por qué lo ha hecho.

—Ese —convino Terror— es otro de mis múltiples defectos que más me preocupan. No en vano he procurado corregirme. A veces me conformo con pensar que forma parte de mi trabajo —hizo una pausa—, soy abogado.

—Oh —dijo cayendo en la cuenta de repente—, ¿de los buenos?

—No lo sé. —Terror suspiró—. Si se escoge a uno para sacar a alguien de la cárcel, se suele tener el convencimiento de que es bueno.

—Una lógica aplastante y que conste que le deseo mucha suerte. Solo que a veces no basta con aplicar lógica.

—No, en efecto —respondió presuroso Terror.

—Si no tiene forma de echarse atrás, piense una cosa: un viaje largo comienza con un primer paso y después otro y otro y después otro más.

—Muy profético. —Terror se rio con agrado—. Lo tendré en cuenta.

El hombre le tendió la mano. Su apretón fue firme y contundente.

—Me llamo Ginés López.

Tenía el aspecto de un hombre de mundo, experimentado, de los que saben encajar las victorias y las derrotas con la misma fortaleza.

—Encantado, Ginés. Yo soy David Terror —dijo, pensativo. Después añadió—: Perdona, pero me he hospedado en este hotel otras veces y no recuerdo haberlo visto antes.

—Sí, bueno. Trabajaba en Bazán, en Cartagena —Terror puso cara de no entender y el hombre precisó—: Astilleros Navantia. He sido marino toda mi vida. Hace un año y medio iniciaron un expediente de regulación de empleo y a unos cuantos «nos dieron a elegir».

El hombre no explicó más, pero Terror parecía interesado.

—Bueno, entonces, ¿decidió mudarse?

—Fue por mi hija —explicó Ginés—. Es tan inflexible como lo era su madre. Me dijo que estaba preocupada por mí, que necesitaba mi ayuda y esa sola observación bastó para convencerme. Además, es algo común a estas edades, no sabe uno qué puede pasar si vives solo.

—¿Y qué tal le va?

Ginés movió la cabeza con aire pensativo.

—El trabajo no está mal. Los huéspedes suelen ser amables, el horario es razonable, la remuneración justa. Lo peor es ese lugar donde vivo. Quizá no lo parezca al estar tan cerca de Barcelona, pero es un nido de ratas.

—¿Vive en El Raval?

—No. Aquí, no muy lejos; en el barrio de La Mina.

—Entiendo —comentó Terror mientras le daba un sorbo al café.

—Créame, no lo entiende —replicó con una risita—. Mi familia nunca ha tenido mucho dinero. O sea, todos los sitios en los que he vivido, y han sido muchos, siempre han sido conflictivos, pero este se lleva la palma. Es cosa del destino; vayas adonde vayas, te pasas *tota la puta vida netejant merda*.

No importa el tiempo fuera de casa, el catalán no abandona su acento.

Hubo un silencio dominado por la curiosidad.

—¿Habla usted de la droga? —preguntó Terror con verdadero interés.

—Oh, ¡no! Algo mucho peor —repuso Ginés y señaló con la mirada a un huésped sentado a su lado, que escuchaba la conversación.

Terror se giró en el taburete y se acercó más a él, en busca de intimidad.

—La droga es la rutina, pero no es la única culpable de la situación —continuó Ginés—. Los que vivimos allí merecemos una respuesta digna a la injusticia. Resulta ser que nuestras vidas no son nuestras.

—¿Qué quiere decir con eso de que sus vidas no son tuyas?

Ginés suspiró; el sentimiento de rabia era más fuerte que él.

—Quiero decir que la gente muere y nadie se inmuta. —Su tono de voz fue más severo—. No tengo tiempo para explicárselo. Es una larga historia. Lo único que puedo decirle es que allí están ocurriendo cosas muy graves.

—Ah, pues me deja usted intrigado —dijo Terror con resignación.

—Lo siento. Si quiere saber más, póngase en contacto con Roger Martí —añadió Ginés, como si quisiera que alguien más instruido le informara—. Es un catedrático universitario que ha estado muy implicado en los asuntos del barrio. Un abogado como usted le sería de gran ayuda. *Això segur*.

—Bueno es saberlo, puede que lo haga más adelante. Gracias.

—*No em doni les gràcies*. Dejé mi casa y lo que tenía por venir aquí y ayudar a mi hija. Nadie me preguntó si quería vivir así, ni siquiera si podía —se quejó—. Lo peor es que ese abuso está engendrando violencia.

Terrer frunció el ceño y apuró el café, como cohibido o como si la cruda realidad que exudaba Ginés fuera algo que de algún modo le compelia. Tal vez tuviera razón. Después del *impasse*, abandonó el bar.

A unos cien metros del Hotel Princesa había una parada de taxis. Se acercó al primer coche de la fila y le dijo al taxista que le llevara al centro.

Los dedos de Terrorer tamborilearon contra la costura de su pantalón. No, no iba a dejarse llevar por la particular y escasa posibilidad de participar en otro asunto importante. Divagaciones y más divagaciones de un charlatán cabreado. Pero esa conversación con Ginés no terminaría así.

Poco antes de las diez de la mañana, el taxi donde viajaba Terrorer se detuvo frente a la comisaría de los Mossos d'Esquadra de Sants. El abogado pagó el viaje y se apeó ligero. Entró por la puerta principal sin que sus pasos llamaran la atención de la concurrencia. Echó una ojeada al interior, donde la actividad era frenética; la gente iba y venía.

Terrer se sentía más cómodo en aquel lúgubre ambiente carcelero que en el de su frustrada vida conyugal que apenas había saboreado. ¿Qué sabía él de relaciones? Tuvo que admitir que, en realidad, sabía muy poco. Sin embargo, dadas las circunstancias, el peculiar entorno tenía sus ventajas. Allí era capaz de hacer algo con una eficiencia abrumadora: su trabajo.

Justo a la derecha de la entrada principal había un modesto mostrador de madera desgastado por el uso y un par de agentes uniformados esperaban detrás, listos para intervenir con su lapidario «¿le puedo ayudar en algo?».

—Me gustaría ver a Hugo Brouwer —informó a uno de los agentes—. Lo detuvieron ayer por un asesinato. Soy su abogado.

Terrer le mostró el carné de colegiado, aunque le podría haber mostrado el de socio de un club de alterne, pues aquel impasible y hobachón policía ni lo miró. Se limitó a echar una rápida ojeada, curiosa y suspicaz, a Terrorer.

—Está bien —le contestó el agente—. Acompañeme.

Cruzaron el atestado vestíbulo y bajaron unas escaleras hasta el sótano, donde detrás de una enorme y robusta puerta de acero estaba el calabozo. Mientras el policía se daba la vuelta y lo dejaba solo, Terrorer sorbió aire entre dientes, empujó la puerta que lucía desconchones y entró.

Ese lugar era el punto final de todas las historias tristes de la ciudad.

Solo había un acceso para entrar y salir y ninguna ventana. Los gruesos muros mantenían el interior sombrío, húmedo, silencioso. No era de extrañar que le asaltara un intenso aroma a humanidad y otros hedores agrios que se respiraban por la carencia de ventilación.

Y Hugo estaba allí, encerrado.

Terrer pensó que estaba preparado, pero no era cierto, hasta el punto de no poder contemplarlo sin sentirse conmovido.

Ese chico alto de pelo negro muy corto, de ojos verdes y seductores, por los que la mayoría de las chicas matarían, no se había duchado ni había dormido en dos días. Daba la impresión de que se había revolcado por el suelo. Iba pobremente vestido, con una indumentaria sucia y las muñecas sujetas por esposas; no podía decirse algo bueno de su aspecto.

Hugo se incorporó en el catre y se le quedó mirando, inmóvil como una estatua. Intercambiaron

una mirada eterna bajo la luz mortecina. Su boca dibujaba una línea recta, contenía el aliento, pero sus ojos no tenían el típico aire bravucón que él recordaba. Daba la impresión de estar confundido, tal vez avergonzado de encontrarse en estos apuros y semejante situación.

Terrer había visto esa misma expresión deprimida, de dolor y nostalgia arraigada en los rostros de muchos «capullos» a los que le había tocado defender y la lista era muy larga. Pero se trataba de la primera vez que la veía en alguien por quien sentía apego emocional.

Caminó despacio hasta que tocó los barrotes con las manos. Un policía fornido apostado en un rincón se fijó entonces en él: el único hombre trajeado que bajaba hasta el calabozo esa mañana y tal vez en el día. Terrorer le dedicó una mirada desafiante como para lograr que volviera a centrarse en la revista que estaba leyendo y se olvidara de ellos.

Hugo tragó saliva. Era como si se hubiera invertido la tendencia; que su excuñado estuviera allí, mirándolo cara a cara, a pesar de lo inquietante de la situación, le dio una sensación cálida.

—¿Cómo estás? —le preguntó Terrorer.

Hugo paseó su mirada por los muros y los barrotes de la celda. Terrorer encontró un minúsculo taburete y se acomodó mirándolo de manera discreta.

—La he jodido bien jodida —y negó con la cabeza.

Terrerer le dirigió un breve ademán comprensivo seguido de un sincero:

—Me imagino que lo has debido de pasar muy mal.

—Este sitio da asco. Aparte de lo obvio, supongo que estoy bien.

—Lo siento mucho —dijo—. Tranquilo, te sacaré de aquí.

Hugo asintió, se puso en pie y colocó las manos en los barrotes.

—¿Y cómo piensas hacerlo?

—¿Qué?

—Para eso te ha enviado mi hermana, ¿no?

Más preguntas que no esperaba.

—Tranquilo, ¿vale? —le espetó—. Lo que más me preocupa ahora es lo que pasa ahí arriba —y dio un par de golpecitos en su cabeza—. ¿Sabes cómo puede acabar esto?

—No —dijo—. Ni idea.

—Van a ir a por ti.

—¿A por mí? No creo que eso sea posible —y sonrió entre dientes.

Odiaba aquella falsa indiferencia. Odiaba a Hugo cuando se ponía así. Ese era el Hugo que conocía. El mismo engreído de siempre.

—Puedes reírte todo lo que quieras, pero que te quede claro: si sigues haciendo el tonto, irás a la cárcel durante mucho tiempo.

—¿Lo dices en serio?

—¿Tengo cara de estar de broma?

—¡Joder!

—¿Qué querías? Un testigo os vio enzarzados en una pelea.

—Esto es una locura.

Terrerer lo miró con expresión crítica.

—¿Por qué no se lo contaste a tu hermana?

—¿A qué te refieres?

—Al problema con tu novia.

—No sé de qué hablas.

—Te hablo de que tuviste una pelea tremenda con ella, casualidad o no acaba muerta, y no dijiste ni una palabra al respecto, Hugo. ¿Por qué? —suspiró—. Lamento decirlo, pero es justo lo que haría alguien que...

A Hugo se le hizo un nudo en la garganta.

—Se-se llamaba Sarah —le interrumpió con la voz quebrada.

—Sí, estoy enterado.

—¿Y eso cómo lo sabes?

—No importa. Contesta.

—No lo sé, David. No pensé que fuera importante, ¿entiendes?

Terrer no replicó aquella etérea pero convincente contestación, aunque tal vez estaba mintiendo.

—Da la impresión de que Michelle y tú no os lleváis muy bien.

—¿Porque no le cuento mis cosas? Nunca tiene tiempo.

—Ya, está muy preocupada por ti, Hugo. Está pasando un trago muy amargo. Deberías ser más comprensivo con ella.

—¿A qué te refieres? —y le miró confundido—. ¿Qué te ha contado, David? ¿Ha dicho algo sobre mí?

—No, nada —repuso Terrer—. Pero la situación se le escapa.

—Supongo que no soy fácil de llevar. A veces pierdo la cabeza.

El abogado sonrió ante la elocuencia del muchacho.

—Justo. ¿Te acuerdas de cuando te empeñaste en recorrer mundo?

Tenía razón. Hugo lo sabía. Michelle siempre había sido un refugio frente a sus locuras y la inestabilidad de su psique joven e inquieta.

—De acuerdo —continuó con tono conciliador—, hablemos de Sarah.

Hugo se apartó de los barrotes y empezó a pasear de un lado a otro.

—No sé qué decir, David —comentó él con una mueca—. En primer lugar, me arrepiento de haber actuado de manera tan impulsiva.

—El testigo ha dado a entender que tú la agrediste.

—Mierda.

—Cuéntame qué pasó, Hugo. Quiero oír la verdad de tus labios.

«Se te fue la cabeza y la mataste», se dijo Terrer para sus adentros, esforzándose al máximo por mantener alejados esos oscuros pensamientos. Esperó que se sincerara, pero él cambió de tema.

—Que un testigo diga eso no demuestra nada.

—Ah, ¿no? Pues yo me jugaría lo que fuera a que hay ADN tuyo en el cuerpo de Sarah.

—Espera, espera —instó Hugo y dio un paso adelante—. Supongo que es posible. Me acerqué a ella, donde estaba, y la sujeté del brazo.

—No me mientas, Hugo. Ya está bien de mentiras. La policía sabe que esa noche agrediste a tu novia.

—¿Que la agredí? ¿De qué cojones hablas?

—De la declaración del testigo. De eso hablo. ¿Qué ocurrió con Sarah?

—Solo fue una discusión. Siento defraudarte.

—Lo que me defrauda es que me ocultes las cosas.

—Discúlpame si te oculto cosas. No quiero liarla más de la cuenta.

—Cuéntame lo que ocurrió esa noche —le pidió de nuevo.

—¿Para qué? Nadie va a creerme, de todos modos.

—Yo te creo.

Hugo lo miró con expresión desdichada. Después dio un paso atrás y se apartó de él. Se quedó de pie, frente a los fríos barrotes de hierro forjado, respiraba con rapidez y desesperación.

—No soy estúpido, David. Tienes miedo de conseguir lo que quieres, ¿no es así? La verdad es que no te atreves a hacer la pregunta clave. Te acojona que te diga que sí, que yo la maté.

Era un chico listo. Lo peor de Hugo era que podría engañar a cualquiera en cualquier momento, hacer de las suyas y no pagar por ello. Resumiendo, lo peor de un chico listo como él era que le tenía calado.

Terrer se quedó en silencio sopesando con mucho cuidado la cuestión. Luego exhaló un gran suspiro y dijo con una nota de resignación:

—Es posible.

—Bien, gracias por asumir que soy culpable.

—No vayas por ahí, Hugo —aconsejó Terror—. No soy yo quien te va a juzgar. No es así como funciona esto.

—¿No se te ha ocurrido pensar que a lo mejor fui yo quien la mató? —y lo miró con pura histeria.

Esa era buena. De todas las tonterías que había dicho Hugo, jamás una forma explícita de autoinculparse era de las mejores que había presenciado. Por el amor de Dios, no lograba dar un paso en la buena dirección.

—Hugo, ¡tranquilo!

—Si hay pruebas contra mí, ¿qué sentido tiene? Me encerrarán.

—No tiene por qué ser así. No con la ley en la mano. Podemos alegar enajenación mental transitoria. Embriaguez. Existen varias circunstancias atenuantes que rebajarían mucho la pena. Podemos pararlo, aquí y ahora. De lo contrario, las cosas se pondrán peor.

Una llama de rabia contenida explotó dentro de él. Terror notó que su cuerpo temblaba y se estremecía como una hoja meciéndose al viento.

—¿Lo ves, David? ¿Lo ves? Tú crees que yo soy culpable.

—Culpable no, solo implicado.

—¿Y cuál es la diferencia?

—Sé que Sarah significaba mucho para ti y sé que te dejó.

—Eso es lo mismo que llamarme culpable. Eso estás diciendo.

—No sé qué creer, pero trato de mantener la mente abierta.

—Entonces, pregúntamelo —dijo Hugo.

Hugo no necesitaba un abogado: necesitaba su comprensión.

—¡No! —exclamó con rapidez—. Eso no, Hugo. Nunca.

Daba la impresión de que la idea le asustaba.

—Pero necesito que me creas, ¿no lo ves? Eres como un padre para mí. Y sé que todavía te importa mi hermana, ¿no?

Terrer sabía lo que Hugo quería y se suponía que debía preguntárselo. Para aquello había ido hasta allí, se recordó él.

—Hugo, ¿mataste a Sarah? —preguntó con firmeza.

Un silencio eterno se apoderó de la conversación.

—No, no fui yo, David —dijo al fin.

Terrer suspiró aliviado. Hugo tenía que decirlo y, además, parecía que decía la verdad. Pero no era la única verdad. Había otras verdades que no se habían dicho, como, por ejemplo, por qué se había enfadado con Sarah.

—Ayúdame a comprender —le instó él. Cogió una de sus frías manos entre las suyas—. Dime qué ocurrió. Quiero ayudarte.

Hugo asintió.

—Durante dos semanas no supe nada de Sarah —explicó—. Me harté de llamarla, de mandarle mensajes. Ella ni siquiera iba a la universidad.

Terrer esperó en silencio.

—Sarah y yo nos encontramos en La Mina el lunes por la noche.

—¿Cómo es posible que os encontrarais en ese barrio? —preguntó—. ¿Me lo quieres explicar? Hugo vaciló.

—Vale, te lo cuento. Fui a buscarla porque me dijeron que estaría allí.

—¿Para qué fuiste a buscarla?

—Para pedirle explicaciones. Como llevaba tantos días sin dar señales de vida, me preocupé. —Él se debatía ahora, eludía la verdad.

—¿Para qué fuiste a hablar con Sarah?

—Solo quería preguntarle por qué tanta clandestinidad, tanto engaño.

—¿En qué te engañaba?

—Me dijo que no había otro, pero no era verdad.

—¿Que no había otro?

—Mira, había otro chico; me jodió mucho, ¿vale? Muchísimo.

—¿Qué chico? ¿Cómo se llama?

—Sé llama Oliver —precisó Hugo—. Éramos amigos.

—Y lo de ir a buscarla, lo del barrio...

—Fue eso. Era lo único que me preocupaba.

—De acuerdo, continúa.

—Cuando mi hermana y tú os divorciasteis, estuve muy jodido. Si no hubiera sido por Sarah,

no sé qué habría hecho. Ella me ayudó.

—Sí. Me lo puedo imaginar.

—Intimidaba a los chicos de la universidad. Quizá por ser hija de Enric Farré. Derrochaba sensibilidad y honradez e interrogantes más profundos.

—Vale, lo entiendo —dijo Terror.

—En fin, al principio no sabía si creerme lo que decían de Oliver. Ah, ¡sí! ¡Cómo le gusta murmurar a la gente! Sobre todo, de Sarah. —Cerró los ojos y apretó los puños—. A veces parecía que era lo único que sabían hacer.

Terror guardó silencio.

—Sarah pasaba mucho tiempo con él. Oliver es un tío muy influyente en la comunidad universitaria. Es activista y líder del movimiento para salvar el barrio de La Mina. Se manifiestan en contra de la pobreza y la exclusión social, protestan, organizan marchas, lo que sea con tal de hacer ruido.

—Se ve que quieren tirar la casa por la ventana.

—Sí, pero hay más. Deja que me explique. Oliver era un cabecilla de la asociación que se había querellado contra una fábrica química a la que el padre de Sarah había otorgado unos permisos o no sé qué mierda. Le comió la cabeza para que se metiera en ese asunto y empezó a cambiar.

—Ya. Pero que el padre de Sarah otorgara permisos a esa fábrica la podría haber convertido a ella en otra enemiga.

—Supongo que sí. No sé cómo lo hizo. El caso es que la convenció.

—¿Basándose en qué?

—Se lo pregunté a Sarah y se negó a decírmelo.

—Necesitamos saber por qué.

—Puede que fuera duro para ella pensar que su padre había participado en este asunto. Sarah se había enterado de varios casos de muerte por cáncer. Se unió a la asociación, tal vez porque se sentía culpable, tal vez porque era vulnerable. Y le daría buena reputación entre aquellos que todavía trataban de destapar ese escándalo.

—Supongo que cada cual tiene sus propios demonios —dijo Terror.

—Oliver tiene cara de no haber roto un plato en su vida y no saber qué coño pasa. Pero te aseguro que es un mamón de cuidado. Lo de Sarah fue un montaje, una farsa. Le hizo creer que la necesitaba y se aprovechó de ella durante un puñetero año.

La historia con Oliver no iba a servir en su defensa. Como mucho, lo interrogarían y en eso quedaría todo.

—¿Qué te parece si dejamos eso para más tarde? Creo que deberíamos centrarnos solo en la noche del lunes. ¿Qué hiciste?

Una chispa de desesperación brilló en sus ojos al recordar la tristeza que apreció en los ojos de Sarah al irse de su lado aquella noche.

—Está bien. Cogí la línea L4 del metro y estuve dando vueltas por La Mina hasta que encontré a Sarah. Serían las diez de la noche. Cuando vi que corría hacia su coche, pensé que me había

visto y que estaba con ese cabrón de Oliver, pues de noche y en ese barrio qué iba a pensar, ¿no? —Hugo apretó los puños y un par de segundos después continuó—: Pero esa traidora estaba sola. Terror, que había permanecido en silencio, lo fulminó con la mirada y se vio obligado a intervenir.

—¿Cómo te atreves a decir algo así? —le espetó—. Escúchame, Hugo, Sarah está muerta. Era tu novia y tenía toda la vida por delante. Si hablas de ella de ese modo, la gente pensará que la odiabas. ¿Lo entiendes?

Hugo se sentó en el desvencijado catre y alzó la vista hacia él.

—Ya, supongo que es así. Admito que cuando la vi esa noche di por sentadas algunas cosas. Iba muy borracho y no sabía lo que decía.

—¿Y ahora?

Hugo mantuvo la mirada al frente. Con la boca abierta movió los labios, aunque sin llegar a articular palabra. Parecía disgustado consigo mismo. Parecía librar una lucha interna. Después asintió.

—De acuerdo, me comporté como un estúpido. Se me fue la cabeza y, en lugar de escucharla, no tuve reparos en decirle unas cosas horribles. Actué como un puto cobarde, un débil y un fracasado, pero yo la quería. Solo le pedí una explicación. Pero me dijo que parara.

Comenzó a llorar al recordar de verdad aquella noche. Podía sentir la sangre palpitándole en las venas. Tenía el rostro demacrado y los pómulos hundidos y una pátina de sudor cubría su frente. Su lenguaje corporal no dejaba lugar a dudas. Había creído que era inmune al sufrimiento, que tenía el corazón de hielo; pero, de algún modo, sentía un dolor profundo y una impotencia real por la impasible crueldad que mostró con Sarah.

—¿Qué hiciste después? Cuando ella te dijo que parases.

—No hice nada, David. Te lo juro.

—¿Le pegaste?

—No, no, bueno... —respondió y cerró los ojos, pero Terror notó la mentira en su voz. Un juez, un jurado, hasta un ciego lo vería.

—¿Qué?

—Forcejeamos, ella quiso echarse hacia atrás cuando la tenía agarrada de un brazo, la empujé con fuerza, chocó con su coche y cayó al suelo.

Terror liberó el silencio, como si este pudiera contestar mejor que él a sus preguntas.

Y su imaginación dio un vuelco. Escenificó al abogado de la acusación, al juez y al fiscal rodeando a Hugo en el estrado, machacándolo mientras declaraba.

—De acuerdo —dijo y resopló con los labios—, continúa.

—No estoy seguro, David —prosiguió, con lágrimas en los ojos—. Seguimos gritándonos y las cosas se salieron de control.

Su tartamudez temporal lo delató. Terror llegó a sospechar algo más. Hugo estaba decidido a ocultar información de la cual había sido testigo no para resguardarse, sino para proteger a alguien.

—Ay, Hugo —murmuró—, ¿por qué no quieres contarme la verdad?!

—Es todo. De pronto, me di cuenta de lo que había hecho y me marché.

—¿Y Sarah?, ¿qué hizo?

—No sé. Se quedó allí.

—¿Te pusiste en contacto con ella después de vuestra pelea?

—No.

Hugo experimentaba sensaciones opuestas: unas veces le dominaba la ira; otras, la compasión. Parecía culpable.

—¿Sabes quién la mató?

—Si nadie lo sabe, explícame cómo lo voy a saber yo.

—Creo que hay algo que no quieres contar —añadió Terror—. ¿Qué me dices de ese testigo que os vio?, ¿de dónde salió?

—¿Carla? ¿Quién sabe? —dijo Hugo en tono brusco—. Todavía estábamos discutiendo y ella salió de la nada, sin inmutarse.

«¿Carla?», pensó Terror.

—¿La conocías?

—Sí, claro, y Sarah también. Ellas dos se conocían muy bien.

—¿Qué quieres decir?

—Eran amigas. Entonces pasó ese mal rollo entre sus padres y su relación cambió de repente. Al final, terminaron odiándose.

Terror buscaba con desesperación cualquier resquicio legal que sacara a Hugo de la cárcel. Que la víctima y la testigo se conocieran y, lo que es más importante, se odiaran era un dato valioso a tener en cuenta.

—¿Carla qué más? —preguntó expectante.

—Carla Martí. Quizá el nombre no te suene, pero...

«¿Otro Martí? ¿Coincidencia?». Terror rememoró las palabras de Ginés López, el camarero del hotel. Hugo estaba a punto de decir algo importante.

—Su padre es un gran personaje. Tal vez hayas oído hablar de él.

—¿Cómo se llama? Necesito saberlo.

—Roger Martí.

Capítulo 3

—La próxima vez que tu exmujer te pida un favor —dijo con guasa—, sigue mi consejo, David: ¡no lo hagas!

Terrer estaba sentado al otro lado de la mesa frente a Ignasi Vila, que era un viejo y ducho abogado, un rollizo ratón de biblioteca que lo sabía todo de todos. Durante muchos años había ejercido la abogacía en Alicante, en un exitoso bufete de postín. Después de jubilarse, regresó a Barcelona, su ciudad natal, decidido a integrarse de la forma que fuese en sus raíces y su cultura.

Ya no ejercía ni representaba los intereses de nadie en la práctica, pero ello no implicaba que estuviera el día entero de brazos cruzados. De hecho, mucha gente acudía a él en busca de consejo, sobre todo político, tras el referéndum ilegal que puso en jaque al Estado español en octubre del 2017.

El metódico jurista seguía siendo tan efectivo y minucioso recabando información «no contrastada» como lo había sido siempre. Si había algo que temía un abogado retirado era ser relegado al ostracismo y al olvido. Vila estaba dispuesto a hacer lo que fuera necesario para facilitar información útil. Un eficaz antídoto contra la vejez. Como era de esperar, su curiosa afición lo convertía en un importante aliado para Terrer.

—Pues algo tengo que hacer. Hugo continúa detenido y la vista para decidir sobre su ingreso en prisión es mañana.

—Ah —respondió Vila firmemente erguido—. Cuando te enfrentas a este tipo de homicidios, por lo general se tienen en cuenta muchos factores para dejar al imputado en libertad durante la instrucción.

—Antecedentes penales no tiene —repuso Terrer—, pero supongo que no basta con algo tan obvio.

—¡*Collons*! La fallecida era la hija de un político muy importante. —Terrer lo miró a la expectativa, sin acabar de entender, y Vila precisó al detalle—: Ahí es donde vas a tener la mayor dificultad: con su padre.

—¿Qué sabes de él?, ¿de Farré?

—Mucho estómago y pocos escrúpulos —respondió Vila en tono cortante—. Su popularidad como líder independentista es incuestionable. Ha ganado todas las cuotas de poder y ahora lo sitúan como uno de los futuros miembros del *Govern* que proclamará la República Catalana.

—Bien. Me da igual. Sea como fuere, tendrá algún punto débil.

—Que yo sepa, ninguno pese a que la justicia lo ha investigado. Pero ha salido indemne de todas las acusaciones, incluso me atrevería a decir reforzado. De modo que no tienes nada contra él.

—Ignasi, piénsalo, ¿hay alguna persona que tenga motivos para hacerle daño?, ¿le ha hecho alguna putada a alguien?, ¿le ha quitado el puesto a otro?

Vila se removi6 un poco en su asiento.

—Farré tiene fama de ser muy discreto y en Cataluña es considerado un héroe. Aunque me he enterado de que ha recibido amenazas de muerte de un *pirat* que se hace llamar Darío el Grande y se rumorea que algunos miembros de su familia han sido acosados.

«Sarah», pensó Terror y añadió:

—¿Algo más que deba saber?

Vila deslizó una carpeta sobre la mesa.

—Aquí tienes lo que he podido encontrar de él. No me has dado mucho tiempo y he tenido que echar mano de gente que conoce a otra gente, pero ya tienes algo para empezar. Hay recortes de prensa, las dichas redes sociales, pero lo más jugoso me lo ha facilitado cierto político amigo mío.

Terror cogió el expediente y lo puso sobre su regazo.

—Creo que puedes meterte en un lío de cuidado, David —continuó—. Farré no es trigo limpio. Ni alguien a quien debas tocarle las narices.

Terror ignoró el comentario.

—¿Y el padre de la testigo, Roger Martí?, ¿qué has averiguado de él?

—Le perdí la pista después del lío que montaron con aquella fábrica, pero eso ya es historia pasada —le recordó Vila—. Sé que sigue ocupando el puesto de catedrático universitario y sé que está sólidamente arraigado. Dudo mucho de que se muestre participativo, David. Hubo demasiada tensión en el juicio contra Químicas Ripoll, que se volvió mediático; debería haberse retirado mucho antes, en mi opinión. Me intriga saber qué beneficio cree que obtuvo de un asunto que terminó mal para su reputación y peor para su ego.

—Pero él estuvo allí y debe de conocer a todos los afectados. Tal vez sepa quién puede tener motivos para odiar a Farré. O a su hija.

—Eso tendrás que averiguarlo tú —y se giró en su silla—. Si hay algo, va más allá de mis entendederas.

—Gracias, Ignasi —respondió de forma automática.

Terror no perdió tiempo. Se despidió y salió disparado. Tomó un taxi en dirección a su hotel. Ya disponía de información fidedigna y Vila le había confirmado que Farré había sido víctima de amenazas. Sarah era otro punto vulnerable en su vida. Quizá alguien estaba obsesionado con ella.

Pensó en Hugo: puro músculo, un atleta, jugador de fútbol. Hugo: algo impulsivo, apasionado, pero de buen corazón.

Hugo no podría ser el asesino. No.

El inspector al cargo del caso de Sarah Farré, un tal Moreno, era el siguiente en su lista. Había intentado quedar con él, pero era probable que ni siquiera se hubiera enterado de que le había dejado un mensaje en comisaría.

Durante toda la tarde, había esperado su llamada y le había dado un buen motivo para que quisiera reunirse con él. A casi nadie le gusta que le digan lo que tiene que hacer y a la policía

menos todavía. Bueno, no fueron esas las palabras exactas que empleó, pero lo resumían bastante bien.

«Estoy seguro de que sí ha visto el mensaje —se dijo Terror—, pero no se ha molestado en llamarme. —De pronto, recapacitó—: No te precipites».

Sentado en el asiento trasero del taxi, el ojo experimentado de Terror escrutó el expediente. Fue descubriendo documentos que podrían ser clave en la investigación: los procesos judiciales, las amenazas, los cargos públicos que Farré había ocupado en años. Para una persona que supiera lo que tenía que buscar, aquella información iba a resultar muy provechosa.

De repente, le sonó su teléfono móvil; había recibido un mensaje de texto. Examinó el contenido y sonrió: Moreno había aceptado su invitación.



Terror hubiese deseado haberse podido vestir de forma más informal antes de sentarse en aquel banco del parque. Con su metro ochenta y pico, su traje oscuro, sus zapatos relucientes, su camisa blanca y una corbata estrecha de ejecutivo destacaba como una luciérnaga en plena noche.

Si, al menos, hubiese podido pasar por su hotel a cambiarse de ropa, habría podido camuflarse mejor entre las peculiares almas que poblaban esa tarde el inquietante Parc del Besòs, en el barrio de La Mina. Pero aún estaba trabajando y tenía que estar dispuesto, aunque el requisito no era en absoluto indispensable, a hacer el esfuerzo por vestirse en consonancia.

Nadie suele tomar en consideración las peculiaridades de tu vestimenta o tu condición social cuando estás sentado en un parque, ya sea en Barcelona o en Helsinki, pero nada resaltaba más que un tipo apuesto y trajeado de unos cuarenta años —según opinaba Terror—, en aquel pequeño anillo periférico de pobreza que rodeaba la Ciudad Condal.

«Bendita sea, David —pensó para sí—. ¿Qué haces aquí?».

Una vez más, conocía la respuesta. No era un experto en decir que no a Michelle. Volvió a echar una ojeada a su entorno. Un borracho deambulaba entre los árboles con la intención de orinar. Un pobre vagabundo que parecía más peligroso de lo que suelen ser daba explicaciones a unos inmigrantes extranjeros que no se atrevían a interrumpir ni por un segundo su soliloquio. Y el resto de los presentes, en su mayoría personas solitarias y silenciosas, aguardaban sentados en los bancos carcomidos con las manos en las rodillas, quizá metidos en evocaciones de tiempos mejores y lejanos.

El barrio de La Mina, un rompecabezas étnico, religioso y cultural con una población de casi catorce mil personas y casi la misma cantidad de jeringuillas en las zonas infantiles, resultaba descorazonador.

Años de degradación social, criminalidad y tráfico de drogas lo habían impregnado de una decadencia impropia de la condición humana. Cada calle, cada avenida o cada parque tenía un aspecto casi tan deplorable como un campo de batalla. Una desaprensión que constriñó a algunos de los residentes más escrupulosos a lanzar un SOS tan grande que el mismísimo Batman lo debería de haber visto.

Resultaba fácil entender por qué una fábrica química de dudosa reputación, que llevaba varios años instalada en los alrededores del barrio, había pasado tanto tiempo inadvertida. Había habido movimientos entre algunos residentes, capitaneados por Roger Martí, para intentar echarle la culpa de la muerte de sus hijos, por extraño que parezca, no a la droga, sino al cáncer producido por las emanaciones de Químicas Ripoll S. A.

Lo que Terror averiguó, gracias a la inestimable ayuda de Vila, era que Farré había sido procesado en el juicio contra la fábrica. Eso significaba que mucha gente podría haber culpado al político por la muerte de un hijo, lo que situaba a Sarah en el punto de mira. Y no solo era sospechoso cualquier padre o madre con un descendiente fallecido a causa del cáncer. Todos los que, de algún modo, hubieran visto morir de esa forma inhumana y silenciosa a un ser querido quedarán bajo la sombra de la sospecha.

El hecho de que Carla, la única testigo, la tuviera tomada con Sarah era solo una ventaja añadida. La pista, según Terror, se hallaba en averiguar quién tenía motivos suficientes para odiar a Sarah, o a su padre, hasta el punto de llegar a cometer un asesinato. Con eso le habría bastado para elaborar una lista de los sospechosos más probables.

No era fácil acercarse a Enric Farré; su popularidad y su hegemonía eran incuestionables. Comenzaba a hacerse visible en el plano político tras años de desequilibrios en su partido, que reivindicaba un nuevo orden independentista y un líder sólido y estable. Era tímido y poco sociable, quizá debido al asesinato de su hija, y fiel a pocos amigos. A corto plazo, le parecía imposible acceder a él.

Terror dio otra ronda y observó a la multitud. En contraste con el triste ambiente, la ambarina luz del sol de la tarde se colaba por entre los árboles tiñendo las hojas amarillas de un rico color sorprendente y sobrecogedor. Su cita vespertina estaba a punto de llegar. Igual le parecía extraño que hubiera escogido ese lugar en vez de cualquier otro, pero Terror tenía un plan: llevarlo a su propio terreno.

«Venga, a qué esperas para venir».

—¿David Terror?

Él sonrió ante su honda y estremecida voz. Ante la vivacidad felina de una mirada a la retaguardia roja llena de perspicacia atrevida y paciente. Al abogado no le gustaba la gente de poco carácter, por eso no podía dejar de sentir placer cuando, como ahora, aparecía ante él una mujer fuerte, de las que deciden y mienten si hace falta, de las que no miran atrás. En una vida pasada seguro que había sido una de esas republicanas de las matanzas y el anticlericalismo que propinaban palizas a sus paisanos, dándoles de beber orines en la ardiente sed de su agonía. Iba vestida con unos vaqueros azules, unas botas altas y un top negro.

—Soy Pepa Moreno, la inspectora encargada del caso de Sarah Farré.

No era demasiado guapa, pero sus grandes ojos marrones en tono avellana le daban un halo de sensualidad. Hubo escasa espontaneidad y mucho cálculo racional y premeditación.

Ella cambió de postura, extendió el brazo hacia él y le tendió la mano. Terror se la estrechó y suspiró. Era firme y fuerte. Sin anillo de compromiso. Las uñas pintadas en tonos oscuros, recién cortadas.

—Querías verme. Perdona, puedo tutearte, ¿verdad, David?

—Sí, claro que sí. Y yo te llamaré Pepa, si te parece bien.

—*Com vulguis* —respondió ella y lo miró—. ¡Ay, perdón!

—Tranquila, te entiendo. Siéntate. Agradezco que hayas venido.

—¿Qué esperabas? Dime, ¿qué inconveniente es ese que mencionabas en tu mensaje?

«Me esperaba un cincuentón de pelo cano y malas pulgas». Ella hizo un ademán nervioso y se pasó el negro cabello por detrás de las orejas, pero, como no era lo bastante largo, volvió a echárselo hacia delante.

—Sí, Pepa —mantuvo la vista fija en él, bastante curiosa—, se trata de Hugo Brouwer.

—Un momento, ¿fuiste tú el abogado que llevó el caso del atentado terrorista de Torre vieja?

—¿Por qué me lo preguntas?

—*No em fotis*. —Se tapó la boca con la mano como si hubiera dicho algo inapropiado—. Tienes una reputación, has salido mucho en la prensa.

—No des crédito a los comentarios que circulan por ahí.

—Te consideran un personaje polémico que dividió al público dentro del mundillo jurídico.

«¿Polémico?», añadió una vocecita en su interior, que reprimió por considerarla inadecuada.

—¿Por defender a un presunto yihadista que resultó ser inocente?

Su boca de terciopelo se arrugó. Meneó los hombros con impotencia; demasiadas confianzas, quizá.

—Un radical —y dejó de hablar de repente—. Radical para la mayoría —matizó—. Hay un montón de personas a quienes les gustaría que ese joven estuviera todavía entre rejas, pero yo no me cuento entre ellas. Pienso que era inocente. Creo que hiciste un gran trabajo.

—Gracias —dijo Terror.

—Seguro que el recuerdo sigue vivo.

—No creas que tanto. Solo cuando alguien lo saca a colación.

—Y eres muy modesto, por lo que veo. A uno no debe avergonzarle hablar de sus logros.

—Es algo que exige tiempo. Y prefiero volver a lo de antes.

Ella ya imaginaba a qué se refería. Llevaba un buen rato sin abordar el tema principal. Y la paciencia no era virtud muy cultivada en Terror.

—No sé qué decirte, David.

—Si tardas en contestar, dicen que es mala señal.

Terror lo dijo en son de broma, pero sus carencias en cuanto al sentido del humor resultaban evidentes. Ella negó con la cabeza.

—Las perspectivas no son muy halagüeñas para tu defendido. Me temo que la sucesión natural de los acontecimientos lo incrimina —señaló ella—. Resulta verosímil la consumación del hecho porque remite a una constante en este tipo de delitos de violencia machista.

—Yo no estoy tan seguro de eso. Hay otra versión alternativa.

Pepa asintió.

—Es lógico que pienses así. Te has implicado en un caso que te afecta de forma personal. Sé que Hugo y tú estáis muy unidos. —Lo miró cautelosa y su voz flaqueó—: Igual deberías dejar

el asunto en manos de otro abogado.

—Veo que has hecho los deberes.

La inspectora caviló solo unos segundos.

—¿Me has llamado para buscar alguna clase de trato si Hugo se declara culpable? Si es eso lo que pretendes, tendrás que hablar con el juez.

—No.

—Vale, ¿qué quieres, entonces?

—Le has dedicado mucha planificación y tiempo a señalar con el dedo a Hugo. Él dice que es inocente y quiero limpiar su nombre.

—¿Inocente?

—Era su novio, sí. Discutieron la noche que ella fue asesinada, sí. Lo cual lo convierte en sospechoso, pero también en cabeza de turco. Hugo no mató a Sarah Farré.

La inspectora acalló la frase con un gesto cortante de su mano.

—Creo que te entiendo. Supongo que pensarás que es el caso ideal para ti: un chico joven dominado por una colosal injusticia. Lo de Torre Vieja ha sentado precedente, pero te equivocas. Hugo miente.

—Yo creo que dice la verdad.

—Razón de más para que te apartes de un asunto que te afecta. Mira, David, Hugo no es un llorica y ha dado positivo en alcohol y en consumo de drogas, su estado emocional y el hecho de que se dejara llevar por los celos cuentan como atenuante. Haz lo que hacéis siempre: alegar enajenación mental transitoria. La pena se podría rebajar de forma considerable.

—Considerable —estalló—. Ni siquiera debería estar detenido.

—He examinado su historial policial; se le ha ido la mano en más de una ocasión. Alguien le tenía que haber parado los pies a tiempo.

—Eso pasó hace un montón de tiempo y hasta su detención hacía las mismas cosas que cualquier otro joven de su edad. Hugo no tiene un carácter afable, debo reconocerlo, pero no es un asesino.

—¿Estás seguro? Hemos encontrado restos de tejido de Sarah bajo las uñas de Hugo provenientes de la ropa que llevaba ella el día que fue asesinada. Y hemos hallado huellas y ADN extraño en el cuerpo de la víctima. Los resultados de las pruebas tardarán una semana en llegar, tal vez dos. Pero no albergo duda de que coincidirán con las que le hicimos a él.

Pepa había mencionado dos semanas como máximo. Terror las tradujo mentalmente a días efectivos de trabajo y rechinó un poquito por dentro.

—Hay un montón de pruebas que luego no son lo que parecen.

—La violencia machista sigue cobrándose víctimas cada día. Además, no faltaba nada en el apartamento. Un abalorio sin valor económico, algún libro y otras cosas que Sarah pudo haber dejado en cualquier otro lugar.

—Lo siento, Pepa, creo que os habéis precipitado. Nadie le vio hacerlo y, por si fuera poco, todavía no se ha encontrado el arma homicida.

—La testigo vio cómo Hugo agredía a Sarah; la tiró al suelo de un empujón. Y también vio a tu

defendido amenazándola de muerte por ponerle los cuernos con otro chico horas antes de que encontraran su cuerpo sin vida. Y él lo ha ratificado. No hemos encontrado el arma homicida, eso es cierto, pero tenía el motivo y la oportunidad. No nos hemos precipitado, David. Se ha detenido a Hugo porque las pruebas lo incriminan claramente.

—Una testigo que conocía y odiaba a Sarah, según parece.

—¿No lo dirás en serio? Eso convierte su declaración en una prueba de cargo. Si le uniera a la víctima un vínculo de amistad, se podría interpretar que hay cierto condicionamiento, pero si es así...

Dibujado en el rostro del terco abogado había un inequívoco rictus de frustración. Le gustara o no, encontraba coherencia en sus palabras.

—No me extraña que quieras dar carpetazo —dijo Terror—, siendo la víctima hija de uno de los políticos más influyentes de Cataluña.

—¿Crees que hemos detenido a Hugo por presiones de Enric Farré?

—Mentiría si dijera que no se me ha pasado por la cabeza.

—Sí, claro. —Dibujó una sonrisa irónica—. Aquí, en Barcelona, no damos abasto para atender tanta delincuencia como tenemos. La Fiscalía se ha empeñado también en que investiguemos una trama de sobornos políticos y altos cargos. Y, encima, me vienes con tráfico de influencias.

—Olvídalo.

—¿Qué quieres decir con «olvídalo»? No estás siendo muy original ni suficientemente preciso.

—Lo único que digo es que los hombres como Enric Farré saben cómo mover los hilos. Si se empeña en que Hugo pague por este delito, no parará hasta conseguirlo. Piensa lo que quieras, pero es así.

—Han asesinado a su hija. Tú harías lo mismo.

—En cualquier caso, yo no culparía a nadie de mis propias decisiones y mis propios actos —dijo Terror—. El poder crea enemigos.

—¿Qué? —exclamó, molesta.

—Químicas Ripoll.

Permanecieron unos segundos en silencio.

—No te culpo por pensar de ese modo, David. Debe de ser duro admitir que un chico que ha sido como un hijo para ti le ha quitado la vida a otra persona. Es más fácil creer en radicales sin conciencia movidos por el odio y acusaciones infundadas.

—¿Infundadas? —repitió Terror—. En los últimos años, los casos de cáncer se han multiplicado por cien en este barrio. Con varios fallecidos.

—De acuerdo —convino ella—. ¿Y qué se ha conseguido? Un puñado de indicios leves no concluyentes que resultaron en sí mismos hipótesis no probadas en el juicio —afirmó—. Ante esa disyuntiva, hay familias que prefieren dejar que fluya el sentimiento de odio.

—Un odio que puede alcanzar a una víctima inocente —dijo Terror.

—¿Qué frase es esa? —preguntó Pepa con recelo.

—«El odio se alzaría en defensa de los oprimidos» —mencionó Terror, poniendo énfasis en las palabras—. ¿Te suena Darío el Grande?

Pepa se frotó el cuello. Se había equivocado, Terror no cedía un ápice.

—Veo que le has dado un buen repaso a la prensa.

—Simplemente, es que me parece mejor cubrir todas las posibilidades.

—Reconozco que llevamos investigando esquizofrénicos y anónimos a lo largo de los años —le informó Pepa—, aunque es un tema controvertido.

—¿Un tema controvertido? ¡Cielo santo! ¡Un tema controvertido!

—¿Qué insinúas? ¿Que Darío el Grande es nuestro hombre? —rio ella.

—De acuerdo —observó Terror y Pepa casi no pudo contenerse al ver cómo se atragantaba al claudicar—. Ese tipo se cuela en casa de Farré para dejarle una nota solo porque encuentra placer morboso en el sufrimiento ajeno.

—Déjame decirte algo sobre esos pirados. No habrías sugerido tal cosa si tuvieras tiempo suficiente de pensarlo a fondo. ¿O es que te gusta hacer observaciones irónicas en medio del caos? —comentó—. Que alguien intente asustar a un político es algo muy común. Son solo peones al servicio de otros partidos políticos o, últimamente, del Estado.

—Lo que quiero decir —explicó Terror, *sottovoce*— es que alguien debería investigarlo.

—No —respondió ella—, me temo que no.

El abogado se limitó a suspirar, sin contestar una palabra.

—Pon a Hugo en el centro de mira —le aconsejó Pepa—: la pelea, la ira, los celos y la agresión. Sitúalo en el barrio de La Mina y después en casa de Sarah; sus huellas están por todas partes. Y te importará una mierda quién es ese Darío el Grande.

—¡Dios!

—Ese chico es agresivo y pierde la cabeza con facilidad.

—Puede —respondió dudoso—. O quizá un inocente arrastrado por un torbellino de pasión.

—Intentaré mostrarme comprensiva, pero no va a ser fácil. No me he limitado a echar una hojeada a la crónica de tu defendido. Es el típico exaltado mimado y consentido que agrede a una joven solo porque le pone los cuernos. No se trata de un enfoque más que estemos cubriendo: Hugo es el blanco; así que nos limitamos a seguir la pesquisa criminal más verosímil en casos de violencia machista y dejamos de lado la larga serie de hombres enmascarados con una hipotética conexión patriarcal con la víctima. —Terror enrojeció de repente de rabia—. No sé por qué narices continúo con esta conversación. Supongo que es otro de los muchos misterios de la vida.

—Me gustaría tener acceso completo al expediente policial —empezó a decir Terror—, a menos que...

—Lo tendrás —prometió interrumpiéndolo—. Si hace falta que lo veas con tus propios ojos para que entres en razón, lo tendrás.

Terror hizo caso omiso de aquel molesto aguijonazo.

—Es posible —dijo Terror, pero su voz delataba su falta de convicción y ella lo sabía—, o tal vez sea como el juego de las charadas, pero, en vez de constatar lo evidente, la solución no sea la que crees que es la adecuada.

—No puedes protegerlo, David —puntualizó ella—. Voy a ir a por él.

Capítulo 4

Oliver sacó el teléfono móvil del bolsillo y echó un vistazo a su alrededor. La fábrica iba a cerrar dentro de quince minutos. Tal vez unos veinte trabajadores constituían todavía el retén de mano de obra productiva y había un buen montón de luces encendidas, además de las del exterior.

Unos cuantos obreros del segundo turno se marchaban ya, caminaban hasta la verja de alambre que rodeaba parte del perímetro y franqueaban las últimas medidas de seguridad en la puerta principal. Los guardias habían constituido una pesadilla para él y sus amigos. Esta vez debían ser más cautelosos que las anteriores ocasiones, pero, a la vez, más contundentes.

Adriá, que era amigo de Oliver, estaba todavía decidiendo si aquello era buena idea, cuando este lo sacó del trance, impaciente.

—Adriá, vamos. Será mejor que te des prisa y subas al tejado. No tenemos mucho tiempo.

—¿Qué? —contestó al otro lado de la línea telefónica.

—Ahora o nunca, tío. Ya lo hemos hablado.

—¿*Però quina merd...*? —empezó a decir Adriá, que salió de detrás de un contenedor y se encaminó hacia la pared trasera de la instalación cargado con una enorme mochila. Tuvo que hacer un esfuerzo para no tropezar.

Cuando terminó de subir por la escalera de cuerda, descolgó la mochila de sus hombros y la dejó en el suelo y sacó los escaupines. Se quitó las botas y las metió en la mochila. Las botas militares de su padre tenían una suela exageradamente dura, las de un soldado del Ejército de Tierra. Para andar por el tejado sin hacer ruido era más práctico un calzado más ligero, aunque suponía un riesgo considerable si tenía que salir a toda prisa. Habría hecho falta mucho más que la típica arenga de Oliver para convencerlo de que el fin justifica los medios. Aquello era una locura. ¡Una absoluta locura!

Sacó una enorme pancarta de la mochila y comenzó a extenderla en el tejado sin hacer ruido. En el mensaje, pintado con letras negras sobre un fondo blanco, se leía «*Assassins: ens esteu matant*». Se detuvo para comprobar que estaba oculto de la vista, que había llevado consigo las cuerdas y tomar aire. No podía izar la pancarta sin las cuerdas.

Terminó de extender los quince metros de tela y corrió hasta el borde del tejado. Por suerte para él, seguía sin haber ningún guardia cerca. Los ojos de Adriá se abrieron de par en par cuando vio acercarse a Oliver. Le dirigió una mirada de exasperación, se agachó y apoyó los codos en las rodillas. Sus manos se agitaron rápidas a derecha e izquierda, como para pedir una explicación por medio de mímica.

—¿*Quina hòstia...*? —susurró Adriá.

—Tienes que hacer menos ruido, ¿vale? Hay guardias.

—¡No me rayes! Como nos pillen, esta vez terminamos en el trullo. Y como se entere Roger Martí nos expulsa de la universidad.

—Adriá, no es el mejor momento para ponerse a discutir ni para dar explicaciones y por eso he esquivado a Martí. Con toda la información que hemos reunido sobre estos cabrones, no podemos dejarlo ahora. Tenemos que hacerlo nosotros. La gente del barrio nos necesita.

—¡Esto es pasarse de la raya!

—No, es lo mismo. Solo-solo que se verá más grande.

—¿Qué es lo mismo? Apuesto a que hay unos veinte metros de altura desde el suelo, si me caigo *em fotre viu...*

—No, no, no te caerás, pero no hagas ruido o es posible que te vean. Vamos, todo irá bien.

Oliver señaló con la mano unos peldaños de piedra en la base de la chimenea, el lugar elegido para emplazar la pancarta.

—¿Y tú qué?

—Tranquilo, voy contigo.

Oliver cogió uno de los extremos de la tela y lo ató con cuerdas a un poste metálico. Adriá cogió el otro extremo y empezó a caminar por el tejado hasta el pedestal de piedra. Cuando llegó, notó las fuertes manos de Oliver en su espalda.

—Sigue subiendo —le instó empujándole por el trasero.

—No sé cómo he podido dejar que me convencieras para hacer *aquesta merda* —se quejó Adriá mientras trepaba con la pancarta colgada del brazo.

—¿Estás disfrutando de la vista? El extraordinario barrio de La Mina.

Oliver decidió que Adriá no necesitaba su ayuda. Miró a los guardias por el rabillo del ojo mientras pasaban por abajo. No se fijaron en ellos. Con suerte, él podría llevar a cabo su otro plan. Adriá miró asombrado a Oliver.

—Oye, no te largues —objetó Adriá.

—Me reuniré contigo dentro de diez minutos.

—¡*Quins collons!*

Oliver se detuvo.

—He traído un paquete —le dijo a Adriá y señaló un bulto que ocultaba en su mochila—. Nos vemos abajo.

—¿Qué? ¡No!

—Sí, esta vez se van a enterar. Se van a acojonar de verdad.

—Hostia puta, Oliver, no lo hagas.

—Mira, tú sigue a lo tuyo, campeón —dijo sin miramientos.

Oliver cruzó corriendo el tejado. Se deslizó por una cañería situada en el lateral del edificio y se sujetó con la yema de los dedos al alféizar de una ventana en el primer piso. Justo antes de que la cañería cediera, se introdujo en un pequeño cuarto; vio escobas, fregonas y estanterías llenas de productos de limpieza. Abrió la puerta y se asomó con cuidado para averiguar dónde estaba. El suelo enmoquetado, las puertas de madera noble, bonitos plafones en las paredes, placas doradas con un nombre escrito...

—Bien —murmuró y echó a andar por el pasillo.

El muchacho supuso que el despacho que buscaba era el que tenía las luces encendidas y no alguno de los otros sin luz que había pasado de largo. Se detuvo junto a la puerta acristalada, indeciso, y esperó. Hubo un tenue movimiento tras el vidrio traslúcido.

—Ah, por cierto —dijo alguien de dentro—, debéis saber una cosa.

Oliver bajó la cabeza, desconcertado, y escuchó. Al principio, eran solo susurros desordenados, luego pudo diferenciar distintos tonos de voz.

—¡Joder! —gritó—. Por eso os he llamado, porque debéis saberlo.

Alguien asintió en silencio.

—*Em cago a la puta* —dijo—. ¡Que estoy hablando con vosotros!

Hubo una pausa muy larga, seguida de murmullos.

—En definitiva, el asunto de los cojones no termina de cerrarse —añadió— y os sugiero que hagáis algo. ¿Os hacéis una ligera idea de cómo se puede torcer la cosa si vuelven a meterle miedo a la gente?

Alguien asintió otra vez en tono nervioso.

—Hace un par de días estábamos seguros de que no nos salpicaría este asunto, por supuesto, y acabamos de enterarnos de algo. Me ha llamado un amigo y me ha dicho: «Debes saber esto, puede que estéis jodidos». ¿Qué creéis vosotros que significa eso? ¡Joder!

Después de una ligera pausa, el orador continuó:

—¡Me ha dicho que ese chaval se ha buscado un buen abogado! No es un mierda cualquiera que pulule por ahí. No, ¡joder! ¡Mirad bien esta foto! Si a vosotros os lo parece, ¿verdad que no? Este podría parecer un hombre corriente, pero os aseguro que no lo es. —Hubo una pausa y continuó—: Tú, quiero que consigas toda la información que puedas sobre él: dónde se aloja, socios conocidos, hasta la marca de zapatos, joder —dijo—. Necesito saber dónde ha estado y qué ha hecho todo este tiempo.

Oliver parecía dispuesto a resistir, a correr cualquier riesgo, cuando dio un traspié y se enderezó con brusquedad haciendo ruido.

—¿Qué ha sido eso?

El pánico y la inquietud de la voz sobresaltaron al muchacho y los nervios se desbocaron. Casi se mea en los pantalones al observar una sombra creciente, preguntándose cómo iba a salir de allí sin ser visto.

—¿Hay alguien ahí? —exigió saber otra voz desde dentro.

El discurso se detuvo para bajar lenta y decididamente la manija de metal y empujar unos centímetros hacia delante la puerta. Oliver permanecía sentado en el suelo con la espalda apoyada contra la pared. Pensó huir, pero reprimió las ganas de salir disparado y descartó cualquier opción que no fuera permanecer agachado. En el interior, unos ojos encendidos centellearon recelosos sin verlo, después retrocedió unos pasos y cerró la puerta.

—Tranquilo, no hay nadie —dijo esa misma voz.

La sombra, advirtió él por el rabillo del ojo, era cada vez más pequeña. Constriñó un inoportuno temblor y continuó a la escucha.

—Quiero que te pongas en contacto con este hombre lo antes posible. Lo único que tienes que hacer ahora es llamarlo y quedar en un sitio discreto. Esa conversación será breve. Insisto, breve. Él se encargará de arreglar el desaguado. Solo acepta dinero en efectivo.

Ese oyente estuvo un buen rato sin decir nada, saboreando la historia. Oliver supuso que leía algo, un papel que estaba justo al otro lado de la puerta con un nombre escrito.

—Y tú —dijo la voz a una tercera persona— creo que ya ves por dónde va el asunto. Tenemos un problema grave, aunque salvable, pues no creo que ese abogado sepa nada que no sepamos nosotros.

—Ya —contestó otra voz—, es posible. Haremos lo de siempre. Yo nunca interfiero para nada en vuestras investigaciones. Pero hay algo que no cuadra. Como esa manía de ocultar la existencia de todos esos anónimos.

—Al contrario, aquí cuadra lo que yo quiera que cuadre. Lo que quiero es contar contigo, alguien experimentado que nos ayude con los detalles más específicos —dijo—. Si hay que hacer una cosa como esta, hay que hacerla bien. Y no pierdas el tiempo con tonterías o nos podemos ir al carajo. Las próximas cuarenta y ocho horas son muy importantes.

—Sí, claro, menudo embolado —dijo esa tercera voz—. No la jodas antes de que cobremos. *No fotes, home, no fotes.*

—Mi contacto dice que preparan algo gordo. Dice que toda la mierda que hemos lanzado sobre esa gente se volverá contra nosotros. —El hombre hizo una pausa—. ¿Lo entendéis ahora?

Por el rabillo del ojo, Oliver vio de nuevo la sombra que se acercaba. No pudo reconocer las voces, pero captó familiaridad en la sintaxis de una de ellas. «Creo que es hora de largarse», se dijo para sí.

Se dirigió a gatas hacia el cuarto de enseres y forcejeó con la manija de la puerta. Estaba atascada. Se detuvo indeciso, luego la aporreó. Hubo un ruido estridente y un tenue movimiento y la puerta se abrió. Desde dentro pudo escuchar los pasos ajetreados de alguien que avanzaba a paso ligero por el pasillo. Cogió el palo de una escoba y atrancó la puerta.

El cuarto de enseres estaba lleno de productos de limpieza y cajas de amoníaco y alcohol. «Podría explotar por los aires». Miró alrededor para decidir qué botella iba a usar como combustible. Una garrafa con algún disolvente volátil en su interior destacaba sobre las demás y estaba abierta.

Dejó la mochila en el suelo con cuidado y extrajo un paquete envuelto. Allí dentro había una pequeña bomba incendiaria de fabricación casera. Puso en marcha el sencillo temporizador encargado de producir la chispa. Tenía cinco minutos para salir de allí a toda prisa.

Su conciencia estaba en otro lugar. «Van a pagar por el daño que han hecho». Más explicaciones eran casi innecesarias.

Alguien aporreó la puerta.

Oliver logró controlar una convulsión involuntaria.

—¡Abre la puerta!

Enmudecido y aterrado, soltó la bomba, que cayó al suelo y se activó prematuramente.

—¡Venga! ¡Ayúdame! —exclamó el guardia que aporreaba la puerta—. Rápido, porque ocurre

algo ahí dentro.

—No puedo —advirtió el otro guardia que empujaba.

¡Maldición! Se había acabado su plan de colocar la enorme pancarta y rezar para que creyeran que el incendio había sido accidental. ¿Podría probar que actuaba por su cuenta? Si lo pillaban aquellos hombres, la asociación se iba a ver involucrada en aquel escándalo. Su plan se torcía.

Uno de aquellos guardias tenía en las manos una enorme barra de acero perfecta para hacer palanca, su compañero logró abrir un resquicio en la puerta y sin pensárselo la introdujo con un bramido.

—¡Quienquiera que seas, abre esta jodida puerta!

Oliver se asomó por la abertura. Vio dos bultos. Dos gigantes enormes que gritaban enloquecidos con los ojos repletos de rabia.

—¡Nooo! —dijo el guardia que estaba en el suelo—. ¡Hay humo!

«Venga, Oliver, piensa, porque se ponen nerviosos ahí fuera. ¿Qué vas a hacer ahora?».

Descartó salir por donde había entrado, la cañería se había desprendido de sus anclajes al entrar y podría caer al vacío. Se tapó la boca con las manos. Los efluvios tóxicos comenzaron a hacer un terrible efecto. Le lloraban los ojos y no podía respirar. Se debatió por mantenerse entero y lúcido.

La espada de Damocles estaba a punto de caer sobre él. El muchacho miró alrededor y más allá de la puerta. «Oh, Dios». Uno de los guardias, un hombre abultado de mediana edad, estaba de rodillas en el suelo y hacía palanca. Justo cuando la puerta estaba a punto de ceder, Oliver hizo acopio de todas sus fuerzas, tomó carrerilla, salió disparado y pasó por encima de ellos dos. Se oyó el sonido de un hueso al romperse y uno de los guardias alzó la cabeza, desconcertado, y emitió un sonido histérico y gutural.

La bomba continuó produciendo espesas nubes de humo oscuro, ácido y demoledor. En ese instante, se disparó la alarma de incendio. Las espitas en el techo se activaron de repente y el agua cayó a raudales. Oliver corrió tan rápido como pudo. Zancada a zancada, en pocos metros la diferencia era enorme. Torció a la derecha y enfiló por un pasillo. Y, de pronto, se detuvo jadeando. «Demasiado tentador». Suspiró y se pasó las manos por el pelo mojado. Él se volvió para hacer algo antes de marcharse: averiguar quién estaba presente en esa reunión. Su imaginación jugueteó con la idea de descubrir un gran escándalo. No quedaba otra que dejarse la piel en el intento.

El despacho con las luces encendidas estaba a tiro de piedra y era posible que aún quedara alguien en su interior. El muchacho añadió ese imponderable a la lista que llevaba ya en mente y dio un respingo.

Se sentía fuerte y listo para continuar, pero cuando entró el corazón de Oliver redobló. El impacto fue absoluto. Los asistentes se habían marchado, pero uno de los guardias se giró hacia él después de abrir una ventana. Parecía sentirse muy confiado como sugería su sonrisa socarrona. Esperaba callado, maldecía por dentro. Oliver le había roto la mano izquierda y la rabia y el dolor estaban aún presentes y frescos.

El muchacho sintió el peso del mundo sobre sus hombros. El resultado de esa pugna estaba

cantado dos veces. El hombre se situó frente a él y extrajo con suma arrogancia un aturdidor del cinturón preparado para disparar una descarga eléctrica. Oliver parpadeó ante el humo, el agua y la luz titilante.

La subida de adrenalina le volvió temerario. Era mejor zanjar aquel asunto allí mientras aún podía mantenerse en pie y respirar al mismo tiempo. Descartó huir por la puerta. Al fin y al cabo, su oponente era un tipo alto de mediana edad, fornido e implacable, pero con una mano rota.

Los obreros gritaban despavoridos desde una distancia indeterminada. La bomba incendiaria, rodeada de líquidos y compuestos volátiles, había producido una reacción terrible, espectacular y desconcertante. Continuaba ardiendo a pesar del agua que salía de las espitas contraincendios.

«Ahora o nunca», pensó.

Parpadeó cegado por el humo y atravesó el despacho a toda velocidad, sorteó la mesa de reuniones y aceleró el paso. Por desgracia, el guardia de la mano rota le esperaba frente a la ventana con los dientes apretados. Y tenía un par de palabras que decir al respecto.

Oliver no se relajó cuando vio que conectaba el aturdidor.

Una descarga, ¡zas!, surgió de la nada.

Refulgencias blancas rozaron su entrepierna.

Oliver gritó y embistió al grandullón como un toro de lidia. Los dos cayeron al suelo en un enredo de brazos y piernas. El guardia aferró su pie, por completo desquiciado. Tal vez fue por las extrañas circunstancias o por el arrebató de la adrenalina causado por el peligro, pero cuando el muchacho vio que el hombre estiraba el brazo para coger de nuevo el aturdidor, y tras un segundo de indecisión, se afianzó bien al suelo y extendió la pierna con tanta fuerza que lo barrió unos metros hacia atrás.

El guardia le farfullaba confundido. Oliver parpadeó, asombrado, veía un atisbo de luz después de todo, se puso en pie y salió por la ventana. Para ser un primer piso, parecía mucha altura. El contenedor a su derecha era una alternativa plausible, pero, sin duda, peligrosa. Se preguntó cuánto dolor y moratones le costaría la caída. «Por favor, no».

Un salto al vacío y se zambulló en lo desconocido. Una alfombra de plásticos, cartones y madera le esperaba. Habría jurado que notaba los huesos de la espalda romperse en mil pedazos. Al cabo de un rato, su cuerpo recuperó la movilidad.

Oliver daba tumbos por la calle, aturdido y desorientado. Sus pulmones ardían en busca de oxígeno. La gente le miraba perpleja.

Adriá, que lo había visto por última vez en el tejado, lo notó cambiado y con razón. Su ropa estaba empapada y arrugada; el pelo, blanco y sucio. Tenía la cara tiznada y los ojos rojos, irritados por el humo.

—¡Joder, tío! ¡*Quin embolic s'ha muntat!* —le dijo y tras advertir su rostro macilento bajó un poco el tono—: Oliver, ¿qué has hecho?

—Me he pasado de la raya, lo sé. Pero tenía que hacerlo.

—*Quin embolic s'ha muntat* —repitió—. Lo que no comprendo es por qué no me lo dijiste en su momento.

—No podía. Además, no lo hubieras entendido.

—¿Y qué has visto? —Adriá se animó a preguntar—. ¿Ha merecido la pena correr el riesgo?

Oliver suspiró y siguió adelante en silencio. Que lo reconocieran había sido un grave error; tarde o temprano, le pasaría factura. Repasó mentalmente lo que iba a suceder. Ya sería bastante difícil explicar lo de la dichosa pancarta, cuando volviera a la universidad, para tener que dar explicaciones sobre el incendio.

Ahora que empezaba a librarse de la subida de adrenalina, resonó en su mente el tono y el timbre de esa tercera voz e hizo una desagradable conexión mental. Sintió un helor súbito en la boca del estómago.

—Mm, no estoy seguro. —Oliver lanzó una enigmática mirada a Adriá, paladeando su secreto—. Tal vez compense lo que hemos hecho —y sonrió.

Capítulo 5

Un par de fluorescentes en el techo iluminaban la estancia amueblada tan solo con unas viejas mesas de madera, tres bancos para los asistentes y cuatro sillas. En la pared del fondo había un marco con una fotografía del rey Felipe VI vestido con una elegante garnacha, el toisón de oro y el gran collar de la justicia; como en todas las salas de juicios de España.

El juez le dio la palabra a Terror. Encubría sus nervios bastante peor que en otras ocasiones. Se limitó a decir sin perder la calma:

—Con la venia de su señoría y de toda la sala, para interesar que se decrete la libertad condicional sin fianza de mi defendido Hugo Brouwer, de conformidad con lo ya manifestado.

El juez se incorporó en su silla y repasó los archivos de rigor buscando inconsistencias en la escueta propuesta de la parte acusada, mientras Terror escudriñaba su rostro para asegurarse de que no atisbaba duda. Cualquier expresión habría sido deseable a la cara de póker que mostró. No demostraba emoción alguna.

Alzó una mano.

—¿La parte querellante? —y se giró hacia el abogado de Enric Farré.

—Nada que añadir, señoría.

Terror frunció el ceño con visible decepción. Era la ocasión perfecta para solicitar la adopción de la medida por alguna de las partes acusadoras. En caso contrario, se abría la puerta a una posible libertad provisional.

Un sentimiento agridulce lo embargó. Los dos extremos contrapuestos estaban de acuerdo; algo poco probable y complicado de explicar. Sintió una ardiente curiosidad por los motivos de tal desidia. Solo porque pareciera una oportunidad perdida de enviar a Hugo a la cárcel, eso no quería decir que no encerrara otro significado bien distinto del revelado.

Si su oponente tramaba alguna estratagema jurídica, habría tenido que urdir un plan sorprendente e innovador, pues Terror, con su experiencia, no encontraba réplica a la contradicción.

Fue cuestión de un instante encontrar una respuesta. Se trataba de una victoria demasiado fácil en pro de una batalla bien distinta. El abogado de Enric Farré buscaba la libertad de Hugo tanto como él, no sería desacertado dejar pasar el tiempo necesario para poner en peligro la vida del chico.

—El ministerio fiscal —dijo el juez y deslizó una mano sobre la mesa.

El enésimo momento de la verdad. El turno era ahora para el fiscal. Tardó unos diez segundos en hablar y Terror sentía la misma curiosidad por escuchar lo que tuviera que decir. La cárcel o la calle, cualquiera de las dos opciones planteaba sus pros y sus contras, aunque todo era mejor que una sombría cancela de acero coloreando el paisaje en torno a su defendido.

Bien por convencimiento, o bien porque la parte querellante no había solicitado prisión provisional, el ministerio fiscal tampoco propuso en su alegato la adopción de la medida y Terror se vio asintiendo con la cabeza.

—Póngase en pie el acusado —dijo el juez, que ya rumiaba el veredicto.

La madera del banco emitió un chasquido parecido al de un hueso al romperse. Hugo estaba entumecido, la cara demacrada, los ojos enrojecidos y sus manos sujetas por unos grilletes pulidos al tacto, pero inapelables en su cometido. Se le veía vulnerable en contraste con su familiar y vanidoso perfil, vestido con la misma ropa sucia y fétida durante dos días.

Se tambaleó nervioso y se puso de pie con torpeza. Más incertidumbre, más leña a la hoguera, más zozobra.

La angustiosa perspectiva de la cárcel y la destemplanza iban por dentro, tan dentro que al impertérrito Terror le habría gustado haber podido gritar la palabra «libertad» desde una de las ventanas de la sala de vistas.

Poco se parecía la imagen a la de la película *Anatomía de un asesinato*, pues la extraña multitud de fieles secesionistas que hundían el trasero en los bancos de madera querían un escarmiento, el puñal seguía estando en las manos de quien atentó contra la hija del nuevo líder independentista, sobre todo ahora que el conflicto catalán pasaba por un decisivo punto de inflexión.

El juez, un hombre voluminoso de unos cincuenta años, vestido con su singular toga, de negro, con sus escudos, puñetas y vuelillos, por aquello de perfilar la exterioridad que a cada uno corresponde, terminó de cuadrar con torpeza los folios del expediente sobre la mesa. Alzó las manos.

—Ponderadas las circunstancias que rodean al caso, las peticiones de las partes y una vez tenidas en cuenta las condiciones del acusado, este tribunal decreta su puesta en libertad condicional sin fianza.

Terror sonrió, lleno de verdadera satisfacción.

—¿A qué espera? —le dijo Terror a uno de los policías que aguardaban en la sala—. ¡Quítele las esposas!

Abrió los brazos y los dos se fundieron en un tierno abrazo. Hugo se arrojó a él como el que se arroja al vacío. Se sintió pequeño, diminuto, pero a salvo. Un reencuentro que solo duró unos segundos.

—Ya está —dijo Terror y se giró para saludar al tribunal.

—¿Cómo lo has conseguido tan rápido? —preguntó Hugo asombrado.

—No sé si lo entenderías.

—En eso tienes razón —convino Hugo.

El abogado de Enric Farré negó con la cabeza.

—No me lo creo —dijo Joaquín Serna, que así se llamaba—, qué buena suerte has tenido, compañero. Quizá te haya subestimado.

—Lo dudo —replicó Terror—. Este triunfo no tiene nada que ver con la buena suerte. No existe ninguna razón legal por la que te hayas mostrado tan magnánimo. Es bastante extraño.

—A lo mejor me salté esa clase —sugirió Serna—. O puede que desee ver con qué nos deleitas la próxima vez, *company*. Tus intervenciones son verdaderamente reveladoras.

—La mosca y la polilla —dijo Terror y lo señaló con el dedo índice.

—¿Qué significa eso? —preguntó Serna.

—Pues resulta que la polilla se rio de la mosca insensata mientras esta forcejaba para liberarse de la miel —explicó Terror—. Sin embargo, toda su sabiduría no le impidió jugar con fuego y quemarse las alas.

—Vaya, vaya. Mira esto —anunció Serna, señalándolo con el dedo—, ahí tenemos al nuevo David Terror. Eres una caja de sorpresas.

—Es una simple fábula infantil —refunfuñó Terror—. Aunque yo te sugiero que te acostumbres a mi otra faceta.

Serna y Terror intercambiaron una mirada.

—¿Qué esperas sacar de este caso, por el amor de Dios?

Terror frunció el ceño y meditó su respuesta. Si su teoría conspirativa era cierta, Hugo tenía un problema serio. Farré poseía la astucia y los medios necesarios para deshacerse de Hugo sin dejar pruebas incriminatorias.

—No lo sé —dijo Terror—. Lo iré viendo sobre la marcha.

—Hoy en día, compañero, un abogado con principios —dijo Serna en tono burlón— es un abogado sin futuro. Pero me encanta tu optimismo.

—Por lo visto, le encanta a todo el mundo —dijo y le estrechó la mano.

Terror y Hugo se quedaron solos en el pasillo hasta que la afluencia fue menor. Algunos abogados deambulaban todavía por el vestíbulo, codeándose los unos con los otros, con sus ropas más elegantes y sin mácula, afeitados o maquillados con esmero.

—¿Estás bien? —le preguntó Terror a Hugo.

—Yo, pues no sé. Tengo ganas de vomitar.

—Aguanta —le susurró al oído.

Alguien se encaminó disimuladamente hacia ellos. Era Pepa Moreno, la inspectora encargada del caso de Sarah Farré. Iba vestida con pantalones negros y una chaqueta gris plateado ajustada, con la cremallera subida hasta la mitad; entre elegante y descuidada.

—Ah, hola —dijo Pepa en un intento de resultar agradable—. Veo que has salido bien parado —y miró a Hugo.

—Sí, así es —respondió Terror con energía.

—¿Supongo que te habrás enterado de lo que ha ocurrido en Químicas Ripoll? —preguntó Pepa, dirigiéndose a Terror—. Menuda puesta en escena con la que añadir más leña al fuego.

—Pues sí —contestó él y la tomó de un brazo para alejarla de Hugo—. ¿Ya no piensas que sean simples pirados?

—Hay quien piensa que es una estrategia política. Cataluña siempre ha sido una telaraña de intereses corruptos que no se llega a desentrañar y de los cuales los ciudadanos son siempre las únicas víctimas. Aunque este es un simple hecho aislado. Y no merece tal consideración.

—Siempre hay margen para empeorar. ¿Es esa la versión oficial?

—No hace gracia, David, y sí, es la versión por el momento.

—¿Alguien vio a los responsables?

—Vieron a dos jóvenes huir del lugar de los hechos a toda velocidad. Todavía no hemos podido identificarlos.

—Entiendo —dijo Terror y añadió—: Supongo que no has pensado que pueda haber alguien por ahí que odia de una manera atroz a esa gente.

—No dudo de que así sea. —Pepa hizo una pausa—. Pero no veo qué relación puede haber entre ese hecho y este caso.

—Claro. ¿Cómo vas a verlo?

—La cúpula ha dicho que no.

—Ya, y para eso impedirán tomar un curso más problemático.

—Se alegrarán los que luchan contra la violencia machista.

—¿Eso te enseñaron en la academia de policía? Lo de jugar al gato y al ratón. Que pierden los de siempre. Que todo es una partida de póker.

—No te enfades, David, que de tonto no tienes un pelo. Cada uno sabe lo suyo. Todos tenemos nuestras contradicciones, ¿acaso tú no?

—Farré se puso de parte de Químicas Ripoll y dejó de lado las quejas vecinales. Autorizó los permisos. Y Sarah puede haber pagado por ello.

—¡Dios mío! —repuso ella en voz alta—. Esa chica es asesinada y tú pretendes cargarle la culpa a su padre.

—Al menos, me lo planteo —soltó Terror.

Pepa asintió con aire pensativo.

—No sé si va a servir de algo.

—¿Qué quieres decir?

—Ni tan siquiera vas a poder alegar enajenación mental transitoria. —Pepa miró a Hugo de hito en hito—. Tengo la sospecha de que no se trató de un desafortunado ataque de celos que da lugar a la muerte de una víctima inocente. Creo que su intención fue precisamente esa: matarla.

Terror necesitó tiempo para digerir la información y pensar qué decir.

—¿Con premeditación y alevosía? No puedes hablar en serio.

—Me temo que sí.

—En el hipotético caso de que a Hugo se le fuera la cabeza, estaríamos en presencia de un homicidio involuntario.

—Bueno, abogado —dijo Pepa—, todavía no lo puedo asegurar, pero te advierto que puede que se trate de un asesinato por venganza.

—¿Venganza? ¿Por ponerle los cuernos?

—Habla con el carita guapa.

—¿Para qué necesito hablar con él?

—Para obtener respuestas.

—¿Respuestas a qué?

—Hugo te ha contado una parte de la historia, pero la cosa va más allá. No eran celos, nunca

fueron celos. Era algo más complejo.

—Vamos, ¿no lo dirás en serio? —insistió Terror.

—Mira bien a tu alrededor y dime qué ves.

—A un muchacho inocente.

—No dispongo de más tiempo, tengo que declarar —dijo comenzando a caminar a la vez—. Si quieres saber más, ya sabes dónde encontrarme.

La inspectora se dio la vuelta y se marchó. Terror se quedó mirándola hasta que entró en la sala de vistas. Parecía más interesada en los detalles superfluos que en obtener pruebas de cargo. ¿Estaba siendo presionada desde arriba para que culparan a Hugo? De repente, la bulliciosa actividad del lugar pareció detenerse, la bruma voló y resonaron incómodas sus palabras: «Hugo te ha contado una parte de la historia».

Ese ronroneo perceptible le hizo sospechar. Cayó en la cuenta de que, con independencia de las intenciones de la inspectora, el trasfondo real de la situación lo conocían unas pocas personas. Y él no se contaba entre ellas.

La incoherencia lo dejó intranquilo. Al final, dejó de hablar entre dientes, pues no tenía tiempo para pensar en lo que le había dicho, aunque allí de pie sintió un cosquilleo recorriendo su espalda.

Terror se paró junto a Hugo y lo miró con el ceño fruncido, aunque no supo qué decir. Se le veía agotado y débil. Con la mirada vacía. El olor nauseabundo por la falta de higiene personal y el constante uso de la misma ropa había invadido su cuerpo. Permaneció junto a él en silencio, como si no pudiera encontrar una razón plausible en la que fundamentar la confianza en su inocencia. La advertencia de Pepa se repetía: «Asesinato por venganza».

Luego sacó su teléfono móvil y llamó a un taxi. Cogió del brazo al muchacho y ambos se encaminaron hacia la puerta con prudencia.

—Estoy deseando llegar a casa, David —dijo Hugo—. Si tú no quieres venir, puedo ir solo.

—No, te acompaño. —Terror esbozó una tímida sonrisa de agrado—. Quiero hablar con tu hermana y después contigo cuando hayas descansado.

—Sí —dijo Hugo y lo miró cariacontecido—, claro que sí.

Al llegar a la puerta del juzgado, ambos se detuvieron.

La temerosa sonrisa desapareció del rostro de Terror.

Se oyeron unos gritos:

—*És aquí! Ja ve! S'hi acosta! Ja arriba!*

Medio centenar de curiosos y un nutrido grupo de periodistas caminaban en procesión de un lugar a otro hasta que se congregaron en un rincón del juzgado para contemplar la salida del presunto asesino de la hija del líder independentista y se aseguraron bien de no perderse ningún detalle.

La salida de los imputados quedaba separada del resto por un cordón policial formado por los Mossos d'Esquadra y el Cuerpo Nacional de Policía (CNP). Obligados a unir fuerzas para evitar mayores incidentes.

No habían cruzado el umbral de la puerta, cuando los *flashes* empezaron a saltar con un

chasquido que resonó como un trueno dentro de sus cabezas. Los fotógrafos levantaron las cámaras y comenzaron a gritar el nombre de Hugo Brouwer. Disparaban como locos y rodeaban al muchacho como una araña antes de devorar a su presa.

—¡Santo Dios! —exclamó Terror—. Menudo despliegue.

—¿Qué pasa? ¿Qué es todo esto? —dijo Hugo extenuado, mientras Terror lo tomaba por el brazo y le animaba a seguir adelante.

—Tranquilo y no digas nada —respondió. Se aseguró de que Hugo no tropezara al caminar—. En la esquina nos espera un taxi.

Y, en efecto, allí estaba su coche. Y alguien más.

El implacable Enric Farré. Mal momento para encontrarse con él.

Se mostraba tímido y muy amable con la prensa, aseguraba que iba a remover cielo y tierra en busca del asesino de su hija y alababa la labor de la policía con una seriedad admirable.

Terror dudó de la pureza de sus intenciones. Aquel primer baño de multitudes después del largo silencio tras el trágico suceso le hizo sospechar que intentaba utilizar los recursos a su favor.

Recién ascendido al solemne escalafón de candidato a la presidencia de la Generalitat, había proclamado su superioridad sobre el resto al prometer «un referéndum reconocido internacionalmente sobre la independencia de Cataluña». Con el Gobierno central tramitando la amnistía, no era descartable que lo consiguiera. Dedicó parte del discurso y de sus energías a su campaña pública, incluso en esa triste coyuntura.

Sin embargo, él insistía ante los periodistas en el dolor producido por la pérdida de su única hija. Pero cuando Terror lo escuchó repetir frases mecánicamente, con dificultad al hablar, la mirada fija, sin pestañear y muy quieto con su impecable estampa, como había hecho en otras ocasiones, lo vio de súbito como lo que, en realidad, era: un oportunista. A pesar de la puesta en escena, una vez apagado el interruptor político, seguía siendo un padre desolado; nadie se iba a atrever a discutirle el puesto.

El panegírico de exaltación con la prensa y de charla elemental fue en declive, con un largo y habitual silencio frente a los micrófonos reveló que no deseaba hacer más declaraciones. Entonces, de repente, se dio la vuelta.

Al ver a Hugo, su expresión se ensombreció e hizo lo que cualquier padre en cualquier época haría: mostrar un odio visceral hacia el asesino de su hija. Los ojos de Farré se clavaron en los del muchacho, como los de un leopardo antes de atacar a su presa, y él reaccionó apartando la mirada.

Terror se estremeció por dentro cuando lo vio caminar resuelto hacia su posición flanqueado por un par de guardaespaldas y varios asistentes, pero era inevitable: la confrontación estaba servida.

Sabía que había desafiado a un enemigo peligroso, pero tenía que demostrar que iba en serio y que no le tenía miedo, que haría cualquier cosa por Hugo. Aunque no estaba preparado. La prepotencia de Farré, su fuerza, su carisma y su intencionalidad iban a caer sobre ellos.

Era mucho más alto que la masa humana a su alrededor, más de metro noventa, delgado, con el pelo canoso y bien peinado. Todo su ser emanaba autocontrol, pero se notaba una expresión

melancólica en su cara alargada.

Terrer apartó con el brazo a Hugo para que se situara detrás de él y se volvió de cara a un fornido guardaespaldas que parecía un campeón de boxeo de los pesos pesados. Farré le tocó en el hombro y se alineó detrás de él.

—¿David Terror?

Farré no le tendió la mano. Miró con recelo a su adversario y enemigo. Al ambicioso abogado que había osado defender al asesino de su hija.

—Sí..., el mismo —murmuró Terror—. Siento mucho su pérdida.

Farré no respondió, pero sus ojos acusadores fueron a parar a Hugo. Y si este parecía debilitado antes, en un abrir y cerrar de ojos se apoderó de él un miedo irracional que fielmente reflejó su rostro.

—¿Busca notoriedad?

—¿Cómo dice?

—Es fácil. O lo sería si lo comparamos, por ejemplo, con su última actuación en Torrevieja —dijo con voz profunda y con una dicción cuidada.

Terrer se relamió sus carnosos labios ante la perspectiva de refutar una afirmación como esa, pero no se molestó en discutir el comentario. No era el lugar ni el momento para hacerlo.

—Soy abogado. Es mi trabajo.

—¿Quiere saber lo que es usted? —murmuró Farré.

—Debe de estar sufriendo un dolor atroz. No puedo siquiera imaginarlo. —Terrer esperó y Farré suspiró—. Una cosa así afecta a cualquiera. Tiene derecho a estar enfadado, pero no conmigo.

—Eso lo decidiré yo. Usted preocúpese de proteger *a aquest desgraciat* y encárguese de su bienestar. Hoy ha estado a punto de morder el polvo.

Terrer respiró hondo, ignoró el comentario y dijo:

—Enric —y se permitió el lujo de llamarlo por su nombre de pila—, creo que deberíamos hablar en privado, los dos solos.

Los fotógrafos seguían al acecho con cara ansiosa. Colocados a lo largo y ancho de la calle, apuntaban con sus cámaras en busca de un primer plano.

—¿Qué pretende con ello?

—Me gustaría hablar de su hija —dijo Terror nervioso—. Aunque no lo crea, estoy tan interesado como usted en encontrar al culpable.

La expresión de Farré era insondable. Se tomó su tiempo en contestar.

—Los tiene bien puestos, Terror —dijo, concentrado en desvelar lo que los ojos de su rival escondían—. Es curioso que piense que puede querer y desear lo mismo que yo. Quiere mezclar agua y aceite. Lo sabe, ¿verdad?

—No lo sé —dijo Terror con dignidad—, pero tampoco se pierde nada por probar. No desperdicie la ocasión de comprobarlo.

—No estoy seguro de que sea buena idea —dijo Farré y miró a Serna, su abogado, que asintió con la cabeza.

—¿Por qué complicarnos la vida cuando podríamos ayudarnos?

—¿Para qué? Las pruebas contra su cliente son abrumadoras.

—Podría ser —repuso Terror—. Pero ahora mismo no es más que una hipótesis. Es preferible, en mi opinión, que revele cuanto sepa sobre su hija. Enric, usted la conocía bien, mejor que nadie. Y me he enterado de algunas cosas que podrían suponer un giro en la investigación. ¿Por qué no me dedica unos minutos de su tiempo? —dijo Terror, incitándolo.

Farré suspiró de nuevo e hizo la última comprobación con su abogado.

—Mm, está bien, Terror. Aquí tiene mi tarjeta —dijo y alargó el brazo mientras los *flashes* de los fotógrafos immortalizaban el momento—. Envíeme un mensaje y veré si puedo quedar con usted otro día.

—Lo haré. Por supuesto que lo haré —repitió Terror.

Farré asintió muy serio.

Terror le miró mientras se marchaba con su séquito y se giró para mirar a Hugo, a su espalda, que estaba para el arrastre.

Al darse la vuelta, el político estaba de nuevo rodeado de periodistas. Enderezaba los hombros, veía cómo le temblaba la voz mientras hablaba o se tensaban los músculos de su cara. No era que nadie le pidiera explicaciones. Las frases hechas se sucedían unas a otras, las torpes palabras para explicar lo que sentía. Ordenaba el personal a su alrededor. Entretenía con su charla.

Una vida que Terror no deseaba para él, una existencia pública que amenazaba los límites de la intimidad y la familia. Pero él parecía encantado con el papel de protagonista. No era la típica conducta de un padre desamparado cuya felicidad hubiera sido engullida por una vida truncada. No engañó a nadie y nadie se sintió defraudado.

Pero para Terror había un único culpable, un asesino, y un padre herido al que habían arrebatado parte del propósito en su vida y que persistía con ahínco en encontrar al responsable de la trágica muerte de su hija. Debía de ser el escaño más duro y solitario que Farré había ocupado en toda su vida. Era evidente que muchos se habían apiadado de su situación; pero otros, en cambio, lo habían celebrado con entusiasmo.

Capítulo 6

Consternada, Michelle comprobó la hora en el reloj colgado en la pared del salón. Esperaba que Terror volviera a casa con buenas noticias sobre su hermano. Aún mejor, que regresara con él. Había tenido lugar la vista para decidir sobre su libertad provisional y no sabía qué había sucedido. Había pasado la noche en vela y toda la mañana estuvo nerviosa y agitada.

Observó su lívido aspecto reflejado en el espejo. Las grandes ojeras de insomnio, las largas líneas de preocupación que atravesaban su rostro y el maquillaje corrido por el llanto habían formado en sus mejillas unas grietas como las de una vieja estatua de mármol tras décadas a la intemperie.

No había parado de mirar el reloj; su único consuelo fue esperar sola, triste, desamparada. Sin embargo, tenía la sensación de que el sufrimiento no decaería. El escueto mensaje que había recibido de Terror antes de entrar en el juzgado era de lo más etéreo: «Nos vemos en tu casa». No decía nada más y cualquier posibilidad de llamarlo quedaba descartada.

Michelle había comprado la prensa del día, que, una vez más, se había hecho eco como en días anteriores de la muerte de Sarah: «El asesinato de la hija de Enric Farré», lo llamaban. Cuando Michelle leyó los titulares, no pudo evitar echarse a llorar desconsolada. La vida de Hugo tal y como la conocía, en el deshonesto papel de «presunto» asesino brutal y despiadado, y la suya propia se habían teñido de negro y daban vuelta para siempre.

No era la primera vez que sufría por él, apenas le quedaban dedos en la mano para contar sus sempiternas tonterías, pero sabía bien que, esta vez, a pesar de su empeño, no iba a ser capaz de reparar el daño con una simple disculpa o con una sanción económica. No había un solo minuto del día en que no notara el peso angustiado del tormento, que no se avergonzara por lo que le había sucedido a su hermano.

David Terror era, para bien o para mal, el elegido; se limitó a salir en su busca cuando le contaron dónde podía encontrarlo. Era el primer hombre por el que Michelle había sentido algo de verdad, amor verdadero, y por el que todavía profesaba cariño y afecto.

Nunca había deseado tanto volver a ver a alguien. La verdad era que había pensado en su exmarido muchas veces. Había recordado su esencia, su cuerpo y cómo la miraba fijamente, incapaz de contenerse. Había fantaseado con recordar lo que sucedía durante toda la noche en aquella habitación que compartían. Algo íntimo.

Dejó de cavilar sobre tan atrayente recuerdo al oír el timbre de la puerta de entrada de su apartamento, en el barrio de Sarrià. Situado en la zona periférica sobre la falda izquierda de la sierra de Collserola. No era un barrio más, irónicamente, a pesar de que los más ricos se habían instalado en la zona, se había distinguido por conservar su identidad y el almidonado ambiente de pueblo que los lugareños daban por sentado y los acaudalados inquilinos adoraban.

Poco después, la puerta de entrada resonó con estrépito. Michelle oyó tres golpes secos en la madera. Típico de Terror. Hay costumbres que nunca cambian. Una pausa y luego el sonido del giro de la manija de la puerta.

Mientras recorría el pasillo, pensaba si vería de nuevo el rostro de su hermano. Embargada por una certeza instintiva, lo oyó mucho antes de verlo y su corazón empezó a palpar de la emoción. Tenía una voz joven y recia, que el cansancio y las horas de vigilia habían conseguido atenuar. Cuando se aproximaba a la puerta de entrada, esta se abrió para dar paso a dos hombres con amplia sonrisa.

—Dios, ¡menos mal que habéis llegado! —dijo mirando a Hugo, que nada más verla la abrazó con tal ímpetu que casi se cae al suelo.

—¡Hermana! —exclamó.

Ella se alegró de verlo bien después de lo que habría sufrido encerrado en aquel calabozo. Aunque olía mal y estaba desaliñado.

—¡Cuánto me alegro de verte! —completó el muchacho.

—¡Y yo de verte a ti, Hugo! —dijo Michelle, que sonrió agradecida a su exmarido y también tuvo deseos de abrazarlo.

—Te vendría bien descansar un poco —añadió Terror.

—Estoy bien —informó—. ¿Qué son un par de días encerrado en un sucio calabozo?

Por su expresión, parecía muy animado. Los tres rieron su ocurrencia.

—Entra. Estás en tu casa, David —le dijo Michelle muy alegre—. Me agrada verte de nuevo por aquí.

Como si el tiempo no hubiera pasado, Terror entró y cerró la puerta.

—Acompáñame —pidió ella—. Estaremos más cómodos en el salón.

Mientras caminaban por el pasillo, Terror comprobó que apenas había cambiado nada en el apartamento, excepto algún detalle sin importancia. Los pocos cambios que Michelle había hecho consistían en un bonito espejo, algún cuadro colgado en la pared o una figurita, pero mantenía el aire chapado a la antigua de la vivienda. Le vinieron a la mente recuerdos fugaces de cuando compartían ese mismo espacio; fue la primera casa donde vivieron como recién casados. El característico y penetrante olor del parqué de roble, los techos altos, los sólidos muebles de madera, tal y como la recordaba.

—No quiero agobiarte, pero mañana hay cosas de las que hablar y discutir largo y tendido. Necesitas descansar —le sugirió Terror a Hugo.

—Tranquilo, estaré preparado —dijo y continuó hacia su habitación, pero no pudo resistirse a echar un vistazo y se dio la vuelta deteniéndose en mitad del pasillo—. ¿Estaréis bien?

—Claro. Tú descansa —contestó Michelle.

Hugo continuó con parsimonia, dejándolos solos.

—Es un regalo tenerlo de vuelta —continuó Michelle, orgullosa como si todavía estuvieran casados—. Gracias a ti. Sabía que lo lograrías.

—¿Podemos hablar? —propuso de inmediato Terror.

—Sí, claro que podemos.

Después de su ruptura, último estertor de una relación agotada, en la vida de Michelle seguían entrando y saliendo amistades, amantes ocasionales y reencuentros; pero también guardaba un espacio a la incomprensión y los celos. Las mentiras y las traiciones de su relación con el abogado tras más de diez años juntos seguían siendo una losa demasiado pesada donde el amor y el dolor se volvían indistinguibles.

—¿Quieres algo de beber, David?

—No, gracias, estoy bien.

Terrer no sabía qué decir. Acarició la piel del sofá; ese tacto tan suave le trajo recuerdos. Ella iba vestida con un traje negro muy elegante, con la espalda y los hombros al aire. Parecía que acabara de estrenarlo. Michelle se dio cuenta de que Terror observaba su vestimenta.

—Es nuevo.

—¿Qué?

—El vestido. ¿Te gusta?

—Es precioso.

Michelle sabía que Terror iba a venir, pero, a juzgar por cómo se había vestido, él no sabía cómo interpretarlo. Quizá una parte de él esperaba que todavía quedara algo de amor entre ellos. Terror se dio cuenta de que el hecho de que su exmujer lo hubiera abandonado tenía mucho que ver con la falta de cuidado. De manera que debía poner el freno de alguna forma y ser más razonable para no alentar en su corazón falsas esperanzas.

Ambos se miraron a los ojos. Acto seguido, Michelle preguntó:

—¿Cómo está? —le dijo refiriéndose a Hugo.

—Todo lo bien que cabría esperar. Después de tantas horas encerrado, está asustado y es vulnerable y no quiero que nadie se aproveche de él.

—¿Puedo hacer algo?

—Espera a que duerma un poco y coja fuerzas. Pero me preocupa que empiece a comerse la cabeza.

—¿Cómo ha ido la vista?

—En general, ha ido bien. Ha sido una victoria fácil. Pensé que la parte acusadora se lo tomaría más a pecho, que no desistiría. Era lo natural.

—Has tenido buena suerte —repuso ella.

—La suerte no tiene nada que ver aquí —replicó Terror.

—¿Ha pasado algo más? —empezó ella—. ¿Algo que deba saber? ¿Tal vez una mala noticia? —añadió.

Terrer asintió con la cabeza con una expresión seria en su rostro.

—Nos hemos encontrado cara a cara con Enric Farré en la puerta del juzgado. Ha sido extraño.

—¿A qué te refieres?

—Hablamos. Y la prensa se nos echó encima.

—Nadie quiere perderse el espectáculo; lo que quieren es crucificar a Hugo. Un escarnio público. Se le van a echar encima sin miramientos.

—Eso no puedes evitarlo.

—De todos modos, deberíamos hacer algo. Tal vez sea mejor que me marche con él. Puedo dejar mi plaza en la universidad y regresar a Holanda.

—Me temo que eso no va a ser posible —dijo él tajante—. Hugo tiene prohibido abandonar el país. Debe comparecer ante el juzgado.

Terrer oyó que llamaban a la puerta. Ella se levantó para abrir y él caminó por el pasillo hacia la puerta principal. Vio a Michelle junto a un hombre moreno, alto y atractivo de unos cuarenta años, vestido de traje y con un periódico doblado bajo el brazo.

—Ha vuelto, ¿no es así?

El tono indicaba familiaridad. Que se acentuó cuando el desconocido le cogió las manos a su exmujer y la miró muy fijo y muy cerca.

—Así es. El hijo pródigo ha vuelto a casa. Se ha ido directo a su habitación. Está exhausto y necesita descansar.

—¿Quieres que haga algo por vosotros? Lo que sea.

—Te lo agradezco, Javier, pero estamos bien.

Terrer estaba como congelado en medio del pasillo. Por supuesto, no había duda de que eran íntimos. Sintió celos al imaginarse que podría haber algo entre ellos dos. Unos celos extraños, pues no se le había ocurrido pensar que Michelle pudiera mantener una relación con otra persona.

El hombre percibió la presencia de alguien y se separó de ella de forma deliberada. Michelle notó que Javier dejaba de mirarla y se dio la vuelta.

—Ah, vaya —dijo el desconocido—. No sabía que tenías compañía.

Ella los miró a ambos con gesto incómodo.

—Javier, este es David Terrer, mi exmarido.

El hombre saludó a Terrer con la cabeza, pero no le tendió la mano.

—Qué coincidencia —dijo y miró con desaprobación a Terrer—. Soy Javier Guirao, compañero de Michelle en la universidad.

—Encantado de conocerte —respondió él.

Javier clavó su mirada en el rostro de Terrer. Sabía que su presencia allí esa tarde respondía al juicio de Hugo. De hecho, no tenía por qué resultar tan extraño, pero cuando Michelle se volvió y miró a su otrora marido con aquellos ojos a su parecer vulnerables su corazón empezó a latir con fuerza y se dispuso a hurgar en la herida.

—Abogado —dijo—, no me imagino haciendo ese trabajo: defender a personas que han hecho cosas terribles o... ¡Dios!, no me refería a Hugo.

Terrer sonrió al oír aquello y decidió que sería mejor no entrar al trapo.

—Tranquilo, estoy acostumbrado —respondió.

—Hay gente que cree que, si pierde, puede fingir que no tiene nada que ver. No se atreven a reconocerlo. Como pasa con la libertad.

«Bocazas», pensó Terrer.

Durante unos segundos, se limitaron a permanecer en silencio, aunque Javier se dio cuenta de que estaba de más y que debía marcharse.

—Bueno, solo quería asegurarme de que estabais bien —le dijo a Michelle—. Tal vez debería haber avisado antes de presentarme en tu casa.

—No digas tonterías —dijo ella—. Aquí siempre eres bienvenido.

—Nos vemos mañana —se despidió y con una sonrisa añadió—: Me alegro de haberte conocido, David —alargó la mano—. Esta es mi tarjeta. Si puedo servirte de ayuda en el caso, llámame.

—Dalo por hecho.

Cuando Michelle estaba a punto de cerrar la puerta, Javier alargó el brazo para impedirse y le dijo en un tono de voz sobradamente alto:

—Acuérdate de que el viernes por la tarde se inaugura la exposición Dalí que tanto te gusta. Me dijiste que vendrías.

—¿La exposición? —preguntó ella—. Tengo que pensarlo, ¿vale?

Michelle cerró la puerta, regresó al salón y se sentó al lado de Terror. En ese momento, estaba preocupada por lo que pudiera pensar su exmarido.

—Javier es un buen amigo —empezó ella—. Me ha ayudado mucho en estos últimos dos años y también a Hugo. Yo no sé cómo explicarte.

Terror miró a Michelle, casi a través de ella. Parecía incómoda.

—No, no tienes por qué decir nada —la interrumpió—. Sé que no lo habrás tenido fácil. No me debes ninguna explicación.

—Es que después de lo nuestro las cosas han ido muy rápido. No puedo cargar con tanta obligación —contestó y sus ojos se volvieron vidriosos—. Los líos que dejaron mis padres después de morir, pero, sobre todo, Hugo.

—¿Qué quieres decir?

—Siento que he perdido el contacto con él. Se ha convertido en un experto en pasar inadvertido. Casi no hablamos. Sé que he estado ocupada y que estos dos años no he podido prestarle la misma atención que antes.

Terror asintió incómodo y decidió cambiar de tema:

—¿Te suena el nombre de Roger Martí?

—Sí, claro. Es un catedrático de mi universidad.

—Me he enterado de que lideró a unos cuantos vecinos del barrio de La Mina en una especie de cruzada.

—La demanda contra la fábrica —terció ella.

«¡Qué demonios!». El expresivo rostro de Terror reflejaba perplejidad.

—¿Sabías lo de Químicas Ripoll? ¿Por qué no me lo dijiste?

—No sé por qué —dijo ella—. No pensé que fuera importante.

Al mirar a Michelle, vio que tenía la frente sudorosa. Terror cerró los ojos, apretó los labios, que formaron una línea delgada y fina.

—Ya veo que aquí todo el mundo guarda secretos.

—Estoy siendo sincera.

—¿Seguro? Porque yo no tengo esa impresión.

Michelle lo miró con dureza.

—¿Qué insinúas?

—En el puerto te pregunté si había algo más que debía saber y solo me hablaste de ese chico, Oliver, y de no sé qué de las consecuencias de los actos del padre de Sarah. ¿Acaso te parece razonable? ¿Quieres explicarme qué está pasando aquí, Michelle?

—¿Te parece mal que quisiera simplificar las cosas?

—Yo no digo que esté bien o mal. Lo único que digo es que me gustaría haberme enterado por ti.

—Sí, tienes razón —reconoció ella—. Lo siento. Lo siento mucho.

—Cuéntame lo que sepas de ese asunto.

Michelle se inclinó hacia delante.

—Unos decían que Químicas Ripoll era la responsable de las muertes y otros, que no. Muertes producidas por cáncer. No eran especulaciones, pasaba de verdad —afirmó sin dudar—. Lo que pasa es que, por lo visto, la información era incompleta. Para Roger estaba claro que era muy importante crear una asociación y elaborar un informe, pero la verdad es que ninguna de esas cosas funcionó. Javier también se vio seducido por la idea y con esto de las emisiones a la atmósfera, es verdad, hay que tener mucho cuidado.

—¿Hugo estaba metido en eso? —preguntó él.

—No directamente, al menos que yo sepa, pero Sarah sí. Se pasaba el día hablando de esa fábrica y de cómo la gente enfermaba. Nadie se ponía de acuerdo, comenzaron los altercados y se produjo una guerra encubierta que todavía continúa. Todo salió mal después de que se desestimara la demanda.

—¿A qué te refieres?

—Roger Martí se apartó del asunto, la mayoría de la gente que formaba parte de la asociación se cansó, pero Sarah no. Ese chico en particular, Oliver, se erigió en una especie de cabecilla. Sarah se pegó a él como una lapa y eso desató el enfrentamiento con Hugo.

Terrer se quedó pensativo y miró el reflejo del sol de la tarde en la ventana. Recordó lo que Pepa Moreno le había dicho en el juzgado: «Tengo la sospecha de que no se trató de un desafortunado ataque de celos que da lugar a la muerte de una víctima inocente». Ahora entendía los fundamentos de su sospecha. Supo que en aquella historia había más, mucho más.

—Y por eso me contaste lo de Oliver.

—Exactamente por eso —dijo obligada a justificarse.

Terrer vaciló.

—Bueno, puede que Hugo haya pagado los platos rotos por esa guerra encubierta que has mencionado antes. Sea como sea, tengo que averiguar qué ocurrió en realidad.

—Ojalá pudiera ayudarte.

—Lo estás haciendo.

—Sí, pero sé que no lo he hecho bien. No te lo he contado todo. Estoy asustada, David. Puede que esto sea culpa mía.

Aquello fue demasiado para ella, se echó a llorar. Michelle no podía cargar con aquel peso,

pues durante este tiempo había visto cosas. Gente de una moralidad intachable que, en realidad, ni eran inocentes ni estaban libres de vergüenza. Respiró hondo y parpadeó para librarse de las lágrimas que aún enturbiaban sus ojos.

—No te he contado...

—Lo de Químicas Ripoll, déjalo correr —la interrumpió—. O sea que no te sientas culpable. Es lógico que no quisieras empeorar las cosas.

Ella quería ser capaz de llegar hasta el final, pero él no la escuchaba cuando trataba de explicárselo. Michelle asintió y luego dijo:

—Sí.

—¿Qué crees que sucedió esa noche? —le preguntó Terror.

—No lo sé —Michelle negó con la cabeza—, pero aquel muchacho que tú conociste no tiene nada que ver con el que ves hoy. Hugo ha cambiado. Antes sabía que no habría sido capaz de hacer algo así, pero ahora...

Él alzó una mano para interrumpirla.

—Michelle, en serio, no creo que la matara —dijo para tranquilizarla.

—¿Y cómo puedes saberlo? ¿Cómo? —repitió ella suplicante.

Incluso en aquel doloroso momento, sus ojos tenían un brillo especial y, cuando Terror la estrechó entre sus brazos, ella se sintió reconfortada y a salvo. Se dio cuenta de que dejaba de sentir el peso de la responsabilidad, esa punzada de remordimiento que lastraba cada paso que daba.

—Él dice que no lo hizo —confirmó Terror.

—Sí —contestó ella y añadió—: ¿Y tú le crees? —Michelle había dejado de llorar.

Él la tenía cogida de las manos, con firmeza, pero, al mismo tiempo, con la suavidad del tacto de una mota de algodón.

¿Le creía? ¿Era Hugo un asesino? Su instinto de abogado le decía que no. Por supuesto que no o, cuando menos, esperaba que así fuera. Pero la verdadera pregunta que resonaba en su cabeza era «¿qué está pasando?». Puede que su excuñado fuera inocente, pero estaba seguro de que tanto Hugo como Michelle no eran del todo honestos con él.

—Sí, le creo.

—No estoy preparada para cargar con esto yo sola —masculló ella, que bajó la mirada—. Es muy duro.

Terror observó los ojos de Michelle. Resultaba obvio que le costaba asumir una situación que había sobrepasado con creces los límites de lo moral y humanamente tolerable.

—¿Lo viste salir el lunes por la noche?

—Ni siquiera me di cuenta. Por desgracia, tengo que reconocer que mis dotes de hermana protectora brillan por su ausencia.

Terror hizo oídos sordos al furtivo comentario culpable.

—Has dicho que ha cambiado. ¿Sabes si está metido en algo?

—No sé gran cosa —dijo por decir algo.

Terror hizo tiempo en silencio antes de preguntar:

—¿Sabías que Enric Farré participó en el juicio contra la fábrica?

—No.

—Estuvo imputado por autorizar los permisos de la fábrica.

—Ya. No creo que eso vaya a ayudar a mi hermano.

—Todavía no puedo probarlo, pero quizá que Farré se viera implicado en ese asunto tenga algo que ver con la muerte de Sarah.

Michelle lo fulminó con la mirada.

—¿Sarah? Si fue una de las que más lucharon por los afectados.

—Quizá fueron esas las consecuencias a las que ella se refería. A veces los pecados de un padre los puede expiar una hija.

—Creo que estás siendo injusto, David —repuso Michelle, escéptica por naturaleza—. Esa chica era un verdadero ángel. Se portó muy bien con esa gente. Luchó por ellos. Quiero decir que dudo mucho de que alguien en ese barrio quisiera hacerle daño y mucho menos matarla.

Terrer no podía explicar su férrea oposición. Extrañamente, aunque semejante teoría podría exonerar a su hermano, Michelle no quería aceptarla. Entonces se dio cuenta de que ella tenía razón. Sabía que había sido injusto después de decirlo. Sarah era la única víctima: ella estaba muerta.

—Sí, puede ser —dijo con cierto apuro.

Michelle no podía más. Estaba agotada. Se puso en pie, echó un rápido vistazo al reloj, interrumpió la conversación y dijo:

—Por la mañana madrugo porque tengo que preparar un examen. No quiero que pienses que soy una desagradecida, pero necesito descansar.

Terrer sintió que, en realidad, estaba gritándole que se marchase cuanto antes y se guardó del eventual reproche.

—Por supuesto, hablamos en otro momento —contestó él.

Ella lo acompañó hasta la puerta, más tranquila y sosegada. Antes de cerrar, lo examinó de arriba abajo.

—Tienes un aspecto estupendo, David —y le miró la cintura.

—Tonterías —repuso él con una sonrisa en los labios—. Tú sí que estás estupenda. Mejor que estupenda: estás aún más guapa de lo que recordaba.

Ella titubeó mordiéndose el labio y lo miró fijamente. Se sentía un poco tonta al flirtear de aquella forma y se dio cuenta de que era mejor mantener la fantasía de recuperarlo que arriesgarse a perderlo de nuevo.

Capítulo 7

—Bien, ya podemos empezar —dijo Terror con voz queda. Se sentó en el sofá de su habitación —. Toma asiento, a lo mejor lo necesitas.

—Gracias —dijo Hugo sin mirarlo.

—¿Has pasado buena noche?

—He dormido como un bebé.

—¿Seguro? Eso de que te encierren es una putada.

Terror se le quedó mirando. No tenía por qué haberse preocupado. Lo había visto volver a casa sin siquiera despeinarse después de estar tres noches seguidas de marcha.

—David, deja de preocuparte. No voy a volverme majara.

—No sería la primera vez.

—Esta vez no. Pero gracias —replicó él, irónico.

—Me alegra oírlo. Ninguna consecuencia negativa para ti.

Permanecieron en silencio un rato. No había prisa. Terror pensó que era mejor no apresurarse, a fin de que el muchacho se sintiera a gusto y la conversación pudiera avanzar.

—Esta mañana cuando he salido de casa había periodistas.

—La historia de Sarah cobra cada vez más fuerza y repercusión en la prensa, sobre todo teniendo en cuenta quién es su padre —dijo Terror.

—Si alguien me pregunta sobre el caso, ¿tengo que decirle que no soy culpable? —preguntó Hugo.

Terror negó con la cabeza.

—De momento, no.

—Entonces, ¿qué digo?

—Nada.

—Pero deben saber que soy inocente —protestó Hugo—. ¿Por qué no puedo hacer declaraciones?

—No puedes. A menos que yo te autorice.

—Genial. Que digan lo que quieran. Al fin y al cabo, ya lo hacen.

—Estás imputado por asesinato, Hugo. Deberías entenderlo. Cualquier divulgación de información sobre el caso podría ser nefasta para ti.

—Está bien —se disculpó—. Te prometo que seré prudente.

—Si lo haces, todo irá bien. Pero tienes que mantener la boca cerrada, ¿me has entendido? Si hablas o te ven por ahí, le darás una excusa a la prensa para machacarte más todavía. Y también debes pensar en tu seguridad.

—¿A qué te refieres?

—Que tal vez deberías considerar la posibilidad de quedarte en casa hasta que esto pase.

—¿Y no ir a la universidad? De eso ni hablar.

—Tampoco podrás hacer lo que haces habitualmente —añadió Terror.

—¿Qué quieres decir?

—Salir de fiesta.

—Vaya, de poco me ha servido que me sacaras de prisión —se quejó—. ¿Has pensado encerrarme para que no pueda hacer daño a nadie?

—No voy a dignificar eso con una respuesta.

—¿Por qué no?

—Hugo, yo no pretendo que estés encerrado en casa el día entero, pero deberías pensar en tu seguridad y obrar con sensatez. Tengo miedo de que te ocurra algo. Tienes que entender cuál es ahora tu situación y deberías hacer un esfuerzo por adaptarte.

—Es la segunda vez que te justificas con el argumento de la seguridad —replicó, visiblemente molesto—, pero no me sirve. Sé cuidar de mí mismo.

—Me alegra oírlo, pero lo más probable es que Enric Farré pretenda tomar represalias —comentó Terror—. No dejará que te vayas de rositas.

—No puede hacer nada, David.

Terror apoyó los puños en las rodillas y negó con la cabeza.

—Me importa una mierda si crees que ese hombre es una hermanita de la caridad. ¿Por qué crees que te ha dejado salir de prisión?

—No sé. Es la primera vez que me pasa.

—¿Compasión? ¿Crees que lo ha hecho por compasión?

—Pues la verdad...

—Hugo, eres tonto. ¡Va a ir a por ti!

Hugo masculló algo ininteligible. Terror le dedicó un asentimiento y el muchacho no discutió.

—¿Qué te ha contado mi hermana? —quiso saber.

—Intenta aclimatarse; no está siendo fácil para ella.

Hugo se sobresaltó.

—¿Qué te ha dicho? ¿Me cree? —preguntó y unas lágrimas contenidas brillaron en sus ojos y su boca tembló.

—Tiene dudas acerca de lo que siente, porque piensa que no has sido completamente sincero con ella. Le tendrías que haber contado lo de tu pelea con Sarah. Además, esa no es la única cosa extraña que has hecho, ¿sabes?

—No sé por qué dices eso.

—Obvio. No tenías que haberme ocultado que estabas metido de lleno en esa batalla contra Químicas Ripoll —dijo Terror.

Hugo apoyó la cabeza en las palmas de las manos. Se le cayó el alma a los pies al pensar en Sarah.

«Una batalla que acabó con su vida».

Oyó que Terror carraspeaba.

—Mira, yo no creo que tú mataras a Sarah, pero también sospecho que me ocultas información. Y bien sabe Dios que así no puedo ayudarte.

—No te lo conté porque no pensé que fuera importante.

—Ahórrate las gilipolleces y explícame cosas. De la pobre Sarah, por ejemplo.

—¿A qué te refieres?

Terrer estiró el brazo y puso la mano en el hombro de Hugo.

—Estoy empezando a cansarme. Cuéntame lo que sepas ahora mismo.

—No sé lo que pasó, David. Te lo juro.

—Está bien. Será mejor que empecemos por el principio. ¿Quién te dijo que Sarah iba a estar esa noche en el barrio de La Mina?

—Me lo dijo un compañero de clase.

—¿Quién? —preguntó y apretó los dedos—. ¿Cómo se llama?

—Se llama Adriá Moreno, es... un pirado amigo de Oliver.

—¿Lo sabía alguien más? ¿Había más gente delante cuando te lo dijo?

—No, estábamos él y yo solos. No había nadie más.

—¿Qué hacía Sarah cuando la encontraste?

—Estaba a punto de subir a su coche.

—¿Dijo de dónde venía?

—No, no me lo dijo. —Tras una pausa añadió—: Sarah insistió en que estaba muy cansada, que había sido un día muy duro para ella. Uno de los más duros de su vida.

—¿Uno de los más duros de su vida? —repitió Terrer.

—Eso fue lo que me dijo. No le creí, fui un idiota.

Hugo dejó de hablar para no dar lugar a la especulación, pero Terrer sospechaba que no estaba contando la historia completa.

—¿Por qué no le creíste?

—Ya te lo comenté; creí que tal vez había estado con Oliver.

—¿Y por qué iba a estar con Oliver?

—Era lo que decía todo el mundo, que estaban liados.

—¿Y cómo puedes estar seguro de algo así?

—No lo sé. Ese manipulador la tenía dominada.

En esos momentos, nada tenía sentido. Hugo ignoraba quién más sabía que Sarah estaba esa noche en el barrio de La Mina. Tampoco sabía de dónde venía ni si había estado realmente con Oliver.

—¿Viste a alguien más por allí?

—No vi a nadie. Hasta que apareció Carla.

—¿Qué hizo ella, Carla? ¿Qué dijo?

—No lo sé. No me acuerdo. Se quedó allí con Sarah.

—Vale, luego volveremos con Carla. ¿Qué hiciste después de dejar a Sarah y a Carla en el barrio de La Mina?

—Me fui directo a casa y me acosté.

—¿A qué hora te fuiste de allí y a qué hora llegaste a casa?

—Eran más o menos las once cuando me fui del barrio. Llegué a casa unos veinticinco o treinta minutos después. Lo que tarda el metro a esa hora.

—¿Te vio alguien llegar?

—No.

—¿Ni siquiera tu hermana?

—Estaba durmiendo. Se levanta temprano.

—¿De modo que nadie te vio marcharte de casa ni tampoco regresar?

—Supongo que no.

—¿Llamaste a alguien por teléfono desde casa?

Hugo hizo girar los hombros y no contestó. Terror prosiguió:

—Deja que te explique una cosa: a estas alturas la policía debe de tener en su poder tu registro telefónico. Será mejor que seas sincero conmigo. ¿Le contaste a alguien lo de tu pelea con Sarah?

—No.

—¿Seguro? Son esas las cosas que uno quiere contar, compartir.

—No sé. A lo mejor lo hice.

Dio la impresión de que Hugo parecía sufrir de una amnesia selectiva acerca de lo ocurrido aquella noche.

—Está bien —dijo Terror.

El abogado organizó los hechos en su cabeza. Después de dejar a Sarah con Carla en el barrio de La Mina, Hugo regresó directo a casa sobre las once y media de la noche, pero nadie lo vio llegar. Así pues, Carla era la única que lo había visto marcharse. No sabía si había llamado o enviado un mensaje a Sarah o a alguien más esa misma noche, pero esa duda tendría respuesta.

A las siete y media de la mañana, la mujer de la limpieza encontró a Sarah en su apartamento, muerta por varias heridas producidas con arma blanca en distintos sitios del cuerpo. El arma homicida había desaparecido. El forense estableció la hora de su muerte alrededor de medianoche o, lo que es lo mismo, después de su pelea con Hugo.

Terror se reclinó en el asiento. No cabía duda, alguien más estaba al tanto del altercado entre Hugo y Sarah y había ocultado cuidadosamente su rastro. Además de Carla, que apareció de improviso.

«Carla, siempre Carla», se dijo Terror a sí mismo.

Hugo le leyó la mente.

—Estoy jodido, ¿verdad? Todo el mundo creerá que yo la maté.

—Si te sirve de consuelo, yo te creo. Pero todas las pruebas apuntan cada vez más en tu dirección. Fuiste a buscarla a ese barrio porque estabas enfadado con ella. Amenazaste a Sarah, la insultaste, la agrediste y ahora está muerta. Y si existe la más remota posibilidad de que salgas de este lío es encontrando a otra persona que tuviera un motivo para matarla.

—Vete a saber, David. Ella era muy especial y tenía enfadada a mucha gente, pero cuesta creer que alguien quisiera hacerle algo así.

—¿Y Carla? —sugirió Terror.

La frase quedó suspendida en el aire hasta que Hugo preguntó:

—Un momento, ¿no pensarás que fue ella quien la mató?

—Sí, se me ha ocurrido. Me dijiste que terminaron odiándose.

—¿Carla? Imposible.

Terror atisbó algo extraño en su expresión. Aquella idea lo reconcomía tanto que tuvo la impresión de que había dado en el clavo.

—¿Cómo lo sabes si no estabas allí?

—No-no tengo forma de saberlo. —Estaba contrariado y balbuceaba.

—Carla sabía que os habíais peleado y que habías amenazado a Sarah, pero, a pesar de ello, no se lo dijo a nadie ni acudió a la policía hasta que la encontraron muerta. Cuesta creer que alguien se guarde esas cosas para sí. Si yo fuera el asesino, habría procurado aprovechar esa coyuntura.

—Ya, pero yo no creo que Carla...

—¿Qué pasa con ella?

—Que no deberías implicarla en esto.

—Si supiera lo que es «esto», a lo mejor.

Hugo negó con la cabeza como si quisiera espantar esos pensamientos.

—Sigue sin parecerme bien.

Los dos se miraron con frialdad.

—Mira —dijo Terror con voz ronca, casi áspera—, es probable que no te hayas dado cuenta. Lo que pasa es que alguien ha estado siguiendo los pasos de Sarah allá donde ha ido, algún astuto observador ha aprovechado el tiempo y tus sentimientos hacia ella a su favor. Por desgracia, esto no es una novela. Deberías haber percibido ya que tu vida pende de un hilo que maneja a su placer un desconocido sin escrúpulos.

Hugo asintió y se levantó y se limitó a andar en círculos delante de él. La habitación estaba oscura por las tupidas cortinas y el suelo enmoquetado amortiguaba sus pisadas. Cuando por fin se detuvo, casi choca con él.

—¿Hemos acabado ya?

—Sí. Dejémoslo por hoy.

Hugo había estado en el punto de mira desde el principio y las cosas irían a peor si no cambiaban las tornas. Su culpabilidad quedaría confirmada con las pruebas de ADN, pues la había agredido. Una axiomática evidencia que certificarían los restos de piel de Sarah en sus uñas o residuos de tejido.

Pepa Moreno ya lo había juzgado. Con su lógica aplastante, es probable que pensara que después de su pelea con Sarah Hugo fue a su apartamento con la excusa de reconciliarse y la mató. Quienquiera que fuera aquel cabrón que la había asesinado había urdido un plan magistral, convencido de que la conciencia social y la policía no se detendrían a considerar otro culpable que Hugo y otro delito que el de violencia machista. ¿Qué podría poner como cebo para que ese gusano que se escondía bajo tierra se expusiera a la vista?

El muchacho se despidió una vez terminada la conversación. Terror le estrechó la mano y le dio

un abrazo.

—Cuídate, ¿vale? —dijo y lo dijo de verdad—. Y no hagas tonterías.

Hugo salió de la habitación del hotel de Terror, tomó el ascensor y se plantó en la calle, entornó los ojos y miró el cielo. La gente pasaba por su lado en ambas direcciones. La mañana era calurosa y muy soleada.

Suspiró tedioso y enderezó los hombros. Sintió el repentino impacto del reconocimiento y tembló de pies a cabeza por una sacudida enervante. Probablemente esos fueran sus últimos días en libertad; *game over!* Pasaría la mayor parte de su vida entre rejas.

—————

Terror salió de su habitación diez minutos más tarde. Llevaba un traje oscuro con una tela fina muy cómoda. Hurgó en el bolsillo interior de la chaqueta y encontró la tarjeta de visita que buscaba. En el anverso se podía leer «Javier Guirao Peñalva. Profesor asociado de Derecho Administrativo». En el reverso, su teléfono móvil escrito con bolígrafo azul. Volvió a guardar la tarjeta en el bolsillo y tomó el ascensor hasta la planta baja.

Eran las diez de la mañana y todavía no había desayunado. Se dirigió al bar del hotel, donde encontró a Ginés López detrás de la barra, de plantón, pasaba sutilmente una bayeta por la reluciente superficie de la madera.

Se inclinó sobre una mesa con la prensa del día y escogió un periódico al azar. Lo hojeó por encima y leyó los titulares. Apesadumbrado, contempló que Hugo y él salían en primera plana. Un fotógrafo había inmortalizado el momento del épico cara a cara con Enric Farré en la puerta del juzgado. Esa imagen y sus rostros culpables hicieron que quisiera rasgar el papel. También vio una foto de Sarah en un mitin político, sosteniendo con involuntaria ternura un panfleto con el nombre de su padre. Qué irónico, pensó.

Después de mucho análisis, el profuso artículo llegaba a la conclusión de que había un potencial asesino: Hugo. Aunque también se enumeraban las abundantes intimidaciones que Farré había sufrido a lo largo de los años y se citaba, asimismo, a Darío el Grande, ese anónimo que había amedrentado mediante notas deleznales a Enric Farré y su familia.

—A nadie se le ha ocurrido que el asesino pudiera ser ese desconocido o que, por lo menos, pudiera ser cómplice. Y que Hugo sea inocente —soltó.

En páginas interiores, se mencionaba a Pepa Moreno y la investigación que ella le había mencionado en el Parc del Besòs sobre ciertos sobornos a políticos y altos cargos. La detención de un funcionario municipal resultó clave para destapar una cloaca de irregularidades, malversación de fondos públicos y extorsión que la Fiscalía investigaba con particular celo.

La tercera noticia que le llamó la atención aparecía en la sección de sucesos en las páginas interiores del periódico. Se trataba del incidente en Químicas Ripoll. Sea como fuere, le llamó la atención que la redacción resultara contradictoria, siendo difícil dilucidar en este punto los motivos del incendio o la autoría, pues no había duda de que la enorme pancarta y el mensaje que los acusaba de ser unos asesinos era un buen indicativo de ello.

Terrer dejó escapar un leve murmullo en la silenciosa atmósfera de la cafetería. Puso encima de la barra el periódico y se fijó de nuevo en Ginés López: «Lo peor es que ese abuso está engendrando violencia».

Recordó sus palabras y trató de ponerse en el lugar de aquel hombre, de sentir su arrebato hondo y violento; una rabia visceral dirigida contra esa fábrica ante la imposibilidad de ejercer algo tan primario como el derecho a la vida, el legítimo deber de cuidar de los suyos. Aquella tarea era ahora más fácil para él y le entendía. El hombre se situó junto a él.

—*Anem* —dijo Ginés con un guiño—. Siéntese. ¿Le apetece un café?

—Sí, por favor. Qué tranquilo está todo —dijo Terrer mientras miraba a su alrededor y se sentaba en un taburete.

Ginés dejó la humeante taza de café sobre la barra.

—Yo que leo mucho me he enterado de lo buen abogado que dicen que es usted y de las cosas que ha hecho y por qué está aquí.

Terrer lo miró fijamente.

—¿No quiere añadir nada más, Ginés? —El abogado hizo una pausa—. ¿Podría contarme qué piensa acerca de ese asunto?

—Cuando un hombre con una espada se enfrenta a otro con una pistola, el de la espada es hombre muerto.

—Bueno, a lo mejor la pistola se encasquilla —apuntó Terrer.

Ginés negaba con la cabeza. Sin hablar, articuló las palabras «me temo que no».

—Necesitaré algo más que suerte y una reputación privilegiada.

—Ya veremos —dijo Terrer—. A veces es cuestión de actuar, Ginés.

—Debería ser así; pero hay muchas posibilidades de que ese chico no salga de esta, señor Terrer. La violencia machista puede enmascararlo todo. Sobre todo, si saben lo que hacen esos hijos de la gran puta.

—¿Quiénes?

—Joder, usted no escucha.

Terrer pareció incomodarse.

—Todavía no está condenado. No es justo para él. Además, las pruebas que lo incriminan son circunstanciales. Aunque tiene usted razón en que en los asesinatos de este tipo poco más se necesita para condenar a alguien.

—Desde luego. Es una lástima, una lástima.

El silencio reinó durante varios segundos.

—¿Usted también cree que mi excuñado mató a Sarah Farré?

—Lo que yo opine no importa y creo que incluso usted tiene sus dudas. Lo que sí sé es lo que puede ocurrir cuando te enfrentas a Enric Farré. Es el mismo «elegido» que autorizó los permisos de esa fábrica —bramó—. Es un abuso de autoridad y, como tal, no debe tolerarse.

—No se estará refiriendo a...

Ginés estiró el brazo y abrió el periódico por la sección de sucesos.

—La gente está más harta que nunca —y señaló con el dedo la noticia sobre el incendio en la

fábrica.

El abogado asintió.

—Según parece, nadie sabe qué ocurrió en realidad —dijo Terror, pero los ojos de Ginés no decían lo mismo: «Los que vivimos allí lo sabemos».

—Sí, eso es lo que dicen, pero yo no me lo creo —contestó Ginés.

—¿No?

—No. Puede pasarse por el barrio cuando quiera y verlo usted mismo. Esa fábrica envenena a la gente y la gente reacciona. Alma por alma, ojo por ojo, diente por diente, mano por mano —dijo Ginés en voz alta—. ¿Cómo acabará esto? En una desgracia mucho más grande, *collons que sí*.

—Estoy al tanto. De hecho, puede que el caso que llevo tenga algo que ver con ese incidente en Químicas Ripoll —sugirió—. Oficialmente, es un caso de violencia machista. Pero yo no estoy tan seguro.

—Ahora sí que parece entenderme.

—Sí, de eso se trata —explicó Terror, acercándose a él. Hizo una pausa antes de añadir—: Puede que exista una relación causal.

—Todo está relacionado en esta vida, todo tiene su causa y buscándola es seguro que al final la encontrará —declaró solemne.

Siempre con una idea en mente, Terror preguntó:

—¿Estaría dispuesto a ayudarme?

—¿Cómo?

—Contándome qué es lo que ocurre con esa fábrica.

—No pensé que tuviera tanta curiosidad por los problemas de barrio.

—Pues ya es usted consciente de la ironía.

—Intento mantenerme al margen. Me hierva la sangre de pensarlo.

—Sí, lo he notado. Y su hija, ¿qué opina?

Ginés dijo con amabilidad:

—¿Catalina? Ella no podría..., ya me entiende.

Terror exhaló un suspiro.

—Supongo que sí —reconoció.

—Hable con Roger Martí. Es el único que sabe la verdad y que puede contarle las cosas que necesita saber.

Ginés López estaba en lo cierto: aquel era su hombre.

—Por supuesto que tengo que hablar con él y cuanto antes, mejor.

En el curtido rostro de Ginés había un gesto de fastidio y cansancio.

—No sé nada de leyes o política, pero, por lo que veo, en este tipo de asuntos gana quien más aguanta. No toleraremos que nos envenenen como hasta ahora —aseguró—. A partir de ahora será peor, señor Terror.

Intercambiaron una mirada; ese viejo rostro inescrutable no revelaba mucho más. Sus palabras, en principio descabelladas, tenían cierto sentido de la proporción a pesar de que Terror no las

compartiera. Ginés López era un humilde vecino de barriada barcelonesa, sin capacidad para acceder a las clases altas y poderosas de la sociedad, alguien que luchaba por lo que consideraba una vida digna en un universo menos real.

Terrer se hizo una idea bastante razonable de lo enervados que estaban los ánimos entre los residentes del barrio. No pretendía ofenderlo y tampoco esperaba sacar más de él. Le dio las gracias por la charla, apuró el café, le pidió que lo apuntara en su cuenta y se marchó despidiéndose.

Capítulo 8

El taxista dio un volantazo mientras se abría camino entre los vehículos y Terror tuvo que agarrarse con fuerza al pasamanos.

—Por poco —dijo el hombre inexpresivo.

No había forma humana posible de adelantar a ese camión.

—¡Apártate, ¿vale?! —gritó—. ¡Vamos!

Con un movimiento vertiginoso fruto de muchas horas al volante, el ferviente aspirante a piloto ganó una posición y se colocó de nuevo en el carril derecho. Podría haber esperado a que el camión de mudanza girara por cualquier perpendicular a la Gran Vía, pero no le pareció bien jugar limpio. Terror intentaba valorar su pericia al volante, aunque no le quedó más remedio que aguantarse. De lo contrario, iba a llegar tarde a su cita con Javier Guirao, el «compañero» de Michelle en la Universidad de Barcelona.

Se acomodó en el asiento trasero, estiró los pies y miró a su alrededor. Notó una sensación agridulce cuando su inescrutable mirada se clavó en el monumento a la memoria de las víctimas que fallecieron en aquel terrible accidente en el Hospital de San Carlos, a principios de los ochenta. Apenas recordaba la espantosa tragedia. Una inexplicable fuga de gas había segado la vida de treinta y dos personas, entre residentes y enfermos, cuyos nombres estaban escritos con mayúsculas en una formidable cruz de mármol de color gris pardusco de unos quince metros de altura.

Nadie lo esperaba. Allí ocurrió algo terrible. Una tragedia que sacudió la Ciudad Condal. Había personas que resultaron heridas, escandalizadas y desesperadas, pero afrontaron sus pérdidas con resignación y accedieron a cuantiosas indemnizaciones que ocuparon de forma fría el lugar de sus seres queridos. No se veía otra cosa en el centro de la plaza, aparte de las hojas caídas arrastradas por el viento. El apocalíptico recuerdo duró poco, el taxista se movió como un rayo y el monolito se esfumó de la escena con rapidez.

El hombre condujo hasta la plaza de la Universidad y detuvo el coche frente al edificio histórico de estilo neorrománico. Acto seguido, le indicó al abogado que había llegado a su destino, enterrando sus dudas bajo tierra.

Terror franqueó la puerta principal y accedió al vestíbulo de repente sombrío después de la intensa luz del exterior. Después continuó hasta la majestuosa escalera de honor y de allí al primer piso a través de un tramo de escalones de mármol blanco que se bifurcaba en dos; su destino, el Rectorado, estaba a la derecha.

Se detuvo a observar el artístico y suntuoso espacio decorado con seis cuadros cedidos en depósito de la importante colección del Museo del Prado. Y cómo unos coloridos tapices con

diferentes escudos encajaban entre sí en las paredes o el toisón de oro que presidía la noble escalera. Un celador lo vio distraído y dio un paso adelante.

—¿Puedo ayudarle en algo, señor? —dijo.

Era alto y delgado, lucía un grueso bigote. Su marcado acento catalán no dejaba lugar a dudas sobre su procedencia.

—Me llamo David Terror. He quedado con Javier Guirao.

—Claro. Espere un momento, enseguida le aviso.

El hombre se retiró a toda prisa y Terror aprovechó para ajustarse la corbata y alisarse los puños de la camisa en la luminosa y opulenta antesala de techos muy altos. Cinco minutos más tarde, Javier hacía acto de presencia.

—Hola —dijo con una sonrisa irónica y le estrechó la mano de forma mecánica—. Veo que no pierdes el tiempo.

—Así es. —Terror asintió.

—Bueno, dime, ¿qué puedo hacer por ti?

—Me gustaría conseguir información sobre algunos de tus alumnos.

Javier hizo un gesto de desagrado.

—Estoy seguro de que entenderás que hay cierta información que no puedo compartir contigo sin haber obtenido antes su consentimiento.

—Tienes un sentido del deber muy particular.

—Pragmatismo gallego.

—Perdona mi brusquedad. No pretendo que hagas nada ilegal. Solo quiero saber qué es lo que sucede con Químicas Ripoll.

Javier adoptó una expresión cariacontecida que desconcertó a Terror.

—De acuerdo, sígueme y te explicaré lo que pueda —acotó él en voz baja.

Lo condujo por el pasillo hasta su despacho. Entraron despacio en el acogedor espacio, amueblado con pulcritud, y Javier fue el primero en hablar.

—Siéntate, por favor —le dijo mientras rodeaba el escritorio—. ¿Te apetece tomar algo? ¿Café?, ¿agua?, ¿un orujo?

Terror declinó la oferta, impaciente por ir directo al grano.

—¿Has leído el periódico de hoy? —El eco de la frase flotó en el aire—. Parece que la guerra contra esa fábrica sigue abierta —comentó el abogado.

Javier abrió los ojos de forma desmesurada y, acto seguido, asintió.

—¡Buf! Este último suceso ha sido alarmante. Los presuntos aspirantes a Robin Hood ya no se manifiestan con pintadas en las paredes, con bulos o mensajes en las redes sociales. —Hizo una breve pausa—. Este tipo de actos se han convertido en una práctica habitual y sistemática entre el grupo de vecinos afectados. Entiendo que es muy duro para ellos asumir la verdad.

—Fue a un par de jóvenes a los que vieron huir de la instalación, Javier. Al parecer, jóvenes universitarios. Me pregunto por qué.

—Supongo que tienen sus motivos.

Terror lo miró con expresión inquisidora.

—¿Intuyo corresponsabilidad en tu respuesta?

Javier vaciló.

—¿Qué?

—Acabas de justificarlo, incluso parece que lo compartes.

—No lo justifico.

Terrer calló. Necesitaba recabar información acerca de la implicación de ciertos universitarios en este desagradable suceso, por no mencionar hasta qué punto estaban implicados Javier y Roger Martí en el asunto.

—Es lamentable, ¿vale? Hicimos cuanto pudimos para impedir estos enfrentamientos —continuó Javier sin un ápice de duda en sus palabras—. Luchamos contra Químicas Ripoll con todas las armas posibles, pero siempre dentro de la más estricta legalidad. Por desgracia, el problema se nos fue de las manos sin darnos cuenta.

Javier extendió las palmas en un gesto de resignación y añadió:

—No podemos impedir que determinadas personas se tomen la justicia por su mano, pero tenemos una política de tolerancia cero a la violencia en el departamento —explicó—. Hemos tratado de mantener a nuestros estudiantes alejados de cualquier tipo de acto vandálico, al menos, mientras podamos ejercer un cierto influjo sobre ellos.

«... se tomen la justicia por su mano». Aquí estaba el meollo del asunto. Quizá Javier supiera quién tenía motivos para cometer un asesinato.

—Hugo comentó algo sobre una asociación.

—Así es. La asociación es el rostro visible, la encargada de representar los intereses de los vecinos en el juzgado, y ese es el único papel que ha desempeñado desde su constitución. Fue idea de Roger Martí; su intención era sacar a la luz pública los casos de cáncer para canalizar el dolor y el sentimiento de odio de los afectados de una forma racional y civilizada.

—¿Hicisteis eso con todas las familias afectadas?

—No, solo con aquellas que acudieron a nosotros en busca de ayuda en un momento tan trágico.

—¿Y no crees que se os ha ido de las manos? —replicó Terror.

Javier dio un respingo, sintiéndose culpable.

—Esa es tu opinión y que conste que te equivocas. Nadie esperaba una reacción como esta —improvisó.

—¿Te refieres a la muerte de Sarah?

Javier suspiró y puso los ojos en blanco con la típica mirada banal y condescendiente con que los profesores miran a los alumnos.

—No vayas tan deprisa, David. Los principios de nuestra asociación son simples y precisos y el asesinato no es uno de ellos. Además, hace meses que se dismanteló. —Terrer asintió mientras lo decía—. Estaba formada por un grupo muy heterogéneo de personas. No podemos controlar los múltiples escenarios ni lo que hace cada uno de sus miembros al margen de nuestras directrices, representaría una considerable complejidad.

—¿Desde cuándo no actuáis? —quiso saber Terror.

—Un año; desde que la demanda fue desestimada. La asociación había perdido su función primordial. Y era mejor dejarlo antes de que nos estallara más porquería en la cara. Esperábamos que los afectados se dieran cuenta de que la lucha había terminado. No obstante, parece que no ha sido así.

—¿Tienes una lista de los miembros? —inquirió Terror.

—No, la verdad es que no. Es una información confidencial que guarda Roger a buen recaudo.

—Tengo entendido que eres su mano derecha.

—Si tú lo dices... Pero si lo soy y he colaborado con él supongo que entiendes que no puedo revelar confidencias. Aunque puedo conseguirte una copia de los estatutos de la asociación —dijo con una sonrisa forzada.

—Por algo se empieza —respondió Terror.

—Bien —dijo Javier y añadió—, te haré llegar una copia por *e-mail*.

—Pero ¿cómo es posible que se desestimara la demanda?

Javier se quedó en silencio con la mirada perdida.

—Pues del único modo que había: no teníamos pruebas.

—¿Nada? —preguntó con asombro.

—Nada concluyente. Roger pasó mucho tiempo hablando con un funcionario municipal que estaba familiarizado con este asunto. Decía que contaba con información comprometida, algo que nadie había visto todavía.

—¿Qué información? —preguntó Terror.

—Un informe. Con conclusiones demoledoras. De este modo, si era divulgado a los cuatro vientos, una vez contrastado de manera inequívoca, el golpe hubiera sido definitivo. Es algo así como poner los puntos sobre las íes. Nos pareció esperanzador, pero, o mucho me equivoco, o ese hombre erró en sus conclusiones, porque se echó atrás en el último momento.

—Suen a intriga palaciega.

—Más bien, a sobre de dinero bajo la mesa —le dijo Javier—. Esa gente de Químicas Ripoll es poderosa. Nos cerraban puerta tras puerta.

—Fue Farré quien autorizó los permisos de la fábrica, ¿no es así?

Javier se reclinó en el asiento y cruzó los brazos.

—Eso dicen. ¿Por qué?

—La cuestión es, Javier, que Sarah era su hija —contestó Terror—. Tal vez alguien de la asociación la viera como el enemigo.

—¿Sarah? Ni hablar. Colaboró activamente con nosotros. Se esforzó mucho por sacar a la luz lo que estaba ocurriendo; una labor encomiable. No creo que nadie de dentro la viera de ese modo.

—Sé que Hugo también os ayudó —empezó Terror—, pero no sé qué grado de implicación tenía con vosotros. No me lo ha contado.

Javier meneó la cabeza y esbozó una leve sonrisa.

—Hugo estaba enamorado. De Sarah, claro, hubiera hecho cualquier cosa por ella, lo cual es bastante normal a esas edades. Ella lo manejaba a su antojo. El pobre ingenuo pecaba de

impulsivo y a veces de imprudente.

—Entonces, lo conoces bien.

Javier parpadeó.

—Bueno, igual que a Michelle. No te haces una idea de lo mucho que ella ha representado para mí estos últimos dos años. Después del divorcio, se ha enfrentado a situaciones muy complicadas y alguien debía estar ahí —recalcó Javier—. Ella es maravillosa, David.

Terrer lo miró sin inmutarse, como si pudiera encajar el aguijonazo sin arrancarle la cabeza y, al mismo tiempo, hacerse una idea bastante razonable de la dimensión de la «amistad» de Javier con su exmujer.

—¿Qué más puedes contarme acerca de Hugo?

—Eso sí que es difícil. Aunque me temo que los celos pueden obligarte a hacer cosas que no debes. Y a veces exceden el entendimiento.

—¿Entendimiento?

—Eso mismo. Hugo es listo, pero a veces peca de imprudente. No es fácil luchar contra ciertos instintos primarios. Sarah era una especie de imán. Siempre ejerció mucha influencia sobre él. Tal vez demasiado.

—¿Significa eso que crees que Hugo la mató?

—Para serte sincero, no sé qué pensar.

Terrer frunció el entrecejo en un gesto de incompreensión.

—¿Notaste algo inusual en él hace poco?

Javier bajó la cabeza y trató de hacer memoria.

—Recuerdo que pocos días antes de que ocurriera la tragedia de Sarah me resultó chocante verlo con otra chica. Una que iba más con su estilo. No es que Sarah no le conviniera; era una joven guapa, encantadora, educada, pero estaba considerada como una especie de aristócrata.

—¿Esa otra chica era Carla Martí?

—Prefiero no hablar de la hija de otro compañero.

—Vamos, Javier. Roger no va a enterarse de lo que me cuentes —dijo y con ello trató de no alentar sus miedos y que continuara sincerándose.

—Está bien, ¿qué quieres saber?

—Sarah y Carla se odiaban, ¿verdad?

Javier meditó la respuesta.

—Quizá fuera así —reconoció—, pero me temo que no sé gran cosa. Puede que se guardaran rencor por algo; la típica rivalidad adolescente.

—Lo que sí está claro es cómo termina esa rivalidad: con Sarah muerta.

Javier miró al abogado y guardó silencio. Hasta el momento, no había puesto reparos en contestar. Sin embargo, no parecía interesado en ahondar en aquella línea de especulación que pregonaba Terrer.

—Sé lo que pretendes, David. Necesitas situar a Carla en el punto de mira para generar dudas acerca de la culpabilidad de Hugo. No te culpo por ello, pero no me convencerás para convertir a Carla en el chivo expiatorio.

—Hugo jura y perjura que es inocente y yo le creo.

Javier hizo una pausa para elegir bien las palabras.

—Creo que quizá él quiere que creas eso. Odio ser tan sincero, pero solo un iluso o un mal abogado pensarían de ese modo.

Terrer ignoró el comentario y pareció carecer por completo de algún sentido de la ironía. La sensación de no avanzar resultaba estresante. De hecho, a pesar de su determinado esfuerzo en desenredar cada hebra, todos los caminos conducían siempre a Hugo.

—De acuerdo. Volviendo a Sarah, ¿puedes contarme qué le ocurría?

—Disculpa —instó Javier—, no te sigo. ¿Que te cuente qué?

—Hugo me dijo que Sarah no se encontraba bien, que estaba muy rara. Desaparecía durante días enteros y, a veces, durante semanas. Tal vez sepas a qué se debían esas ausencias, en qué estaba metida o qué le preocupaba.

Javier asintió con gesto pensativo.

—De hecho, hay algo.

—¿Y es?

—Hace cosa de un par de semanas vino a verme, estaba ocupado y no pude atenderla. Tengo una escala de deberes prioritarios, pero no intentes que un adolescente lo entienda.

—¿Qué la impulsó a venir a verte?

—¿Por qué no iba a hacerlo? Suelo hablar con mis estudiantes muy a menudo. Me interesan sus problemas. Sus dudas, lo que piensan u opinan.

—¿Y cuál fue tu impresión en este caso?

—No sé —vaciló—. Fue muy extraño. No sé por qué, pero parecía otra. Algo le había sucedido.

—¿Qué es lo que te hizo pensar eso?

—Estaba nerviosa, muy alterada. Me dio la impresión de que tenía algo importante que contarme. Y, por supuesto —añadió con pragmatismo—, me cité con ella al día siguiente, pero no se presentó.

—¿Crees que podía sentirse responsable por los actos de su padre?

Javier tamborileó sobre la mesa mientras decidía qué responder. Tras un largo silencio, habló con tono bastante sereno:

—Supongo que no le resultaba fácil ser hija de quien era. Esa es otra cuestión. Es posible que su apoyo a la asociación no se debiera de forma exclusiva al puro placer de ayudar a los demás. Hay que tener en cuenta dicha posibilidad —terció Javier—. Como de costumbre, se tomó muy en serio el trabajo, aunque no era una de las condiciones para estar ahí.

—¿Te dijo en algún momento posterior qué le ocurría?

—No, no creo que Sarah quisiera compartir sus sentimientos con nadie. Durante las últimas semanas, dejó de participar en las actividades, dejó de asistir a clase y pasaba mucho tiempo sola, deprimida y a veces lloraba. Le pregunté con cautela, insistí cuanto pude, pero no me lo dijo. Sentí que había mucho temor debajo de la superficie, una sombra que la aguijoneaba.

Una sensación extraña lo invadió. Aquello tenía muy mala pinta.

—¿No se te ocurrió avisar a su padre? —dijo Terror, siempre suspicaz—. Esa chica necesitaba ayuda.

Javier tragó saliva.

—Hago lo que puedo —contestó apurado—. Además, ¿sabes cuántos estudiantes asisten a mis clases? Cientos.

—Estoy seguro de que lo haces. Pero no todas tus alumnas son hijas de Enric Farré.

Javier resopló tras la indiscutible insinuación de dejadez.

—¿Has tomado alguna vez a tu cargo a tantos adolescentes, David? —dijo y añadió—: En serio, un par de ellos al día es todo lo que podrías resistir.

Terror no quería que la conversación se torciera.

—Hugo me habló de otro chico que le había echado el ojo a Sarah. Solo sé que se llama Oliver, ¿lo conoces?

—Sí, es uno de mis estudiantes. Pero bastante fuera de lo común.

—¿Fuera de lo común? ¿En qué sentido?

—Creo que hay algo extraño en la manera que tiene de hacer las cosas.

—¿A qué te refieres?

—Impone su ley y nadie puede hacer nada sin su consentimiento.

—Le gusta ejercer el control —dijo Terror, pensativo.

Su aguda y profesional visión de las cosas dedujo de forma instantánea que ese peculiar comportamiento podría facilitarle alguna pista referente a la noche en que fue asesinada Sarah.

—Sí, pero hay algo más —insistió Javier—. Ejerce un control absoluto sobre sus compañeros. Es como su jefe.

—¿Y también sobre Sarah?

—No-no sé —tartamudeó—. Creo que es difícil conocer el efecto que causó en ella. Sarah era muy reservada. Aunque su voz y la de Oliver fueron las que más se alzaron contra Químicas Ripoll. Puede que ejerciera un cierto influjo, de un modo u otro.

Hugo parecía estar en lo cierto: Oliver la tenía dominada. Necesitaba tenerlo cerca, tenerlo controlado.

—Es difícil para alguien así no abusar de ese poder —sugirió Terror.

—Supongo que podría resultar posible —murmuró Javier.

—¿Sabes si había algo más entre ellos dos?

—Se podría decir que la relación entre Sarah y Oliver fue significativa —dijo Javier, que levantó el mentón—. Desde luego, resultaba evidente que se llevaban muy bien. Quizá no sea arriesgado pensar que estuvieran liados.

—Comprendo.

Hubo una pausa. Terror miró con curiosidad a su anfitrión y agregó:

—¿Viste a Sarah el lunes, el día que murió? ¿Hablaste con ella?

—No, Sarah faltó a clase esa semana y también la anterior.

Hugo le había contado que Sarah estaba muy cansada cuando la vio y mencionó que había tenido un día muy duro, uno de los más duros de su vida. Pero, según Javier, no se refería a las

clases o a los estudios. Ni tampoco a la asociación. Así que tal vez guardaba algún secreto.

—Perfecto, creo que por ahora ya tengo suficiente información.

Javier asintió cortésmente con la cabeza.

La conversación había sido productiva y no parecía haber mucho más que decir. Javier insistió en acompañar al visitante hasta la puerta principal, abriéndose paso entre los alumnos que abarrotaban el pasillo.

—Muchas gracias por tu ayuda —y el abogado alargó la mano.

—De nada, no faltaba más —declaró Javier con tono tranquilizador dándole un firme apretón de manos.



Unos gritos resonaron en las paredes del vestíbulo. Cuando salieron a la calle, ambos lo vieron. Un par de jóvenes de piernas largas, sobrada energía y ágil zancada corrían el uno hacia el otro como alma que lleva el diablo, lanzando improperios y decididos a iniciar una pelea.

—David —le dijo Javier—, ¿qué pasa?, ¿qué ocurre aquí?

—Mierda —le contestó cuando se dio cuenta de quién era uno de ellos.

Estaban al otro lado de la calle, en la acera, a unos cincuenta metros de distancia. Con su metro ochenta y siete, Hugo destacaba como una luciérnaga en plena noche, aunque, a juzgar por el considerable tamaño de su oponente, era probable que el altercado acabara mal para ambos.

El otro muchacho corrió hacia Hugo con los puños levantados. Era Oliver y tampoco pasaba desapercibido.

—Hugo —llamó Terror—, ¡no!

Hugo no se detuvo, sino que apretó el paso. Corrieron hasta chocar de frente como dos trenes de mercancías. Un tremendo impacto y empezó el forcejeo, los puñetazos, los empujones y la sangre.

—¡Parad ahora mismo! —gritó Javier desde la distancia.

El puño derecho de Oliver impactó en el rostro de Hugo. Tanto Terror como Javier se fijaron en que no iban a conseguir nada con palabras. Hugo reaccionó, aunque el crujido y el goteo de sangre indicaban una nariz rota. Respondió con un puñetazo en el ojo de Oliver, que ahora lucía un sugerente hematoma color escarlata.

Un grupo de estudiantes se había congregado en círculo en torno a la reyerta. Gritaban, animaban y solo unos pocos se planteaban detener la contienda. No obstante, fue Carla quien se interpuso entre ambos púgiles.

—¡Basta ya! —exclamó ella.

Hugo y Oliver seguían a lo suyo, intercambiando golpes.

—¿No te das cuenta del daño que le hiciste, cabrón? —dijo Hugo.

—El único culpable eres tú —respondió Oliver.

Un rugido mecánico constante distrajo a Terror. La calle estaba repleta de vehículos en marcha y aparcados; no obstante, un todoterreno en particular con los cristales tintados le llamó la

atención. Sin matrícula, una silueta en el interior, el motor encendido; aquel conductor había aparcado en doble fila y se había quedado allí, a la espera de algo. O de alguien.

Terrer corrió hacia ellos mientras no dejaba de mirar el todoterreno. De todos modos, no iba a permitir que continuara la pelea con Hugo en libertad condicional. Cruzó sin mirar la calle y la situación cambió de repente.

El todoterreno empezó a moverse con disimulo paralelo a la acera. El conductor aceleró y enfiló el morro hacia los jóvenes. Dio una sacudida al volante y el vehículo zigzagueó a su antojo antes de pasar por encima de un poste de metal enclavado junto a la acera, que se retorció por el impacto.

«Se los va a llevar por delante», pensó Terror.

—Hugo, ¡el coche! ¡El coche! —gritó Terror a la carrera.

Se oía el rugido de un motor a toda velocidad. El conductor dio un giro brusco hacia la izquierda. Pisó el acelerador a fondo y el enorme y pesado vehículo colisionó con una violencia insolente contra el lateral izquierdo de varios coches estacionados en la acera. Lascas y escombros salieron disparados en todas direcciones, pero no se detuvo.

Terrer vio la enorme y oscura silueta a unos diez metros de ellos y supuso que morirían mucho antes de que llegara. Con un colosal estallido de potencia, continuó adelante. Parecía imposible detenerlo.

Sí, esos chicos eran su destino y Terror sabía a ciencia cierta qué hacer. Giró a la izquierda y continuó por la acera. El todoterreno también giró e invadió la zona peatonal. Al verlo, varios estudiantes congregados en el grupo salieron disparados para escapar de una muerte segura.

Hugo y Oliver seguían a lo suyo, sin inmutarse. Carla tampoco se había dado cuenta del extraordinario peligro que representaba la inminente amenaza y continuó interponiéndose entre sus compañeros para separarlos.

Terrer no tenía tiempo que perder. Solo faltaban unos metros para que arrollara a los dos jóvenes y puede que también a Carla.

Terrer recurrió a las últimas reservas de energía que le quedaban y se impulsó como pudo. Justo en el momento en que oían un sonido ominoso a su espalda y el paragolpes delantero apremiaba acariciando el cuerpo de los dos jóvenes, Terror dio un salto y alcanzó a placarlos por la cintura. Los tres cayeron al suelo delante de Carla, que se lanzaba a un lado.

Les había ido por los pelos.

El vehículo pasó a escasos centímetros y huyó a toda prisa. El enorme todoterreno zigzagueó y continuó a pesar de los desperfectos. Acto seguido, Terror se volvió y lanzó una mirada a la parte trasera. Su primer impulso fue salir corriendo, pero le ardían los pulmones y respiraba con dificultad. Pronto desapareció de su vista. Se levantó despacio. Se inclinó hacia Hugo. Este se dio la vuelta con el trasero en el suelo, se quedó un rato sentado y trató de recuperar el aliento. Sus rodillas estaban empapadas de sangre y ninguna garantía de no haberse roto varios huesos.

Oliver se irguió aturdido, con sangre en la nariz y un verdugón en la mejilla. Terror le ayudó a levantarse, rodeándolo con un brazo.

—Eres Oliver, ¿verdad? —le preguntó.

El muchacho asintió. Y gimió de dolor muy magullado. Terror sacó un pañuelo de la chaqueta y se lo entregó para que se secara la sangre.

—¿Estás bien?

—Sí, lo estoy —dijo él secamente.

—Hugo —llamó. Carla no era una muchacha muy alta ni muy corpulenta, pero estrujó a Hugo como si fuera un hombre de paja—, ¿te encuentras bien?!

Enseguida se la quitó de encima.

—Suéltame —le espetó—. No necesito tu ayuda.

Carla se quedó parada, perpleja por su reacción, mientras unas lágrimas de desconsuelo corrían por su cara. Entonces le dio una bofetada.

—¡Imbécil! Podrían haberte matado, ¿sabes? —le dijo ella.

—Bueno, ya está bien, ¿no? —Terror se interpuso entre ambos.

—¿Y tú quién coño eres? —preguntó Carla mientras miraba al intruso.

Terror resopló. Hugo fulminó a Carla con la mirada y dijo:

—Es David Terror, mi abogado.

El gentío empezaba a rodearlos. Oyeron sirenas. Una ambulancia y un par de coches de policía se acercaban al lugar a toda velocidad.

—Ah, lo siento. Supongo que estoy nerviosa —dijo la muchacha—. Por cierto, soy Carla, amiga de Hugo.

Terror aspiró hondo.

—Ya veo.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Hugo.

—Lo más urgente es que os vea un médico. Después habrá que declarar ante la policía. Y, por último, me gustaría hablar con vosotros largo y tendido.

Carla y Hugo asintieron con la vista en el suelo.

—Oliver... —añadió Terror.

El muchacho guardó silencio y se limitó a agacharse a recoger algo del suelo: un brazalete que había perdido en la reyerta.

—¿Y bien? —insistió el abogado.

Oliver lo miró nervioso.

—Yo paso de meterme en este puto lío.

—Ah, muy bien, huye. *Com sempre* —le dijo Carla.

—Oh, tú estás libre de pecado, ¿verdad, Carla? —replicó él.

—No pasa nada, Oliver —intervino Terror—. Podemos hacerlo en otro momento, ¿te parece bien?

El muchacho se marchó sin más. Volvió la vista atrás un par de veces antes de perderse entre las calles de Barcelona.

Terror se quedó un rato pensativo, planteándose una pregunta: ¿qué había hecho huir a Oliver antes de que llegara la policía? Las asistencias se hicieron cargo de Hugo y de Carla, y Terror se fue con ellos en la ambulancia.

Capítulo 9

Terrer esperó sentado en el pasillo, frente al área de triaje del hospital, a la espera de la clasificación de gravedad y la sintomatología de Carla. Hugo no era su prioridad principal. Haciendo gala de gran contención, no asaltó a la muchacha en la ambulancia y dejó que el servicio de urgencias descartara cualquier problema de salud antes de zambullirse en la conversación.

Terrer se puso de pie cuando la vio salir y empezó a caminar a su lado.

—¿Estás bien? ¿Te has roto algo?

La joven bajó la mirada al codo izquierdo, unos apósitos cubrían parte de su delgado brazo y tenía un arañazo en la frente.

—Estoy bien. Solo son unos putos rasguños superficiales.

—Has tenido suerte de salir ilesa —observó Terror.

Carla empezó a retroceder y se volvió para encararse a él.

—¿Suerte? —repitió Carla—. Usted estuvo ahí.

—Tus padres deben de estar preocupados por ti —dijo—. Puedo llamarlos y contarles lo ocurrido.

—No, no, lo haré yo.

Terrer hizo un gesto hacia un banco de la sala de espera.

—¿Me concedes unos pocos minutos?

Se hizo el silencio mientras Carla lo miraba con suspicacia.

—Mire, yo... tengo que volver a casa. *Deixeu-me* —y miró a otro lado.

—Carla, tranquila. Solo serán unos minutos.

El abogado sonrió y Carla asintió. Ella se arrellanó en un banco con las manos entre las piernas y él se sentó a su lado. A Carla se la veía muy tímida, con la típica inseguridad de los jóvenes. Tenía el pelo caoba y una mirada confusa, entre dulce y atrevida. Era difícil juzgarla al tenerla delante.

Pensó en lo que sabía de ella y en las cosas que Hugo le había contado. Al igual que Sarah, su padre se había involucrado en el controvertido asunto de Químicas Ripoll. Algunos de sus amigos se habían alejado de ella una vez desestimada la demanda. Sobrellevarlo no habría sido fácil para Carla.

Terrer no iba a tener otra oportunidad, porque como testigo se había convertido en una pieza intocable en la investigación. Ahora ella era el centro de atención de esta crónica negra y se había visto arrastrada por la violencia del asesinato. Parecía que no se sentía a gusto en el papel de protagonista.

—¿Qué pasa con Oliver? Da la sensación de que no os lleváis muy bien —comentó Terror.

El abogado notó enfado en su rostro.

—Es un idiota.

—¿Qué quiso decir de ti?

Carla sopesó su respuesta.

—Algo tenía que decir, ¿no? —apuntó ella—. Supongo que se refería a lo que le pasó a Sarah. Terror captó una confesión involuntaria en sus palabras.

—¿Y esa referencia?

—Lo ha dicho por joder. Quería que quedara claro que esa noche Sarah no pudo contar conmigo.

—¿Qué interés tiene Oliver en la muerte de Sarah?

—Por lo que parece, es una prioridad en su larga lista de asuntos que atender. Para él debe de ser importante.

—¿Cómo?

—¿Importa?

—Quizá sirva para ayudar a descubrir la verdad.

Carla se echó hacia atrás en el banco.

—Trata de hacer ver que se la suda, con perdón —se excusó—, pero yo no me lo trago. Sé que esconde algo. Lleva siempre algún lío entre manos y nadie sabe lo que hace. Presume de tener a la peña controlada.

—¿Eso es lo que piensan de él? —insistió con impaciencia.

—Oh, ¡sí! Desde luego —dijo indignada—. Pero conmigo se equivoca. No volveré a preocuparme por él, eso seguro.

—¿Y a Sarah? —preguntó Terror—, ¿también la tenía dominada?

—No, a ella la trataba de otro modo.

—¿Estaban liados?

—Sé que Oliver le propuso algo —dijo Carla— y que Sarah lo estaba pensando. Mientras tanto, ella disfrutaba al estar con él y no le importaba lo que pensara la gente. Aunque fuera a costa de amargarle la vida a Hugo.

—¿Me estás diciendo que entre esos dos había una especie de...?

—Bueno —interrumpió ella—, no sé lo que era, pero entre Sarah y Oliver había algo más. Algo que iba más allá de lo personal.

—Y ahora que está muerta, ¿Oliver intenta sacar provecho?

Carla se quedó pensativa un par de segundos. Después dijo:

—Ya, bueno, supongo que es lo mejor que se le ha ocurrido con la que está cayendo —dijo en voz baja—. Sarah tenía sus defectos, era hija de Enric Farré, pero no era mala persona. Siento mucho lo que le ha pasado. Tengo la sensación de que podría haber hecho más por ella.

—Lo hiciste lo mejor que pudiste.

—Eso es discutible, ¿no cree? No paro de pensar en lo que pasó.

Terror la miró a sus profundos ojos. Vio a una joven insegura, pero muy convincente al expresarse. Un juez, un jurado, cualquiera le creería, aunque fuera una asesina. Sin embargo,

estaba cruzando una peligrosa línea.

—Bueno, háblame de lo que ocurrió esa noche.

—No sé si debería hablar con usted de eso.

—Tienes toda la razón —convino—. Es obvio que no estás obligada a hacerlo. Solo intento ayudar a Hugo. Está metido en un buen lío.

—Entonces —comentó Carla—, ¿me pide ayuda?

—Pues sí. —Poco después, añadió—: A lo mejor, más que eso.

Carla lo miró.

—¿A qué se refiere?

—Carla, debes entender la gravedad de la situación antes de que sea demasiado tarde. Para hablar, sincerarte, hacer algo.

—¿Algo? ¿Como qué?

—Recabo datos. Es un trabajo fundamental que hacen los abogados. Quizá recuerdes algún detalle que no te pareció importante cuando hiciste tu declaración. Hugo insiste en su inocencia.

—Sí, lo sé.

—Entonces, ¿le crees?

—Él suele ser buen tío. Pero esa noche estaba descontrolado. No paraba de gritarle a Sarah. Y creo que es posible que... —se interrumpió con gesto un tanto aturdido.

Terrer estiró el brazo y le puso la mano en el hombro.

—Carla, sé que puede parecer eso, pero Hugo no es un asesino, te lo aseguro. ¿Recuerdas algo más sobre esa noche?, ¿cualquier cosa que pasaste por alto? Me ayudaría mucho que me dijeras lo que sabes.

—No sé si esto va a servir de algo, pero cuando hablé con él después no me dio ninguna explicación, nada de nada.

Terrer alzó una ceja.

—¿Hablaste con Hugo? ¿Cuándo?

—No lo recuerdo con exactitud, creo que eran las doce. No tenía ni idea de adónde había ido o cómo había terminado. Estaba muy preocupada.

Terrer asintió sin apartar la vista de Carla. Luego se removió incómodo en el banco. Tenía la espalda dolorida y sentía molestias.

—De acuerdo, Carla, ¿lo sabe la policía?

Las pupilas de Carla se dilataron y apretó la mandíbula como si hubiera cometido una terrible equivocación.

—Pues no lo sé seguro.

—¿No lo sabes seguro?

—Yo... estaba muy asustada —dijo al final.

—¿Te llamó él o lo llamaste tú?

—¿Él? —murmuró—. ¿Y por qué iba Hugo a llamarme a mí? —añadió con un deje de tristeza.

—Mira, no sé los líos que te traes con él. Quizá Hugo signifique algo para ti. Créeme, no es asunto mío. Pero esa llamada es muy importante y deduzco que la hiciste tú, ¿no es así?

—Sí. Lo llamé por WhatsApp.

«¡Mierda!», maldijo interiormente Terror, sabedor de que ese tipo de conversaciones eran más difíciles de rastrear.

—¿Y qué te dijo?

—Dijo que había regresado a casa y que iba a acostarse. Quería dormir la mona. Le pregunté si quería que hiciera algo por él y me dijo que no.

A lo mejor Hugo se quedó tan destrozado después de la pelea con Sarah que cogió el metro y se fue directo a casa. Que es donde él decía estar. Las cosas empezaban a tener sentido. Todo parecía concordar.

—Entonces, te dijo que estaba en casa cuando hablaste con él. Más o menos sobre las doce. ¿Estás segura?

—Así fue —manifestó con la suficiente firmeza como para dejar claro que no tenía intención de dar más explicaciones sobre ese asunto.

—¿Mencionó algo más sobre esa noche? ¿Hablasteis de Sarah?

Justo en ese instante, él se dio cuenta de que ella contenía la respiración. Notó cómo reprimía sus emociones: sus ojos evasivos, parpadeaba.

—Contéstame —insistió Terror—, ¿hablasteis de ella?

—No —musitó Carla, cuyos ojos expresaban falsedad.

—Si de verdad Hugo te importa, será mejor que seas sincera —lo dijo poco a poco, intentaba llegar a algún recóndito rincón de su corazón.

—¿Que si me importa? —repitió ella como para sí—. Yo no sé si estoy loca y me imagino cosas, como que siento algo de verdad por ese capullo que solo juega conmigo, pero haría lo que fuera por él.

—Estoy seguro de ello. Ahora, sin embargo, necesito que me cuentes de qué hablasteis por teléfono, ¿me entiendes?

—Solo hablamos de eso y luego se puso borde conmigo. Me percaté de que mi padre entraba en mi dormitorio, colgué antes de que me pillara hablando por el móvil. Bueno, mi padre es más o menos estricto.

Terror decidió que en esa situación era mejor arriesgarse. Se quitó el disfraz de abogado y asumió el papel de padre.

—¿Qué pasó entre vosotras, Carla? —dijo y elevó el tono de voz.

No le contestó. La ira se lo impedía. Una ira hacia todo.

—No-no pasó... —Su pecho subía y bajaba a causa de los jadeos.

—Te había quitado lo que más querías. Debías de odiarla —insistió.

—No me había quitado nada que hubiera sido mío alguna vez.

Terror escudriñó su rostro. Carla estaba mintiendo y lo hacía muy bien. A pesar de todas las emociones que reprimía, no podía esconder que estaba enamorada. Estuvo seguro de que sus sentimientos por Hugo eran fuertes.



Unos pasos resonaron en el suelo de la sala de espera.

—¡Carla! Carla —ella se sobresaltó al oír que alguien gritaba su nombre desde la distancia—, ¿estás bien? Dios mío, ¿estás herida!

Cuando Roger Martí hizo acto de presencia, abrazó a su hija con ternura. Resultaba evidente que Javier Guirao le había informado acerca del intento de atropellamiento. Carla se sintió emocionada por el amor que le demostraba su padre. Y un poco culpable por no haberle llamado antes.

—*Merda* —murmuró Carla—. Estoy bien, pero cansada.

Roger la miró de hito en hito y continuó con el sermón, pero Carla se limitó a observarlo sin inmutarse. Después señaló con la mano hacia la calle y le pidió a Carla que esperara fuera. Ella asintió y se giró para ofrecer a Terrorer una cara de cordero degollado mientras caminaba hacia la puerta.

—No es el mejor lugar para conocerse, ¿verdad? —comentó Roger con una tímida sonrisa en los labios.

Era alto y delgado, de apariencia joven para su edad, cuarenta y ocho años, de rostro imperturbable e inteligente. El abogado estaba seguro de que su inexpresividad estaba asegurada por años de entrenamiento.

—He estado en sitios peores —contestó Terrorer, que se puso de pie y le estrechó la mano.

—¿Hugo está bien? —preguntó.

—Los médicos han dicho que tiene una costilla rota y algún que otro hematoma, pero que se recuperará pronto —explicó el abogado.

—Es una gran noticia, señor Terrorer —declaró Roger.

—Llámeme David.

Roger le lanzó una mirada a Carla, que esperaba sentada en un banco en la puerta, y luego volvió la vista hacia él.

—Vamos a la cafetería, si tienes un momento.

—Tengo todo el tiempo del mundo. Vamos —respondió Terrorer.

Entraron en la cafetería del hospital y tomaron asiento en una esquina. Apenas había clientes. Roger pidió un café irlandés y Terrorer, un té.

—Gracias por lo que has hecho por Carla. Te lo agradezco.

—Tranquilo, no tiene importancia —dijo con un leve jadeo.

—Tienes mal aspecto —observó Roger—. ¿Te encuentras bien?

—Aparte del susto —su traje lucía descosidos y jirones—, estoy bien.

—Como tú digas —dijo él—, pero debería verte un médico.

—No hace falta. El ibuprofeno hace milagros.

—Bueno —dijo Roger—, deja que te dé otra vez las gracias por lo que has hecho por mi hija. Y por sus compañeros. Javier Guirao me ha dicho que tu actuación ha sido impresionante.

—No hay de qué. Por suerte, los tres están bien. No sé quién fue ni qué planeaba hacer, pero no se ha salido con la suya.

—¿Quién? Sí, tengo una ligera idea. He visto otras actuaciones que pretendían el mismo fin:

fallos inexplicables, datos significativos que se pierden por el camino, solicitudes urgentes que desaparecen mientras la gente enferma de cáncer y nadie hace nada. Ese tipo de cosas suelen pasar.

Terrer guardó silencio y se limitó a asentir con la cabeza.

—¿Qué ocurre cuando intentas poner a un político influyente contra las cuerdas para que sea juzgado? —continuó Roger.

Terrer lo miró con severidad.

—¿Hablas de Enric Farré?

—Bueno, ese hombre estuvo metido en el ajo.

—Entonces, ¿crees que es cosa suya?

Roger dio un sorbo al café.

—Quizá sus compinches venidos a menos de Químicas Ripoll, que siguen intentándolo. No es propio de él andar ensuciándose las manos.

—Ah, ¿sí?

—En lo relativo a esos mafiosos, te puedes esperar cualquier cosa. Me consideran una *persona non grata*. No me han perdonado que defendiera a las familias del barrio de La Mina. Soy la única persona que les ha plantado cara y saben que mi hija es mi punto débil.

—Roger, espero que no te tomes a mal lo que voy a decirte, pero creo que te equivocas. Si iban a por alguien, no creo que fuera a por Carla.

—En realidad, nadie sabe con certeza qué pretendían —repuso.

—Sí, así es —convino Terror—. Tal vez estén enviando un mensaje. Lo que está en juego debe de ser muy importante para ellos.

—Entonces, Hugo, Carla y Oliver tienen un serio problema. —Roger suspiró—. Hoy han estado a punto de morder el polvo.

—Lo sé. Les ha ido por poco.

—Así es —corroboró Roger—. Después de lo que ha pasado hoy, toda precaución es poca. Ahora mismo, ninguno de ellos está a salvo.

—Bueno, tú también les plantaste cara.

Roger asintió con indulgencia.

—A mí nunca me han considerado una amenaza. Solo fui un iluso.

—Pero te enfrentaste a ellos.

—Lo hice, sí; pero, como cabía suponer, fracasé. De hecho, creo que subestimé los obstáculos que había de superar.

—¿Por qué?

—Porque, al parecer, tienen unos tentáculos muy largos.

—Bueno, después de todo, lo intentaste. —Se frotó la mejilla hinchada.

—¿De qué me sirvió? Hasta los vecinos del barrio me consideran un perdedor. No les gustó que la demanda fuera desestimada. Yo lo intenté hasta el final —aclaró sin un ápice de duda en sus palabras—. Me he pasado años empeñado en demostrar que Químicas Ripoll era la responsable de los casos de cáncer y todavía no he conseguido recuperarme del batacazo.

—¿Y qué pasó?

Terrer puso fingida cara de sorpresa.

—La gente ve la pobreza en África y le parece mal. Pero no ven lo que está ocurriendo en nuestro país, dentro de nuestras fronteras. Los casos de cáncer se han cuatriplicado en el barrio de La Mina, pero no se puede publicar una información no contrastada y menos sin el apoyo de los de arriba. Te lo restregarían en la cara y tendrías que asumir las consecuencias.

—¿Crees que Enric Farré lo encubrió?

—Bueno, digamos que «alguien» tenía que dar el paso. Y no lo hizo. Dicen que es mejor no conocer a la élite. No mirar tras esa cortina de fama y celebridad, porque si lo haces los verás tal y como son: unos degenerados que solo velan por su propio interés.

—Venga, Farré es un padre que ha perdido a una hija.

—Peor todavía, usa el triste caramelo de la pena y la condescendencia para que los votantes le adoren. Oportunista.

—¿Y Sarah?

Roger sonrió.

—Ella era distinta. Tenía principios. —Dio otro sorbo al café—. Era un miembro activo de nuestra asociación. No le importaba figurar. Mucha gente se formó una opinión equivocada. La adoraban, o bien la odiaban.

—¿Y tú? —preguntó Terrer.

—Yo la apreciaba mucho. Pero, por favor, no lo digas.

—Descuida.

—¿Sabes quién podría tener motivos para matarla?

—No lo sé. Tal vez alguien interesado en hacerle daño a Enric Farré a través de su hija. Eso sí que tendría sentido.

—O le sucedió porque se involucró con vosotros.

—¿A qué te refieres exactamente? —preguntó Roger.

—Al asunto en que estáis metidos con esas familias.

—Oh, por supuesto que no —repuso Roger exasperado.

—Bueno, al menos, deberías plantearte esa posibilidad, ¿no crees? Tú mismo has dicho que no les gustó que la demanda fuera desestimada.

—De no ser por mí, ella nunca se habría involucrado en esto. Creo recordar que fui yo quien la animó a formar parte de la asociación. Así que, si quieres culpabilizar a alguien, culpame a mí. Pero si de verdad quieres ayudar a Hugo buscas en el lugar equivocado.

—¿Quién más estaba metido en la asociación?

—Eso es confidencial y yo respeto las confidencias.

—¿Y qué pasa con Oliver? Hugo cree que la manipulaba.

—Pues se equivoca —replicó Roger.

—¿Cómo lo sabes?

Roger miró alrededor antes de hablar:

—Lo conozco bien. Es un buen chico. Un líder nato.

Terrer se preguntó si era cierto.

—¿Qué me dices de ti?

—¿Yo? —y negó con la cabeza—. Oliver sigue empeñado en defender la causa, mientras que yo perdí la batalla hace mucho tiempo.

—¿No has seguido intentándolo?

—No. Incluso los idealistas como yo tenemos un límite.

—Me sorprende que te involucraras en algo así —dijo Terrer y aspiró con fuerza el aire.

—Soy una especie en extinción. ¿Qué quieres que te diga? Supongo que va implícito en el hecho mismo de ejercitar la enseñanza.

—¿Siempre te has dedicado a la docencia?

—La verdad es que no —comentó Roger—. Empecé como ingeniero interino en el Ayuntamiento de Barcelona. Registros e inspecciones técnicas. Por suerte, accedí a un puesto en la universidad. Y ahora mírame, catedrático especializado en temas ambientales.

—Tienes razón, Roger —convino Terrer—. Es un gran logro.

—Me alegro de que estemos de acuerdo en algo.

—Ahora vayamos al grano.

—¿A qué grano te refieres? —preguntó Roger.

—Ese caso contra Químicas Ripoll —señaló Terrer—. Tuvo que ser un reto, ¿no es así?

Roger permaneció callado un buen rato y luego comenzó a hablar:

—Pues sí. Las familias fueron muy insistentes. Necesitaban alguien que encabezara su causa. Me reuní con todos lo que habían perdido a un ser querido y con muchos otros que se sumaron después. Yo sabía que nuestras opciones de victoria pasaban porque algún político influyente nos prestara su apoyo, pero a «ya sabes quién» le importó más el dinero.

Terrer asintió y Roger prosiguió:

—Lo que querían era sacar el asunto a la luz, al público, que se había partido de la premisa errónea y que trascendiera más allá de las paredes de esa fábrica. Estaba convencido de que destaparíamos toda la porquería.

—¿Qué clase de porquería?

—Pruebas y mediciones erróneas, protocolos de actuación obsoletos, auditorías incompletas o dudosas, infracción de leyes medioambientales. Lo que fuera. Teníamos muchas esperanzas puestas en el juicio, pero no fue así.

—¿Qué falló?

Roger esperó. Hacía tiempo que su conciencia no le dejaba tranquilo.

—No lo sé —repuso—, desconozco las respuestas. Lo que sí sé es que algo salió mal. Lo intenté. Quería hacerlo, pero... —se le apagó la voz.

—No tenías otra opción.

—Por supuesto que sí, pero no quiero volver a hablar del tema.

—No te castigues, Roger. No merece la pena.

—Lo sé —dijo resignado—, pero me cuesta olvidarme del asunto.

—La verdad, no puedo entender por qué nadie os ayudó.

—Bueno, hubo alguien, un funcionario llamado Josep Miras. —Terrer enarcó las cejas al recordar lo que le había dicho Javier—. Se encargaba de la gestión medioambiental y el otorgamiento de las licencias. Dijo que tenía información comprometida de la fábrica y que estaba dispuesto a hacerla pública. Desapareció de la noche a la mañana y no pudimos dar con él. Creo que lo trasladaron a otro departamento o pidió la excedencia.

—Mucha casualidad, ¿no?

—Bueno, hubo mucha gente que nos falló a última hora —admitió Roger—. A veces, uno cede por temor a las represalias. Por miedo a salir malparado. Poco a poco nos fuimos quedando sin recursos, los que nos animaban se dispersaron y, finalmente, desestimaron la demanda.

—Cosas que pasan —dijo Terrer entre dientes—. Ahora ya no importa.

—Oh, ¡no! —replicó Roger—. Claro que importa. De lo contrario, mi hija no se habría visto involucrada en esto.

—Disculpa —dijo Terrer—, ¿te refieres a este incidente?, ¿o a la muerte de Sarah?

—Sí, claro. De esto último quería hablarte —confirmó Roger—. Las peleas entre parejas son muy desagradables, sobre todo las que terminan mal. Pero yo creo que este asunto debe dilucidarse al margen de Carla.

—Pero, Roger, ella como testigo puede aportar información relevante sobre la noche en que asesinaron a Sarah Martí.

—Cuando dices «información relevante» —repitió él—, ¿a qué te estás refiriendo?

—Carla me ha contado que habló con Hugo sobre las doce de la noche y que él estaba en casa cuando lo llamó. Su declaración podría ser clave para corroborar su versión de los hechos. Estoy seguro de que decía la verdad.

Roger ensombreció el semblante.

—¿Has interrogado a Carla?

Terrer sabía que había metido la pata. Pero ya era demasiado tarde para enmendar el error. El abogado se decidió a decirle:

—¿Por qué no ha de hacerse si ella lo desea?

—Oh, ¡no! —Roger enfureció—. No puedes hacer eso.

—Tranquilo, solo han sido unas preguntas sin importancia.

—Ya sé que a veces a los abogados os cuesta mucho daros cuenta de dónde están los límites de la ley —dijo Roger de forma lenta y pausada—. Intentáis sembrar la duda en la reputación de una persona. Pero no consentiré que confundas a mi hija con tu eterna palabrería.

—Roger, no lo entiendes, no lo entiendes —murmuró Terrer mientras retorció sus manos en un claro síntoma de nerviosismo.

—Claro que lo entiendo —dijo Roger—. Dejemos a un lado los disimulos. Pretendes, por tanto, que ella cambie ahora de opinión. Respecto a su declaración.

—No. Eso es abordar la cuestión desde un ángulo equivocado. Déjame que te cuente.

Roger movió en sentido negativo la cabeza.

—No puede. Es imposible.

—¡Sí que puede!

—¿Y ponerla otra vez en peligro?

Terrer se exaltó. No había pensado en eso. Entonces, Roger añadió:

—Intentas neutralizar a mi hija —aventuró Roger—. Tienes un don para eso, la famosa duda razonable que podría desembocar en la puesta en libertad de Hugo, ¿no es así?

—No pienso responder a eso.

—No me tomes por tonto, David. Javier creía que debía dudar sobre tus verdaderas intenciones. Ha hecho muy bien porque me parece plausible lo que me contó —añadió—. Quieres eximir a Hugo de culpa estigmatizando a Carla y que se proyecte sobre ella una nube de sospecha.

«Mierda —pensó Terror—. Jodido Javier».

El abogado guardó silencio.

—Me resulta inconcebible que pretendas defender a ese chico a costa de incriminar a mi hija —dijo Roger, consciente de que estaba siendo muy duro—. No dejaré que uses a Carla en tu propio beneficio.

—De acuerdo, tienes razón. —Roger empezaba a perder los nervios y trató de calmarlo—: Hay unas pocas personas que pueden arrojar luz en este asunto y Carla es una de ellas. No puede quedarse de brazos cruzados.

Roger se puso en pie deseoso de marcharse de allí. No había nada más que tratar entre ellos.

—Es posible —convino Roger tras un momento de silencio—, pero no vuelvas a acercarte a mi hija. Ni llamadas, ni mensajes ni *e-mails*. Te sugiero que te leas bien su declaración, porque es lo único que vas a tener.

Terrer quiso añadir algo más, pero no se le ocurrió qué decir. El sonido de los pasos de Roger resonó con fuerza mientras abandonaba la sala. Se había quedado solo una vez más.

Capítulo 10

Para cuando Terror terminó de ducharse y acicalarse y se puso un ligero traje de sirsaca y un brillante par de zapatos, el ibuprofeno había hecho su efecto y apenas sentía dolor en la espalda. Cuando se dio cuenta de que le escocía la mandíbula mientras se rociaba su colonia favorita y se ajustaba la corbata de seda gris marengo bastante llamativa, decidió que sería mejor echarse un comprimido más en el bolsillo por si las moscas.

Enric Farré le esperaba en su lujoso apartamento familiar en el barrio de Pedralbes, cuna de la burguesía barcelonesa.

Salió a la avenida de Prim esa mañana. Solo eran, miró su reloj, las siete y media y la vida matutina comenzaba en la ciudad. Tomó un taxi. Veinte minutos más tarde el pequeño utilitario aparcó al costado de un impresionante edificio de diseño artístico y ladrillo visto con amplios jardines. El de Farré era un ático enorme, fachada exterior en su mayor parte y reformado a conciencia, que contaba con amplias terrazas.

Terror meditó sobre el recibimiento diferido cuando apareciera por la puerta. Una patada en el culo era lo menos que cabía esperar, tratándose del abogado del presunto asesino de su hija, aunque deseaba que se mostrara razonable y pudiera ofrecerle su versión de los hechos. No le apetecía tener que cargar con una discrepante hospitalidad.

Alguien salía del edificio cuando se acercó al portal, de modo que se coordinó para acceder al interior sin necesidad de llamar y tomó el ascensor.

De pie, frente a la robusta puerta del apartamento, su corazón se aceleró de forma inexplicable. ¿Qué le estaba pasando? ¿Eran los analgésicos? No esperó mucho antes de tocar el timbre. Lo mejor para disipar esas dudas era entregar su alma al diablo. Estaba perdido si mostraba debilidad.

Las luces del interior parpadearon en el suelo del pasillo antes de que una joven sirvienta de inconfundible aspecto filipino abriera la puerta. El abogado sonrió con timidez:

—Buenos días. Soy David Terror, tengo cita con...

—Acompáñeme —dijo ella, interrumpiéndolo—. Le mostraré el camino. El señor Farré le espera en el salón.

—Vale. Bueno, pues allá vamos.

Y así se encontró dando pasos por un pasillo exageradamente amplio, con laboriosas puertas lacadas en blanco a cada lado. Ni rastro de sutileza, sencillez o equilibrio cromático. Imperaba el lujo y la opulencia. El derroche pictórico y artesanal. El caos desenfrenado de un desfile de obras y productos del mundo entero. Un deleite para la vista que merecía ser contemplado por el contraste de modas *revival* y tendencias que ofrecía al suertudo visitante.

Una fotografía le llamó en particular la atención. Y había un montón para mirar. La joven que abría los tímidos ojos hacia la cámara, vestida con un elegante atuendo de noche, era Sarah y paseaba del brazo de un joven apuesto, quizá un antiguo novio o un amigo de la infancia, supuso Terrer. Se veía relajada y feliz. Quizá en una boda o una exuberante gala nocturna. Su atención hacia el retrato se centró en algo más y se detuvo intrigado a observarlo con discreción. La muchacha se volvió con brusquedad hacia él.

—Por favor —rogó ella y señaló el camino con la mano.

—Sí, enseguida.

Mientras la joven continuaba hacia el salón, Terrer permaneció inmóvil. Examinaba con atención la fotografía de Sarah y otras muchas que poblaban las paredes del pasillo en un intento de meterse en su mente; en lo que había ocurrido de verdad aquella última noche que la vieron con vida. Se fijó bien y descubrió que todas mostraban un denominador común: iba vestida con elegancia, un claro indicativo del estrato y la privilegiada clase social de la que procedía. No había nada que desentonara para un ojo inexperto, pero a pesar de lo natural y obvio arqueó las cejas al percatarse de que algo no encajaba. Un detalle que ya había visto antes.

—Entre ahí —le indicó la muchacha, impaciente.

El salón era espacioso. Sofás de piel cultivada, alfombras de Persia, cada una de las cuales valía una pequeña fortuna. Un pobre animal disecado, víctima expiatoria de un castigo culpable. Una figura de un personaje con tocado felino zapoteca o muestras de tatuajes aztecas. Grabados del siglo xvi; incluso recuerdos tibetanos, egipcios y una pantalla de trepicientas pulgadas. Nosecuantos estilos entremezclados: un arcoíris muy ufano, una diletante y camaleónica exposición repleta de cachivaches.

El político estaba de pie con la vista fija en la ventana, ensimismado, con las manos cruzadas detrás de la espalda.

—Acérquese —le dijo Farré a Terrer.

La sirvienta los dejó solos y cerró sigilosamente las puertas del salón. Terrer suspiró, atravesó cauteloso el umbral y se situó junto a la ventana.

—Qué hermosa vista —dijo el abogado.

Farré lo miró de reojo para asegurarse de que no bromeaba.

—Ojalá estuviera tan seguro como usted —murmuró.

Terrer se fijó en su anfitrión. Había pasado menos de una semana desde la trágica muerte de Sarah. No tuvo ninguna dificultad para comprender que el encanto vital se había esfumado para él. La pérdida lo había destrozado por dentro, su mundo tenía cada vez menos sentido.

—¿Qué se supone que miramos?, dígame.

—¿Todavía no se ha dado usted cuenta de que le vigilan? —informó, esforzándose por parecer indiferente.

Terrer se apoyó en el alféizar de la ventana.

—¿Qué? ¿Está seguro?

—Ratas —dijo Farré—. Como tanto le gustaba decir a mi mujer. Ese coche ha estado ahí todo el rato. La gente quiere conocer al Enric Farré padre, al hombre desolado y lo intentan desde

distintos ángulos.

Terrer escrutó la calle.

—Tiene razón —admitió él—, pero no debería parecerle extraño.

Farré apartó la vista de la ventana.

—Vamos —sugirió—, será mejor que nos apartemos un poco. No le he invitado a venir para ofrecer más carnaza a los chismorreos.

—Quién le vigila y por qué es lo que debería averiguar —comentó Terrer, dudoso, mientras observaba la calle.

Farré hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

—Lo hago. Ellos me vigilan a mí y yo también los vigilo a ellos.

—Está diciendo que... —dijo Terrer, sin llegar a entender ni comprender a qué se refería—. ¿De qué está hablando?

—¿No ha visto usted a mis guardaespaldas? ¿No creará que ha entrado en el edificio por pura casualidad? Todo en la vida pasa por algo.

Terrer y Farré se miraron de reojo. De inmediato, supo que tenía razón. Si Terrer pensaba que se había colado en el edificio, estaba muy equivocado. Vigilaban desde abajo, desde el frente. Desde cualquier ángulo.

—Se toma la seguridad muy en serio —comentó Terrer.

—La gloria y la desgracia inherente en la vida de un político, tengo que proteger mi integridad personal de posibles amenazas.

—¿Qué clase de amenazas? —quiso saber Terrer.

—Bueno, hay de todo: extremistas, grupos radicales, opositores.

—¿Quiere contármelo?

Farré le miró con fijeza.

—¿Contarle?, ¿el qué?

—Ya lo sabe. Alguna amenaza en concreto. Algo que me ayude a averiguar lo que le sucedió realmente a su hija.

Farré exhaló un largo suspiro e hizo caso omiso del comentario.

—No se quede ahí —tosió de forma discreta—, tome asiento.

Farré señaló hacia un par de sillones de piel marrón enfrentados.

—¿Quiere tomar algo?

—No, gracias —le aseguró Terrer—. Estoy bien.

Terrer, sentado al otro lado de Farré, simulaba tranquilidad: espalda recta y estirada, el brazo derecho extendido sobre el apoyabrazos del sillón y la cabeza ladeada hacia Farré, pero la procesión iba por dentro.

—¿Por eso ha venido a verme? ¿Quiere saber cómo murió?

—Ya sé el cómo, pero aún falta algo: el quién.

—No me venga con monsergas legales. Estoy seguro de saber quién lo hizo. Si dicen que ha sido ese chico es porque ha sido ese chico.

—Para empezar, todo el mundo es inocente hasta que se demuestre lo contrario. Y no son

monsergas. Así es como ayudo a un joven inocente.

—Eso es una locura, Terror. Está claro que su excuñado es culpable.

—Quizá sea una locura —convino él—. Pero no tengo intención de quedarme de brazos cruzados y aceptar la tesis de la policía cuando hay mucho que investigar. Y pruebas que deben salir a la luz. Estoy decidido a averiguar la verdad.

—¿Y cree que será capaz de hacerlo? —Farré lo miró con curiosidad.

—No se pierde nada por intentarlo —repuso él—. Puede que exista algo más. Podría haberlo. Depende de lo que averigüe.

—Usted erre que erre, Terror.

—No sé por qué este caso no termina de encajar, pero es así. Y tengo la obligación de impedir que se cometa una gran injusticia.

Farré le dio un golpecito en el brazo.

—Muy bien, ilústreme.

—Verá, he hecho mis indagaciones —contestó, sabedor de que debería andar con cuidado—. La muerte de su hija no tiene nada que ver con Hugo.

—¿Está diciendo que tiene más pruebas del asesinato de Sarah?

—Todavía no —respondió Terror—. Es un-un posible candidato. Alguien con una motivación distinta.

—¿Qué significa eso? —dijo Farré, interesado en comprender—. ¿De quién se trata? ¿Qué otra motivación?

Había un sospechoso tono en su voz. La respuesta no se hizo esperar.

—Esa cantidad de mensajes de odio hacia usted podrían ser muy significativos. Hay algo que no cuadra en este caso. Detalles que se pierden por el camino, cosas de esas.

—Muy perspicaz por su parte —comentó Farré irónico—. Ojalá todos los abogados estuvieran tan bien preparados como usted.

—Bueno, pues a lo mejor resulta que soy la excepción que confirma la regla. Pero hay algo más —dijo Terror.

—¿A qué se refiere?

—Me refiero a que es posible que Hugo forme parte de la trama que ha urdido el asesino de su hija para que se dé por sentado que él es el culpable. Si es así, se trata de alguien que está llevando a cabo una conducta extremadamente inteligente para la consecución de un determinado fin.

—Quizá sea una proyección de sus propios deseos. La costumbre en su antigua profesión.

—No. Déjeme que le cuente. Ese chico no se dejó llevar por un ataque de celos. Tal vez solo sea cuestión de mirar en el lugar adecuado. Según mi teoría, la amenaza proviene de alguien que pretende hacerle daño a usted por algún motivo. Alguien que se ha visto empujado a actuar de ese modo.

—Filosofar con una teoría inaudita es problemático y tiene poco futuro. Lo único de lo que podemos estar seguros es de que Hugo está imputado por el asesinato de mi hija —suspiró Farré—. Y que hay pruebas incriminatorias.

—Mire la lógica del asunto —argumentó Terror—. Alguien aprovechó el momento oportuno. Hoy en día podemos verlo a nuestro alrededor. En su vida pública, en la conducta de sus adversarios. El hombre es un animal con un equilibrio muy precario. ¡Esas amenazas violentas significan algo, eran el prólogo de una venganza, una reacción cruel contra usted!

Farré gruñó y miró su reloj. Terror se frotó la nuca, nervioso.

—La verdad es que hace honor a su reputación, Terror. —La grave voz de Farré resonó en su cabeza—. No me entusiasma reconocerlo, pero ya sé por qué se ha convertido usted en un abogado de éxito. Tiene un don para poner en duda cualquier teoría. Aunque en esta ocasión se equivoca.

Terror sacudió la cabeza, en mudo gesto de desaprobación.

—¿Qué me dice de Químicas Ripoll? —dijo Terror.

Los siguientes segundos transcurrieron en silencio. Terror escrutó su rostro, repasaba en su cabeza las posibles respuestas a toda velocidad.

—Sí-sí —tartamudeó—. Tengo un amargo recuerdo. No es un ningún secreto que me vi involucrado. Esa fábrica contaba con los permisos y las autorizaciones. Por suerte para ellos, todo estaba en regla. De modo que tomé la decisión correcta. ¿Qué podía hacer? —añadió, pero en su perorata había algo que sonaba hueco y forzado—. Pero esos fanáticos, esos anarquistas capitaneados por Roger Martí y su asociación... Nadie hizo nada hasta que apareció él. Si pudieran volar por los aires esa instalación, lo harían.

—Ese asunto sigue generando mucha controversia —apuntó Terror.

—Porque no se dan por vencidos, porque el morbo vende —contestó Farré, que transmitía la sensación de hablar en el púlpito del Congreso de los Diputados—. La gente oye hablar de cáncer y de muerte y no pueden resistir la tentación de sacar tajada. Creen que al interpretar el papel de justos redentores, poniéndose del lado del débil, conseguirán más popularidad, cuando, de hecho, el único problema son ellos mismos.

Uno de los párpados de Terror tembló en señal de desacuerdo.

—Cinco personas han muerto de cáncer de pulmón en el barrio de La Mina en poco tiempo —señaló Terror—. Esa fábrica está ubicada allí mismo. Es lógico que surjan sospechas.

Tras una breve vacilación, Farré se dispuso a contestar, pero no picó en el anzuelo.

—Sé muy bien lo que es perder a un ser querido, el dolor y sufrimiento que conlleva. Yo acabo de perder a mi hija —dijo Farré como si la pérdida lo devorara por dentro—. Te apartas de la lógica, de la razón, no tienes el valor que se necesita para aceptar esa muerte. Sí, les echas la culpa de tus desgracias a otros, a cualquiera que no seas tú.

—Supongo que debe de ser muy duro para usted —dijo Terror. El regusto amargo del dolor y la confusión se extendió por su boca—. Pero sigue pareciéndome extraño que sea lo único que ha ocurrido.

—La muerte, así de simple, así de complicada y tan real como la condena que supone aceptarla. —Era indudable que Enric Farré se estaba animando. El político era un hombre que sabía jugar con las emociones cuando le interesaba—. Siento mucho lo que les ha ocurrido a esas familias de la Mina. Lamento de verdad que no sean capaces de aceptar la realidad —añadió—.

En el plano personal, tengo que decirle que me enfurece que me culpen. Puse mucho empeño en aclarar el asunto. Un grupo de epidemiólogos explicó a la gente del barrio que los casos de cáncer declarados no estaban asociados con la contaminación del aire en un hábitat urbano. Intentamos que volvieran a recuperar el sentido común y cesara la violencia. Roger Martí se coordinó con un experto que pusimos a su disposición a pesar de que suponía saltarse el protocolo. Pero, de improviso, siguieron adelante con la demanda como si intentasen reiniciarse. Y, al final, fue desestimada.

No había necesidad de preguntar a quién se refería con lo de «experto». La conclusión llegó de inmediato. Terror recordó las palabras de Martí sobre el funcionario llamado Josep Miras.

—Pacíficos, precisamente —dijo Terror—, no han sido. Hace poco atacaron la sede de la Químicas Ripoll y provocaron un incendio. Una especie de triunfo táctico. En mi humilde opinión, creo que existe un nexo causal entre lo que le ha sucedido a Sarah y su actuación en este asunto.

Farré se estremeció al pensar en su hija.

—¿Qué?, ¿piensa que Sarah ha muerto por culpa de la fábrica?

—Creo que esas familias lo han convertido a usted en un monstruo —le informó Terror—. Eso es motivo suficiente, ¿sabe?

—¿*De veritat*? —El político no pudo contenerse. La leve insinuación fue suficiente—. Por lo que a mí respecta, el único responsable de la muerte de mi hija es Hugo. Si pudiera, lo estrangularía con mis propias manos.

Farré trató de recobrar la compostura; el recuerdo de la última vez que había visto a Sarah con vida estaba acelerándole el latido del corazón y sentía un odio visceral. Terror se obligó a actuar con más cautela.

—Entiendo, señor Farré, entiendo. Está bien. No se preocupe.

Farré enrojeció primero y palideció después. No era propio de un político dejar que sus verdaderos sentimientos aflorasen a la superficie.

—Aquí estoy yo..., intento hacer pedazos con mis manos a ese chico para arrojarlo a las fieras. Y no me doy ni cuenta —dijo sin sopesar sus palabras—. Pollos, pollos, pollos sin cabeza... No soy mejor que ellos.

Terror sacudió la cabeza e ignoró el comentario.

—No es que le esté pidiendo, um, que me cuente sus intimidades ni nada por el estilo, pero ¿podría hablarme de Sarah?

Farré le sonrió por respuesta. No pudo evitar que el dulce recuerdo se reflejase en el brillo de sus ojos.

—Era maravillosa.

—Una joven excepcional y carismática —convino Terror—, según he podido saber.

—Oh, ¡sí! Por supuesto que lo era. —Se detuvo, se mordió los labios y continuó—: Siempre tan alegre. Tan positiva. Lo que constituye una realidad anómala en la juventud de hoy día. Ella pretendía marcar la diferencia. Una vida honorable, estudiar una carrera, ocupar un puesto de responsabilidad, luego casarse, luego...

—Me imagino que no fue fácil para ella —comentó Terrorer.

Farré se sorprendió.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que no debió de ser fácil ser «la hija de».

—Me pone en un aprieto.

—No; le he planteado la realidad de la situación.

Farré suspiró y bajó la mirada hacia el brillante parqué.

—Ojalá tuviera la respuesta, pero no la tengo. No sé si hice mal o no, pero me esforcé para que su vida fuera sencilla y perfecta.

—Asumo que su madre también le inculcó a Sarah otros hábitos, como la solidaridad, ayudar y trabajar con empeño para otros.

—Creo que Sarah, en su pretensión de solidaridad, pecó de ingenua. Intenté persuadirla para que abandonara ese barco, pero eso nunca sucedió.

—¿Se refiere a su papel en la asociación? Me han asegurado que era un miembro muy activo.

El rostro de Farré se ensombreció.

—Eso sería poco decir. La involucraron personalmente. —Su mirada se apagó de manera visible y arrugó los labios en una mueca furiosa—. Ese chico, Oliver, quería vengarse de mí. La utilizó. Abusó de ella. Trató de convertirla en otro adalid de su causa y la integró en su grupo no por convencimiento, sino por compromiso y ella colaboró, capituló.

Otra vez Oliver y Sarah. Ese parecía ser el punto de partida. La extraña intersección entre ambos. La teoría de ella seducida por sus encantos.

—Pero siempre hay alternativas. Tal vez lo hiciera por principios. Por ser leal a una causa justa.

Farré alzó las cejas.

—Supongo que tal afirmación debería sorprenderme, máxime si viene de alguien que pertenece a un colectivo que tradicionalmente actúa al margen de su propio juramento de lealtad, ¿no es así?

Terrer se enderezó, las manos relajadas sobre las rodillas.

—No estoy aquí para hablar de teología, en realidad —replicó Terrorer—, ni de principios que vienen y van, pero sí de lo que ella le contó acerca de la asociación. Por muy ilógica que fuera para usted su actuación, ya sabe.

—No sé lo que sucedió allí dentro —contestó Farré.

—Sí, creo que sí lo sabe —asintió Terrorer y meneó la cabeza.

—No sé lo que piensa usted de esto, señor Terrorer, pero yo creo que mi aguante tiene un límite. Si quiere acusarme de algo, póngase a trabajar y demuéstrelo. De lo contrario...

Terrer tuvo la sensación de que había tirado demasiado de la soga.

—Es verdad —dijo—. Lo comprendo y lamento ser tan incisivo.

—No se preocupe, Terrorer. Sigue usted aquí —dijo Farré, que intuyó su pensamiento.

—¿Sabe si entre Oliver y su hija había algo más que una amistad?

—Me sorprende que Sarah haya tenido algo más con ese indeseable. Es difícil imaginársela

claudicando hasta ese punto. Ella tendía a ser tan, er, exigente... Y ese joven tiene fama de ser poco cultivado, digámoslo así.

Terrer sonrió, amablemente incrédulo.

—De acuerdo, olvídalo. Me habrán informado mal.

Farré frunció el ceño, introspectivo.

—¿Tenía más amigos? —continuó el abogado.

—Sí, supongo que sí.

Terrer cedió ante la lógica. Hay algunos padres que no llegan nunca a conocer bien a sus hijas y Farré, dadas las circunstancias, era el prototipo de persona que encajaba en ese perfil: un hombre absorbido a tiempo completo por su vida pública y su trabajo.

—¿Se le ocurre alguien que quisiera hacerle daño a Sarah? —preguntó a sabiendas de que «Hugo» era la respuesta más lógica.

—No, por supuesto que no.

—¿Y qué me dice de ese tipo que se hace llamar Darío el Grande?

Las cejas de Farré se alzaron, intrincadas.

—Veo que ha oído hablar de ese pobre loco —comentó Farré.

—Un loco que parece obsesionado con usted, tanto que me pregunto quién es y qué motivos tiene para amenazarlo.

—No voy a ser yo quien se lo diga —lo repasó con la mirada.

—¿Alguna vez le comentó Sarah que alguien siguiera sus pasos?, ¿que tuviera miedo? Ese tipo de personas nunca ceden, así que podría ser...

—No. Pero, aun así, no sabría cómo... —dejó de hablar, indeciso—. Ahora lo he comprendido: Darío el Grande, según usted, está detrás de la muerte de mi hija. El pragmático abogado ha resuelto el caso. Un loco ha matado a mi hija para vengarse de mí.

—Créame, podría ser. —Hubo una breve pausa—. Eso no puede ser una mera coincidencia.

Los ojos de Farré taladraron los suyos.

—Ni sé ni creo nada. Solo le digo que esta absurda teoría suya parece demasiado ilógica como para que alguien la tome en consideración.

Terrer se estremeció. Inhaló muy profundo y dijo:

—Soy consciente de que no soy digno de su confianza, Enric —y se permitió llamarlo por su nombre de pila—. Pero estoy convencido de que Hugo no mató a Sarah. El muchacho cometió un error y alguien aprovechó la oportunidad. Alguien que sabía lo que había ocurrido esa noche entre ellos dos. Alguien capaz de engañar a Sarah, capaz de engañar a cualquiera.

Farré se puso en pie encolerizado.

—¡Vamos, hombre, no me tome por tonto! —le espetó.

—¿Por qué estaba su hija el lunes por la noche en el barrio de La Mina? ¿Qué estaba haciendo allí? ¿De dónde venía?

—¿Qué?

—Quizá buscaba a alguien. A otra persona. Alguien que la siguió y después la mató. Sarah mencionó que había tenido un día muy duro y Javier Guirao, su tutor, me comentó que llevaba

varios días sin asistir a clase. ¿Dónde estuvo?, ¿qué hizo durante sus ausencias?

Farré permaneció en silencio. Si sabía algo de lo que le había ocurrido a su hija en sus últimos días de vida, no iba a revelarlo.

—Es usted un necio, un insolente, tan arrogante y desvergonzado como me habían dicho. Nadie siguió a mi hija. Ni Darío el Grande ni cualquier otro pirado. A Hugo se le fue la cabeza y después la mató.

Capítulo 11

El ruido de la sirena de una ambulancia despertó a Pepa Moreno. Ya debería haberse acostumbrado. Después de todo, habían pasado ocho meses desde que había alquilado ese pequeño piso en la avenida Diagonal, pero no terminaba de habituarse al ruido de la ciudad. En su antiguo apartamento de Sitges, cerca de la playa de la Caleta, nunca había ruidos; el mugido sordo de alguna gaviota o el de un grupo de turistas taciturnos que nunca le había molestado.

Estiró la mano en busca del reloj en la mesilla y le pareció ver las ocho y media o algo cercano a las nueve menos cuarto. El diazepam que se había tomado la noche anterior todavía estaba haciendo efecto. «No debería tomar nada para conciliar el sueño». ¿Y qué si necesitaba pastillas para dormir? Era el pan nuestro de cada día en su trabajo en la Policía.

Cuando sentía estrés durante períodos prolongados como en una ardua investigación especial, de la cual invariablemente terminaba bastante tocada, necesitaba toda la ayuda posible. Un sueño profundo y reparador era, y estaba convencida de ello, indispensable para obtener buenos resultados.

Dedicarse al mismo trabajo que hizo su padre podría resumirse en que era hija única de una familia republicana. «Republicana y lesbiana», le decían, aunque Pepa de lesbiana no tenía nada. Lo cierto es que nunca le interesó lo más mínimo preocuparse por otros menesteres y poco le había costado entrar en el cuerpo de Policía o tirar de influencias para encabezar la investigación de la muerte de Sarah Farré desde el principio. El asesinato de la hija de un líder independentista catalán era la oportunidad de empezar a poner la cosa en marcha y, de paso, encarrilar una carrera sin ningún hito ponderable.

Pero Terror y ella estaban en trincheras opuestas, pues el abogado estaba del lado del sector de la descentralización limitada que, en todo caso, culpaba al político y su inconsciencia del asesinato de su propia hija.

Recordó cómo la miraba fijamente el día que se conocieron; parecía serio y orgulloso, pero sin hacer gala de su brillante trayectoria profesional. El encuentro de hoy era tentador, pero habían quedado para hablar.

Su boca de terciopelo se arrugó en una mueca pícara. ¿Y si le pedía que le cagara en la boca como el último turista alemán que pasó por su casa?

Se incorporó en la cama, juntó las rodillas y se bajó de un estirón hasta las pantorrillas la única prenda que llevaba puesta, una camiseta de algodón. Dormir sin ropa interior le hacía sentirse liberada, siempre que no estaba en esos días, le proporcionaba una sensación de libertad, de olvido. Le ayudaba a dejar atrás sentimientos negativos relacionados con su trabajo o su vida.

—*Vinga pepa aixeca't* —se dijo a sí misma. Ella suspiró y se enderezó—. Un café bien cargado —se tocó los párpados—, lo necesito para despejarme. Después-de-eso-después de

eso..., um, la ropa adecuada y tal vez pueda ver las cosas con mejor perspectiva.

Cuando su cerebro por fin controló su cuerpo, se levantó de la cama y empezó la rutina. No pensaba correr, porque había quedado con Terrorer a las nueve y media y no era necesario andar con prisas. Para cuando llegara a su casa, estaría más que preparada.

No podía dejar de pensar en su primer encuentro. Eran distintos en sus propuestas, alternativas y formas de acción, pero el abogado tenía un no se sabe muy bien qué y un no se sabe muy bien dónde que... Y, desde luego, no era maricón ni ella una santa, más bien una persona activa de barrio que curra mucho y fuma porros, aunque a esas alturas lo único que podía hacer era dejar las preguntas sin respuesta y que ocurriera lo que ocurriera.

Además, es de suponer que a un tipo apuesto y bien parecido como Terrorer no le faltaban admiradoras que le hicieran ojitos desde el otro lado de la calle. Sin duda, tenía a alguien en su vida, quizá otra abogada, una ejecutiva, una empleada, o una clienta o alguien permanente. Al pensar en ello, la idea de pronto dejó de parecer graciosa. «Mi vida sigue siendo maravillosa — se decía ella a sí misma—. Todo va como la seda».

Su trabajo convertía su vida en algo verosímil, así que dejó de jugar con la idea de follar con él y entregarse a la lujuria y se centró en definir el intercambio de información que podría compartir del caso.

Hacía varios días desde su última charla y se suponía que tenía que mantenerlo al tanto de la investigación. Tener a un díscolo abogado encima no le iba a permitir hacer de las suyas en los Mossos como de costumbre, pero tampoco le gustaba lo fácil.

Se levantó del taburete en el que estaba sentada y rodeó la mesa de la cocina, donde había preparado el desayuno. Antes de que Terrorer irrumpiera en la casa, cargó sus brazos con los platos recién usados y otros restos de la noche anterior y los dejó en la pila, unos encima de otros. No sé cómo terminó de fregar y pasó un trapo por la encimera mientras las últimas gotas de agua caían en círculos y deshacían la espuma. Eran las nueve y cuarto.

«¿Dónde está?», se preguntó. Seguía sin haber ni rastro de él.

Ya se había puesto algo de ropa decente y empezaba a parecer absurdo ponerse tan elegante. Si la Paula, una de sus mejores amigas y la más puta desde que se metió el fuet por el coño y se lo dio de comer a los amigos del exnovio, la hubiera visto de aquella guisa, se habría partido el culo de risa. Pepa había optado conscientemente por ponerse un vestido largo de crepé para recibir a alguien en su propia casa, de crepé, por el amor de Dios. «Ni que el tal David Terrorer fuera Chris Hemsworth».

Intentó convencerse de las ventajas de su vestimenta: elegancia supina, porte y feminidad lo atestiguaban. Al menos, que disfrutara de la vista, pues la que se veía a través de la ventana era bastante deprimente. Por ahí solo se distinguían vehículos circulando y algún que otro arbusto.

Las sirenas de los coches patrulla y las ambulancias que llegaban desde la calle eran una forma de aviar la tensión. Pero no iba a ponerse a esperar en el umbral como una quinceañera nerviosa. Si venía, muy bien, pero si no era así tampoco pasaba nada. El timbre de la puerta principal sonó cuando alguien lo pulsó dos veces.

—¿Pepa? ¡Soy David Terrorer!

Abrió la puerta y allí estaba él. «*Fotre. Que bo que hi ha el cabró*». Un espectáculo de pelo marrón vestido de traje y ojos azules.

—Hola, David —dijo al fin ella—. Acompañeme, por favor.

Titubeante, siguió sus instrucciones. Pepa lo condujo por el interior de la casa. Cuando miró detrás de ella, el abogado ojeaba todas las habitaciones y lo oía olfatear el desayuno que había preparado esa mañana. Más al fondo en el salón, donde la luz inundaba la estancia desde primera hora, Pepa había dejado unos documentos sobre una mesa. Había creado una zona de trabajo aceptable con dos sillas frente a la ventana. Tomaron asiento.

—¿Cómo se encuentra Hugo?

Terrer respiró hondo y tomó aire tras subir cuatro pisos sin ascensor.

—Está mejor. Se ha fisurado una costilla, tiene la nariz rota y arañazos por todas partes. Pero los jóvenes se recuperan pronto.

—¡Qué alivio! —suspiró—. Todavía no me creo lo que ha pasado. Han demostrado que no saben cómo estarse quietos, ¿eh?

—Sí. Es como tomar veneno y esperar, Oliver, Hugo y Carla juntos —Pepa arqueó las cejas— y ayer por casualidad un coche intenta atropellarlos. Hay quien se está tomando la muerte de Sarah Farré muy en serio.

—¿Cómo? —Ella miró a Terrer sumida en el desconcierto.

—Sabes tan bien como yo que ese tipo iba a por ellos.

—No, ya que no puedo saber algo que no está constatado. ¿Puedes darme una prueba de lo que dices?, ¿una prueba real?

—Por supuesto que no.

—Pues, entonces, dejémoslo ahí.

La cara de póker de la inspectora no disipó las dudas de Terrer. Su cabeza le decía que casualidad, como simple casualidad, era demasiada. Es decir, que el atropello se hubiera perpetrado justo cuando estaban juntos los tres jóvenes implicados y, sin embargo, su oposición se había agudizado.

—¿Tú estás bien? —murmuró ella a continuación y fijó su mirada en una visible laceración que lucía en su mejilla—. De no ser por ti...

—Lo estoy —respondió él—. Una afortunada combinación de factores. De todas formas, no hay de qué preocuparse.

—Te entiendo muy bien. Pero permite que hagamos nuestro trabajo.

—¿Y qué tal os ha ido hasta ahora, Pepa? —dijo Terrer, demasiado cansado para ocultar su sarcasmo.

—No me toques la moral, David, en serio. Hoy no. Lo cogeremos —aseguró ella—. Esa calle está llena de cámaras. Se están analizando las imágenes. Conseguiremos la matrícula y la identidad del conductor suicida.

—No conseguiréis nada.

—Okey, me callo —replicó ella y le devolvió la ironía—, ¿puedo saber en qué te basas para decir eso?

—Me fijé en la matrícula, Pepa; era falsa. Un modelo de coche moderno con numeración antigua. Los cristales tintados. Esa gente sabe lo que se hace.

—No lo dudo. Pero tenemos que intentarlo, tal vez haya suerte, aunque nos llevará tiempo.

Tiempo era lo que Terror no tenía.

—Bueno, ya hemos jugado a tu jueguecito. Pero basta de preliminares. Entonces, ¿crees que hay algo más?

Pepa puso una cara muy expresiva.

—No es que no quiera. De hecho, me gustaría creerlo, pero hacen falta pruebas, más que simples conjeturas y apreciaciones.

—Eso es lo que yo pienso. Aquí hay de todo.

Con cierta timidez, la inspectora estiró el brazo hacia la mesa y tomó una carpeta con la mano.

—Centrémonos en cosas positivas; echa un vistazo —instó ella.

Terror sujetó el dossier que Pepa tenía entre las manos y preguntó:

—¿Qué es esto?

—Lo prometido es deuda. He recopilado bastante documentación sobre el caso, lo imprescindible para que te hagas una idea.

—Gracias, Pepa. Te lo agradezco.

—Ya. Huelga decir que faltan informes: el resultado de la autopsia y algunas pruebas de laboratorio. Pero eso no quiere decir que mañana no salga algo —dijo y añadió—: A pesar de lo inusual que resulta, una segunda opinión me puede venir muy bien.

—Claro que te puede venir bien.

—Te estoy tomando el pelo, tonto.

Un silencio se apoderó de la conversación. Terror dudó.

—¿Y bien?

Pepa cerró los ojos y asintió.

—No te rayes con el tema. Me viene bien y ya está. Es evidente que te implicas —comentó ella, mirándolo fijamente— y que no actúas por razón, sino por instinto. Y ni siquiera así soy capaz de comprender cómo haces para que, sin saberlo, te lleve en la dirección correcta. Qué raro.

—Sabes que este asesinato está lleno de verdades, medias verdades y más y más mentiras —preguntó él—, ¿verdad?

Ella no contestó, pero el brillo en los ojos la delató.

—Claro que sí —dijo ella al fin—. Como todos.

Terror soltó un suspiro largo y contenido, a sabiendas de que ese simple gesto no iba a frenar su ímpetu en demostrar la inocencia de Hugo.

—¿Puedo? —dijo, sosteniendo el expediente.

Ella asintió. Terror se reclinó en el asiento y comenzó a leer.

—¿Estás segura de que está todo aquí?

—Todo. Salvo lo que te he mencionado.

—Eso dices ahora, pero tu expresión dice lo contrario. Soy abogado, Pepa. De esto entiendo un

rato.

La inspectora apartó la mirada y no hizo ningún comentario. Terror se inclinó hacia ella, con las manos apoyadas en las rodillas.

—¿Qué impresión tienes tú, Pepa? —continuó él.

—Qué insinúas. —No era una pregunta.

—Pienso que entre Sarah y Carla había algo personal, como ya te dije —continuó leyendo con disimulo—. Luego están Hugo y Oliver. Cada uno de ellos representa un papel. Opino que esos cuatro giran alrededor de un círculo amoroso insalvable, si es que puede llamarse así.

Pepa esbozó una sonrisa cómplice.

—No tengo ni la menor idea, David.

—No pretendo ahondar tanto como para que ciertos aspectos de la vida privada de Sarah salgan a la luz, pero resulta evidente que le ocurría algo extraño. Su felicidad, su forma de ser en general, es ahí donde prácticamente todos con los que he hablado lo han confirmado. Las últimas semanas antes de morir estaba triste y desaparecía de forma misteriosa. Nunca se había comportado así. No he sido capaz de descubrir el porqué. Hablé con su padre y, o bien no tenía ni idea de lo que hacía, o bien ha intentado encubirla.

—Tal vez no lo supiera.

—¿Saber? ¿El qué? —Puso los ojos en blanco—. ¿Qué pasa?

Ella bajó la mirada resignada. La frustración del abogado era evidente.

—Nada.

Terror se llevó la mano a la boca, sorprendido por la fuerza de su propia reflexión. El rostro de Pepa ofreció una mueca de asentimiento. Sabía algo.

—¿Qué sucede, Pepa? —volvió a preguntar. Él tiró de su brazo y ella se dejó llevar con docilidad—. ¡Santo Dios! Si sabes algo, dímelo.

—Es un poco complicado, David.

—¿Tanto te fastidia que pueda tener razón que estás dispuesta a echarle la culpa a un inocente?

—No es eso, créeme.

—Pues, entonces, habla conmigo —exigió.

—Joder, David, no insistas.

—¿Qué cojones pasa aquí, Pepa? —dijo en voz alta.

—Julia Marín, la coordinadora del equipo forense, me ha adelantado parte de su trabajo. No puedo hablar de ello sin su consentimiento.

—¿Parte de su trabajo?, ¿de la autopsia?

Pepa palideció y guardó silencio. Entonces Terror lo entendió.

—Oh, mierda, Sarah...

La inspectora asintió con la cabeza. Terror insistió:

—Esa forense ha diseccionado el cuerpo, ¿no es así? ¿Qué había?

—No-no puedo decírtelo —tartamudeó ella —, no me preguntes.

—¿Qué?

Iba a hacerlo. Un impulso súbito de responder le subió por la garganta. Pero no hizo falta. El

destino, al parecer, quería ahorrarle a Pepa la molestia de responder. Terror ya sabía la verdad.

Pensó en Sarah. Aquello fue muy duro para ella. Sus ausencias en las últimas semanas. Tenía mucho en lo que pensar, desesperada, sola, deprimida y confusa. Rememoró lo que le había dicho Javier Guirao: «Estaba nerviosa, muy alterada». Seguramente había preparado algún discurso convincente para explicar que estaba embarazada, debió de haberse sentido muy mal cuando Hugo tomó su silencio como un reproche.

—¿Quién está al tanto de esto? —preguntó Terror con insistencia.

—De momento, nadie. Julia y yo y ahora tú.

—¿Y el padre?

—Podría ser cualquiera.

El abogado resopló.

—Sé que sabes mucho más, Pepa. ¿Te piensas que soy imbécil?

Ella apartó la mirada y no dijo nada.

—Lo que me dijiste en el juzgado era un aviso para mí —insistió.

—¿Es necesario que te conteste?

—Sí.

—Eso es lo que trato de averiguar —replicó ella, sombría—. Me dijiste que encontrarías la forma de eximir a Hugo. Pero veo obstáculos. Obstáculos que apuntan en su dirección. ¿Has pensado que podría ser el padre?

—Quizá sea otro.

—Ya, pero ¿qué importancia tiene?

—Alguien más podría estar involucrado.

—¿Mm?

Terror hizo una nueva pausa, se tomó un tiempo de reflexión.

—Entre Oliver y Sarah había algo —señaló él—. No sé de qué se trata, pero ese chico está metido en el ajo.

—Bueno, eso son corazonadas, no pistas que seguir.

—Aún no, cierto —convino Terror—, pero puede que haya algo.

—¿Qué?

Terror suspiró y se puso en pie.

—Un brazalete —contestó él—. Supe lo que era desde el principio. En todas las fotos recientes de Sarah que vi en casa de Farré, ella llevaba puesto un brazalete. No estaba cuando la policía encontró el cadáver.

A ella le resultó llamativo y con su habitual descaro dijo:

—¿Y qué? Tal vez se deshiciera de él porque no le gustaba o tal vez lo perdió, ¿qué importancia tiene?

—Sí, Pepa. Porque yo he visto ese mismo brazalete —lo oyó murmurar mientras daba vueltas alrededor de ella— hace poco.

—No te sigo.

—Cuando Hugo y Oliver se pelearon el otro día, tuvo que caérsele durante la pelea. Oliver se

agachó a recogerlo del suelo y después se marchó.

Pepa ladeó la cabeza, las cejas levantadas.

—Eso es —insistió Terror. Golpeó la mesa con un dedo—. Se lo había regalado él. ¿Quién, si no? Se lo quitó el día que la mató, eliminándose de la ecuación. Zanjó el asunto sin dejar pruebas, esa baratija era lo único que lo relacionaba de forma directa con el asesinato de Sarah.

—Puede. Pero también puede que el motivo por el que no lo llevaba el día que la encontraron muerta sea otro. Posiblemente ni siquiera sea el mismo que viste recoger del suelo a Oliver. Esa teoría no sirve para formular una acusación contra nadie. Y menos en un caso de violencia machista.

Terror frunció el ceño. Como sospechaba, le hacía falta mucho más que un razonamiento ambicioso para conseguir que Pepa variara su versión de los hechos. Como policía funcionaba de esa forma.

Pese a no poder demostrar su tesis, la actitud de Oliver suscitaba dudas. Una duda que le escamaba. Tenía la corazonada de que Oliver era el asesino. Su mejor baza era encontrar el brazalete.

—No pareces convencida.

—Uf, si yo te explicara.

—Explícate. Explícate, ¿cuál es el problema?

—Hugo —le dijo a Terror—. Hugo es el problema.

—Cansa, Pepa, cansa.

Capítulo 12

El lunes llovió durante todo el día. El cielo se había cubierto por unos nubarrones negros que tronaron sobre la universidad, lo que no ayudó a que Carla aclarara su mente. El resto de los estudiantes siguieron su marcha de forma desigual y en los descansos o al final de cada clase, en vez de salir a relajarse, se quedaban en los pasillos o en el claustro reunidos hasta que algún profesor disolvía a los asistentes, invitándolos a entrar en el aula.

Roger Martí se había marchado después de su última clase. El fallido intento de atropello a tres de sus alumnos, incluida a su hija, era todavía objeto de fuertes controversias y menudeaban las preguntas capciosas e impertinentes. Cuando los periodistas le preguntaron por lo ocurrido, negó de inmediato tener la menor idea del asunto.

El catedrático prefería mantenerse al margen de cualquier altercado que afectara a su carrera. Estaba tranquilo y no deseaba reacciones airadas o desmedidas. Antes había actuado de forma impulsiva como defensor de causas perdidas. Le había sido muy difícil olvidar las condenas sin reservas que había recibido tras su fallida tutela a los vecinos del barrio de La Mina.

Carla se sentó tranquila en su pupitre con las manos sobre la mesa y continuó haciendo guardia a través de la ventana. Se detuvo a mirar lo ya visto y volvió a mirar otra vez. No hubo novedad durante su vigilancia, pues él no estaba por ninguna parte. Oliver era tan imprevisible... El sol no atendía a razones y continuaba ocultándose. Hordas de alumnos corrían bajo la lluvia, escapando del agua, refugiándose bajo los árboles.

Los ojos hipnotizados de Carla seguían en dirección a la calle. Miraba hacia abajo. Desde su posición, se divisaba parte de la entrada principal de la universidad y el camino que había de tomar para acceder al aulario; grupos de compañeros salían y entraban en los edificios. Pero no lo vio caminar por allá. Con toda probabilidad, Oliver tampoco acudiría a clase ese día.

Ocurrió en menos de un segundo, un intercambio fugaz de miradas. Era él. Aceleró la marcha y se convirtió en una mancha oscura que caminaba entre las sombras, hasta que desapareció veloz en dirección al gimnasio.

La última clase se había disuelto. Absorta en sus pensamientos, cuando sonó el timbre que daba la jornada por acabada ni siquiera lo oyó. El profesor se marchó y apagó las luces después de que todos los alumnos se apresuraran a salir del aula. Carla se quedó sola en la penumbra incierta de esa mañana y solo fue consciente de ello cuando sus anotaciones empezaron a oscurecerse al ritmo que lo hacía el entorno que la rodeaba. Sus pupilas se adaptaron a la oscuridad y se fue sin parar de mover la cabeza.

Durante los últimos días, había pensado mucho en lo que había ocurrido con Sarah; pero su fuerte no era la imaginación. Había estado llorando, más de rabia que de pena. Vivía con la culpa

cada minuto de cada hora. Ella había hecho una locura por despecho, de la que se iba a arrepentir toda su vida. En realidad, no esperaba una reacción como esa.

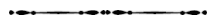
«Supongo que tendría que haberme estado quieta», se decía en una rara mezcla de alegría y de inquietud; o quizá intentase agarrarse a un clavo ardiendo para salvarse. Sin embargo, ahora debía concentrarse en lo que tenía que hacer: arreglar el completo infierno en que se había convertido su vida.

Sarah había interrumpido sus planes con Hugo durante mucho tiempo. El descubrimiento perturbador de la «paralela» relación de su archienemiga con Oliver, un rumor que corrió de boca en boca como la pólvora, fue el comienzo de una situación prometedora. Pero no estaba segura de que Hugo pensara lo mismo y, en su ofuscación, Carla insistió en acentuar cualquier matiz buscando una respuesta por parte de él.

No era el tipo de círculo vicioso en el que quería entrar. Aun así, no había podido evitarlo. Se encontraba sumida en el autodesprecio; pero en el amor, como en la guerra, todo vale. Y no pasaba nada por jugar un poco para variar. Ella quería estar con Hugo, pero no sabía cómo, o cómo conseguirlo, y solo se le ocurrió una idea para sacarle a Sarah de la cabeza: algo que ella no podría revelar jamás, el mismo secreto que los separaría para siempre.

Durante los últimos días, había estado aún más obsesionada con Hugo de lo que solía estar y más confundida con respecto a lo que sentía por él. Lo que sabía cierto era que, a pesar de que había notado un matiz de la ternura de antaño y Sarah ya no suponía un problema, Hugo seguía sin querer tener algo permanente con ella y no conseguía entenderlo.

No podía encontrar razón alguna que explicase la conducta errática de Hugo hasta el momento, así que hizo lo único que podía hacer: aclarar las cosas con el tercero en discordia, Oliver.



Mientras los demás estudiantes se dirigían hacia la salida, Carla se puso la capucha de su chubasquero y caminó bajo la lluvia en vuelta en el olor a tierra mojada, impaciente por llegar a la zona de las pistas deportivas.

Cuando entró por la puerta, el gimnasio estaba vacío. La mayoría de las luces estaban apagadas, pero divisó una figura alta y oscura. Incluso sin luz, supo al instante de quién se trataba. Estaba solo en la grada, sentado con un anorak de estilo militar, con la capucha puesta y escuchando música a través de unos pequeños auriculares. Oliver no la había oído llegar; estaba aislado del mundo. Carla agachó la cabeza y caminó despacio hasta donde él estaba, tratándolo como si fuera un animal asustado.

Atravesó el pasillo en penumbra, pasó frente a los antiguos trofeos que poblaban las vitrinas y se detuvo a unos centímetros de él. Incluso en la distancia, pudo sentir el tacto de sus manos y el olor de su piel. Suspiró.

—Carla, ¿qué haces aquí?! —preguntó quitándose los auriculares.

Oliver agitaba cuatro dedos delante de Carla, como diciendo «¿a qué viene esto?».

—¿Qué haces tú aquí, *noi*? —le replicó ella—. ¿Desde cuándo te dedicas a faltar a clase y a esconderte en el gimnasio?

Oliver estaba raro, distante, alejado.

—Quiero estar solo y pensar un rato —murmuró—. Tengo cosas.

—Oh, ¡sí! Por supuesto, cosas. *Això són només fotudes mentides*. A ti no te gusta estar solo.

—¿Qué es lo que quieres de mí, Carla?

—¿Por qué te fuiste después de la pelea? —dijo ella en voz alta y luego añadió—: Verte marchar fue como-como si huyeras.

—¿A eso lo llamas tú huir? —dijo Oliver en tono burlón y mostró una actitud de mofa indulgente—. Lo del viernes no fue más que teatro. Hugo se habría aprovechado de la situación y habría sacado ventaja.

Carla no tenía esa sensación.

—Pues a mí me pareció que huías. Con el añadido de que lo hiciste delante de todo el mundo. Como si tuvieras algo que esconder.

—Hay costumbres que, como tú bien sabes, nunca cambian.

Ambos guardaron silencio, hasta que Carla volvió a la carga:

—¿De verdad crees que no te vi coger el brazalete?

—¿Qué?

—No te asustes —lo tranquilizó ella—. No voy a decírselo a nadie.

—¿Y eso?, ¿qué significa?

—Imagino que tenías miedo de que supieran que tú se lo regalaste.

—¿Por qué?

Carla meditó su respuesta. En ese momento, tenía que ser cautelosa y medir el alcance de sus palabras antes de hablar.

—Sabes tan bien como yo que Sarah lo llevaba puesto la noche que murió —le explicó ella—. Es algo extraño que justo ahora lo lleves tú.

—Muy bien, ya lo has entendido todo.

Carla meneó la cabeza.

—Tú eres el que tendrá que dar explicaciones, no yo.

Oliver no quería mantener aquella conversación.

—Carla, por favor...

—Ya me di cuenta de que últimamente estabais muy unidos.

—Éramos amigos, sí. Pero no había nada romántico entre nosotros dos. Su corazón pertenecía a otro.

—Así que te rechazó.

—¿Qué sabrás tú lo que pasó!

—Bueno, significaba mucho para ti —dijo—, ¿no es así?

—No vayas por ahí, no es justo.

—¿Le dijiste que la querías? —le recordó—. Le dijiste que era lo más importante para ti. Como sueles hacer con todas. ¿O solo querías una cosa?

Oliver se quedó con la boca abierta y tartamudeó un poco.

—Ojalá..., quiero decir que..., ojalá fuera cierto —deseó Oliver—. Sí, confieso que al

principio..., pero las cosas no ocurrieron de ese modo.

De forma instintiva, Carla extendió la mano para tocarle el brazo, pero se quedó inmóvil a mitad de camino.

—Ahora entiendo por qué estabas con Sarah, con la hija de Enric Farré. ¿Qué te dijo sobre su padre? ¿Se abrió contigo?

Él alzó los brazos entonces y dijo:

—No pronuncies su nombre.

—Estoy cansada de perdonarte, Oliver.

—Y yo de sufrir tus insultos y acusaciones.

Carla, dolida, presentía que él fingía. Y quería que supiera que lo sabía.

—Tienes que hablar conmigo. Nadie pondrá en duda tu versión porque nadie sabrá nunca lo que sucedió en realidad —dijo Carla—. Ni la policía ni nadie. Estamos en el mismo barco. Y lo sabes.

—¿Qué mierda de afirmación es esa?

—Oliver, te digo esto porque no me importa lo que hayas hecho. Sé guardar un secreto.

—¿Te has vuelto loca? Es mentira, tú deliras, Carla —dijo sin poder contenerse.

—Te conté lo de esa maldita noche sin que me preguntaras. Lo compartí contigo porque somos amigos.

—¡Cállate, Carla! ¡Te equivocas! —la interrumpió furioso.

Oliver dio un puntapié al respaldo del asiento que tenía delante y la miró con desprecio. Carla quedó inmóvil y asombrada. Por la forma en que reaccionó, estaba segura de que representaba el papel de ofendido. Sabía que Oliver escondía algo, aunque no conseguía que se sincerara con ella.

—Habla conmigo, Oliver.

El muchacho sintió el ojo acusador de Carla fijo sobre su rostro y al instante comprendió lo que ella pretendía. A juzgar por su cara demacrada, no pensaba en nada bueno.

—Qué casualidad —dijo Oliver, que dio una sonora palmada—. Ahora proteges a Hugo. Me pregunto por qué.

—*De què parles?*

—¿Cómo encajas tú en todo esto, Carla? —preguntó él.

—¿En qué?

—En la muerte de Sarah.

—No me enteré hasta el día siguiente. A las nueve de la mañana, para ser exactos.

—Y ella ya no suponía un obstáculo para ti, ¿no es así?

Carla lo miró con curiosidad. En contra de lo que él había anticipado, Carla guardó silencio. Oliver tomó aire.

—¿Y bien? —insistió—. ¿Qué tienes que decir a eso?

Carla levantó una mano.

—Un momento, ¿qué insinúas?

—¿Cómo pudiste hacerme esto, Carla? ¿Cómo pudiste mentirme de ese modo? Cuando la

encontré, ¡estaba muerta! ¡Muerta!

Carla sintió que el suelo se derrumbaba bajo sus pies.

—No lo puedes estar diciendo en serio.

Se quedó mirando a Oliver. La sangre se le había helado en las venas.

—¿Querías recuperar a Hugo? ¿Eso es lo que querías?

Una vez más, la historia se repetía. Sin darse cuenta del amor que crecía en su interior, su corazón se había ilusionado con un chico que tenía sus ojos puestos en otra chica. Una vez más, la oscuridad más absoluta.

—Dime que es mentira —rogó él—. Carla, dime que me equivoco.

Carla quería hablar, pero no podía. Podía oír la acusación implícita en sus palabras, pero se sentía incapaz de defenderse.

—No puedes —continuó Oliver—, ¿no es verdad? No puedes decirme que me equivoco, porque tú la mataste —dijo con la voz rota.

Carla no dijo nada, porque no había nada que pudiera decir o hacer para convencerle de que cambiara de opinión.

Él la miró a la cara y esperó una reacción. Ella no entendía aquella rebeldía extraña y el miedo candente y aterrador que crecía en su estómago; pero allí estaba, muy presente. Una odiosa e incómoda mirada que la juzgaba por dentro hasta abrasarla hasta que ya no pudo aguantarlo y echó a correr.

En vez de seguirla, Oliver dejó que las sombras la envolvieran como si fueran una manta. Y, finalmente, la perdió de vista.



En el vestíbulo, apenas quedaban turistas y el diligente personal del hotel había desaparecido, pero de poco le importó. David Terror miró hacia el bar donde solía estar Ginés López y no lo vio por ninguna parte. En su lugar, un joven barría el viejo suelo con esmero dejando las baldosas relucientes y casi perfectas, preparándolas para el día siguiente. Terror y él intercambiaron una mueca amable antes de continuar hacia los ascensores que estaban parados en la planta baja.

El personal de limpieza se había marchado hacía rato, pero alguien había dejado colgada del picaporte de la puerta de su habitación, donde todavía estaba puesto el cartel de «no molestar», una bolsa con la prensa del día y unos productos de aseo e higiene personal.

Cuando abrió la puerta, todo estaba tal y como lo había dejado por la mañana: la cama deshecha, los armarios abiertos, un lápiz y un bloc con hojas y algo escrito sobre la cómoda, la toalla de ducha tirada en el suelo junto a la puerta del aseo. Nadie había limpiado esa habitación.

Antes de poner un pie en el interior, Terror mantuvo la mirada fija en el suelo. Sobre la alfombra había un trozo de papel doblado por la mitad que habían introducido por debajo de la puerta.

Puso una rodilla en el suelo y se agachó para recogerlo. Antes de cerrar la puerta, Terror miró por encima del hombro y dio un vistazo alrededor para asegurarse de que no había nadie cerca.

Mientras sus dedos acariciaban el papel con un ávido respeto, contuvo la respiración anticipando lo que iba a encontrarse. Lo desdobló con lentitud. De inmediato, apretó los dientes y percibió que un temblor lo estremecía.

Era una nota escrita: una nota dirigida a él.

ESTIMADO SR. DAVID TERRER:

LAS PENAS SE OLVIDAN

Y SE ACALLAN LAS QUEJAS,

PERO NADA MITIGA EL DOLOR.

ESTA NO ES TU GUERRA.

SI NO TE MARCHAS, MORIRÁS.

ESTÁS ADVERTIDO.

DARÍO EL GRANDE

SEGUNDA PARTE

CORTINA DE HUMO

Capítulo 13

Terrer tenía un problema, un problema grave, pero no insalvable. Los cientos de folios del expediente que le había proporcionado Pepa Moreno eran buena parte de este, pero no era lo único: también estaba la supuesta llamada por WhatsApp entre Carla a Hugo la noche del crimen y la nota amenazadora. Tenía recursos, pero no demasiados. Conseguir pruebas nuevas exigía aprobación judicial y tiempo. Y era de lo que carecía. Antes de que la ventana de oportunidad se cerrara y no volviera a aparecer, se puso manos a la obra.

Tenía las declaraciones de los testigos y algunas pruebas e informes. Esquemas y fotos del escenario del crimen. Órdenes judiciales. Registros telefónicos parciales, pues los de Carla siendo testigo no aparecían. Se pasó mucho tiempo reuniendo las piezas que necesitaba. Por desgracia, el rostro de Hugo estaba grabado en la mente de todos como el del único culpable.

No encontró alusión alguna al embarazo de Sarah o la paternidad. La inspectora le había confirmado que faltaban informes y listados de llamadas. Y el resultado de la autopsia. En lugar de ampliar la búsqueda, la policía había empleado recursos muy valiosos para afianzar las pocas pruebas en contra de su excuñado. Y la única referencia a la vida personal de Sarah se limitaba a citar el noviazgo con Hugo como factor relevante en su muerte.

Ni una sola referencia a la relación de Oliver con Sarah, así que, o no sabían de la misa la mitad, o bien no la habían considerado relevante. Y podría ser el padre, aunque esa opción daba a Hugo otro motivo más para cometer el asesinato. Tampoco se mencionaba a Químicas Ripoll, la destinataria de la demanda judicial que había tenido en jaque a la asociación, de la que Sarah formaba parte. Nadie había investigado las amenazas a Farré y a su familia, a pesar de que la víctima era hija de un conocido político, ni tampoco se nombraba al desconocido que se hacía llamar Darío el Grande.

En el inventario de objetos personales de Sarah, no aparecía el brazalete. Algo que habían pasado igualmente por alto. Ni una mención. A Terror le resultaba inconcebible a tenor de la multitud de fotografías de Sarah que colgaban de las paredes de la casa de Enrice Farré. ¿Por qué?

Todas esas omisiones le habían fastidiado su plan hasta límites insospechados. Había problemas por todas partes. Aun así, el caso presentaba ciertas lagunas. Y ahí podría estar la solución.

No tenía todo el día, una hora como máximo, y comenzó por examinar las llamadas efectuadas o recibidas por Sarah el mes anterior a su muerte. La policía había identificado algunos números, pero otros muchos no. Terror se echó atrás en su asiento y repasó uno a uno los que no estaban detallados, comparándolos, por ejemplo, con los que había obtenido del teléfono móvil de Hugo. Puede que encontrara algo que nadie había tomado en cuenta.

Había numerosas llamadas entre Sarah y Hugo a principios de mes; un número que iba descendiendo hasta desaparecer antes del asesinato. Durante las tres últimas semanas, figuraban llamadas a otros números; el de Oliver era uno de ellos. Y, sorprendentemente, varias al móvil de Michelle, su exmujer. También advirtió un intercambio de llamadas que correspondían a un número fijo. Era el número de un hospital en Tarragona. Terror supuso que tendrían que ver con el embarazo. Y daba por hecho que ese era el motivo que había propiciado la ruptura con Hugo, pero tal vez estaba equivocado.

Recorrió la lista de un extremo al otro. Dejando a un lado las escasas llamadas a su padre, a su tutor Javier Guirao y ciertas obviedades, se fijó en que ella misma había marcado un número muchísimas veces que coincidía con otro teléfono fijo, de Madrid. Una llamada que se repetía el día antes de morir, efectuada desde el móvil de Sarah y que duraba veinte minutos. Y resultó ser el de una clínica privada de interrupción del embarazo. Es posible que quisiera recabar información lejos de miradas indiscretas o una simple coincidencia retorcida y jodida. Otra más.

Al menos dos chicos rondaban alrededor de la pobre Sarah y, según su criterio, cualquiera pudo haber participado o cometido el asesinato. Hugo, por las pruebas de ADN y por su perfil de chico celoso, peligroso y controlador. Aunque de ahí a matar a golpes a su novia va un buen trecho. Oliver, por ser un narcisista que se regocija con el control de las dinámicas de dependencia emocional y psicológicas. O sea, frío, calculador y reflexivo. Y un padre como Farré que la protege hasta el extremo, la aísla y la bloquea para que dependa de él.

A falta de catalogar cómo fue la investigación policial, los anónimos, el incendio de la fábrica que nadie hizo..., las pintadas, el cáncer, el verdadero supuesto asesino que va dejando pistas para que lo descubran. No podía dejar las cosas como estaban ni podría ir a rescatar a nadie.

Si te estás ahogando en el mar, aguanta la respiración. Y eso hizo. Continuó examinando las llamadas de Sarah el día de su muerte. El número de móvil al que llamó no estaba identificado. Nadie en su sano juicio se habría imaginado algo así y se veía obligado a confiar en el listado que Hugo le había proporcionado.

Despacio, como el jugador que ha perdido hasta la camisa y repasa con la punta de los dedos los números para ver si queda algo a qué aferrarse, notó que estaba en lo cierto cuando un desagradable escalofrío recorrió su cuerpo. La situación no podía ser más extraña; una irracional fuerza gravitacional empezó a girar a su alrededor. Pero la realidad estaba allí, delante de sus narices. Era lo último que esperaba encontrar. Esa noche Sarah hizo una única llamada..., a Carla, su eterna enemiga.



No quedaron en una cafetería ni en un restaurante. Prefirió visitar de nuevo a Michelle en la casa donde habían vivido cuando aún estaban casados. Ella ya estaba allí, esperándolo.

Terror se apeó del taxi y se miró el viejo edificio. Solo hacía falta echar un vistazo a la fachada para viajar al pasado. Desde la primera vez que la besó y la música que sonaba cuando se conocieron hasta el vestido que llevaba puesto y el suave olor a rosas que desprendía su tersa piel blanca, o cómo le temblaban las piernas cuando ella lo invitó a entrar en su cuarto.

Antes de que Terror pulsara el botón del interfono para pedirle a su exmujer que le abriera la puerta de la calle, ella se adelantó con un femenino y un agudo falsete.

—¿Has llegado ya? —preguntó de forma amistosa y añadió—: He dejado la puerta de casa entreabierta, te estaba esperando.

Él no respondió y al abrir el rellano estaba sombrío, sin iluminación y recubierto por esos paneles de madera oscura que detestaba. El suelo tenía las familiares baldosas viejas y desgastadas. No había ascensor, solo una angosta escalera de caracol hecha de hierro forjado que llevaba hacia arriba con los escalones empinados, y él tuvo que agarrarse a la barandilla mientras subía.

Cuando abrió la puerta del piso, casi chocó con ella. De pie en el pasillo, la inmediatez se entromete así en el inicio de un primer amor que se fue antes de tiempo porque salió algo mal, pero, como ocurre a veces, está condenado a no olvidarse.

Terror se adelantó y empujó, pero la puerta se resistió a cerrarse como si alguien estuviera haciendo palanca desde fuera, siguió esforzándose durante unos segundos y después la cerró.

—Solo tardaré un minuto —le dijo Michelle—. Acabo de salir de la ducha. ¿Te importa esperar en el salón?

—Tranquila. Tómate tu tiempo.

Ella se giró y lo dejó solo. La situación no podía ser más extraña, su antigua casa y su exmujer allí; la historia se repetía.

Recorrió el salón de un extremo a otro. En las paredes había estanterías repletas de libros. Un magnífico parqué en el suelo con tablillas largas y estrechas. La vieja y sólida mesa de madera por la que Terror pasó la punta de los dedos para recordar su tacto. La tenue claridad que entraba a través de las cortinas. Perfecto.

Notaba algo familiar: un sentimiento agradable de pertenencia que su alma sintió en aquella casa, hospitalaria. Sobre todo, cuando volvió a entrar en esa estancia; cuando se vio de pie junto al sillón que solía utilizar.

Era la segunda vez en pocos días que regresaba, pero la sensación de estar de visita resultaba de lo más extraña. La interminable serie de recuerdos y de hebras de las que había tenido que desenredarse lo abrumó.

Había algo de lobreguez. Terror se dirigió a la ventana, apartó un poco la cortina y miró al exterior. Eran casi las nueve y media de la mañana y la calle era una colmena activa: los vehículos circulaban en ambas direcciones, transeúntes con el móvil en el oído, hombres y mujeres formaban grupos, parejas haciéndose confianzas y otros, simplemente, caminaban.

La puerta del salón se abrió y Michelle se quedó allí de pie, en el quicio. Le miró en silencio y él le devolvió la mirada.

Terror respiró hondo. Imágenes de los últimos dos años se agolparon en su mente. Ella casi pudo leerle el pensamiento y también el recuerdo y se sonrojó. Normal fue que experimentaran una fuerte sensación de conexión, como si el tiempo no hubiera pasado.

Ella señaló con la mano y se sentaron uno al lado del otro, en el sofá que presidía el salón.

—Gracias, David —dijo ella con delicadeza—. Estoy segura de que estás haciendo lo que

puedes para ayudar a Hugo.

Pero antes de que Terror pudiera decir nada al uso, como «no hay de qué» o «de nada», Michelle se adelantó y dijo:

—Estaba hecha un manojo de nervios y no te pregunté la última vez que estuviste aquí. ¿Qué te parece la casa? —dijo y sonó tan encantador como solo ella sabía hacerlo, lo que hizo que él se sintiera a gusto a su lado.

—La has cuidado muy bien —dijo Terror, sonriéndole—, mejor de lo que la recordaba.

—Ah, bueno, no sabría decirte.

Terror miró a Michelle como si no supiera qué añadir. Ella sabía hacer que él sintiera ganas de llevar la conversación por otros derroteros y tenía la virtud de salirse con la suya. Él quería lo contrario. O tal vez no.

—Eh, Javier Guirao me ha dicho que sois muy buenos amigos. Parece estar muy interesado en ti y en tu bienestar, ya sabes.

—Javier es solo un compañero de trabajo —asintió Michelle, un poco avergonzada—. Aparte de eso, no creo que tengamos mucho en común.

—Tal vez, pero está claro que al gallego ese le gustas.

—¿De verdad quieres hablar de él? —Ella clavó sus ojos verdes en los suyos y le transmitió una irreprimible sensación de deseo—. Es que cuando llamaste y me dijiste que querías verme, yo..., no sé, pensé que tenías algo importante que contarme.

Michelle le sonrió confiada. Terror le clavó sus ojos en los de ella un instante para bajarlos inmediatamente después y dejarlos fuera de su alcance. Un poco por relajar la tensión, sin esperanzas ni tampoco sabiendo por qué no había de tenerlas. Ella hizo como si no se hubiera dado cuenta. Menudo par de tontos. Pero en lugar de eso:

—Michelle —dijo recuperando el amor propio suficiente como para evitar que se viera que se moría de ganas por recuperarla—, creo que había algo personal entre Sarah y Oliver. ¿Sabes de qué podría tratarse?

—No, la verdad es que no.

—¿No sabías que Sarah y él estaban liados? ¿Hugo no te lo contó?

Michelle movió la cabeza con tristeza.

—No, si puede evitarlo. Es un libro cerrado. No sé qué hacer para que me cuente sus cosas.

Terror se sentía frustrado.

—Ha ocurrido algo extraño. Oliver tenía en su poder un brazalete. Creo que Sarah lo llevaba puesto el día que la mataron y, o bien se lo dio ella, o bien se lo quitó después de..., ya sabes.

El rostro de Michelle se ensombreció.

—Tonterías. Conozco a ese chico y no lo veo capaz de hacer algo así.

—¿A Sarah la conocías igual de bien?

Michelle giró levemente el rostro, con la cara pálida como un jazmín y las manos sobre las rodillas. Terror se quedó a la espera.

—¿Qué pasa? —preguntó él.

—Nada.

—¿Qué sucede, Michelle? —volvió a preguntar—. Presiento que me ocultas algo. Dime qué está ocurriendo.

—Por favor, David, no quiero hablar de ello.

—¿Es que no entiendes la gravedad del asunto? Tenemos a tu hermano acusado de asesinato. Michelle lo miró.

—Nadie conocía bien a Sarah. Se lo guardaba todo para ella.

—Podría ser —repuso Terror—. Pero creo que tú sabes algo.

—¿Qué quieres decir?

—Ya deberías saber que no soy muy paciente. Esa chica te llamó varias veces y no me lo dijiste. Michelle, ¿de qué va esto? ¿Me vas a decir qué te contó?

Ella convirtió su voz en un susurro.

—No... No sé... —sacudió la cabeza—. ¿Cuándo fue eso?

—He visto el registro telefónico, Michelle.

Ella se apartó el cabello detrás de la oreja y respiró hondo.

—¡Lo siento! ¡No puedo contarte nada! Me hizo prometer que no se lo dijera a nadie hasta que ella me avisara. No voy a traicionar su confianza.

—¿Confianza? Michelle, ¡Sarah está muerta! Alguien la cosió a puñaladas. Ya no tiene secretos.

Ella resopló y Terror respondió con la mirada.

—Me dijo que quería hablar conmigo, que era urgente —se defendió Michelle, pero ya se sentía derrotada.

—¿Sobre qué?

—David, no quería ocultártelo —dijo ella—. Tienes que entender que hay ciertas cosas. Sarah y yo estuvimos hablando, sí; tenía problemas y yo intenté ayudarla lo mejor que pude.

—Bueno, pues te lo digo yo: ¿de su embarazo? Venga, dilo de una vez —dijo Terror—. No me hagas perder más tiempo.

Michelle se cubrió la boca con las manos.

—¿Lo sabías?

—Por supuesto.

Ella tragó saliva.

—Sarah me habló de ello. Escuché sus preocupaciones, sus dudas y todo lo demás —dijo y luego se cruzó de brazos—. David, ponte en su lugar. Estaba asustada y sin una madre a quien acudir.

—Soy consciente de ello, pero ¿por qué te lo contó a ti?

—No puedo decírtelo. Sencillamente, acudió a mí en busca de consejo. Estaba desesperada, perdida. No sabía qué hacer. Creo que ni siquiera sabía lo que estaba en juego. —La mirada confundida de Michelle le arrancó un suspiro—. Una conversación en donde yo no supe qué decir.

—¿Quién era el padre?

—Yo di por hecho que era Hugo.

—No, Michelle. Oye, sé lo que parece, pero el padre puede ser otro. Ni siquiera la policía lo sabe todavía.

—¿La policía? —A Michelle le tembló la voz.

—Deja que te pregunte algo más. Sarah llamó a Carla Martí la noche que la mataron, ¿tienes idea de por qué lo hizo?

Michelle guardó silencio. Cuando volvió a hablar, parecía turbada.

—Eran compañeras de clase.

—Sí, lo eran; pero la gente decía que se odiaban a muerte. ¿No es extraño que la última llamada que hizo esa chica antes de morir fuera a su eterna enemiga?

—Preguntas a la persona equivocada —se disculpó.

Terrer vaciló.

—Algo no cuadra —observó él—. Algo la hizo cambiar de opinión respecto a Carla. O quizá no fueran enemigas.

Ella se mordió el labio. Abrió la boca para contestar, pero la cerró sin nada ocurrente que añadir y se quedó mirándolo sin más.

—Esa última llamada puede ser clave —continuó Terror.

Michelle siempre lo había puesto en un pedestal y había pasado por alto su incisiva agudeza. Y aunque de alguna forma había descubierto que el vínculo que tenía con él, aquello que los había unido, no había desaparecido, en ese momento, con esa forma de hablar, estaba poniéndola en un aprieto.

—Mira, si quieres seguir con este juego de intrigas, no seré yo quien te lo impida. Es solo que necesito que pares ya, por favor, David —rogó ella.

De forma instintiva, acarició sus manos para transmitir tranquilidad.

—Lo siento —se disculpó.

Las vicisitudes del pasado habían hecho mella. Michelle se estremeció incómoda y apartó las manos como si hubiese tocado una serpiente. Ciertos recuerdos dolorosos provocan angustia y es mejor no removerlos.

—Debes de estar disfrutando —le dijo ella.

—¿Por qué?

—Un nuevo caso, tú y solo tú, sin nadie que te espere en casa.

—Eso no es justo, Michelle. Es evadir la realidad.

—Todo no es gratis, David.

Terrer no quería volver a discutir sobre las causas de su ruptura.

—Tienes razón, Michelle. En el pasado cometí errores. Lo confieso.

Ella no pareció sorprenderse en absoluto, parecía complacida.

—Yo también. Los dos los cometimos —reconoció ella.

—Cuando intenté enmendar ese error —observó Terror—, ya era tarde. No te pedí perdón como merecías.

—No quiero tus disculpas, David. No quiero nada de ti.

Terrer intentaba entender, pero podía sentir cómo se le desencajaba la cara pese a estar

haciendo un gran esfuerzo para parecer inmutable.

—Puedo entender tu sufrimiento. Yo...

—No lo entiendes —interrumpió ella—. Cuando recurrí a ti para que ayudaras a Hugo, no quería que regresaras a mi vida —dijo, aunque se notaba que estaba mintiendo—. O puede que sí.

—Me rompiste el corazón cuando te marchaste sin darme ninguna explicación. Desde entonces me he estado preguntando por qué.

—Lo sé. Y lo siento de veras —dijo ella con tristeza y rompió a llorar.

—Soy tan estúpido que tardé una eternidad en asumir que habías dejado de quererme.

—David, eso no es cierto. Yo no...

—Entonces, ¿por qué lo hiciste?

Michelle se secó algunas lágrimas y se inclinó hacia delante.

—Nunca habría consentido que cambiaras, te quería demasiado como para apartarte de tu carrera. Pero yo ansiaba hacer algo más en mi vida.

Terrer asintió y se pasó las manos por la cara para disimular su pena. Sentía el peso del mundo sobre sus hombros. Un peso que le aplastaba con fuerza las entrañas hasta que, de repente, una voz joven le sacó del trance.

—¡Yujuuu! —dijo Hugo con voz cantarina—. ¿Hay alguien en casa?

—Has venido —contestó Michelle ruborizada cuando lo vio aparecer por el salón. Terror se percató y trató de recobrar la compostura.

Todavía en el umbral de la puerta, el muchacho pudo sentir la carga emotiva que flotaba en el aire y añadió:

—¿Interrumpo algo?

Michelle no le miró y terminó de secarse las últimas lágrimas.

—No; tu hermana y yo solo nos poníamos al día.

—¿Solo eso? —preguntó él—. ¿De verdad?

Terrer puso su mejor cara de «eh, para nada» que pudo. Michelle se mordió el labio, se ajustó la bata y cerró sutilmente el escote.

—Hugo, deja de preocuparte. Son cosas sin importancia —argumentó ella y fingió que no le afectaba—. Adelante, pasa.

—Pues, a juzgar por vuestros careros, no debías de estar hablando de nada bueno —respondió con su tono alegre.

Michelle barajó la idea de inventarse una excusa más conveniente, pero prefirió cerrar la boca.

—Ahora que ya estás aquí, ¿te importa que hablemos un rato? —le preguntó Terror a Hugo.

El muchacho se sentó en una silla frente al sofá, puso los pies encima de la mesa y soltó una sonora bocanada de aire.

—Pfff, no sé qué decir. ¿De qué quieres hablar ahora?

Oyeron que Michelle carraspeaba.

—Lo lamento mucho. Yo..., bueno..., querréis estar solos —era una sutil forma de hacerlo, de escabullirse a tiempo—. He pensado que sería mejor arreglarme un poco. No quiero llegar tarde

a la universidad.

Allí la tensión era palpable todavía.

—Faltaría más. —Terrer miró de reojo a Michelle, que ya se estaba de camino hacia la puerta. La cerró tras ella y fingió toser, cuando, en realidad, lloraba.

Hugo se echó hacia atrás en su asiento.

—¡Mira qué bien estamos ahora! —exclamó el muchacho.

—Qué deprisa te has adaptado a tu nueva situación —dijo Terrer—. Te veo muy tranquilo para estar en libertad bajo fianza.

—Cierto —reconoció él—. Y, si no, estás tú para recordármelo.

Los dos se miraron con frialdad.

—Te dije que te quedaras en casa.

—No creo que sea para tanto. Solo paseaba.

Hugo no iba a librarse de la típica charla. Había hecho caso omiso de sus indicaciones y estaba harto de sus respuestas incoherentes.

—Me da igual lo que creas. La has cagado hasta el fondo y me has desobedecido. Como sigas haciendo el tonto, vas a pasar mucho tiempo en la cárcel.

Hugo guardó silencio varios segundos.

—¿De qué coño hablas? —refunfuñó.

—Hay muchas cosas que no me has contado, Hugo.

—Te lo he contado todo.

Terrer se inclinó hacia delante.

—Sabes que eso no es verdad.

—Pues claro. El Hugo que recordabas ya no existe.

—No me lo puedo creer. ¿Tú te crees que yo soy tonto? ¿Qué me dices de Carla? —bramó Terrer.

Hugo tragó saliva con dificultad y permaneció en silencio con ojos de búho. Terrer continuó:

—En realidad, lo que quiero saber es por qué me has ocultado que hablaste con ella la noche que murió Sarah. Carla me lo dijo, alegando que estaba preocupada por ti, pero ignora el porqué.

Ya era un poco tarde para justificarse y Hugo lo sabía.

—Lo siento. Tienes todo el derecho a cabrearte.

—¿Puedes contarme por qué la encubriste? —insistió.

Hugo cerró los ojos, parpadeó y volvió a abrirlos.

—Ya está hecho. No quería causarle daño a ella. Más daño todavía.

—Justo ese día había estado preguntándome si eras sincero conmigo. Y al hablar con Carla me topo con otra sorpresa.

—En esta jodida semana, han pasado tantas cosas que se me olvidó, se me olvidó que me había llamado por el puto WhatsApp. Además, borré la llamada. Siempre lo hago cuando me llama ella.

Aquello sacó a Terrer de sus casillas.

—¡Sin esa llamada el único culpable eres tú, Hugo! —tronó la voz de Terrer—. ¿No te parece

algo que deberías haberme contado?

—No he podido hacerlo hasta ahora —musitó—. Además, ¿qué tiene eso que ver con Sarah?

—Qué ingenuo eres —dijo sin dejar de mirarlo fijamente a los ojos—. ¿No se te ha ocurrido pensar que Carla puede ser la asesina?

—Carla no, imposible.

La pregunta le incomodó más de lo que estaba dispuesto a admitir.

—Ah, la dama misteriosa. —Terrer le lanzó una sonrisa irónica—. Apenas la conoces y es como si de repente fuera tu alma gemela.

—¿Te parece mal que quiera dejarla al margen?

—Yo no digo que esté bien o mal. Lo único que digo es que, tal como están las cosas, tampoco podemos descartar ninguna posibilidad.

—Ya lo sé. —Su tono es sereno; su mirada, sin vacilaciones—. Después de que Sarah pasara de mí, Carla y yo nos vimos un par de veces. Hablamos por teléfono esa noche, antes de que me detuvieran, pero eso fue todo.

—¿Te preguntó por Sarah? —quiso saber Terrer.

—Los típicos comentarios de siempre.

—¿No dijo nada fuera de lo común?

—Quería saber si..., en fin..., habíamos terminado para siempre.

—Es muy lista —comentó Terrer, pensativo—. ¿Te suena que Sarah llevara puesta aquella noche una pulsera?

Hugo negó con la cabeza.

—No; no era una pulsera. Era un brazalete.

—¿Estás seguro?

—Sí. Ella intentó esconderlo bajo la camisa, pero lo vi.

Terrer suspiró aliviado.

—No te preocupes. Sé que se lo regaló Oliver —añadió, intuyendo su pensamiento—. Vi cómo ese cabrón lo recogía del suelo después de la pelea.

—Sabes perfectamente lo que eso significa —declaró Terrer.

Hugo asintió mientras la frente se le perlaba de sudor, pero fue el rostro demacrado de Terrer lo que más llamó su atención.

Aquel era el momento de la dolorosa revelación. A Terrer no le gustaba ser portador de este tipo de noticias, pero Hugo se merecía conocer la verdad.

—Tú no lo sabes, ¿verdad?

—¿El qué? —preguntó, mirándolo de hito en hito.

—Al parecer, Sarah estaba embarazada.

—¿Emba-ra-za-da? —dijo tartamudeando.

Hugo sintió que el corazón le daba un vuelco. Intentó levantarse, pero Terrer se lo impidió poniéndole una mano en el brazo.

—Es duro. Este tipo de cosas siempre lo son —dijo Terrer—. Trata de calmarte.

—¡Imposible! —respondió, con un asomo de ira e impaciencia—. Ella me lo habría dicho.

—Es espantoso, injusto. Pero no la juzgues. Puede que no seas el padre.

El pobre muchacho había enmudecido, estaba pálido y conmovido.

—Van a enviarme los resultados de la autopsia —continuó—, así que sabré más cuando los reciba. Todavía no tengo la certeza, pero es posible que viniera de interrumpir el embarazo esa última noche que la viste.

—¡No! —intervino Michelle, que entró de improviso en el salón para llevarse a Hugo de allí—. ¡Ya ha tenido suficiente!

—¿Sabías algo de esto? —le preguntó Terrer a Hugo.

Michelle lo fulminó con la mirada y clavó los tacones en el suelo.

—Está bien, sí. Será mejor que me marche —dijo Terrer, incómodo.

Capítulo 14

Al cuarentón de Terror le habían ocurrido muchas cosas en su vida. Como abogado especializado en derecho penal, se había mezclado con gente peligrosa. Había tenido como clientes a una gran cantidad de criminales, algunos de los cuales habían intentado acabar con él. Había superado con nota todos aquellos inconvenientes o prejuicios que lleva consigo su trabajo. Como suele decirse en cualquier profesión, gajes del oficio.

Huelga decir que su labor no implica en modo alguno que debas colarte en una residencia de estudiantes ni que trates de buscar pruebas como un desesperado en el dormitorio de un adolescente.

Sea como fuere, en ese momento iba siguiendo los pasos de un chico greñudo y desaliñado, flaco, de piernas ágiles y zancada larga que echó a correr en cuanto lo vio, mientras que Terror apenas podía seguirle el ritmo.

—¡Espera! —le dijo intentando averiguar por qué huía de él, cuando estaba a punto de desaparecer por un pasillo estrecho y oscuro.

A pesar de las apariencias, Terror no estaba al cien por cien. Le dolía la espalda y la rodilla derecha. Le costaba respirar. Y el hecho de querer pasar desapercibido en aquel edificio universitario mientras le daba alcance a la carrera a un joven de energía ilimitada no ayudaba.

Corrió por el pasillo y torció a la derecha. El chico se distrajo, resbaló al intentar esquivar a un par de compañeros que se cruzaron en su camino y cayó al suelo. Terror redujo considerablemente la distancia que los separaba hasta situarse junto a él, que seguía tendido bocarriba.

Se inclinó sin perderlo de vista y le tendió la mano para ayudarlo a levantarse. Le bastó mirarlo a los ojos para darse cuenta de que era una víbora a punto de morder. El joven sacó una navaja y se levantó de improviso.

—¿*Què cony vols?* —gritó—. ¡Te la clavaré!

—Escúchame, chaval. Escucha, no tienes por qué hacer esto.

—¡Cállate! —gritó mientras agitaba la navaja—. ¡Déjame en paz!

—No pienso hacerlo. Y tú tampoco vas a hacer nada con ese chisme.

—Si te crees que no te la voy a clavar, ¡vas listo!

—Está bien, pero no querrás echar a perder tu vida por algo así.

El chico sacudió la cabeza.

—¡Aléjate!

—¿Por qué huyes de mí? —replicó Terror.

—Porque sé quién eres, joder.

—¿Cómo?

—Eres David Terrorer, el abogado. Le salvaste el culo a Oliver el otro día cuando intentaron atropellarlo.

—¿Lo conoces?

—Sí, somos colegas.

Terrorer recordó lo que le había contado Hugo acerca de un amigo íntimo de Oliver y estableció la conexión.

—¿Cómo te llamas?

—Adriá.

—¿Adriá qué?

—Adriá Moreno, y no tengo nada que decirte.

—Solo intento averiguar qué ocurre. Tal vez tú sepas algo que yo desconozco sobre la muerte de Sarah.

El joven sostenía la navaja frente a su rostro.

—*Hòstia puta, doncs clar que no.*

—Guarda eso, ¿vale?, y hablaremos.

Adriá lo miró con suspicacia, como si estuviera evaluando la situación. Después recapacitó, cerró la navaja y la guardó en el bolsillo del pantalón.

—Ese asunto me importa una mierda.

—Creo que tu amigo Oliver sí te importa —precisó Terrorer. Se inclinó hacia delante y susurró —: Puede que esté involucrado en la muerte de Sarah.

El chico torció el gesto, incómodo.

—Mira, tío, sé lo de Sarah, ¿vale? Lo que le pasó es horrible. Pero te equivocas con Oliver. Él sería incapaz de..., le gustaba.

—Entonces, ¿por qué tenía su brazalete? Ella lo llevaba puesto la noche que la mataron.

—Oye, yo... no sé nada de eso.

—Alguien se ha molestado mucho en apuntar con el dedo a Hugo —observó Terrorer—, pero estoy convencido de que el culpable es otro.

—Ya, bueno, espero que tengas razón.

—¿Tienes alguna idea de quién pudo matar a Sarah?

—No.

—Un pajarito me ha contado que Oliver lo intentó con Sarah a espaldas de Hugo y que ella le dio calabazas, ¿lo sabías?

—¿Y qué?

—Debió de sentarle como una patada en los huevos.

—¿Y crees que por eso la mató? No. Ahí te equivocas, tío. Oliver no se habría atrevido a tocar a la hija de Enric Farré. Eso nunca. Ni de coña.

—¿Por qué? ¿Qué tiene que ver Farré en este entierro? Me huelo que insinúas que esos dos se conocen.

Adriá bajó la mirada y calló.

—¡Contesta! —gritó Terrorer.

—Sí, se conocen. Colaboraban esporádicamente.

—¿Qué clase de colaboración?

—No sé de qué iba la cosa. Creo que eran unas mierdas organizadas por el ayuntamiento o alguna cosa de esas.

—¿Estás seguro?

Adriá se mordió la lengua. Sabía que había hablado demasiado.

—¿Qué me dices de Sarah? ¿Erais amigos?

—La veía por clase, *això és tot*.

—No me toques los cojones, Adriá, en serio —inquirió Terror.

—Es posible que haya cruzado alguna palabra con ella. ¿Satisfecho? Y ahora déjame en paz. Tengo cosas que hacer.

Terror pensó que era cuestión de apretarle las tuercas y, después, intentar amarrar los cabos sueltos de un asunto tan sórdido como ese.

—Alguien ha causado problemas y les ha quitado el sueño a los de Químicas Ripoll y a unas cuantas personas más. ¿Sabes algo de eso?

El muchacho se puso rojo como la grana y farfulló una excusa.

—¡Eh! —continuó Terror, agitando un dedo frente a su cara—. Hay testigos que vieron a dos jóvenes huir de la fábrica después de provocar un grave incendio, ¿entiendes, Adriá? No es buena idea mentir con la que está cayendo. Te puedes meter en un buen lío. ¿Ves por dónde voy?

Adriá respiró hondo.

—No seas pesado, hostia —gimoteó—. Yo no sé quiénes son.

Terror se colocó a escasos centímetros de su cara.

—¿Qué hay de ese tal Darío el Grande? ¿Se te ocurre quién puede ser?

Adriá se removió nervioso.

—Ni puta idea, tío —contestó y añadió—: Ya te he dicho que tengo cosas que hacer. Me largo de aquí, ¿vale?

—Vale, Adriá.

Terror frunció el ceño cuando lo vio alejarse. Poseía madurez de instintos y un talento profesional para apreciar los problemas y olió a hueso quemado. Una conspiratoria recreación de la conexión entre Farré y Oliver se instauró en su mente. Se preguntó si el político estaba más implicado en la muerte de su hija de lo que había pensado en un primer momento. Aquello que ocultaba detrás de su silencio. Terror pensó en Sarah y se dio cuenta de que incluso los padres más ejemplares podrían cometer crímenes terribles.

—Oye, una cosa más, Adriá —le dijo Terror.

El muchacho paró en seco y se giró.

—¿Qué?

—Si de verdad te importa Oliver, será mejor que hagas lo correcto. Si no quieres hablar conmigo, vale, lo entiendo. Pero debes contarle a la policía lo que sepas y hacerlo ya.

El joven lo miró de reojo y siguió adelante.

Terror no entendía qué hacía Sarah relacionándose con un chico volátil como Adriá. Es

probable que estuviera jugando a dos barajas. Un tarado de rigor que estalla al menor contratiempo y hace lo que le pidan y otro como Oliver, más reflexivo e influyente: el equilibrio perfecto.



El abogado sacudió la cabeza y centró su atención en lo que tenía entre manos. Había ido a la residencia de estudiantes en busca de pruebas y tenía trabajo por hacer antes de marcharse. Oliver estaba desempeñando un papel muy importante en el caso de la muerte de Sara Farré y era hora de averiguar lo que se había orquestado y quién era el responsable. Semanas de una investigación infructuosa, por no decir demoledora, a juzgar por los muchos inconvenientes, podrían llegar a su fin si su plan funcionaba a la perfección.

De forma bastante habilidosa, miró detrás de un mostrador, que estaba vacío, y distinguió el nombre de Oliver en una lista de internos que incluía el número de habitación asignada a cada uno de ellos. De hecho, una copia de la llave en cuestión colgaba de un perno en un tablero instalado en la pared y no suponía un gran esfuerzo cogerla.

Era probable que ese joven tan enigmático se negara a compartir con él lo que sabía y esa era la razón por la que debía intentarlo. En cuanto la afluencia de estudiantes en el pasillo hubo cesado, supo que era el momento de actuar, alargó el brazo por encima del mostrador y tomó la llave. Se dispuso a entrar en el dormitorio de Oliver como un simple ratero. Y lo cierto es que le resultó un poco embarazoso advertir que lo pudieran descubrir hurgando en sus pertenencias.

La puerta estaba cerrada con llave, el abogado la abrió.

Al entrar, Terrorer reveló un pequeño y humilde dormitorio, iluminado por el tenue resplandor de la luna que se colaba por una estrecha ventana rectangular y recubierto de pósteres de películas de superhéroes pegados con cinta adhesiva en las paredes. El suelo era de losas cuadradas, talladas con esmero, pulidas y brillantadas por el paso del tiempo y el desgaste de los inquilinos. En una esquina había una cama de cuerpo y medio todavía deshecha y en la esquina opuesta un escritorio con cajones, una vieja silla de madera, un flexo un tanto aparatoso y un ordenador portátil.

Olía a humanidad y ropa sucia, como si la habitación no se hubiera ventilado en años. Cerró la puerta tras de sí y encendió la luz del techo. Su atrevimiento hizo que se sintiera cohibido. Se quedó un rato pensativo y permaneció inmóvil sin saber qué hacer a continuación. A su espalda, por detrás de la puerta, oyó el sonido de los pasos agitados de los estudiantes que transitaban por el pasillo.

Deambuló por el perímetro de la habitación en busca de pruebas. Frente al escritorio había una estantería en la que descansaban varios libros de referencia arrugados de tanto leerlos que habrían pertenecido a distintas promociones. Se fijó en un corcho en la pared que parecía de mucha utilidad por el conjunto de documentos y fotografías que contenía. Cuando Terrorer se acercó a mirar, vio que Oliver salía en casi todos los retratos, acompañado de algún compañero universitario. Y con ese aspecto severo y enigmático en su rostro. Sin embargo, no vio ninguna

fotografía en la que apareciera Sarah. Esa era su propia manera de mantener su vida real oculta a ojos indiscretos.

Terrer bajó las manos y tiró para abrir uno de los cajones del escritorio, se resistía a revelar su contenido; algún secreto inconfesable no quería ser molestado. Siguió esforzándose y por fin lo consiguió. Encendió el flexo y entornó sus ojos cargados de expectación. Había papeles sueltos, recortes de periódico y documentos relacionados con Químicas Ripoll.

Terrer se inclinó sobre el escritorio como un jugador de póker que protege sus cartas. Abrió un segundo cajón y examinó el contenido. Lo inspeccionó con cuidado. Vio documentos escritos a mano, informes, planos con anotaciones en los márgenes e incluso un diagrama con las diferentes fases para entrar en las instalaciones de Químicas Ripoll sin alertar a los guardias. No tuvo duda de quién había asaltado la fábrica días atrás.

En el fondo encontró una fotografía de Sarah, tomada en el primer tramo de la escalinata del Park Güell, mirando de reojo a la cámara. Los cabellos rubios y lisos le llegaban hasta los hombros y tenía una mirada serena y decidida. Sus labios no esgrimían una sonrisa, pero mostraba una expresión de felicidad sincera y despreocupada.

Al principio, pensó que veía una simple fotografía, un lapso congelado en el tiempo. La bonita escena se tornó irónica, como mirar a través de sus ojos a una realidad muy distinta. Detrás del delicado rostro de Sarah se escondía la pena que la estaba consumiendo. Este debió de ser uno de sus últimos momentos de felicidad, como una gota de lluvia disolviéndose en un charco de agua. Terrorer se estremeció. No era tanto una pelea por salvar a Hugo cuanto el modo de descubrir el oculto tormento que se cernía sobre ella y que terminó por arrebatarse la vida.

Terrer movió el ratón y la pantalla del ordenador se aclaró. El disco duro se agitó. Empezó a preguntarse ahora si encontraría información sobre Sarah. Abrió una carpeta tras otra. No encontró nada relacionado con ella, pero sí abundante información sobre la fábrica de químicos.

Acababa de decidir que se marcharía de allí, cuando, de pronto, vio una prenda de ropa arrugada y salpicada de pequeñas manchas oscuras. Asomaba en parte del armario, cerca de la cama. Alguien la debía de haber metido de forma apresurada, sin emplear la fuerza suficiente para cerrar la puerta.

Terrer se levantó y miró dentro del armario y vio un montón de ropa sucia: camisetas de algodón, calcetines, abundante ropa interior y dos pares de vaqueros azules. Cerca, en el mismo borde del ropero, estaba la solitaria camisa de manga larga gastada por el uso en la que había clavado sus ojos.

Se dijo que ese olor sucio e impuro que salía de ella le resultaba familiar y estaba en lo cierto. Terrorer supo gracias a su fiel instinto que las manchas de color marrón rojizo repartidas aquí y allá en la camisa eran de sangre. Inspeccionó el resto de la ropa y encontró manchas similares en un par de pantalones vaqueros. Había sangre. Mucha sangre.

Contempló las prendas durante un minuto y luego las dejó a un lado en el armario para concentrarse en lo que haría a continuación.

—¡Vaya sorpresa! —dijo alguien en voz alta—. ¿Cómo ha conseguido colarse en mi habitación?

Terrer suspiró, se ajustó la corbata con disimulo y se giró para ver quién lo había pillado con las manos en la masa. Oliver lo miró desde el vano de la puerta con sus ojos marrones inquietantes e inexpressivos. ¿Había la más leve posibilidad de salir airoso del entuerto?

—Oliver.

—¿Todos los abogados caen tan bajo?

Su ironía contenía una acusación implícita.

—No es lo que parece —señaló Terror.

—Entrar en un domicilio ajeno es un delito —continuó él—. Se lo digo por si faltó ese día a clase.

—Tienes razón. —Terrer sostuvo la camisa ensangrentada en dirección a su cara—. Tú ya estás al corriente acerca de eso, ¿verdad? —inquirió.

—Bueno —Oliver hizo un gesto de calculada vaguedad y prosiguió—, puede que sí y puede que no.

—Estuviste en casa de Sarah, Oliver.

—Sí.

—¿La mataste?

—Yo sé lo que hice. Soy inocente.

—Esto es sangre. Sangre de Sarah —señaló Terror—. Hay algo más que te incrimina: el brazalete que llevas puesto. Con eso termina de encajar del todo. Fuiste a su casa, perdiste el control y la mataste. Te largaste de la escena del crimen con el brazalete para que no te relacionaran con ella.

—De acuerdo. Si lo que busca es un culpable, adelante.

—Oh —dijo Terror—, ¿lo admites?

—Sí, lo soy —respondió agachando la cabeza, entró y cerró la puerta—. Sarah estaría ilesa si yo no la hubiese enredado.

Una extraña sensación le invadió. Había algo raro en aquello.

—Estoy perdido en este momento —repuso Terror exasperado—. ¿Le sucedió porque la involucraste?

Oliver alzó la mirada hacia él, un poco sonrojado.

—Químicas Ripoll. Esos hijos de puta.

Terrer meneó la cabeza impaciente. Oliver continuó:

—Yo se lo dije a Sarah —suspiró—. Vaya que si se lo dije. Nunca pensé que llegaran tan lejos. Hicimos algo que les cabreó. Fue eso. Lo pienso y tiene sentido, pero no reaccioné a tiempo. ¡La mataron, estoy seguro! —Oliver, devorado por la pena, apretó los puños en una inesperada oleada de rabia—. Sarah murió por mi culpa.

—Sea como fuere, lo cierto es que tendrás que responder ante la ley.

—Lo sé. Coja la ropa y entrégume a la policía. Pero no crea que ha resuelto el caso. Nunca llegará a conocer la verdad.

—Estoy seguro de que ya la conozco. Has ocultado pruebas.

—Yo sería incapaz de ponerle un dedo encima a Sarah. No dije nada porque estaba asustado.

Fue una estupidez, ahora lo sé. ¿Cómo cree que me sentí al ver a la persona que amaba tendida en el suelo, cubierta de sangre? —Los ojos de Oliver se llenaron de lágrimas y su cuerpo se estremeció de forma incontrolable—. Me arrodillé a su lado e intenté reanimarla, pero no pude salvarla. Estaba muerta.

Siguió salpicando el suelo de lágrimas hasta que Terror finalmente salió de su estupor y lo sujetó agarrándolo de la muñeca.

—¿Sarah te importaba, Oliver?

—Sí. Mucho.

—Pero ella te dejó, pensaba volver con Hugo.

—No digo que no, pero eso no cambia lo que sentía por ella.

Terror se sentó en la cama y le pidió que tomara asiento a su lado. Se le veía desolado. El abogado se preguntó si decía la verdad y no había matado a Sarah o si llevaba a cabo la actuación de su vida. No atisbó duda en ni una sola cosa de lo que dijo, pero no terminaba de fiarse. Había algo que se negaba a decirle. Ni siquiera él podía sustraerse a la evidencia.

—Bien —dijo Terror sin apartar la mirada de sus ojos—, te seré sincero. No me gusta este caso, no me gusta que todos miren hacia otro lado mientras el dedo acusa a un inocente y no me gustas tú. Pero te concederé el beneficio de la duda. Más allá de eso, te tendrás que ganar mi confianza por méritos propios, ¿ha quedado claro?

—Vale —farfulló—. Solo necesito un segundo para recomponerme.

—Sarah y tú, ¿cuánto tiempo estuvisteis saliendo a espaldas de Hugo? —quiso saber Terror.

—Supongo que se refiere a... —Terror asintió—, unos tres meses.

—¿Quién más sabía lo vuestro?

—Lo mantuvimos en secreto. Solo mi amigo más cercano lo sabía. Se llama Adriá. Aparte de ese, no se lo dije a nadie más.

—¿Y qué hay de Hugo?

Oliver hizo una mueca.

—Sí, creo que se enteró. No sé cómo, pero se enteró. Supongo que nos vio juntos y eso le quemó por dentro.

Esperaba que Terror dijera algo al respecto, pero se limitó a guardar silencio, escuchando.

—Verá, le pregunté a Sarah cuándo iba a cortar con él —prosiguió—, pero no me hizo ni caso. De hecho, creo que nunca tuvo intención de hacerlo. Supongo que todavía lo quería. Por eso se apartó de mi lado.

Terror asintió.

—Bueno, eso debió de quemarte también a ti.

—Eso es cierto —reconoció—, pero nunca hubiese hecho daño a Sarah —afirmó—. Esas cosas no me las tomo tan a pecho.

Terror notó algo extraño en su tono de voz cambiante. No contenía emociones que pudieran ser identificadas con facilidad.

—¿Y cómo ocurrió lo vuestro? Siendo ella hija de quien era. Sabías que fue su padre quien autorizó los permisos de la fábrica. Estabais en bandos opuestos de una guerra abierta.

—Mire, sé lo que piensa y, aunque no me crea, lo nuestro era algo serio, pero es cierto que veníamos de mundos muy distintos. Solo sucedió. Ella era muy distinta a Enric. —Terrer se sorprendió por la familiaridad con la que hablaba de él—. Había muchas cosas en las que no teníamos nada en común, pero nos unía un propósito y la asociación.

—¿Farré y tú os conocíais? —preguntó Terrer.

La expresión de Oliver se mantuvo inalterable, pero parecía incómodo, como si no quisiera aventurarse en territorio peligroso.

—Nos conocimos en la universidad.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace un año y medio.

—¿Y?

—Colaboré con él un tiempo.

—¿En qué?

—Mire, Terrer, no creo que eso...

—¿Un trabajo para el ayuntamiento? —le interrumpió.

—No sé de dónde o de quién ha sacado esa información —Oliver parpadeó, estaba nervioso—, pero es algo que no le incumbe.

—Si te empecinas, haré que te detengan.

—Está bien. Solo fueron unas prácticas.

Hablaba con fluidez y con naturalidad, pero con el mismo tic nervioso en los ojos. Una forma de sobra conocida de detectar a un mentiroso.

—De acuerdo. Sigamos —dijo Terrer—, háblame de la noche en que murió Sarah. ¿Por qué fuiste a su casa?

El muchacho cerró los ojos.

—Alguien me llamó.

—¿Quién hizo la llamada?

—¿Tiene eso alguna importancia? —preguntó Oliver.

—De hecho, sí. Mucha.

Oliver hizo un gesto de asentimiento con la cabeza y continuó.

—Fue Carla —le dijo y pensó: «Maldita zorra».

—¿Cuándo?

—Era tarde. Más de la una.

—¿Qué te dijo?

—Me contó que Sarah y Hugo habían tenido una pelea. Que se había encontrado con ellos en el barrio de La Mina. Que creía que habían terminado para siempre, que era mi oportunidad. Insistió en que fuera a verla.

—¿Y tú qué hiciste?

—No supe qué hacer. No estaba seguro de que quisiera saber de mí después de cómo me dejó. —Cerró los ojos y comenzó a divagar—: Ella..., bueno, ella cambió de repente. Desapareció de mi vida.

—Pero fuiste —dijo Terror tratando de reconducir la conversación y a sabiendas de la respuesta; no obstante, necesitaba su confirmación.

—Sí, fui a su casa —contestó—. Pensé que era mi billete para recuperarla. Cuando entré, no sabía por qué o cómo, pero supe que algo andaba mal. Luego la encontré tirada en el suelo. Me froté los ojos con las manos, pero ese horror era real.

—Está bien —dijo e ignoró sus sentimientos—. Continúa.

—Ya le he dicho que la encontré muerta. Joder, ya lo sabe —repitió Oliver, con las lágrimas de nuevo en su rostro—. Lo único que sé es que estaba muy asustado. Pensé que Hugo la había matado. Traté de reanimarla, pero no hubo forma. Después cogí el brazalete y me marché.

—Para evitar consecuencias.

—Ha visto mi ropa ensangrentada, ¿qué necesidad tendría de mentirle?

La excusa típica de los culpables. No obstante, por alguna razón, Terror tenía la extraña convicción de que decía la verdad.

—¿Puedes decirme a qué hora te fuiste?

—Creo que salí de su casa alrededor de las dos de la madrugada.

—¿Viste a alguien más por allí? —Hubo una larga pausa.

—Lo siento, no estaba en condiciones —dijo él rotundo—. Si había alguien más, yo no lo vi.

—¿Carla sabía que Sarah y tú estabais liados?

Oliver no respondió.

—¿Por qué te llamó ella? ¿Carla? —insistió Terror—. No lo entiendo.

—Supongo que estaba celosa.

—¿De Sarah?

—Sí.

Mientras hablaban, Terror se dio cuenta del profundo giro en los acontecimientos. La bruma empezó a disiparse. Al triángulo amoroso que formaban Sarah, Oliver y Hugo, había que sumarle un nuevo miembro, Carla. Esa fría y poco emotiva arrogancia que mostró con él era un modo de dárselas de lista, de representar un papel, pero se había equivocado. Había otra razón por la que Carla odiaba a Sarah: Oliver.

—Un momento, ¿Carla y tú también...?

—Follamos una vez —dijo él—. Luego se puso muy pesada, hablando de Sarah; le dije que no quería volver a verla, nunca.

—Puede que Carla sintiera algo por ti —dijo Terror.

—No lo creo. Si fuera así, lo habría sabido, habría reaccionado.

—Tal vez lo hizo —observó Terror—. Sarah era un obstáculo para ella. Tal vez la mató.

Un bajón en la conversación. Oliver no respondió por conveniencia, redimió a regañadientes una acusación que quedó colgada en el aire. No quería contradecir a Terror. No obstante, pensaba, sin duda, que Hugo era el culpable, igual que los demás.

—En fin, antes has dicho que lo tuyo con Sarah era algo serio —continuó Terror—. Supongo que lo que voy a decirte no te parecerá extraño, pues creo que lo sabes.

—¿Qué sé? —preguntó Oliver—. ¿Se supone que debe impresionarme?

—Oliver —Terror lo tomó del brazo—, Sarah estaba embarazada. Creo que por eso se apartó de ti y de Hugo. No sabía quién de los dos era el padre. Las cosas iban demasiado deprisa. Aún no había tenido tiempo de asumirlo, hasta que la cosa se complicó y pensó en su bienestar.

Oliver había derramado ya muchas lágrimas, así que trató de no pensar en nada, apartó esa horrible idea de una patada. Una pieza en la base del puzzle se había salido de su sitio y amenazaba con reducir a ruinas ese íntegro mundo suyo. Él no tenía la culpa. Pero la voz de Sarah suplicando su ayuda, aguda y estridente, entraba y salía de su conciencia. Sabía que estaba perdiendo el rumbo, pero se mantuvo firme.

—¿Cómo sabe todo eso? —preguntó todavía confuso.

—No creo que sea necesario que sepas la respuesta, Oliver. Pero te aseguro que es cierto.

—Por eso se mostró distante. Yo sabía que algo la preocupaba, pero no quiso hablar conmigo. Pensaba que ya no me quería —se lamentó.

Sarah era el estereotipo de niña bien, mimada y consentida, con la vida resuelta, pero ahora los acontecimientos se sucedían de forma vertiginosa, como la marea que arrastra un tsunami y arrasa la costa a su paso. De repente, sintió la necesidad de alejarse de sus estudios en la universidad y de sus relaciones amorosas, de su labor para la asociación y de su vida familiar. Su mundo pendido de un hilo por un embarazo que pesaba como el plomo tiraba de ella hacia el abismo. No quería ese futuro incierto. Solo tenía una vida y quería que fuera algo distinto. El miedo se agitó en su interior como un vendaval de fuerza huracanada y, agotada, se lanzó a lo desconocido hasta arrancar de sus entrañas a esa pequeña criatura desconocida.

Terror trató de establecer contacto visual, pero Oliver apartó la mirada de él, en un gesto casi mecánico, como si no tuviera la energía necesaria para continuar con la conversación. Consideró la posibilidad de dejarlo ahí y marcharse, pero era consciente de que cualquier posibilidad de salvar a Hugo pasaba necesariamente por entregar a Oliver a la policía. No obstante, detestaba esa parte de su trabajo: poner a otro inocente en la picota.

De pronto, Oliver dijo en voz alta:

—Hubo un incendio en Químicas Ripoll hace unos días. Había humo y fuego por todas partes y estuvieron un buen rato intentando sofocarlo. Al final, terminaron por apagarlo.

—¿Adónde quieres llegar? —le preguntó Terror.

—No hace falta que le diga que yo estuve allí. Fue un montaje bastante ingenioso, incluso puede que subestimara lo que sabía de esa gente.

Terror asintió y contuvo el aliento.

—Sí, lo hice —reconoció con un brillo atrevido en sus ojos—. Pero antes de marcharme escuché una conversación. Y reconocí una voz.

Podría parecer un elocuente reconocimiento, y lo era, pero algo flotaba en el aire. Terror resopló.

—Oh, ¡sí! —Oliver continuó—: Tardé un buen rato en darme cuenta de quién era el que hablaba. Escondido, detrás de la puerta.

—¿Quién estaba allí? —inquirió Terror.

Después de conversar con él unos minutos más, Terror se marchó de la habitación. De acuerdo

con cualquier opinión imaginable, sin duda tendría que haber entregado a Oliver a la policía, pero había ocasiones en las que Terror se encontraba con algo que cerraba con firmeza todos los paréntesis.

Capítulo 15

Le dio una calada al habano y sorbió café en su imponente despacho mientras repasaba los informes trimestrales de la compañía. Las reparaciones del incendio provocado por dos «jóvenes exaltados» no identificados habían sido terminadas y pagadas y la cifra era astronómica. Dirigir una empresa, aunque esta se llame Químicas Ripoll, no debería llevar aparejado autorizar, aprobar y supervisar tareas de reacondicionamiento por actos vandálicos. La paciencia tiene un límite y este se había acabado junto con los últimos y costosos trabajos de limpieza. El malestar imperaba y era hora de hacer algo.

Según su opinión, esos idealistas de la asociación lo habían entendido todo al revés y se habían equivocado de enemigo. No era una guerra abierta lo que los destruiría, sino la oscura y serpenteante paz encubierta.

Carles Montoliu, presidente de Químicas Ripoll, se cruzó de brazos y esperó con paciencia. Los que todavía creían en la asociación, sus enemigos, se derrumbarían en cualquier momento sin ninguna ayuda exterior.

Cuando consiguió apurar el negro líquido de la taza de café, le supo a poco. Dejó el habano en el cenicero. El brillo uniforme e incandescente de la llama se fue apagando. El empresario bajó la mirada hacia los monitores de vigilancia; los trabajadores iban y venían envueltos en sus tareas. Un sinfín de vehículos entraban o salían del recinto. No pudo evitar sentir un hormigueo en la base del cuello. Se sentía como un titiritero que maneja triunfalmente ante su público el gran circo de las marionetas. Pasen y vean.

Se inclinó sobre la mesa y cogió un listín telefónico. Era antiguo, del tamaño y peso de una billetera, los bordes amarilleaban y estaban arrugados en algunas partes. Las hojas eran finas como cuchillas y tan desgastadas como la corteza de un árbol milenario. Montoliu lo puso sobre la mesa y pasó las páginas hasta dar con la que contenía el número que buscaba. Otros nombres asomaron de la hoja que había desplegado, uno encima del otro, mientras rasgaba el papel con el dedo sobre el guarismo elegido.

Hacía falta mucho más que ingenio y agallas para dirigir una empresa como la suya, expuesta sin remedio al juicio de los demás, con una identidad estigmatizada por el cáncer, la contaminación e incluso la muerte. Pero el hábil Montoliu contaba con información y buenos contactos. Tirar de influencias o extorsionar a la gente era algo que había echado de menos desde que tuvo que dejar de hacerlo por culpa de la dichosa demanda presentada por la asociación. «Qué recuerdos».

Si empezaban a caer de nuevo chuzos de punta —cuanto más grave era la acusación, mayor cargo ostentaba su interlocutor, como a Montoliu le gustaba llamarlos—, el empresario evaluaba

la peligrosidad y fuerza de su oponente, teniendo en cuenta lo que sabía de él y las pasadas experiencias. Era entonces cuando se empleaba a fondo y desplegaba toda su magia.

Además, cuando eres un alto cargo público o un político de renombre, sabes que has llegado a ese privilegiado puesto escalando y no el dichoso Everest. En el camino, hay gente que guarda partes oscuras de tu pasado, lóbregos episodios que nadie quiere que salgan a la luz y, si eres inteligente —es evidente que ya has jugado a este jueguito y lo eres si estás donde estás—, obedeces sin hacer ninguna pregunta.

La información que guardaba de cada uno de sus interlocutores era su póliza de seguros. La mantenía en secreto por su propio beneficio. Era su partida de cartas amañada. Si ponía al descubierto lo que sabía de ellos, su frágil mundo se volvería borroso, daría un sinfín de vueltas a su alrededor hasta desaparecer. Montoliu lo veía como una oportunidad, fin de la historia.

Lo habitual era que ya hubiese marcado el número del interlocutor designado en un móvil de prepago que, por descontado, figuraba a nombre de un inmigrante argelino que ni siquiera existía. Hubiera sido imposible no hacerlo. No obstante, sintió una extraña sensación en el cuerpo que lo dejó inmóvil, como si el viejo listín telefónico estuviera compinchado contra él. Permaneció indeciso largo rato. Había algo casi patético en su congoja. Los codos los tenía apoyados en la mesa y acariciaba con la punta de los dedos las delicadas hojas, como un invidente que estuviera leyendo braille.

El empresario movió la cabeza. La idea continuó disipándose. «Este tipo es como todos los demás —pensó—, ¡hará lo que le pida!». Ya se había lucido antes sometiéndolo a su voluntad. Aunque él, por supuesto, como zorro viejo que era, estaba predispuesto a admitir que había un peligro potencial subyacente en lo que estaba a punto de llevar a cabo.

Además, Montoliu sabía que la policía había detenido a un alto cargo de la Generalitat de Catalunya acusado de prevaricación y, en un arrebato de conciencia, había entregado abundante documentación en su poder sobre una trama de sobornos a políticos y ciertos cargos públicos. No le bastaba con tenerlo solo en su cabeza. «Un capullo de esos que lo guardan todo».

Así pues, gracias a él, la cantidad de valioso material y datos que se habían puesto a disposición de la Justicia no tenía parangón. Suficiente para identificar a otros implicados y realizar registros en la sede del mismísimo ayuntamiento y varias oficinas administrativas en Barcelona.

Medio centenar de agentes, entre los que se encontraba la inspectora Pepa Moreno, que no dudó en involucrarse en persona en los planes de este operativo, estaban empeñados en erradicar una de las lacras más decadentes de nuestra sociedad: la corrupción en la vida pública. Se habían instalado escuchas y pinchado algunos teléfonos móviles. Eran conscientes de que sus posibilidades de arrasar hasta los cimientos con el oscuro entramado pasaban por actuar con rapidez y contundencia. Una compleja operación que a Montoliu podría estallarle en la cara.

Él odiaba correr riesgos; la diferencia entre seguir libre o pasar una buena temporada entre rejas radicaba en los detalles. El problema era que necesitaba hacer esa maldita llamada. Y aunque al principio le había parecido apropiado tuvo que hacer un alto en el camino. No podía fiarse de nadie, ni siquiera del buen juicio que había atesorado hasta ahora.

Dejó el listín a un lado, manteniéndolo abierto por la hoja en cuestión para no perder el nombre de vista, y abrió una carpeta. Esta resultó ser un completo dossier con abundante información recopilada sobre este concreto interlocutor. Pasó las primeras páginas hojeando algunos de sus datos.

—*No pot ser...!* —Montoliu casi se atragantó con su propia saliva—. *Com és possible que ningú se n'adonés?*

Aquel farsante sin escrúpulos estaba en el mejor momento de su carrera pese a que su pasado estaba plagado de páginas garrapateadas de vergüenza.

Volvió a comprobar la documentación. Mientras leía, se dio cuenta de que aún lo tenía bien cogido por los huevos. La carpeta contenía un material muy valioso, que incluía informes, documentos oficiales y multitud de fotografías. La realidad parecía más cruda vista de ese modo, pero su rostro, imperturbable, no mostraba expresión alguna. Lo que nadie supo lo tenía ante sus ojos. Una verdad acallada por la espiral decorativa de la mentira.

La mayoría de los interlocutores a los que había chantajeado eran unos angelitos de la caridad en comparación. Aquel cabrón era distinto. Si pudiera destrozar su vida sin más, lo haría. Terminaría con ese tipejo hincando una rodilla en el suelo y la frente clavada en la tierra para que pasara por encima de su cabeza el aplastante peso de la ley. O algo mucho peor.

De vez en cuando, uno de tantos a los que apretaba las tuercas se constituía en una verdadera amenaza, pero no se imaginaba hasta dónde podría llegar Montoliu en su afán desmedido de dominio de la situación. Ese fue el caso del funcionario llamado Josep Miras, ahora desaparecido. El mismo que mencionaron Javier Guirao y Roger Martí cuando hablaron con Terror. El mismo que se encargaba de la gestión medioambiental y de las licencias municipales. El mismo que tenía información comprometida sobre Químicas Ripoll y que estaba dispuesto a hacerla pública. El mismo que, «al parecer», fue trasladado o pidió la excedencia.

El empresario investigaba a cualquier presa, su vida privada, su trabajo, cualquier trapo sucio que pudiera serle de utilidad. Y, una vez hallado, le pertenecían. Ese tal Miras estaba más limpio que una patena y pensaba hacer pública una incuestionable información comprometida sobre su empresa. Era motivo suficiente para un escarmiento. Montoliu actuó en consecuencia; envió a un par de matones a su casa para amedrentarlo, pero incluso él tuvo que reconocer que la idea no había sido muy buena. Era difícil saber cuándo volvería. Probablemente nunca. La gente tenía razón. Resultaba irreal; pero Miras ya no estaba, había desaparecido. No fue por mérito propio, pero el mensaje que envió el empresario fue directo y desconcertante a la vez: «Si me tocas los cojones o abres la boca, desapareces».

Pensó con frialdad. Era una situación de necesidad. Sabía que aquello podría acabar mal, que debería tomarse la reciente operación policial más en serio, pero la diabólica tentación que sentía terminó por convencerlo. «*¿Què passarà si no ho faig?*». Lo sabía. Si se quedaba sentado y dejaba que las cosas ocurrieran sin más, se iban a descontrolar por completo.

«*Podeu punxar els telèfons que vulqueu...*».

Seguro de que no iban a poder con él, de que nadie le espiaba, la sensación de vértigo se aplacó. Aquel era su jodido mundo. Su negocio. Su modo de hacer las cosas. Nadie, salvo sus

interlocutores, sabía quién era y se había encargado de dejarles bien claro los riesgos. En tanto hicieran lo que les pedía, no tenían nada que temer.

Una nueva calada al habano y el brillo rojizo se alzó delante de su rostro. Se repantingó en su cómodo sillón de curtida piel negro y acabó de fumarse el Cohiba mientras echaba el humo lentamente. Dejó la colilla en el cenicero, tomó el móvil de prepago. Si la policía rastreaba aquel número, no podrían relacionarlo con él. Tuvo mucho cuidado de poner un pañuelo sobre el micrófono para modular su voz. Una vez sacada aquella última flecha de su carcaj, exhaló un suspiro y marcó el número de su interlocutor.

El teléfono empezó a sonar.

Alguien contestó mientras presionaba con furia el teclado de su móvil con los dedos convertidos en témpanos de hielo. Sus ojos se negaban a reconocer el número que había ante él. Un tormento que se repetía otra vez.

—¿Su eminencia?

El interlocutor no contestó. Permaneció en silencio jadeando por la rabia y los nervios.

—¿Su eminencia? —repitió con un hilo de voz.

Él siguió sin contestar.

—¿No vas a hablar?

Al final, se rindió.

—Deja de llamarme así, joder —dijo él—. No lo soporto.

—Oh, ¡sí! Claro, sí, por supuesto. Yo no quiero molestarte.

El interlocutor le dio un puntapié a la pared, que sonó a hueco, y deseó una vez más que la tierra se lo hubiera tragado. «Cuelga. A la mierda con este cabrón». Con pulsar un botón..., pero era incapaz de hacerlo.

—Tengo un nuevo trabajito para ti. Muy de tu estilo, su eminencia.

—De eso nada. ¡No pienso hacerlo! Y deja de llamarme así.

—Oh, ¡sí! Desde luego —exclamó, la mirada fija en la carpeta que había ante él—. Sabes de sobra que la cosa no funciona así.

—Lo sé. Esta vez te pagaré, te pagaré muy bien.

—No se trata de dinero, su eminencia.

Una risotada burlona se amplificó y expandió a través del auricular interno de teléfono. La neófita intentona sonaba ridícula. De hecho, puso de relieve que trataba de aparentar que sabía lo que estaba diciendo.

—De acuerdo. ¿Qué es lo que quieres?

—Todo a su tiempo. Puede que te deje con la miel en los labios.

Montoliu volvió a reírse.

—Oh, joder, ¡ya está bien! —exclamó él—. Dilo de una vez.

—¿Te han contado lo que ha hecho esa gente?

—¿A qué te refieres exactamente?

—Dos jóvenes entraron en mi empresa la otra tarde. La policía no sabe quiénes son. Me han molestado bastante.

—¿Qué tiene eso que ver conmigo?

—No lo sé. Tal vez puedas hacer algo.

—No podré.

—Prueba a ver.

—No, no voy a probar nada.

Se produjo un tétrico silencio antes de que Montoliu hablara.

—Oh, siempre con la misma cantinela, su eminencia.

¿Qué iba a hacer?, ¿negarse? El interlocutor trató furtivamente de librarse de la opresión, pero se sentía perdido y derrotado. Ambos lo sabían. Montoliu impondría sus condiciones y el hombre del otro lado de la línea telefónica las cumpliría, de eso no le cabía duda. No podía negarse.

—Por el amor de Dios, ¿no crees que ya he cumplido contigo? —dijo con su quebrado tono de voz.

—No, desde luego que no —replicó Montoliu entre susurros—. ¿No te reconcome por dentro? ¿Cómo fuiste capaz de hacerlo?

El interlocutor sintió ganas de vomitar.

—¡No pasa un día sin que me odie por ello y me arrepiento! Sí, me arrepiento —repitió al recordar el fatídico suceso—. Pero no tienes derecho, no puedes destrozar mi vida por ello.

Montoliu permaneció en silencio, lo cual era peor tormento que sus risas. Pareció estar a punto de decir algo, pero no lo hizo y prolongó la agonía de su interlocutor durante unos eternos y dolorosos segundos más.

—Está bien, su eminencia. Si haces lo que te pido, no tendrás que preocuparte por mí nunca más. Prometido.

El interlocutor se agitó, inquieto.

—Sea lo que sea, dímelo. ¡Lo haré! —añadió con un súbito grito.

Lo tenía donde quería, fuera de juego. Montoliu estaba más tranquilo acerca del éxito de su plan. Aquello era clave. El meollo de la cuestión. Sus órdenes se cumplirían con rapidez y eficacia.

—Mañana te llegará un sobre con las instrucciones. Una cosa quiero que hagas por mí. —Montoliu dejó escapar una nueva risotada—. No falles, su eminencia.

—Será la última vez, ¿seguro? —preguntó él.

Montoliu negó con la cabeza al otro lado de la línea y dijo:

—Si tú lo dices...

La llamada se cortó.

Capítulo 16

Terrer no regresó a su hotel esa noche; la sorprendente revelación de Oliver resonaba con fuerza en su conciencia. El abogado meditó y dedujo que su testimonio, entre murmullos e interrupciones, revelaba la verdad escondida tras el asesinato de Sarah, pero no toda.

A la sazón, no estaba dispuesto a dejar ningún cabo suelto, así que le indicó al taxista que girara a la derecha por el Carrer de Fontanella, antes de llegar a la plaza de Cataluña, siguió por el eje transversal tres manzanas más hasta Urquinaona. Javier Guirao vivía por allí.

Se habían conocido en el apartamento de Michelle mediando cierta tensión entre ambos. Al comienzo, le había sorprendido que pudiera tener algo con su exmujer. No eran celos lo que sentía, sino un cierto reparo. Aunque es posible que, en el fondo, se tratara de lo mismo.

Más tarde, cuando fue a verlo a su despacho, él le había dicho que no podía contarle gran cosa del caso y se había mostrado indiferente al respecto. El abogado se había marchado con la cabeza gacha, como un chiquillo enamorado al que le dan calabazas por primera vez. Después de lo que había averiguado, se sentía molesto e intrigado por igual, emociones encontradas que le hacían sentir incómodo.

Javier le había enviado un *e-mail* con los estatutos de la asociación, pero toda aquella información no le servía de mucho. Cuando habló con él, no le sorprendió que dijera que llevaba semanas sin saber nada de Sarah. Sin embargo, al repasar la lista de llamadas, Terrer se enteró de que ambos habían estado en contacto telefónico poco antes de que ella muriera.

Era como si quisiera ocultarle esa información y resultaba un tanto desconcertante darse cuenta de que el amable Javier había mentido. O, lo que es lo mismo, se había negado de forma menos educada a contarle esa parte de la historia. Sin embargo, cuanto más se complicaba la cosa, más se mantenía Terrer en sus trece. Fue a verlo con una idea en mente.

El propio Javier, alto y apuesto, adormilado y con cara de sueño, le abrió la puerta. Iba vestido con un pijama y arqueó las cejas al verle.

—David.

—Hola, Javier. Lamento molestarte. Es importante.

Miró el reloj, eran las dos de la mañana. Sacudió la cabeza mientras abría y cerraba los ojos parsimoniosamente. Lo normal era que a esas alturas él ya llevase horas durmiendo. El rostro de Javier tenía la típica expresión de alguien que no desea ser molestado.

—Estaba en la cama; mañana madrugo. Celebramos una importante reunión de planificación y todavía no he conseguido conciliar el sueño.

—Tranquilo, solo serán un par de preguntas. —Su fría firmeza hizo que le tomara en serio—. No te entretendré demasiado.

Javier se apoyó en la puerta que acababa de abrir y suspiró.

—Está bien, pasa.

El abogado lo siguió hacia el interior de la casa sin pronunciar ni una sola palabra. Todavía no era el momento, claro. Llegaron a la estancia más amplia de todas. Las ventanas llegaban al suelo de la sala y ofrecían una vista directa a una fuente con la figura de un chico que bebía de un cántaro, en el centro de la plaza Urquinaona. El salón era parco en detalles y estaba decorado con muebles modernos en general. Se las apañaba bastante bien él solo; vivir en pareja habría destruido aquel aire tan huraño. Tomaron asiento en un cómodo sofá de piel negro.

—¿Qué puedo hacer por ti, David?

—De acuerdo. Verás, me he pasado por la residencia donde vive Oliver y he hablado con él.

—Bien, espero que esa conversación haya sido de alguna utilidad.

—Por supuesto —aseguró—. No estoy seguro de que se alegrara de verme allí. Aun así, se ha sincerado conmigo y creo que he dado un gran paso en la investigación.

—Me alegro.

—En fin, es posible que ahí esté la llave que pueda solucionar este caso —le dijo Terror divagando—. O, al menos, eso espero.

—¿Qué querías preguntarme, David?

—Bueno, tal vez te parezca una pregunta un tanto extraña, pero ¿sabes de algo que estuvieran haciendo juntas Sarah y Carla? Algo que las hizo estar en contacto. ¿Un trabajo de clase, tareas, algo relacionado con los estudios?

—Es difícil de saber. Son bastantes los alumnos que coinciden en las mismas materias. Puede que intercambiaran apuntes.

—¿No lo sabes?

Javier negó con la cabeza.

—Me gustaría poder decirte que sé lo que hacen todos y cada uno de mis alumnos en su vida privada, pero no tengo una varita mágica.

Terror asintió.

—Supongo que no. Aunque me vendría bien que me enviaras una lista.

—Lo haré. Pero te agradecería mucho que fueras al grano. Imagino que no es por esto por lo que me has levantado de la cama a las dos de la mañana.

Terror lo miró sin inmutarse, como si quisiera esconder la indecisión y el miedo a encontrarse en un camino que no conducía a ninguna parte.

—Así es. He venido a verte por otro asunto; algo que no me dijiste cuando me reuní contigo, en tu despacho. Algo que no entiendo.

—Ah, ¿sí? ¿Igual de interesante?

—Sin duda.

—Y es...

—Me dijiste que llevabas semanas sin hablar con Sarah. —El abogado sonrió al ver cómo se retorcían en una mueca los labios de Javier al aseverarlo—. Sarah y tú seguíais en contacto telefónico unos días antes de su asesinato. Muy interesante.

—Soy profesor. Mantengo el contacto con mis alumnos.

—¿Por qué me mentiste?

La expresión de Javier se agravó.

—Es un tema controvertido.

—Supongo que sí. ¿De qué estuvisteis hablando?

—Me temo que no puedo hablar de ello. Lo siento.

—Ah, ¿sí? ¿Por qué? —Terrer elevó una mano al techo—. ¿Por qué no puedes hablar de ello?

—La verdad es que es una buena pregunta —dijo Javier con sorna. Su voz era el opuesto de la de Terrer: suave como un murmullo.

—Un día me dices una cosa —añadió el abogado—, luego resulta que era mentira y ahora te haces el tonto conmigo. Es bastante ofensivo.

—No era mi intención mentirte.

—No, nunca lo es. —Lo miró con ceño—. Pero lo hiciste. Y eso tiene un nombre. Uno que pone los pelos de punta.

—No seas malpensado, David. Soy muy precavido con lo que digo en mi despacho. Nunca sabes quién puede estar escuchando.

—¿Insinúas que alguien te espía?

Terrer sonrió. Javier lo repasó con la mirada.

—Te agradecería que no te lo tomaras a broma.

—¿Quién iba a hacer algo así? ¿Alguien de Químicas Ripoll?

—Puede. O puede que sean otros. Siempre hay gente obsesionada con manipular a los demás y, si para ello tienen que meter las narices en algún sitio, lo hacen. No es difícil contratar a alguien para que instale un micrófono en un despacho universitario. Me han dicho que contratan a putas que fingen ser tu ligue de una noche para entrar en tu casa y conseguir información.

—Lo pintas como si fuera peligroso.

—No te imaginas cuánto —repuso él.

Terrer lo miró con fijeza sin saber muy bien cómo interpretar esa frase.

—Debes de ser una persona muy valiosa.

—Soy profesor, intento mantenerme al margen de cuestiones ajenas a mi profesión. No quiero verme implicado en asuntos turbios ni asumir riesgos innecesarios. No vale la pena.

—¿Todavía hablamos de Químicas Ripoll? —quiso saber Terrer—, ¿o de Sarah?

Javier se incorporó levantándose apenas y se sentó más cerca, a su lado, con el gesto torcido. Él miró el techo y luego a Terrer. Daba la impresión de que había tomado una decisión. Sus fosas nasales se dilataron y resopló con fuerza para poder aplacar los nervios.

—Sé que lo que voy a decirte te sonará a auténtica locura —comenzó a decir Javier con voz grave—; pero tienes que prometerme que no le dirás a nadie que te lo he contado.

Terrer se sorprendió.

—Entendido.

—Si se lo cuentas a alguien, lo negaré.

—Tienes mi palabra.

—Bueno, verás —Javier hizo una pausa y suspiró. Su rostro era un poema. Parecía que se le

iba a caer el alma a los pies—, participé en ese asunto de la asociación cuando Roger Martí me lo pidió. Antes no había oído hablar de ellos ni de lo que pretendían, nunca.

Terrer asintió.

—Mi compañero me advirtió con toda claridad de que tuviéramos mucho cuidado con esa gente. Enric Farré estaba metido en el ajo, pero, sobre todo, con Químicas Ripoll.

—¿Qué pasó? ¿Tuviste problemas con ellos? En este tipo de asuntos hay que andarse con ojo, las nuevas caras no siempre son bienvenidas.

—No. No me hicieron nada, a mí no. Puede que tuviera suerte, pues, aunque no son unos delincuentes en términos legales, estoy convencido de que son responsables de varias muertes.

—Sí, una fábrica química en medio del barrio de La Mina y resulta que se produce la gran coincidencia de que mucha gente muere de cáncer.

—No me refiero al cáncer —indicó Javier.

—¿Cómo?

—En ese barrio se han multiplicado los casos de cáncer, sin duda. La incidencia es brutal si tenemos en cuenta las cifras declaradas fuera del radio de influencia de la fábrica. Pero las personas que viven allí no han sido capaces de probar la relación entre su enfermedad y las emanaciones. No puedo decir que no lo hayamos intentado. Yo mismo no viviría en esa zona y prefiero que, si algún día tengo hijos, no crezcan allí. No quiero despertarme cada día con miedo a morir consumido.

—Pero ¿qué es lo que hacen en esa instalación?, ¿qué fabrican?

Javier guardó silencio unos segundos.

—Es una industria química de transformación. Está especializada en agroquímicos, fertilizantes, plaguicidas y cosas así.

—Esto no suena bien, Javier.

—Sí, lo sé. Los efectos de esos químicos en el entorno están más que probados. Se ha demostrado que existe un elevado riesgo sobre el medioambiente. Lo que es más difícil de probar es el riesgo que pueden acarrear estos compuestos en la salud de las personas.

—De acuerdo, ¿y qué tiene que ver todo esto con Sarah?

—Ese riesgo endémico para las personas era lo que estaba investigando un funcionario llamado Josep Miras. Te hablé de él en mi despacho.

—Sí, cierto. Roger también lo mencionó. ¿Qué fue de él?

—Ahí está el quid de la cuestión, David. Ese hombre nos dijo que tenía pruebas que demostraban la relación de causalidad entre las emanaciones y los casos de cáncer. Y resulta que desaparece de la escena justo cuando más falta nos hacía. Y cuando más daño podríamos hacer a los de Químicas.

Terrer lo interrumpió con brusquedad.

—Javier, espera, por favor. Espera, ¿insinúas que...? Esa gente le ha podido hacer algo, ¿es eso lo que estás diciendo?

Javier asintió con la cabeza y continuó con la respiración agitada. Se mordió el labio inferior y se armó de valor para seguir hablando.

—Un mes antes de morir, Sarah me abordó cuando iba a clase. Quería hacerme unas preguntas sobre la asociación; en concreto, acerca de la investigación que había llevado a cabo Josep Miras para el ayuntamiento.

—No entiendo. Miras, ¿por qué?

Javier extendió las palmas de las manos hacia arriba.

—Dijo que quería empaparse de todo lo que se había hecho. Estaba muy motivada para seguir adelante con las protestas. No lo puse en duda. Ella y otros estudiantes no se dieron por vencidos.

—¿Qué le contaste?

—De Josep Miras, me ceñí a la versión oficial. Que no pudimos contar con él, que fue imposible localizarlo. Corría el rumor de que lo habían trasladado, otros decían que había pedido la baja laboral por enfermedad. El caso es que desapareció. De ser cierto lo que decía, se hubiera convertido en una de nuestras mejores bazas durante el pleito.

—¿Y qué dijo ella?

—Sarah tenía otra versión.

—¿Qué quieres decir con «otra versión»? ¿Qué te contó?

—Ella manejaba una versión más trágica de lo ocurrido. Lo que decía contenía un componente sensacionalista y oportunista del paradero de Miras. El resultado de una auténtica mezcla de juventud, estupidez, rebeldía, ánimo de protagonismo y condescendencia.

—Con esa idea que tienes de ella, ¿por qué me cuentas esto?

—La insistencia de Sarah despertó mi curiosidad. Estaba convencida de lo que decía. Y, a ver, nadie desaparece de la faz de la Tierra porque sí. De modo que empecé a preguntar por Miras en el ayuntamiento y resulta que nadie sabía nada acerca de él. Decían que era tímido, introvertido, que no se relacionaba con los compañeros y poco más. No hallé conocidos ni amigos. Y eso es muy extraño. Me facilitaron sus datos y su dirección: vivía solo en un piso en Hospitalet. Fui allí y no encontré a nadie. Ninguno de sus vecinos lo había visto desde hacía semanas. Desapareció sin dejar rastro.

—Químicas Ripoll —dedujo Terror.

—Premio.

Terror suspiró.

—¿Quién más lo sabe? ¿A quién se lo has contado?

Javier ensombreció el semblante.

—Joder, a nadie. A nadie que yo sepa. No he tenido valor.

El abogado suavizó la expresión.

—¿Y por qué me lo cuentas a mí?

—Sarah se puso en contacto conmigo poco antes de morir y volvió a hablarme de Miras —admitió convencido—. Decía que tenía en su poder información importante.

—¿De él?

—No. Ella se refería a la investigación que Miras había llevado a cabo y que probaba que Químicas Ripoll era la responsable de la epidemia de cáncer en el barrio de La Mina.

—¿Crees que consiguió la información?

—Supongo que sí. Bueno, no sé. —Terrer lo miró con sequedad. Javier continuó—: ¿Recuerdas que te conté que vino a verme a mi despacho y no pude atenderla? Se suponía que iba a entregarme una copia del informe de Miras. Me citó con ella otro día, pero no apareció. Poco después me enteré de que la habían asesinado.

Terrer se sentía como un cura que oye una confesión. No detectó duda en las objeciones de Javier en ningún momento. Hablaba con la convicción de un hombre que cree a pies juntillas en lo que dice. Aunque, en realidad, él no estaba convencido de que Sarah dijera la verdad y de que su controvertida teoría llegara a alguna parte, pero tampoco pensaba que fuera algo tan absurdo como para no investigarlo. O para tener miedo de que alguien estuviera tirando de las cuerdas. O escuchando detrás de la pared.

—Entonces, ¿crees que a Sarah la mataron por eso?

Javier vaciló.

—Yo soy un profesor universitario, David. No me dedico a esclarecer asesinatos. Pero tampoco creo en las coincidencias.

—No me has contestado.

—No lo sé, pero no me sorprendería enterarme de hasta dónde puede llegar determinado tipo de gente con tal de salirse con la suya.

Terrer hizo un alto en el camino y trató de ver las cosas a través de los ojos de Sarah. ¿Qué estaba ocurriendo en su vida antes de morir?

Fuese o no cierto lo de Josep Miras, ella había empezado a relacionar a Químicas Ripoll con los casos de cáncer del barrio de La Mina. Debía de haberse sentido contrariada por esta ironía de la vida: la misma joven que se había visto forzada a terminar con una vida que crecía en su interior buscaba justicia para aquellos que habían visto morir de cáncer a un ser querido.

Era posible que, juzgándose responsable de la muerte del bebé, quisiera agarrarse a cualquier cosa para sentirse mejor. ¿Había descubierto algo o tan solo necesitaba redimirse de sus actos?

Cuando contactó de nuevo con Javier, Sarah había culpado a Químicas Ripoll sin un ápice de duda en su voz. La fe en su descubrimiento le dio la templanza necesaria para delatar a su padre. Lo que echaba más sal en la herida. Debió de preguntarse por qué el destino la había llevado hasta esa encrucijada. Por qué le había revelado ese atisbo de mendacidad.

Terrer cerró los ojos, como si, al hacerlo, pudiera oír su voz. Como si pudiera oír el enfrentamiento entre Sarah y su propio padre: los reproches, los gritos, los llantos. Una voz desesperada que se perdía en el olvido.

Días antes de su muerte, la joven Sarah estaba en el peor momento de la vida: sola, aterrada, metida en un pozo del que parecía no haber salida. Torturada por la culpa de sus propios actos y los crímenes de los que su padre podría ser responsable. Terrer deseó haber podido retroceder en el tiempo para detenerla, para ayudarla, para salvar su vida.

Intentó revivir el instante en que Hugo había dejado a Sarah en el barrio de La Mina. Con Carla y viva. ¿Qué ocurrió después? «¿Quién te hizo eso? ¿Quién fue a tu casa y te asestó veinte puñaladas?».

La policía había sustentado el caso a partir de la solución más sencilla. Una basada en los

indicios más que en la evidencia y las pruebas. Una teoría que todo el mundo creía a pies juntillas. Hugo era su novio. Un muchacho despechado que tenía un motivo de peso. Él la mató.

Pero no. Hugo era inocente. Se había marchado después de la pelea y se encerró en casa. No tuvo nada que ver con el asesinato de Sarah. A veces las cosas ocurrían de ese modo. Así de simple. Tras este largo silencio, Javier le dio un golpecito en el brazo a Terror y añadió:

—David, ¿puedes oírme?

—Sí —contestó el abogado mientras salía de su eterna ofuscación.

—Estoy esperando.

Terror siguió inmóvil durante un rato y miró vagamente la lámpara que descansaba sobre una mesita en el rincón de la sala. Con sumo esfuerzo, se incorporó y fijó su mirada en los cansados ojos de su anfitrión. Eran casi las tres de la madrugada.

—Se me ocurre algo, Javier.

—¿Y qué es?

—La primera vez que Sarah se puso en contacto contigo fue porque albergaba una sospecha sobre el origen de la epidemia de cáncer. Quería saber si la investigación de Josep Miras relacionaba a Químicas Ripoll con los casos detectados en el barrio de La Mina. Pero esa segunda vez...

—¿Adónde quieres llegar?

—Si no hubiera tenido el informe de Miras en su poder, ella nunca habría contactado contigo de nuevo. Es evidente que no se trataba de mera especulación. Conocía los hechos y no quería que nadie los enterrase.

—Si quieres que te diga la verdad, fue muy tajante cuando habló conmigo. Me explicó que podía demostrar la relación causal de la epidemia. Que podía mostrarme las conclusiones del informe.

—Exacto —dijo Terror—. Está claro que descubrió algo que le importó lo suficiente como para hacer lo que fuera necesario, posiblemente incluso aunque aquello implicara a su propio padre, al menos hasta mantener la información a salvo, y ahí es donde entras tú en la ecuación.

—Cuando dices «tú» —repitió Javier—, ¿a qué te estás refiriendo?

—Tú eras su garante. Su modo de guardar a buen recaudo lo que sabía.

—Si tú lo dices...

—Sí. Pero la pregunta es cómo consiguió la información.

—No lo sé.

—Ella vivía con su padre. Si de verdad Farré estaba involucrado en el asunto, es posible que guardara una copia del informe en alguna parte. Tal vez Sarah lo encontró y por eso empezó a hacer preguntas.

Javier deseaba creerlo, pero no estaba convencido. Terror continuó:

—Piénsalo bien, es imposible que lo consiguiera de otro modo. ¿De quién? Ella no tenía acceso a esos granujas de Químicas Ripoll. Era una joven de costumbres y hábitos concretos. Tuvo que ser a través de su padre.

—Oh, ¡no!

—¿Qué ocurre? —quiso saber Terror.

Javier agachó la cabeza, cerró los ojos y contuvo el aliento.

—Si de verdad su padre estaba involucrado en todo esto —sugirió Javier—, nunca habría permitido que ese informe saliera a la luz. Farré es un político importante. Sabe que una información como esa destruiría su carrera. O tal vez algo mucho peor. ¿Qué demonios? Tal vez tuvo algo que ver con la desaparición de Miras.

—Es una posibilidad para tener en cuenta, Javier. Soy consciente de ello. Farré es capaz de hacer cualquier cosa. Si Miras lo amenazó con hablar con vosotros, o con la prensa, es posible que se deshiciera de él. Pero la clave es Sarah —apuntó Terror—. Es ella quien me preocupa. Tal vez se lo contó a alguien más. Puede que decidiera compartir la información que había obtenido con la persona equivocada. Y eso la puso en peligro.

—¿Con quién?

—No lo sé. Pero su padre tiene los tentáculos muy largos.

Javier negó con la cabeza y torció el gesto.

—¿Estás sugiriendo que Farré tuvo algo que ver con el asesinato de su propia hija? —preguntó mientras tragaba saliva—. Puede que sea un cabrón sin escrúpulos, pero no lo veo capaz de semejante atrocidad.

—Ya, bueno, no digo que él lo hiciera con sus propias manos; pero seguro que había quien se moría de ganas de hacerlo, ¿verdad? —replicó Terror—. Farré se jugaba mucho, pero otros se jugaban mucho más.

—Puede ser —dijo Javier, que hizo acopio de su autocontrol.

—Hay algo más, Javier. Algo que no sabes.

—¿Qué pasa?

—Sarah estaba embarazada; creo que nunca supo quién era el padre —le explicó—. Puede que Hugo u Oliver.

Javier se puso pálido como la muerte. Suspiró con profundidad. Una fijeza muy seria se instauró en su anémico rostro. En el fondo, se sentía responsable por no haberla atendido aquel día, por más convincente que pareciera su argumento, y dejó que su rostro expresara lo que quisiera.

—Pobre chica. —El profesor se echó las manos a la cara, afligido—. A veces uno no tiene más remedio que esconderse de sí mismo. Esa chica estaba llena de dudas y agujeros, sin apenas tiempo para no ahogarse mientras trataba de digerir, además, que su padre estaba involucrado en la epidemia de cáncer. Supongo que debió de ser un auténtico infierno.

—Seguro. Pero también sentía miedo, un miedo provocado quizá por su enemigo.

Capítulo 17

Esa última noche, Enric Farré no pudo dormir. Se sentó en la cama junto a su amante, Carlo, pero incluso él le resultaba desconocido. El sordo silencio de la casa asentándose al caer la noche y la ausencia de Sarah le hicieron permanecer con los ojos abiertos en su habitación. Rezó para que la sombra de su hija cruzara el umbral de la puerta. Estaba convencido de que así sería. Tras toda la noche en vela se preguntó por qué el destino le obsequiaba con una nueva dosis de amargo dolor.

Carlo tardó un poco en abrir los ojos. Era un hombre de unos cuarenta años, maduro como para conservar su *affaire* en secreto, pero avisado como para satisfacer las extravagantes y, en ocasiones, aberrantes preferencias sexuales de Farré bien correspondidas. Estaba desnudo sobre la cama con la sábana hasta la cintura. Una fina tela se amoldaba a la perfección al glorioso montículo que escondía en su entrepierna. Era un hombre atractivo; la edad no le hacía justicia, pues parecía mucho más joven. Se le veía bien musculado y en un perfecto estado de salud. No era de extrañar: él era en esencia lo que Farré había querido.

Su mujer siempre lo había sabido. Rosa Farré estaba segura de que era demasiado tarde para desafiar a su marido con cortar su relación con él si no dejaba a su amante, incluido el inoportuno escándalo público, así que se decidió por hacer de esposa florero hasta su trágico fallecimiento.

¿Cuál había sido el crimen de Farré?: enamorarse de otro hombre. Se había enamorado de Carlo. Lo había conocido en París diez años atrás, donde el político fue invitado, ironías de la vida, a una conferencia sobre cuestiones medioambientales. Carlo era un periodista italiano de Milán que cubría el evento, obsesionado por la protección del ecosistema y por el fenómeno de la lucha antimafia y secuelas psicológicas de la crisis climática.

Al final, se dio por vencido y se levantó. Carlo lo cogió de la mano.

—¿Por qué no te quedas en la cama?

Farré se limitó a mirarlo con frialdad a los ojos sin contestar.

—Y, si quieres —añadió—, puedo hacer algo para que te relajes.

—No estoy de humor, Carlo.

Farré volvió a sentarse en la cama y puso la mano sobre el muslo de Carlo. Luego él cubrió la mano de Farré con la suya. Una mano muy fuerte.

—Enric, estoy aquí para apoyarte.

—Tal vez tú no lo veas, pero yo sí. Soy un fraude.

—Olvídate de las etiquetas, *il mio amore*. Llegará el día que tendrás que hablar públicamente de nuestra relación. Hoy en día ser homosexual ya no es un impedimento para desempeñar un cargo público.

Farré abrió los ojos de par en par.

—¿Crees que me preocupa que sepan que soy gay?

—La verdad es que no sé qué pensar.

—No se trata de eso.

—Entonces, ¿qué? Cuéntame qué te pasa. Cuéntame por qué estás así.

Farré asintió. Carlo le ayudaba a recapacitar. Le ofrecía consuelo y la confianza que fuera necesaria con tal de hacer fluir la conversación.

—No puedo decírtelo.

—Problemas en tu partido... Cuéntamelo, Enric. —Lo miró a los ojos—. Tranquilo, nadie va a poder destruir tu carrera. Solo tú puedes hacerlo.

—Te equivocas de nuevo.

—Entonces, ¿qué? Si es por Sarah, ¡dímelo! —exclamó—, y *piangi per lei* si quieres hacerlo. Es el momento perfecto.

—La pena es una virtud de la que carezco —dijo Farré con firmeza—. Tal vez por eso no he podido derramar ni una sola lágrima por ella.

Carlo lo miró con suspicacia.

—Podría ser.

—¿Qué otra cosa iba a ser?

—Quizá no puedas porque te sientes culpable —dijo susurrando.

—No me sueltes ningún sermón, Carlo. Yo no maté a mi hija. La culpa es de Hugo Brouwer, no mía.

Hacía tiempo que Carlo quería tener esa conversación, pero nunca encontraba la coyuntura ideal. Estaba harto de ver a su amante impasible ante el dolor, vacío, encerrado en sí mismo para no tener que dar explicaciones sobre lo ocurrido, cuando lo que debería estar haciendo era llorar a su hija.

Farré se sentía culpable. Había dejado de prestarle atención a Sarah. La había abandonado durante meses. Ella se había alejado cada vez más de él. Conoció a Hugo, después tomó parte en la asociación y luego el tiempo que había estado de aquí para allá con Oliver. Cuando quiso volver a retomar el contacto con Sarah, hacer un poco de padre y arrancar las malas hierbas, ella había empezado a verlo como el enemigo.

—¿Por qué no me lo contaste? —le preguntó Carlo.

—¿El qué?

—Que Sarah estuvo hablando contigo, *sai* a qué me refiero.

—¡No! Insinuó algo sobre la fábrica, cotilleos sin importancia. Simple curiosidad. Eso es todo —confirmó Farré—. Apenas le noté interés.

—*Sicuro*? La encontré en tu despacho, rebuscaba en los cajones.

—¿Qué? ¿Por qué no me lo contaste?

—No pensé que tuviera importancia.

—Deberías habérmelo contado —dijo Farré—. O haberla interrogado.

—Sea como sea, está claro que sospechaba algo.

—No sé. Tal vez te equivoques.

—Es posible. Aunque también es posible que estuviera tras la pista del famoso informe de Josep Miras —observó Carlo.

Farré se puso tenso. Ese nombre rechinó en su interior.

—Le habían lavado el cerebro —contestó Farré con languidez.

—Puede ser, *ma no*. Todo el mundo cree en algo, *il mio amore*. Y ella estaba convencida de lo que decía.

—Claro, como cualquier adolescente.

—Basta, yo sé de qué se trataba, Enric. No soy estúpido. Quería saber si estabas al corriente del paradero de ese hombre —dijo Carlo.

—Eso no significa nada.

—¿Eso crees? Ella también me preguntó por él.

—¿Qué le dijiste?

—*Io niente*. Pero sabes que Sarah era una chica muy lista. Y no se iba a dar por vencida. Estaba muy implicada en la causa y tú, muy preocupado por las constantes visitas a su tutor en la universidad.

—Claro que estaba preocupado..., por ella. Por su bienestar.

—Querrás decir que te preocupaba lo que Sarah pudiera contarle.

—¡Cuidado con lo que dices, Carlo! —gritó Farré encendido—. Quizá no has entendido la gravedad de este asunto.

Farré no podía evitar estar un poco nervioso mientras el incisivo Carlo le interrogaba. Juntos hacía casi una década, su amante italiano sabía qué hacer y cómo para demostrar quién llevaba las riendas en esa relación.

—Lo encontré, ¿verdad? —inquirió Carlo.

Farré confesó virtualmente con su silencio, el que calla otorga.

—Deberías haber impedido *a quel mascalzone*, Oliver, que la convenciera. La puso en tu contra. Y la perdiste. Y sigues perdiendo.

—¿Qué habrías hecho tú? —sonrió irónico—. ¿Eh?

—Olvídate de mí —dijo él—. Estoy hablando de ti y de tu *figlia*. ¿No crees que podrías haber echado mano de tu contacto? ¿Ese que hace visitas inesperadas? ¿No es así como solucionas tus problemas?

—¡No! —interrumpió Farré con demasiado denuedo—. ¿Cómo puedes decir eso? ¿Crees que sería capaz de hacerlo? Yo no he tenido nada que ver con la desaparición de ese hombre. Nadie sabe qué sucedió con exactitud.

—*Vero* —dijo Carlo, que torció hacia arriba una comisura de los labios—, aunque, ¿qué ibas a decir tú?

—No seas ridículo. ¿Por qué iba a mentirte?

—Nos conocemos.

—Está bien. Piensa lo que quieras.

—¿Alguna vez escuchas? Sé lo que le ocurrió a Josep Miras y creo que Sarah también lo

descubrió.

—¿Por qué crees saber lo que ella pensaba?

—A ti te cerró las puertas de su vida, *ma non per me*.

—¿Cómo dices?

—¿No te contó lo que le pasaba? —insistió Carlo—. Mírame a los ojos y dime que no lo sabías.

—¿El qué?

—¿De verdad no sabías que estaba embarazada?

—¡Oh, Dios mío! No —dijo Farré, levantándose de la cama—. No me enteré hasta que me lo dijo la policía.

—Tal vez no lo hizo por miedo a tu reacción —señaló él—. Sabía que te enfadarías. O quizá creyó que la obligarías a hacer algo que ella no quería.

—¿Qué insinúas? ¿Que yo la hubiera obligado a abortar?

—Ya no sé qué creer, Enric —dijo Carlo—. Pero conocía bien a Sarah y no la veo abocada a tomar *quella decisione difficile nella tua vita* si no estaba motivada por algo o por alguien.

Farré pensó que el tono mordaz de Carlo albergaba descontento; en tal caso, debía contestar a tiempo. Pero sus gélidas palabras pusieron de relieve el cambio radical que había sufrido Sarah en su vida y la pena culpable que él sentía por cuanto ella había padecido. Podía notar el corazón palpitándole en el pecho. Se sentía desdichado, pero intentaba con todas sus fuerzas no dejarse atosigar por los recuerdos. Sarah se había ido para nunca regresar al mundo de los vivos, su joven cuerpo destrozado hasta la saciedad, y él era-era... ¿culpable? Se recompuso como pudo y mantuvo la entereza.

—¿Acaso crees que no me siento responsable de lo que le pasó?, ¿que no me odio por todo lo que padeció mi hija? Yo la quería —dijo Farré—. La quería más que a nada en mi vida. Y no hay día que no me castigue por ello, que no me flagele por no haberme dado cuenta de lo que sufría.

—Oh, no te hagas ahora el digno conmigo. *Tu sei un falso*. Ella nunca fue tu prioridad. Ni siquiera yo ocupó un puesto en esa lista. Siempre has antepuesto tu carrera política a tu propia familia.

—Hice lo que tenía que hacer —contestó Farré en voz alta—. La vida supone hacer sacrificios. Hay que pagar un alto precio para alcanzar el éxito. Tú más que nadie deberías saberlo.

—Sì, lo so, pero jamás imaginé que ese precio sería tan alto.

Cuando Carlo pronunció aquellas palabras, Farré supo que no se refería exclusivamente a Sarah..., intentaba decirle que lo estaba perdiendo también a él. Farré tomó la mano de Carlo y la puso contra su piel.

—¿Tienes miedo de mí, Carlo?

—No —dijo él, aunque se le notaba en la cara que mentía.

Carlo apartó la mano.

—No —respondió de nuevo con rapidez—. Pero me preocupa ese hombre, Darío el Grande; parece saber mucho de ti, de tu vida y de Sarah.

—No te preocupes por él. Es solo un loco que intenta amedrentarme.

—¿Y si fue él quien mató a Sarah? *Pensaci!*

—No, no es él. Ese tipo no tuvo nada que ver con su muerte.

—*Come puoi esserne sicuro?* —inquirió Carlo—. Una nota perversa como la que dejaron en casa solo puede escribirla un *fottuto* psicópata. Creo que no parará hasta matarte. No parará hasta matarnos a todos.

—Venga ya, no digas tonterías —repuso Farré.

—Ya haya empezado, Enric. *Quell'uomo vuole vendetta* —se lamentó Carlo—: primero Sarah y ahora tú.

Capítulo 18

La siguiente vez que Terror fue a la universidad de Barcelona estaba atestada de estudiantes, como un batallón de hormigas gigantes en torno al cadáver de un desafortunado insecto. El olor impaciente e inexperto de sus jóvenes y frescos cuerpos inundaba el ambiente. Estaban comprobando sus notas, un ritual extraño y ruidoso que se llevaba a cabo en uno de los espaciosos y fríos claustros del viejo edificio. No había ninguna lista que no fuera sometida de forma sistemática al examen más exhaustivo, comparada, fotografiada o salivada. Lo hacían cada trimestre, lustro tras lustro, promoción tras promoción, apuntalando su gracia o su desdicha a un número resaltado en color negro en un papel. Los jóvenes que no estaban de acuerdo o consideraban que había sido injusta la calificación encontraban en las paredes, las puertas o los bancos un modo estruendoso de repiquetear su rabia. Él también se sentía como si se hubiera examinado. No es que hubiera suspendido, pero no se había sentido en paz desde que comenzó aquella emocionante aventura, sino de otro modo.

El despacho de Roger Martí contaba con un amplio recibidor y una sala de juntas, donde se reunían los miembros del departamento. Era un lugar decorado con mayor lujo. Ese espacio gozaba de una mayor profusión de adornos que el de Javier Guirao, tal como correspondía a su cargo. El hecho de ser catedrático suponía también que todas las comodidades estaban a su alcance. Era rectangular, en la pared del fondo tenía cuatro ventanas con vistas a la calle. La sala principal estaba dominada por un escritorio antiguo acompañado de dos sillas de estilo Thonet. Y el suyo era un sillón de factura excepcional que pareciera un trono digno de un rey.

—Fue de Elías Rogent y Amat —dijo Roger y pasó la mano por el escritorio—. Lo usó entre 1863 y 1882, tras recibir el encargo de construir la nueva sede universitaria en la que estamos.

—Bueno —dijo Terror—, hablemos de lo que me ha traído hasta aquí.

—Por supuesto, y bienvenido a mi despacho.

El abogado percibió la ironía, pues no había sido invitado.

—Ah, por cierto, muy bonito, aunque no es muy práctico si tienes que limpiarlo. Estas paredes tan altas... Se necesita una escalera enorme para quitar el polvo de esas molduras o subirse al cuello de una jirafa para poder pasar un trapo por encima de ellas sin romperse la crisma.

—Por lo que veo, no te va este estilo —dedujo Martí.

—Prefiero algo más sencillo. Lo viejo no cuadra con mi forma de ser. Podría intentarlo, pero no me apetece aguantar este olor a madera rancia, humedad y libros antiguos cada mañana.

Intercambiaron una mirada, se sentían nerviosos e intranquilos.

—¿Cómo está Hugo?

—Físicamente, mejor. Una pelea entre jóvenes con tanto coraje causa algún daño. Mentalmente, creo que bien, pero no puedo darlo por supuesto.

—Me alegro. Carla estaba muy preocupada por él. Quería ir a verlo, pero le dije que no lo hiciera.

—Hiciste lo correcto.

—Lo sé —aseguró Martí.

—Por favor, saluda a Carla de mi parte, ¿vale?

Si esperaba una respuesta, hubiera sido mejor que lo hiciera sentado. Al catedrático no le interesaba continuar con ese juego de falacias sin lógica en el que estaban inmersos.

—Me han dicho que estás considerando a Oliver como sospechoso de la muerte de Sarah —indicó Roger.

—¿Quién te lo ha contado?

—Lo siento —se disculpó él—. Se dice el pecado, pero no el pecador.

Terrer calculó las posibilidades. «Igual predice el futuro».

—Oliver y Sarah mantenían un idilio en secreto, ¿lo sabías?

Terrer se preguntó si reaccionaría, pero Martí se mostró impertérrito.

—Pobre Hugo. A lo mejor no le gustó que le traicionaran de ese modo.

—Me cuesta creer que sigas agarrándote a la historia de los celos si lo que pretendes es dejar libre de culpa a tu hija —aseveró Terror—. Aunque eso explicaría muchas cosas.

—¿Por qué?, ¿porque piensas que Carla también estaba celosa de Sarah? Bueno, eso es imposible. Hugo dejó a Sarah para estar con mi hija, de modo que ella no tenía ningún motivo para matarla.

—O sea que Carla estuviera esa noche en el barrio de La Mina, ¿es pura coincidencia? —espetó él—, ¿que se quedara a solas con Sarah, justo después de que Hugo se fuera de allí a toda prisa? A lo mejor no es casualidad ese encuentro. A lo mejor escondía lo que había entre ellas dos.

—A lo mejor no había nada que esconder —sentenció Roger.

—¿Sabíais que Oliver estuvo esa noche en casa de Sarah? —señaló Terror—. Es verdad. Alguien le dijo que Hugo y ella habían tenido una pelea.

—¿Puedes demostrarlo?

—Lo confesó él mismo. Y vi su ropa manchada de sangre.

—Entonces —sugirió—, él es el asesino.

—No; asegura que Sarah ya estaba muerta cuando llegó.

—Por favor —rogó Martí—, ese joven diría cualquier cosa para evitar ir a la cárcel y lo sabes. De cualquier forma, siendo así, tienes la oportunidad de conseguir que dejen a Hugo libre de cargos.

—Tengo una teoría —se aprestó a decir Terror—: a lo mejor lo hizo otra persona. Una que estaba cabreada con todos. La misma que le contó a Oliver lo de la pelea. La misma que instó a ese muchacho a que fuera a verla.

—Una suposición no sería una prueba convincente en un juicio por asesinato —dijo Martí—. Los jueces son bastante más estrictos.

—¿Sabías que Oliver y Carla estaban liados? —preguntó Terror.

—¿Y por qué iban a estarlo? A ella le gustaba Hugo. ¿Insinúas que mantenían una especie de trío amoroso?

—Así es, Roger —respondió Terror—. Una relación en la que alguien utilizaba a los demás a su antojo. Alguien que jugaba a tres bandas para dar caza a su presa.

Vio cómo el abogado le miraba. Tenía la típica expresión de quien está tratando de descubrir el juego de su contrincante y la forma de someterlo, de ser el más listo de la clase. Martí conocía bien ese juego.

—Pero ¿cómo puedes decir tal cosa? —preguntó el catedrático—. No, David, no puedes manipular la verdad a tu antojo. Mi hija no intervino en este desagradable asunto.

—Yo no he acusado a Carla. No te pongas nervioso, Roger.

—¿Adónde quieres llegar?

—Si Carla y Oliver eran íntimos, aunque bastante más moderados en público, quizá él le contara algo sobre Sarah.

Martí se frotó las sienes. Ojalá no hubiera abierto la puerta.

—Si su relación era esporádica y poco seria —señaló este—, puede que no llegaran a ese nivel de confianza.

—Tal vez le contó algo muy serio, aunque Carla no quiera reconocerlo.

—O puede que sepa algo que perjudique todavía más a Hugo y descarte a Oliver como sospechoso. ¿Te has parado a pensarlo?

—Si me dejaras hablar con ella, se lo preguntaría —replicó Terror—. Si no lo hago yo, lo hará la policía.

—¿Y por qué iban a hacerlo de nuevo? —preguntó Martí—. ¡Carla ya ha declarado ante la justicia!

—Quizá Oliver sabía quién era el padre y se lo contó a Carla —dijo Terror acercándole un retrato de la joven a la cara—. No creo que Sarah se guardara ese secreto para ella misma.

—Tal vez no haya que buscarle una explicación —replicó Martí en voz alta—. No es un misterio. No hay nada oculto y Carla no sabe nada. Pero apuesto a que tienes una alocada teoría al respecto, David.

—Solo quiero averiguar qué sabe tu hija.

—¿Y crees que Carla puede arrojar luz sobre la muerte de Sarah?

Aquello no lo satisfizo. Era Terror, el incansable abogado alicantino que se había convertido en un sabueso con una insaciable sed investigadora. Nadie se hubiera convencido con la explicación de Martí y quien menos él, pero tenía otro plan mejor. Otra vía.

—¿Podemos dejarnos de tonterías?

—Ya iba siendo hora —dijo el catedrático.

—¿Carla y Sarah se odiaban?

—No tanto como para tener motivos para cometer un asesinato.

—No he dicho que nadie los tuviera.

—Ya, pero antes has mencionado que lo de Carla en la Mina no era una casualidad. Te encantaría encontrar un motivo para incriminarla.

—A pesar de su manifiesta enemistad, Sarah llamó a Carla el día que la asesinaron. Y, adivina qué, esa misma noche Carla llamó a Oliver para que fuera a casa de Sarah, donde la encontró muerta. La cosa se complica porque Carla también llamó a Hugo para saber cómo estaba —dijo Terror.

—No es raro que unos amigos se llamen por teléfono. En serio, mira, deja ya de especular. Hasta yo sé que apenas lograrás convencer a nadie de esto —se aclaró la garganta—. Déjame adivinar: ¿he acertado con la teoría del triángulo amoroso? ¿O se trata de una tórrida aventura lésbica?

—¡Maldita sea! —se quejó Terror—. Te repito que Sarah llamó a Carla el mismo día que murió —declaró—. No he acusado a tu hija, solo digo que Carla sabe más de lo que ha contado.

Roger cogió unos documentos que estaban sobre el escritorio.

—Lamento desilusionarte, David, pero esa llamada que mencionas no tuvo ninguna importancia.

Terror soltó un bufido.

—Un momento —dijo Terror—, ¿lo sabías?

—Fue una tontería sin importancia. Sarah había faltado mucho a clase. La habían amonestado; otra falta y sería expulsada. Carla y ella coincidían en algunas asignaturas. La llamó para ponerse al día con los apuntes.

«Si eso es verdad, encajaría».

—¿Eso fue todo?

—Así es —confirmó Martí—. Carla se sorprendió de su llamada y me lo contó después de colgar. Ella no sabe nada más.

Una explicación concreta. Este era, desde luego, un paso crucial. No hay necesidad de extenderse cuando alguien dice la verdad. Eso pareció quitarle fuelle. Tenía sentido la explicación, tanto como para creérsela.

—Vale, bueno, genial. —Terror dio el tema por zanjado quitándolo de su lista—. Carla no sabe nada, apuntado. Pues ya está.

—Supongo que ya hemos acabado —dedujo Martí.

—¿Sabes qué estaba haciendo Carla en el barrio de La Mina esa noche? —replicó mientras se levantaba de la silla y caminaba hacia la puerta.

Terror intentaba llegar a un sitio, pero no tenía prisa.

—No, ella no me lo dijo.

—Tras el embarazo —dijo Terror girándose de cuerpo entero hacia Martí—, tal vez no lo sepas, pero cayó en una depresión muy profunda.

—Oh —a Martí se le veía turbado. Intentó tragar saliva y notó que se le hacía un nudo en la garganta. Contuvo la tos—. Pues lo siento... mucho —dijo con voz entrecortada—, pobre chica. No tenía ni idea.

—¿Sabes qué? No logro entender cómo una joven que había perdido a su bebé podía estar preocupada por unos apuntes de clase, ¿no crees?

—Te he contado lo que sé —empezó a decir Martí incorporándose del sillón—, Carla nunca

me ha mentido y yo le creo.

—No te pongas a la defensiva, solo quiero asegurarme de que tu hija dice la verdad. —Terrer se giró de nuevo y abandonó el despacho.

Capítulo 19

Sarah se había pasado muchas veces por esa humilde vivienda en el barrio de La Mina. Estaba comenzando el otoño, pero aquella noche no hacía frío y los sintecho dormían sobre los bancos del parque del Besòs repletos a ambos lados de productos apilados hasta arriba y cartones que llegaban al techo.

Al principio, le había ofrecido al inquilino otra casa durante el tiempo que fuera necesario, pero a determinado tipo de gente orgullosa no le apetece abusar de la hospitalidad de nadie. Son personas que actúan de una forma concreta y se niegan a aceptar ni socorro ni limosna. Por eso él no lo hizo. Sabía que las circunstancias y las condiciones podrían y debían cambiar. Lo único que necesitaba era superar el estigma de marginalidad que había asolado el barrio, dejándolo aislado, y que fueran de nuevo escuchados.

Él quería estar con los suyos. No solía detenerse en los bares, ni en las paradas del bus ni junto a grupos de farloperos. Se pasaba la mayor parte del tiempo libre pateando las sucias calles del barrio o pasando por delante de la casa en la que se crio; esa covacha diminuta, deteriorada y carente de luz que tantos años fue su hogar. Lo más agradable de entrar allí ocurría al salir, pues el ambiente fresco se agradecía en contraste con el bochorno del interior.

Él necesitaba un lugar donde poder quedarse el tiempo preciso. Un hogar provisional. No era la zona más bonita de la ciudad, pero estaba bien situada y se encontraba a gusto allí. Sarah no había podido ir de visita las veces que hubiera deseado porque tenía que estudiar. Sin embargo, su teléfono estaba siempre conectado, fácil, para que la llamara a la hora que fuera.

La vida en el barrio de La Mina era brutal. La violencia imperaba en sus calles. La droga. El carácter que adquirían estos consumos y los circuitos que involucraban eran casi impenetrables. No existía ningún género de obligación moral. En el suelo se pudría el cuerpo inerte de una prostituta apuñalada. Nadie había visto nada. La gente moría en la calle día a día, como perros. Los vecinos se asfixiaban. De hecho, había aumentado en varios puntos porcentuales la prevalencia de enfermedades e infecciones respiratorias, como el asma, EPOC o cáncer de pulmón. Todos los que habían visto morir de forma inhumana a un ser querido se sentían a disgusto y tenían motivos de sobra para querer hacerle daño al padre de Sarah y también a ella como un imán irresistible.

La ley del más fuerte imperaba en el barrio. Algunos de sus habitantes cumplían una infinidad de roles mezclando intereses, fomentando prácticas podridas y acatando recomendaciones de las autorizadas para que la rueda no dejara de funcionar. Era una especie de conformismo delincuente de silencio donde la ley del barrio era lo primero y, así, la del más fuerte, la del más hábil, la del que era capaz de explotar su propio negocio dentro de un ambiente cerrado y hostil. Había un puñado de argumentos, tentaciones y la misma cantidad de intereses corruptos que

habían generado entre los vecinos un deseo invencible de venganza, aislamiento, egoísmo y división, de sacar provecho a toda costa. Algunos enarbolaban ciegos de odio ideales de matar al asesino de sus hijos enfermos de cáncer. Para estos el deseo volvía accesorias las identidades de sus víctimas; era suponer que el nombre de Sarah figuraba en la lista. Aunque casi todos de los vecinos se escondían como ratas y solo después aparecían con sus razones. Para la mayoría, asumir responsabilidad no era solo cuestión de cumplir una pena, sino también enfrentarse a aquellos a los que habían perjudicado.

Pero Sarah había elegido amparar precisamente las ideas descabelladas y retorcidas de los habitantes del barrio y ofrecerles su ayuda y su apoyo. No era una de esas locas que pierden la cabeza y se mueren por salir en los noticiarios. Ella sabía lo que hacía. Con él hizo lo mismo y el hombre no tuvo ningún motivo de peso para decirle que no. Le emocionó ver que una joven como esa, ya madura, daba un salto a lo desconocido. Ofreciéndole a quien lo necesitara consuelo por cuanto había padecido y una salida digna a la fragilidad del arrepentimiento.

A pesar de su jerga curiosa, rara y auténticamente interesante, esa forma de hablar con voz potente y enfadada empañada por una profunda pesadumbre cuando era la necesidad quien hablaba, no tuvo mucho éxito. De hecho, cualquier otro vecino la hubiera echado a patadas de allí privándola del acceso a su dolor, que se olvidara del asunto, de salvarlo de su debacle. Nadie del barrio se tomó a Sara completamente en serio y fueron numerosos los ataques a su persona y los apelativos de chiflada, de loca y de persona poco digna de confianza.

Se había conjurado para apoyar la lucha por la vida y los derechos humanos en todas sus manifestaciones. Creyó que debía hacer algo para calmar las injusticias que veía. Su mundo se sostenía ahora por un juego amañado, uno de odios y otro de venganza.

Pero él, un padre con una soga al cuello, una mujer muerta, un delito de sangre, venganzas estúpidas. Personajes sustitutos. Pensaba a menudo en ello. Y al oír hablar a Sarah terminaron uniéndose por un mismo propósito, ella arrepentida y él furioso, pero habían llegado a la misma conclusión por diferentes vías. Él había dejado abierta la puerta para que entrase un rayo de luz. Que no le doliese tanto el corazón. Eso fue lo que les unió de un modo quizá paradójico. Poder acceder a sus vidas, incluso aunque no lograra cambiar nada de lo ocurrido, era como darle las llaves de la celda a un reo condenado a muerte. Y resultó buena idea, pues durante un espacio corto de tiempo podía sentirse parte de algo que daba sentido a la vida más solitaria.

Sarah se pasaba muy a menudo para asegurarse de que no le faltara lo básico: ropa limpia y bien planchada, un cuarto de baño bien adecentado. Llenaba los armarios y el frigorífico de la cocina de comida y se encargaba de que la renta le llegara al casero. Este era un anciano apático que caminaba con la ayuda de un bastón y vivía en la casa de la esquina. A veces, un tanto cascarrabias debido a la edad —toda la vida haciendo lo mismo le agría a uno el carácter—, pero Sarah solía ganárselo a menudo, nunca pensó que el hombre fuera a darle problemas. Se le veía sonreír al verla llegar y no era de extrañar.

—Y recuerde, si alguien le llama o necesita cualquier cosa —añadía—, no dude en decírmelo.

Siempre le agradeció bien que se molestara en comprobar que la casa y quien vivía en ella estaban bien. Rezó para que cumpliera. Estaba convencido de que así sería. Así se hizo desde

que Sarah tomó cartas en el asunto. Pero eso fue hasta que ella fue asesinada. Es impactante cómo un asesinato proyecta una larga sombra. Una sombra sobre todo aquel asunto, su pasado y su futuro. Una sombra sobre el silencio de algunos de los vecinos, amigos y colaboradores. Una sombra de política. La muerte violenta, el crimen y el asesinato de Sarah Farré atrajeron el interés de las masas, fascinaron y preocuparon por igual.

La culpa no tardó en aparecer como una consecuencia lógica de las propias actuaciones de Sarah, por ejemplo, en grupos de vecinos tocados por la realidad extraña de haber perdido a un ser querido. Poco a poco. No fue la falta de interés. La esperanza se vino abajo. La leve chispa de optimismo se apagó. El entusiasmo había durado poco. La humilde casa quedó tan silenciosa como de costumbre. Y el inquilino, de vuelta a una vida de reclusión. Había habido un breve período de tiempo durante el cual pareció que la valiente decisión de Sarah de infundir un ánimo de esperanza había funcionado. Poco después de que ella muriera, no existía alivio al sufrimiento, solo tiempo para avivar unas marcas indelebles que cambian una vida.

Fuera, en la calle, el ajetreo en la ciudad de Barcelona seguía como de costumbre, sin cambiar día tras día, ofreciendo a los turistas que llegaban desde todas partes del mundo un sinfín de oportunidades de ocio y disfrute. Gente que abarrotaba los cafés y las callejuelas, que posaban para que los fotografiaran en La Rambla o frente a la estatua de Colón. O admiraban los enormes y elegantes cruceros amarrados en el puerto.



Llegó a su casa pensando de nuevo que estaba en el lado equivocado, sobre todo en este caso donde realmente existía otro lado tal como aquellos tipos tan poderosos se habían empeñado en demostrar. La sombra de la muerte de Sarah estiró los dedos y con unas uñas afiladas acechó a todos los habitantes del barrio de La Mina aquella fatídica noche. Pero no se quedó ahí.

Entonces él se volvió de cara a la realidad una vez más, igual que había hecho en el hospital donde había conocido a Sarah meses atrás. Ya todo era inútil. Las cicatrices nunca iban a sanar. Hay heridas tan profundas que se revelan por más que quieras ocultarlas.

No le costó darse cuenta de cuándo había acabado aquel preámbulo y había empezado la lucha. Una chispa saltó con estrépito en la distancia, se rompió la simetría, la paciencia alcanzó un nivel crítico y, de repente, el perdón dejó de funcionar. Tampoco servía hablar de sus problemas. Solo el persistente bienestar que proporcionaba la venganza dejaba ver el motivo de su existencia. Él sabía cuál era su finalidad y no se engañaba pensando que existía otra salida.

Había observado silencioso las idas y venidas de sus enemigos, de los culpables de tanta muerte, sus obligaciones y sus horarios. Sus rutinas invariables. Y él los imitaba, como un mimo que reproduce los movimientos de un transeúnte. Se convirtieron en el reflejo exacto de su odio. Se aseguraba de mantener una imagen impoluta. Se levantaba temprano para ir a trabajar. Hacía recados. Era su conexión con el mundo exterior. Pero tenía un propósito interior del que no podía escapar. Ahora solo quedaba seguir sus propios pasos y ceñirse al plan que había desarrollado, ejecutándolo.

Era perturbador, hipnótico, pero de lograrlo, definitivo.

La furgoneta estaba aparcada en un polígono industrial a las afueras de Barcelona. En una zona restringida. Un edificio de oficinas a medio construir la ocultaba de la vista; la parte anterior completamente cubierta por una lona, cartones y cajas vacías. Las pintadas en los cristales y una prolífera capa de suciedad mostraban a todas luces que no había nada de valor en su interior. Sin embargo, el trabajo de acopio de materiales estaba dispuesto.

Hacía más de un año desde que dejó su anterior empleo, pero todavía conservaba amigos a los que podía llamar a su puerta. Era una cuestión de oportunidad y compromiso, sobre todo tras descubrir que las decisiones de algunos hipócritas tenían un peso devastador en la vida o en la muerte de otros; inocentes desamparados por una pragmática interpretación de la ley.

A pesar de lo que pudieran pensar de él, el destino le había elegido para cumplir un deber: servir de voz a aquellos a los que se la habían negado, y para demostrar que, pobres o ricos, reciben su merecido. Ambas cosas no tenían por qué ser contradictorias.

Él era un hombre inteligente que solía hacer las cosas con sumo cuidado, un trabajador sistemático y calculador, y sabía cómo obtener los materiales necesarios para hacer volar un edificio entero por los aires. La furgoneta estaba llena hasta los topes de sustancias que podrían considerarse ilegales, explosivos. Suficientes para llevar a cabo su sombrío propósito.

Se había dedicado a dejar notas amenazadoras con el sobrenombre de Darío el Grande, que habían dado de qué hablar a la policía. Miguitas de pan esparcidas por el camino. Ninguna de ellas revelaba su verdadero propósito ni de lejos. En sus amenazas se había asegurado de que su intención no fuera obvia: una frase aquí, una referencia allá, incluso algún dato que nadie debía conocer. Y, como era de esperar, dirigidas a personas que nunca se habrían dado cuenta de quién era él en realidad.

Era razonable pensar que, incluso a los receptores de sus amenazas o a la policía, los había utilizado para sus fines propios. En el fondo, quería que supieran quién era. El porqué de lo que hacía. Ya no le importaba. Cogió las llaves de la furgoneta. Destapó la lona y fue quitando toda la suciedad que la ocultaba de la vista. Aquella era la razón, la única razón de su existencia.

Había llegado el momento.

TERCERA PARTE

PECADOS CAPITALES

Capítulo 20

La duda sobre el paradero de Josep Miras era una sombra que se cernía sobre el caso. Terror esperaba conseguir algo de información de la policía, quizá de algún compañero del departamento donde trabajaba, pero de momento no había de donde rascar. El libro de las expectativas está cerrado. Todos a los que había sondeado o convencido para que hablasen del dichoso funcionario desaparecido mantenían la boca cerrada o no sabían nada de él.

Era un problema de peso. Para los dueños de la fábrica e incluso para Enric Farré, seguía siendo el tipo fastidioso que había conseguido destapar una incómoda verdad, que había metido las narices donde no debía.

Era listo, sí, y sabía que una información como la que había averiguado lo había puesto contra las cuerdas. Podría encontrar aliados y gente que trabajaba dedicada a salvaguardar la vida y la integridad de los demás, pero la mancha que suponía su reciente descubrimiento y el modo en que habrían reaccionado determinados individuos para proteger su provechoso negocio le auguraba un futuro muy negro. Hay gente muy mala por ahí.

Quizá exageraba en su sentir. Esa gentuza tenía límites. Nadie se atrevería a tocarlo si acudía a un periódico importante; eso era harina de otro costal. Aunque también allí trabajaban algunos con muy mala idea, personas que utilizarían sus comentarios para ridiculizarlo en la televisión o en la radio. Parecía obligado a desaparecer del mapa muy a su pesar; lo que, de hecho, encajaba bien con su personalidad insociable y peculiar.

Terror seguía sondeando todas las cavidades en busca de respuestas.

Esa última conversación con Michelle había permanecido grabada en su memoria, como un mal sueño que se repite hasta la saciedad cada vez que cierras los ojos. Cuando se marchó de su casa, había advertido en ella cierta reticencia a confesar aquello que sabía. O tal vez fuera solo una impresión equivocada. Tuvo la certeza de que su exmujer quería decirle algo más, pero la intensa revelación del desamor y la irrupción de Hugo brillaron con luz propia. Ahora entendía lo que había cambiado entre ellos. No podía pensar más que en eso y estaba preparado para aceptarlo. ¿O acaso no lo había estado antes?



Terror volvió a su hotel después de la charla con Roger Martí. Se pasó toda la noche en vela trabajando en el caso. El abogado se sintió como Marco, el niño genovés de trece años, el de los Apeninos a los Andes, resolviendo dilemas para encontrar a su madre. No se respiraba un ambiente demasiado propicio para pegar ojo. A las seis de la mañana, desistió de su intento de echar una cabezada y fue a casa de Michelle.

—¿Qué haces aquí tan temprano? —preguntó ella.

—No podía dormir.

—¿Qué te ocurre?

—Esto es peor que una pesadilla —espetó Terror.

Michelle se percató de su mirada intranquila.

—Entra. Acompáñame a la cocina, prepararé café.

Había un vaso de agua en la repisa, junto a la ventana. El abogado se lo bebió de un trago y se sentó en una silla en el rincón. El vapor ardiente que emanaba de la cafetera, el olor tostado del café y... su exmujer, vestida con la misma bata de seda cándida que envolvía su cuerpo de forma muy sensual. Evitó mirarla, porque sabía que debajo de la bata llevaba como mucho una única prenda íntima.

—He ido a ver a Oliver.

—¿Cómo está?

—Lo vi un poco preocupado.

—¿Le has contado lo de Sarah y su embarazo?

Terror la miró nerviosamente y guardó silencio.

—¿Qué contestas, David? ¿Cómo se lo ha tomado?

—Es muy reservado. No-no sé qué pensar. Creo que es posible que ese duro golpe le empuje a tomar represalias.

Michelle se sobresaltó. Enrojeció primero y palideció después.

—¿Le hablaste del brazalete?

—Sí, aquella noche, cuando Hugo y Sarah se pelearon —explicó él—, fue a su casa para ver cómo estaba. La encontró tumbada en el suelo, lo cual le resultó extraño. Entonces vio la sangre y las heridas de arma blanca. Le tomó el pulso, aunque ya sabía la respuesta. Insiste en su inocencia, en que ya estaba muerta, pero su ropa está manchada de sangre. Antes de marcharse de allí, se llevó el brazalete para que no lo relacionaran con el asesinato.

—¿Se supone que hay que creer en su palabra? —replicó Michelle—. Tenemos que hacer algo y es entregarlo a las autoridades.

Terror negó con la cabeza.

—No podemos —dijo el abogado—. Sé que él no lo hizo, Michelle.

Y entonces ella estalló de repente:

—¡Las cosas no pueden seguir así! ¡Él estaba ahí! Sabía que se habían peleado. Aprovechó la ocasión para inculpar a Hugo. La sangre en su ropa y el brazalete le delatan. Y no hay otra cosa que podamos hacer.

—Te equivocas, no es culpable.

—Entonces, ¿qué demonios hacía allí?

—Seré más concreto: ese chico estaba en el lugar equivocado en el momento equivocado, pero no fue él. Oliver no la mató.

—Ese no es nuestro problema —replicó ella con aspereza.

—Créeme, Michelle. Por irónico que suene, es lo que pasó. Alguien le tendió una trampa. Igual que hicieron con Hugo.

—¿De quién estás hablando, David?

—Probablemente la persona que más miedo tenía de que saliera a la luz lo que Sarah había averiguado —reconoció, mirándola.

Michelle se estremeció. Terror tenía sus excentricidades, pero ella, en el fondo, creía en él y en su buen juicio. Él acercó su silla y se sentó a su lado.

—¿Puedo preguntarte algo sobre Sarah? —continuó Terror.

—Sí, por supuesto.

—¿Por casualidad te comentó que sospechara de su padre? ¿Sabes si lo culpaba a él, junto con Químicas Ripoll, de los casos de cáncer?

—Oh, vamos, David. Era su padre.

—¿No insinuó nada de su relación con la fábrica?, ¿de la asociación?

—No estoy segura. —Michelle se pasó las manos por la cara—. Ya te dije, David, lo que hablamos. Ella estaba deprimida y decía muchas cosas. Claro que, con la que se le venía encima, solo me centré en lo de su embarazo.

—Nunca hizo ningún comentario al respecto, ¿seguro?

—Mis conocimientos sobre ese asunto son limitados, solo sé lo que me contó Javier. Y puede que oyera a Sarah y a Hugo discutiendo sobre sus cosas en alguna ocasión, dado el grosor de las paredes que tenemos en casa..., en nuestra antigua casa, quería decir —y se ruborizó al recordar esos tiempos.

Hubo una pausa y luego Terror preguntó en un tono indiferente:

—¿Qué hay de un tal Josep Miras? —preguntó Terror—. ¿Te suena ese nombre?, ¿lo mencionó Sarah alguna vez?

Michelle respondió con firmeza:

—Sí, recuerdo ese nombre —admitió—. Cuando la oí hablando de él, parecía obsesionada con su trabajo. Creo que dijo que era un gran aliado.

—Cuéntame lo que sepas —dijo Terror en tono alentador.

—Javier también lo mencionó. Me habló del tal Miras una vez, un funcionario municipal encargado de llevar a cabo una investigación para esclarecer los hechos. Pero todo siguió igual, ¿verdad?

—Por lo visto, desapareció sin dejar rastro —comenzó Terror como si allí, por fin, estuviera la clave a la que apelar—. Nadie ha podido encontrarlo.

—¿Estás diciendo que crees que haya una correlación entre la muerte de Sarah y la desaparición de ese hombre?

Terror reflexionó durante unos segundos.

—Sabía algo sobre Químicas Ripoll que relacionaba a la fábrica con los casos de cáncer declarados en el barrio de La Mina. Miras era un hombre desinteresado que sentía debilidad por el trabajo. Supongo que quería ofrecer a los vecinos una explicación. Ese es un compromiso peligroso si no sabes con quién te juegas los cuartos.

—Pero ¿tú cómo sabes eso?

Terror sonrió.

—Pocos días antes de su muerte, Sarah seguía mencionándolo.

Tras unos minutos de silenciosa espera, ella replicó:

—Oliver no debería haberle metido esas ideas en la cabeza.

Michelle estaba muy interesada en ahondar en la culpabilidad de Oliver. Antes de que pudiera decir nada más, Terror prosiguió:

—Me pregunto cómo reaccionó el insistente Josep Miras cuando se encontró solo y sin aliados reconocibles —reflexionó Terror.

—No sé. Me cuesta creer que no tuviera a quién acudir.

—A veces, al llegar a cierto punto, uno pierde la noción de la realidad. Por lo que me han contado, era un tipo particular, obsesionado con el trabajo. Apenas se le conocía vida social, ni siquiera amigos. Vivía solo e iba a su casa a dormir, asearse y poco más.

—Te refieres particularmente a un bicho raro, ¿no es cierto?

—También son inteligentes —sugirió Terror—. Muy inteligentes. Si descubrió lo que creo, ese hombre tiene el dominio del destino de muchas personas en sus propias manos. Igual ha querido dar un cambio a su vida. Igual ha pensado que era hora de respetarse a sí mismo y hacer algo drástico que obligara a los demás a que dejaran de jugar con él.

—¿Algo?, ¿como qué? —comentó ella—. ¿Qué piensas?

—Bueno, fue a raíz de su desaparición cuando empezaron a surgir esas extrañas amenazas. La desestimación de la demanda contra Químicas Ripoll fue un momento muy peliagudo, sobre todo si Miras contaba con pruebas que demostraban que la fábrica llevaba años envenenando a la gente de La Mina. Tal vez estaba tan desesperado que cambió de táctica. Un tipo con ese perfil es capaz de hacer cualquier cosa. Puede que empezara a comportarse de manera diferente.

—¿A comportarse cómo?

—¿Te suena un tal Darío el Grande?

—¡Claro! Sale mucho en prensa. Hay gente que lo admira. Nunca se ha podido saber quién es, pero podría ser más que un loco.

Terror frunció el ceño y sacó un papel de su bolsillo.

—Parece que es mucho más que eso —señaló el abogado y le mostró un papel doblado—. Esta nota la dejó en la habitación de mi hotel. Quería que me apartara del caso. Y sé que ha enviado notas similares a Enric Farré y a otros implicados. Solo que en esas busca venganza, venganza contra los que han tenido algo que ver con los casos de cáncer.

—No sé adónde quieres llegar con esto, David.

De forma algo seca, Terror respondió:

—¿No te parece un poco raro? Miras desaparece sin dejar rastro. Se convierte en un hombre misterioso. Y ocurre de forma paralela a la muerte de Sarah. Estoy seguro de que ella descubrió algo sobre ese hombre que le interesó muchísimo. Tanto que le pareció bien dejar a su padre en la estacada y a Químicas Ripoll a merced de la opinión pública. Eso es motivo suficiente para que quisieran acabar con su vida.

—Sin duda, era una chica notable. Tenía un carácter y una personalidad muy fuertes. Cuando se interesaba por algo, se interesaba muchísimo.

—Sí, creo que tienes razón —asintió Terror y meneó la cabeza.

—¿Qué es lo que imaginas? ¿Que ella colaboraba con Miras?, ¿que él trata ahora de vengar su muerte usando el sobrenombre de Darío el Grande? Perdona —dijo ella casi sin aliento—. Quiero..., necesito creerte por el bien de Hugo, pero me temo que nadie más lo va a hacer.

Michelle movió la cabeza en un gesto negativo. Tenía razón. A Terror la idea empezó a antojársele cada vez más ridícula.

—Parece que tú no opinas lo mismo —señaló Terror.

—No es eso, David. Tratas de abordar la cuestión desde un punto de vista equivocado. Que ese hombre sea o no Darío el Grande no resuelve el crimen de Sarah: te devuelve al punto de partida. Sería mejor que te centraras en plantear una hipótesis más plausible.

—Ya sé que suena absurdo, de locos. Admito que es posible que esté equivocado, pero no deja de ser muy significativo. Ese tal Darío existe y, nos guste o no, es real. Según mi teoría, fue el secreto que Miras descubrió y que Sarah tenía en su poder lo que ha empujado a alguien a asesinarla justo después de que desapareciera ese hombre —observó Terror—. Por ahora, soy incapaz de concretar los hechos, pero creo que está relacionado.

—¿Cómo vas a demostrarlo?

—Hay cosas muy extrañas encerradas en este caso: ansia de poder, anhelos de venganza, rencillas irreconciliables, deseo visceral de muerte. La herencia de años de ocultación, de control de otros seres humanos a los que les han hecho sufrir. Está ahí, la crueldad y el sadismo con los que asesinaron a Sarah, el mutismo selectivo de todos con los que he hablado, la falsedad... Y lo único cierto, Michelle, es que si Miras sigue vivo y es Darío el Grande sabe quién es el culpable. Tengo que encontrarlo.

Michelle se estremeció.

Capítulo 21

Esa tarde, tras una nueva jornada de encierro forzoso, Hugo bajó al parque, se aseguró de ocultar su rostro tras unas gafas de sol y una sudadera con capucha y se acostó en un banco mirando al cielo. El frío metal debajo de su espalda, la soledad que le embargaba, el roble deshojado en el fondo de la puesta de sol, la conversación con Terror. El universo se había combinado de tal modo que tenía la impresión de que era improbable que pudiera acabar con el inquietante desaliento del recuerdo que oprimía su corazón.

El muchacho no podía más. De verdad que no entendía lo que había pasado. Nada cuadraba. Si hubiera hablado con Sarah y encontrado una solución, habría habido un final feliz. Pero aquello no era un cuento.

No podía pensar en otra cosa. Una herida abierta que sitiaba su espíritu. El lugar más siniestro y desesperado que a Hugo le había tocado visitar mientras que Sarah, la chica que amaba, estaba muerta.

Un remordimiento que nunca le abandonaría.

Visualizó a la preciosa joven la última noche que la vio con vida, inquieta, desesperada, pidiéndole ayuda, conteniendo en su interior una batalla entre dos ejércitos enfrentados. Y él incapaz de entenderla, invisible a su sufrimiento porque así lo deseaba.

«Hugo, Hugo, soy yo, ¿de acuerdo? —insistió con la voz impregnada de infinita congoja—. ¿Qué tengo que hacer para que confíes en mí?».

Era difícil aceptar que no había querido escuchar la verdad cuando Sarah estaba viva para hacerlo. Pero no le quedaba más remedio. ¿Qué más? Era como una caída libre al vacío sin comienzo ni final.

«¡Oh, Dios mío! No —repetía Sarah. Siempre lo mismo—. Te equivocas. Te equivocas. Te equivocas».

Su embarazo. Tendría que enfrentarse a eso algún día. Pero dolía, dolía mucho porque había verdad en las palabras de Sarah. Ella nunca le dejó de querer. No importaba que estuviera enzarzado en una guerra imaginaria o celoso de Oliver. Solo tenía que entender qué secretos ocultaba. Estaba así por algún motivo aparente. Le había pedido ayuda y él se la había negado.

Oyó la voz de Sarah en su cabeza: «Tu hermana tiene razón. Estoy metida en algo que no te conviene. No lo entenderías, Hugo».

Cerró los ojos y se dejó embargar por la desesperación. Rememoró la fría solidez de su despedida. Se planteó golpearse la cabeza contra el suelo, pero de poco hubiera servido.

De acuerdo. Se culpó. La sangre volvió a fluirle por el rostro. El amargo recuerdo había desaparecido, regresando al estadio anterior en el que creía que los problemas se habían acabado.

Pero volvería a erguirse cada día. Esa es la pena que tiene que pagar quien abandona al amor de su vida cuando más lo necesita. Cuando le pide desesperadamente su ayuda.

Al abrir los ojos de nuevo, se dio cuenta de lo muy tranquilo que se había quedado el parque. Al anochecer los bancos y los jardines se vaciaban. Como si la noche barcelonesa hubiese decidido formar parte de ese maldito sueño y hubiese querido apuntalar los cimientos de su castigo.

Hugo se secó las lágrimas con la manga. Siempre lloraba un poco cuando se emocionaba recordándola. Respiró hondo.

Se oyó un tenue silbido y, de repente, unos pasos que caminaban hacia su posición. El muchacho se giró mientras algunas lágrimas todavía rodaban en todas direcciones y caían al suelo. Terminó de secárselas en un periquete y vio oculta entre los árboles una sombra, que le hacía gestos con las manos.

Era Carla.

Ella surgió de la nada, se abrió camino en el frío y solitario ambiente nocturno. Caminó hacia él con presteza, mientras Hugo se enderezaba y sacudía la cabeza. Apartó de su rostro cualquier emoción, apenas medible. Eso había propiciado una apoteósica demostración de la culpabilidad que sentía, sin excluir la costosa y consiguiente blasfemia. Pero Carla no estaba ahí para juzgarlo. Esta vez verlo así le dolió y lo abrazó con fuerza.

—¿Te has pasado todo el rato aquí? —preguntó Carla haciendo una mueca—. ¿Estás bien?

Una lágrima cayó a sus pies y Hugo enrojeció de vergüenza. El corazón de Carla se estremeció. Ella misma todavía no había superado la ruptura con él y lo que simbolizaba. Pero esbozó una sonrisa sutil.

—Estoy bien —contestó—, tengo frío. Solo eso.

—Mientes.

Así era. Carla se apartó y se sentó a su lado.

—No me apetece hablar de eso —susurró él.

—¿Tienes miedo de decir lo que sientes realmente, Hugo?

—No —respondió con rapidez.

Se notaba que hablaba con una fuerte tensión emocional. Cerró los ojos abatido y vulnerable. Lo que deseaba con fervor era retroceder en el tiempo, estar junto a Sarah esa última noche en el barrio de La Mina. Cambiar las cosas y que ella siguiera con vida.

—Sé que no fuiste tú —le dijo. Hugo alzó la vista—. Y no es que sirva de mucho, la verdad, pero yo te creo.

—¡Qué sorpresa! Debes de ser la única.

—Tranquilo, encontrarán al culpable.

—A los culpables. Ellos lo hicieron.

—Y ellos son quiénes...

—Oliver y ese amigo suyo, Adriá.

—Vale, ¿y qué han hecho?

—Bueno, ya sabes —dijo sin apartar los ojos de ella—, esos hijos de puta la convencieron para

entrar en la asociación. Instigaron o participaron en actos contra esa jodida fábrica, protestas y demás chorradas. Se hartaron a pegar carteles por todas partes acusándolos de envenenar a gente inocente.

—Venga ya, no digas chorradas —repuso Carla.

—Lo digo en serio. Me niego a aceptar que se vayan de rositas. No después de involucrar a una inocente en su propia guerra, de aprovecharse de ella y dejarla en la estacada. Esos psicópatas descontrolados situaron a Sarah en el punto de mira. Y ahora está muerta.

Carla percibió odio en la voz de Hugo, nunca lo había notado.

—Por favor, mantente al margen —le suplicó—. Nada de lo que hagas cambiará lo que ha ocurrido. Rollo tranquilo.

—¿¿Rollo tranquilo?! —gritó Hugo con una peculiar y nerviosa intensidad en la voz—. Ya lo verás, no se imaginan lo que voy a hacer.

—¿Ya basta! —exclamó ella—. Hazme caso, no eres Dios y no puedes devolverle la vida, Hugo. Solo conseguirás empeorar las cosas. Te detendrán otra vez —dijo con aire conciliador—, ¿no lo entiendes?

—Lo sé, Carla. Lo sé, pero pagarán por lo que le hicieron a Sarah.

Hugo se tambaleó, cayó al suelo sobre las manos y las rodillas.

—Estaba embarazada —añadió el muchacho, con la voz rota, mientras sacaba una foto de Sarah del bolsillo trasero de sus vaqueros. Rezó para no tener que pronunciar aquellas duras palabras. Negó con la cabeza y continuó—: Ella debería habérmelo contado.

Carla asintió con frialdad y Hugo le mostró tembloroso la foto.

—Lo sé —empezó a suspirar, vencida—. Yo solo quería...

—Esto —gimió mientras sacudía el papel con el primer plano de su rostro— es culpa de todos ellos: de Oliver, de Adriá, de ese cabrón de Farré, de Químicas Ripoll. Tengo que hacer algo. Voy a hacerlo por Sarah.

—Venga —dijo Carla con un tono más suave. Alargó el brazo para ayudar a Hugo a incorporarse y no consiguió moverlo de su sitio—, vamos a olvidarnos de esto, por favor.

Hugo se levantó y la miró a los ojos.

—Estoy harto de quedarme de brazos cruzados por mi situación —le explicó él mientras se frotaba las manos—. Las reglas han cambiado.

Carla lo agarró cuando se dio la vuelta y negó con la cabeza.

—Sea lo que sea lo que vas a hacer, no lo hagas. Echarás a perder tu vida. No quiero perderte. —Alzó un dedo en dirección a su rostro, a medida que Hugo iba retrocediendo—. Se lo contaré a tu hermana. A ese abogado tuyo. A la policía, si es necesario.

—¿No, Carla! —exclamó Hugo. Volvió la cabeza y echó a correr—. Si todavía sientes algo por mí, no se lo cuentes a nadie.

—Hugo —gritó—, ¡no cometas una locura!

Ella hizo un intento de cogerlo, pero ya era tarde, la sombra del muchacho se perdió entre los árboles. Carla se agachó afligida y rememoró el dramático melodrama con una mezcla de

compasión, nostalgia y envidiosa rivalidad. Veía a Sarah como una víctima, pero también como una enemiga a la que batir.

La muchacha esperó impaciente, acuciada por la indecisión; pero su empeño fútil no fue muy fructífero. Hugo no regresó. Por eso tenía que hacer algo rápido antes de que perdiera totalmente la razón.

Hugo era un chico muy listo, pero sostenía sus emociones sobre un caparazón muy blando y, en ocasiones, peligroso. No era ningún secreto que había cometido infinidad de estupideces y se había metido en problemas en el pasado al dejarse llevar por sus impulsos desbocados. Y la realidad era que veía maldad en sus afilados ojos.

Veía la palabra «venganza».

Capítulo 22

La llamada de Carles Montoliu no pudo ser más inoportuna. Lo que le pedía que hiciera, en aquellos términos y en aquellas circunstancias, era ininteligible. Pero el interlocutor, o «su eminencia» como al empresario le gustaba llamarlo, no estaba en situación de poder desentenderse.

Su compromiso era enorme, según pensó, y se dijo: ¿no supondría el fin de su carrera?, ¿habría personas que le atacarían y otras que le acusarían?, ¿le señalarían con el dedo y los periódicos le dedicarían frases capciosas?

Había actuado como un cobarde en el pasado, pero nunca analizaba sus propios sentimientos ni las causas y motivos de sus acciones con tal de salir indemne de una denuncia. Que existe gente así es una realidad.

Solo Montoliu había descubierto su secreto.

Sus colegas le acusarían airados. Surgirían padres y madres desolados, ciudadanos decentes de espíritu sano que defienden al desvalido y replican con contundencia o condenan sin reservas. La palestra es un mal sitio para recalar, un territorio inexplorado y peligroso.

Durante días, la situación le pareció inverosímil y no sabía cómo solucionarla. Montoliu era su enemigo mortal y le había pedido que hiciera lo que fuera necesario para que cesaran los ataques contra su empresa. Unos exaltados habían dañado la imagen de la fábrica: una pancarta acusándolos de asesinos y un incendio que se había salido de control. En realidad, el hombre esperaba solucionarlo hablando con el responsable de tal fechoría. «Debía de ser él», meditó acerca de una explicación y se decidió por llamarlo.



Adriá suspiró. Su aguda mirada voló rápido de un extremo al otro. Se sentó en un saliente en la base del monumento en el centro de la plaza treinta minutos antes de la hora estipulada. Se enjugó los oídos y esperó impaciente. La gente pasaba a su lado y se perdía en las angostas callejuelas.

Su presencia allí y el hecho de tener que grabar el encuentro con aquel desconocido fue decisión de Oliver. Quién era ese tipo o qué demonios le había dicho a su amigo para que se reuniera con él no le había quedado claro.

Ese era su cometido. Con vehemencia Oliver le indicó lo que tenía que hacer: «Haz lo que te pido y punto. Un hombre se reunirá conmigo y quiero que hagas de fotógrafo e inmortalices el momento».

—*Sense presses; falta força temps perquè aparegui* —se dijo Adriá, en tono de murmullo—. Y con estos árboles gigantescos no voy a ver una mierda. Vendrá en un coche negro; cuando se detenga a recogerlo, lo grabo.

Algo le preocupaba. Adriá echó a andar, bordeó el monumento y se detuvo a leer la inscripción al pie de la enorme cruz, erigida en honor a las víctimas que fallecieron en un hospital por un desafortunado accidente antes de que él naciera. Si le hubieran preguntado entonces, Adriá les habría dicho: «En ese hospital, en vez de curarte, te matan».

Con cierta rapidez, cruzó la plaza y se situó en una esquina cerca de la calle para observar el tráfico que pasaba en ambas direcciones. Los árboles no eran un problema desde allí. De repente, cogió la cámara de vídeo y la alzó enfocando a tientas hacia el lugar donde Oliver, de plantón, esperaba al desconocido. Vio de pie a su amigo, en la lejanía, y parecía impaciente.

Una multitud de faros destellantes iluminaban la oscuridad de la noche, pero ningún vehículo se detenía. Un auto aminoró la velocidad; pensó que sería su objetivo e instintivamente pulsó el botón de grabar. El coche frenó para tomar una curva y Adriá vio el parpadeo anaranjado de los intermitentes mientras giraba a la derecha y continuaba en esa dirección. El chico pulsó el botón de *pause*. Su teléfono empezó a sonar. Era Oliver.

—Este cabrón no viene —le dijo Oliver—. Igual ni aparece.

Adriá se quedó en silencio antes de contestar.

—Entonces, ¿seguimos adelante?

—Sí.

—Qué bien, pues toca esperar.

—En cuanto veas un coche de color oscuro que se detiene en el arcén, empiezas a grabar, ¿vale?

—Vale.

—Y que no se te escape ni su cara ni la matrícula. Quiero asegurarme de tener todas las pruebas posibles.

—Tranquilo, no te preocupes.

—Si no estoy de vuelta dentro de media hora, llamas a la poli.

—Joder, tío, mira que irte con él. ¿Y si es un jodido psicópata?

—No correré ningún peligro. Lo tengo todo pensado.

—¿Todo pensado? —Adriá arqueó las cejas de forma inquisitiva.

—Aquí viene uno. —Oyó el silbido del tráfico a lo lejos y señaló con la cabeza al frente, hacia la calle—. ¡Ojo con cagarla!

Adriá le miraba sin comprender a través del visor de la cámara.

—¿Ojo...?

Oliver colgó. Le molestaba que su amigo desconfiara de él después de haber sido su compinche en no sé cuántas oscuras maquinaciones. Adriá sabía lo que hacía, pero, aun así, Oliver no terminaba de fiarse. Le habían puesto los ojos y el rostro morado por defenderlo, o le había robado a una chica o hecho cualquier otra cosa que no tenía nada que ver con su amistad o con la asociación. Y después de utilizarle de ese modo siempre la misma cantinela. Él también tenía una opinión.

El coche pasó volando sin detenerse. Permaneció otros cinco eternos minutos apoyado contra la pared con la pequeña cámara de vídeo en las manos; murmuraba sonidos inarticulados.

Mirando aquí y allá y, sin embargo, no llegaba. Un vagabundo y una anciana a lo lejos, luces de neón, escaparates, ventanas ocultas por cortinas, un paso de cebra con la pintura gastada y nadie que anduviera por allí, excepto un gato.

Oliver seguía a la espera, solo.

Distinguió un punto oscuro a lo lejos, un coche enfiló la calle y lo observó durante un momento mientras se acercaba con lentitud. El conductor era prudente, quizá exagerado. Pulsó la tecla de rellamada.

—¿Qué pasa?

—Creo que ya viene.

Adriá colgó nervioso. Comprobó la cámara, se aseguró de que el visor enfocaba con claridad y vio unas luces a lo lejos. No se veía quién conducía ni la matrícula, pero la curiosidad lo estaba matando. El coche se detendría, luego Oliver abriría la puerta y se introduciría en su interior junto a aquel desconocido. En pocos segundos, la espera habría terminado; la suerte estaba echada. «El dedo en el botón de grabar, por si las moscas».

El coche pasaría por delante de la plaza y él, escondido, seguiría grabando. Adriá tenía que asegurarse de captar con nitidez a su objetivo cuando se detuviera a recoger a Oliver y cuando pasara de largo.

Mantuvo la vista fija en la calle. Durante unos minutos, el vehículo no se movió. El conductor mantenía el pie en el pedal del freno. Adriá maldijo interiormente al percatarse de que se lo pensaba demasiado.

Podría ser una señal que indicara que los habían descubierto. El plan se iba a ir al garete. Adriá tembló, más de rabia que de nervios, y con razón. El vehículo estaba parado hacía un buen rato con las luces encendidas a unos doscientos metros de distancia.

Miró a su amigo a través del visor: Oliver se metió las manos en los bolsillos e hizo un gesto extraño con la cabeza. No sabía lo que quería decirle, impaciencia o puede que un cambio de planes de última hora, pero quería comprender y esta vez fue él quien llamó.

—¿De qué cojones va ese tío?

—Joder, Adriá, mantén los ojos bien abiertos y sigue a la espera.

Adriá colgó. Hizo ademán de coger la cámara y enfocar de nuevo la calle, pero alguien se abalanzó sobre él y le propinó un puñetazo en la cara. Se tambaleó hacia atrás, la cámara y el teléfono rodaron por el suelo mientras el mundo entero se inclinaba un poco. Chocó contra el duro mármol y se quedó tendido. No dio crédito a sus ojos cuando vio quién era el atacante.

—Hugo, ¡no! —gritó Adriá.

Hugo se echó encima de él con la cara enrojecida de furia.

Adriá se revolvió para zafarse de él, pero Hugo le dio la vuelta como si fuera un muñeco de trapo. Lo cogió de la muñeca, se la torció y le inmovilizó el brazo a la espalda. Luego le empotró una rodilla en una mejilla.

—*Deixa'm anar!* —gritó el muchacho.

—No te muevas —le ordenó.

—¡Para, Hugo, para!

Adriá se giró y se le quedó mirando. Tenía el rostro amoratado y un corte en la mejilla, que ya se le había hinchado.

—Si quieres darme otro puñetazo, adelante. Me lo merezco —puso cara de cordero degollado —, pero, por favor, ¡ahora no!

Hugo le soltó el brazo, confundido por el arrebato de Adriá, que se cubrió el rostro con las manos y gimoteó sin aliento.

—¿Fuiste tú? —le preguntó Hugo.

—¿Qué?

—¿Fue Oliver quien mató a Sarah?

Hugo lo cogió del cuello y apretó con fiereza. Adriá jadeó mientras trataba de que el aire volviera a entrar en sus pulmones. Empezó a nublársele la vista; la negrura y el lóbrego silencio hicieron acto de presencia.

—¡Contesta! —gritó Hugo.

Adriá sacudió la cabeza, sin decir una palabra. Hugo se dio cuenta de que estaba a punto de perder la consciencia y aflojó la presión. Adriá escupió un par de veces y resopló para tratar de recuperar el aliento. Las lágrimas le anegaban los ojos y apenas podía hablar.

—Te juro que no sé quién la mató.

Hugo agarró a Adriá de la camiseta y lo llevó en volandas hasta ponerlo contra la pared. Se quedó inmovilizado, aunque temblaba.

—¿Fue Oliver el que atacó la sede de Químicas Ripoll?, ¿fue él quien provocó el incendio?

Adriá afirmó con la cabeza.

—Sí.

—Tú estabas con él —aseveró Hugo.

—Al principio, me negué a ir, pero fui.

El teléfono de Adriá empezó a sonar en el suelo, pero no podía cogerlo. Era incapaz de moverse. Ninguno de los dos vio que el vehículo de color oscuro había reanudado su marcha, sin variar su trayectoria, y avanzaba lento hacia la posición de Oliver.

«¿A qué esperas? ¡Cógelo! —exclamó Oliver para sus adentros—. ¡Coge el puto teléfono, Adriá!».

El teléfono sonó y sonó y Adriá no contestó. Hugo se giró de improviso y vio el móvil tirado en el suelo y un nombre en la pantalla. Y unos metros más allá, una cámara de vídeo.

—¡Espera un momento! —dijo Hugo. Vio que Adriá le hacía una seña para indicarle que tenía que coger el teléfono, pero no se lo permitió—. Quietos. ¿Por qué estás aquí?, ¿por qué te llama Oliver?, ¿qué estáis tramando?

—Por favor. Por favor, tengo que cogerlo.

Adriá lanzó sonidos inarticulados. Hugo se alarmó.

—¿Qué cojones pasa?

—El desconocido.

—¿Quién?

—Tengo que grabarlo.

Hugo lo miró con expresión extraña.

—¿Grabarlo?, ¿para qué?

—Para que se le vea la cara.

El teléfono de Adriá dejó de sonar. Nada. Su amigo había desaparecido. Lo había dejado tirado.

Oliver volvió la cabeza hacia el otro lado. Distinguió el brillo de unas luces de un blanco intenso. El vehículo acercándose. Una mancha oscura al volante. No estaba molesto ni enfadado, solo abrumado por la intensidad del momento. Esta vez era distinta a todas las otras. Dios mío, no podía soportar algo así.

Creyó que el corazón se le iba salir del pecho. Que Adriá no contestara significaba que había algún problema. Lo más sensato era largarse de allí, pero si lo hacía no sabría quién era ese desconocido que dijo que le iba a contar algo muy importante para él, que le iba a doler mucho, pero que le serviría para que supiera el porqué de la muerte de Sarah. Jamás iba a dejar que eso ocurriera. Ni de broma.

Esperó con la vista fija en la calle. Oyó el rugido del motor al acercarse. El coche estaba tan cerca que la cara del conductor dejó de ser un borrón indefinido para convertirse en un rostro nítido.

Era él.

El conductor detuvo el coche en seco. Sus miradas se encontraron y Oliver lo reconoció y él reconoció a Oliver. El engaño y el disimulo habían terminado; el juego de póker culmina cuando los jugadores muestran su mano. Y la mejor mano es la que gana.

Si ese hombre era el asesino, lo había desenmascarado, pero se estaba poniendo en peligro. Pronto lo sabría. El rostro de Oliver estaba surcado por arrugas de preocupación, la boca entreabierta se curvaba en una mueca amarga. Aunque en sus ojos había una expresión de desafío, él, por lo menos, no tenía nada de qué avergonzarse.

Respiró con fuerza, alargó el brazo y abrió la puerta y comprobó que no había nadie en la parte trasera del coche. Subió al coche, cerró la puerta tan suave que apenas hizo ruido e inspiró muy profundo. El conductor aceleró y el coche salió disparado.

Oliver se acomodó en su asiento sin apartar los ojos de la plaza que tenía enfrente. Echó un vistazo al monumento y se preguntó si Adriá estaba todavía allí y habría empezado a grabar. ¿Podría confiar en él? Quizá no importaba que no hubiera cogido el teléfono ni que no lo viera por ninguna parte. Quizá estaba ya grabando y había captado al conductor con su cámara.



Hugo sabía que la presencia de Adriá en ese lugar significaba algo. No podía perder tiempo. Tenía que enterarse de lo que ocurría.

—Oh, ¡sí! Desde luego. ¡Y una mierda! Algo escondes.

—*Hugo, no em fotis, oncle.*

El interrogatorio continuó. Adriá estaba con la cabeza erguida y no paraba de mirar hacia la calle, apenas podía contestar: «¡Para de hablar, para de sermonearme!».

—¿Quién es ese desconocido?

Un leve chirrido de neumáticos hizo girarse a Hugo.

Él, el desconocido, realizó un giro inesperado para tomar una curva a la izquierda antes de llegar a la plaza y el coche volaba ahora en dirección este. Oliver sabía lo que eso significaba: había caído en su propia trampa.

La cara del conductor apenas se distinguió, pero bastó para que Oliver y Hugo se vieran el uno al otro. Sus miradas se encontraron, desde el vehículo en marcha. En unos segundos, lo perdió de vista.

—Mierda, tío, nos han pillado —gimoteó Adriá.

Hugo observó la parte trasera del coche durante un momento antes de perderlo finalmente de vista. Sus firmes manos dejaron de ejercer presión sobre el pecho de Adriá, que se revolvió, como un perro al que le quitan la correa. Se quedó de pie sin moverse, asaltado por la culpa y la duda.

Adriá se encogió de miedo, pensando en las consecuencias. Imaginó a su amigo subido en el coche con un lunático, pero ya era tarde para hacer algo. Se alejó unos pasos y le dio una violenta patada a la cámara de vídeo que la empotró contra la pared.

—¿Quién coño iba conduciendo? —murmuró Hugo.

—¡La has cagado, Hugo!

—¿Yo? ¿Por qué?

—Sí —dijo con convicción—. Oliver había quedado con un tío para hablar —hizo una pausa— acerca de Sarah. Puede que se tratara del propio asesino. Ahora mi amigo está en peligro.

—Que se joda tu amigo —replicó con sarcasmo.

—¡Podrías haberme soltado, ¿sabes?! —gritó desesperado—. Se suponía que tenía que grabar a ese cabrón —añadió Adriá.

Hugo resopló. Y se dio cuenta de que Adriá lo decía en serio. Salió de su ofuscación de un sobresalto. Eligió sus palabras al azar, interesado tan solo por volver sobre sus pasos.

—Lo siento, joder, es que..., quiero decir que... supongo que me he dejado llevar. ¿No podemos hacer nada para ayudarlo?

—No, ya no podemos hacer nada —reconoció Adriá con voz queda—. Solo queda esperar. Me dijo que me llamaría dentro de media hora si todo iba bien.

Hugo enrojeció, dio un respingo, como un caballo nervioso. Pensó que se había comportado como un crío. Incluso podría decirse que había habido algo casi patético en su forma de actuar.

Esperaron sentados en mitad de la plaza. La calle estaba vacía. Al cabo de una hora, Oliver seguía sin dar señales de vida; había desaparecido.

Adriá miró su reloj y lanzó una exclamación:

—Este no va a volver. —Se levantó y añadió—: Yo me largo.

Hugo se puso en pie y dijo:

—No podemos dejarlo tirado.

Luego alargó una mano para cogerlo del brazo, pero se escurrió de él. Los ojos de Adriá se clavaron fijamente en su cara. Lo miraba con dureza. Lanzó un gruñido y ni siquiera se despidió.

Fuera quien fuese ese tipo que conducía sabía lo que hacía. Al parecer, no había dejado ningún

detalle sujeto a improvisación. ¿Qué iba a pasar ahora con Oliver?

Tal vez quería deshacerse de aquel insensato que había encabezado los ataques contra la fábrica. Si era así, lo había conseguido.

«No falles, su eminencia».

Capítulo 23

Apenas despuntaba el alba cuando Terror abrió los ojos y admiró el crepúsculo de una increíble belleza que se veía a través de la ventana. La habitación se llenó de luz radiante y anaranjada a medida que el sol se levantaba. Con mucho pesar, Terror apartó la vista del cielo y miró hacia abajo, a la mesita de noche. En la pantalla del móvil había un mensaje de Pepa Moreno: «Tengo que verte. Pepa».

Él lo leyó, con el rostro lleno de aprensión y ansia. Tuvo la impresión de que tras la máscara de las convencionales palabras de Pepa se escondía una desagradable sorpresa. «Esta mujer conoce los entresijos del caso mucho mejor que yo —pensó—. Ha ocurrido algo».

Terror contestó al mensaje: «¿A las nueve en la comisaría?».

Salió de la cama desnudo y se dio una ducha, se secó y se puso su mejor traje, uno gris. Echó un vistazo a la hora. Desayunar quedaba descartado. Por suerte, había una cafetera en la habitación. Introdujo una cápsula en la ranura y pulsó un botón. Se fue tomando el café mientras caminaba hacia la puerta, era obvio que no tenía tiempo para recrearse.

Salió del hotel y tomó un taxi.

Cuando llegó a la comisaría, encontró a Pepa esperándole en la puerta, sonriendo como un querubín. Delgada, maquillada, tacón alto, vestida casual, pero con mucha elegancia: una blusa oscura y pantalones finos. Llevaba un maletín en la mano, que debieron de regalarle sus padres, orgullosos de tener a la alumna más inteligente y brillante de su promoción. Portaba su placa en el cinturón que rodeaba su cintura de avispa y una chaqueta colgada del brazo; parecía salir del anuncio de una serie policíaca norteamericana.

Echó hacia atrás su corta melena de mechones lisos castaño oscuro. Terror no sabía por qué, pero fuera lo que fuera lo que pensara decirle, su imagen seductora hacía que todo resultase irrelevante. Era increíble el poder que tenía aquella mujer para excitarlo. No podía negar que se sentía atraído por ella. Las pruebas conducían inexorablemente a esa conclusión.

El recién llegado se situó a su lado.

—David —le saludó Pepa—, ¿te apetece un café?

—Por supuesto.

—Los abogados sois muy exigentes. Si no te importa codearte con gente humilde, conozco un bar aquí cerca. Suelo ir allí muy a menudo.

Terror se rio.

—Está bien, vayamos. —El sarcasmo era inútil con él.

Caminaron juntos a lo largo de la acera. Terror iba a su lado con aspecto indiferente, pero no dejaba de mirarla de reojo. Hubiera preferido estar a solas con ella, incluso hubiera preferido estar en un sitio más íntimo, pero no se puede tenerlo todo. Entraron en un pequeño bar al otro

lado de la calle, un local que olía a café y apestaba a aceite requemado. Pepa saludó con la mano al camarero, colgó su chaqueta en la silla y se sentaron a una mesa junto a la ventana, lejos de los otros clientes, y pidió un café. Terror pidió lo mismo.

—Es un antro, ya lo sé —explicó Pepa al tiempo que dejaba el maletín sobre la mesa—, pero siento debilidad por este sitio. Vengo aquí todas las mañanas, muy temprano. El café expreso tiene la consistencia del alquitrán y es tan fuerte y amargo que deberían venderlo con prescripción médica. Me ayuda a despejarme.

El camarero dejó sobre la mesa un par de humeantes tazas y Terror cogió una, se la acercó a la boca y bebió un sorbo; el oscuro líquido era puro fuego. Pepa se estaba partiendo de risa y se contuvo a duras penas, aunque se notaba que se había sonrojado muchísimo.

—Bien, Pepa —dijo Terror resoplando—, ¿querías verme?

Pepa sopló el café antes de su primer sorbo.

—He oído que has estado ocupado.

—Si te refieres a hacer mi trabajo, sí.

—Hemos encontrado varias prendas de ropa manchadas de sangre en la habitación de Oliver. Me han dicho que las descubriste tú.

—Así es.

—De modo que Oliver estuvo esa noche en casa de Sarah. Tengo que reconocerlo: estabas en lo cierto. ¿Crees que él la mató?

—Prefiero no pronunciarme. No hasta que sepa más.

—Es una prueba, igual sí que tenía un motivo para matarla. Sarah lo abandonó estando embarazada. Puede que el chico perdiera los nervios.

—Sí, eso también se me ha ocurrido.

—Si sabes algo más... —empezó Pepa.

Terror la interrumpió:

—Oliver no la mató.

Hubo una pausa. A la inspectora le resultaba difícil entenderlo.

—No concibo que quieras cubrirle las espaldas, David. Con esa prueba en su contra, el caso ha dado un giro de ciento ochenta grados. Eso es lo que tú querías: Oliver destronando a Hugo en el papel de sospechoso principal.

—¡Ninguno de los dos es culpable! —gritó Terror.

—¿Lo sabes seguro?

Oyó la respiración pesada de Terror, pero el abogado no respondió.

—Estoy acostumbrada a que los abogados defensores le deis la vuelta a todo en busca de otro sospechoso o un resquicio legal, pero una vez que lo tienes, ¿por qué descartarlo?

—Verás, Oliver estuvo allí. Sabía que Hugo y Sarah se habían peleado, pero sus intenciones eran otras. Cuando la encontró, ya estaba muerta.

—Eso no cambia las cosas. Oliver encabeza la lista de los sospechosos más probables con base en esta nueva prueba. Se ha emitido una orden de busca y captura. Aunque creemos que ha desaparecido.

—A Oliver lo metieron en este puto lío, Pepa. Igual que a Hugo. Es lo que pasó. Tienes que creerme.

La inspectora sopesó las palabras del abogado.

—Bueno, dime quién lo hizo, entonces.

Terrer suspiró.

—Sarah tenía muchos frentes abiertos. Existen otros posibles sospechosos y, lo que es más importante, personas que pueden identificarlos.

—¿Como quién?

—Josep Miras —señaló.

Ella dio un leve respingo. Terror observó la mirada de Pepa clavada en él. Estaba preparado para encontrar hostilidad en aquellos ojos, incluso rechazo. Pero no lo estaba para lo que vio, una considerable y singular curiosidad. Terror había sacado a relucir algo importante.

—¿Por qué has mencionado a ese hombre?

—He revisado toda la documentación que me diste. Todas las pruebas que has reunido hasta el momento —comentó Terror— y te has dejado de lado lo más importante.

Pepa arqueó una ceja.

—¿El qué?

—Químicas Ripoll. La intervención de Farré en ese turbio asunto. El papel que desempeñó el tal Josep Miras, que, por una increíble casualidad de la vida, también ha desaparecido. Las amenazas al político y a su familia. Ni una mención.

Pepa frunció el ceño.

—Reconozco que no lo hemos tenido en cuenta.

—Estaban ahí desde el principio.

—Elucubraciones.

Terrer parpadeó. De forma aguda y rabiosa, dijo:

—Siempre has estado en mi contra, Pepa.

En el mismo tono, la inspectora replicó:

—Lamento que pienses eso.

—Se me ocurren algunas razones para pensar de ese modo.

Pepa dejó con sumo cuidado la taza de café sobre la mesa.

—¿Por qué has mencionado a Josep Miras? —insistió.

Hubo una leve pausa.

—Sarah estuvo haciendo preguntas sobre él antes de que la mataran.

—¿Por qué iba a hacer algo así?

—Quizá porque descubrió algo que necesitaba confirmar hablando con ese hombre. Algo que está relacionado con su muerte.

Pepa cambió un ápice su actitud y lo miró con incredulidad.

Por primera vez, Terror percibió como si la estable corriente de sus pensamientos se hubiera visto por fin alterada.

—Pero-pero —tartamudeó— ¿estás seguro de eso?

—Lo estoy.

—¿Y qué descubrió?

—Prefiero no hablar de ello, pero la información que manejo procede de una fuente fiable. Sarah se lo contó a quien me lo dijo.

—¿Se trata de algo relacionado con Químicas Ripoll?

Terrer y Pepa cambiaron una mirada penetrante y expresiva. Él pudo ver interés en sus ojos. Pero el abogado guardó el más profundo silencio. Ella se impacientaba, de modo que continuó:

—Miras investigó a la fábrica y su relación con el cáncer. ¿Tienes alguna prueba que demuestre que Sarah contactó con él por ese motivo?

—No, exactamente, pero tampoco tenemos a Josep Miras.

—Lo sé, lo sé —dijo Pepa y asintió con la cabeza—. El misterioso funcionario desaparecido. Me gusta cómo enlazas todo esto, David. Así pues, ¿cuál es tu opinión profesional? ¿Crees que Sarah, inquieta por descubrir la verdad, espió a su propio padre por su relación con Químicas Ripoll y descubrió algo que puso en peligro su vida?

El abogado decidió jugar bien sus cartas y sincerarse al mismo tiempo.

—Un informe sí. El que demostraba la relación entre las emanaciones de la fábrica y los casos de cáncer en el barrio de La Mina.

—¿Te lo ha contado tu fuente?

—Sí, y yo le creo. Pero, por desgracia, Sarah no llegó a mostrarle el informe —contestó Terrer con voz profunda y ronca.

—Eso sería un motivo adicional para querer matarla.

—Así lo creo.

—Mira, David, no niego que tu teoría, bueno, la remota posibilidad acerca de la culpabilidad de un tercero ha despertado mi interés. Pero podrías equivocarte. Y no puedo perder el tiempo.

Terrer se decidió a decirle:

—¿Por qué no lo investigas? Podemos hacerlo juntos.

—Oh, ¡no! —Pepa se echó hacia atrás—. No me pidas eso.

—¿Por qué no?

—Si la cago, seguro que me despiden. Además, tengo otros asuntos...

Terrer se inclinó por encima de la mesa.

—¿Uno de esos asuntos es Darío el Grande?

La inspectora movió la cabeza en un gesto negativo.

—Dímelo, Pepa —insistió Terrer—. Tengo la sensación de que sabes algo que no quieres contarme.

—Primero contéstame tú: ¿por qué has sacado su nombre a colación? ¿Lo ha mencionado esa fuente tuya?

—No.

—¿Sarah comentó con alguien ese nombre?

—Que yo sepa, no. Pero eso no significa que no lo hiciera. —Terrer la miró con suspicacia y añadió—: ¿Por qué lo preguntas? ¿Crees que Darío el Grande está relacionado con la muerte de

Sarah?

—No tengo ni idea.

—Entonces, ¿por qué insistes?

Hubo un silencio tras el intercambio de información. Pepa se acariciaba pensativa el labio inferior. Luego dijo:

—Estuve tentada de decírtelo, solo porque estuvieras al tanto, pero luego cambié de idea. No sé si puedo compartir esa información contigo.

Terrer frunció el ceño tratando de comprender las últimas palabras de la inspectora. De pronto, todo tenía sentido.

—Piensas que Darío el Grande y Josep Miras están relacionados, ¿a eso te refieres? Porque yo también lo he pensado.

—Podría ser. Depende de muchos factores —aventuró ella.

—Dime qué pasa, Pepa. Creo que me lo debes. No me ocultes pruebas.

La inspectora suspiró.

—Vale. De perdidos, al río. Ayer nos llegó esto.

Ella sacó un documento de su maletín y lo puso sobre la mesa.

—¿Qué es? —preguntó Terrer.

—Se ha abierto una investigación para descubrir quién es ese tal Darío el Grande. Hemos elaborado esta lista de posibles nombres, pero todavía no hemos podido ponerle cara. —El rostro de Terrer se iluminó al ver el contenido del documento—. Y sí, podrías tener razón. Existe coincidencia de fechas entre la desaparición de ese hombre y el momento en que surge Darío el Grande. Por las cosas que dice y la información confidencial que maneja, no podemos descartar que se trate del propio Josep Miras.

—Entiendo. ¿Y qué habéis descubierto? —preguntó el abogado.

—No mucho, porque quien sea sabe muy bien cómo esconder su rastro. Sin embargo, ahora tenemos razones para pensar que ese sujeto va en serio. Se ha dedicado a enviar notas amenazadoras a todos lo que han tenido algo que ver con el asunto de Químicas Ripoll y la demanda presentada por la asociación, incluida esta, dirigida a Roger Martí.

Terrer leyó las letras escritas en el papel:

ESTIMADO SR. ROGER MARTÍ:

NO CONSEGUISTE NADA.

NO SALVASTE A LOS INOCENTES.

AHORA TU HIJA PAGARÁ CON SU VIDA LOS PECADOS DEL PADRE.

DARÍO EL GRANDE

—Bueno, ¿qué opinas? —prosiguió la inspectora.

Incómodo ante esa revelación, por la nota que él mismo ocultaba, el abogado miró hacia otro lado y se rascó la barbilla. Luego dijo:

—Está claro que ese cobarde resentido está hecho un lío.

—Lo sé. Esto no tiene sentido, David —puntualizó ella—. Roger es uno de los que más han luchado por defender los derechos de los afectados en el barrio de La Mina. ¿Cómo puede culparlo?

—Ya sabes, la culpa es una calle de doble sentido.

—O a lo mejor está loco —dijo dudosa—. ¡Porque aquí lo tienes, amenazándolo a sangre fría con asesinar a su hija!

—Sea como fuere, y esto es lo más grave, le echa la culpa a Roger por no conseguir nada. Ahora es Carla la que está en peligro.

—Sí, es cierto —reconoció Pepa.

—Entonces, eso cambia las cosas. Puede que Darío esté relacionado de alguna forma con el asesinato de Sarah.

—Admito que es una posibilidad —reconoció ella—, pero para eso tendría que haber tenido los conocimientos o la capacidad necesaria para inmiscuirse en algo así sin ser visto ni oído. La astucia para tramar un asesinato y llevarlo a cabo en el momento justo para incriminar a un inocente.

—Sí —admitió Terror—. A Hugo.

El eterno dilema. Pepa cambió de tema.

—Haremos lo que sea con tal de encontrarlo —dijo ella.

Terror se esforzó por fingir asentimiento.

—¿Dices que ha amenazado a más gente?

—Sí, así es —confirmó ella—. Ha enviado notas similares a Enric Farré y al presidente de Químicas Ripoll, Carles Montoliu.

Él no se inmutó. Pero pensó en la advertencia que le habían dejado en su habitación. «¡Cielos! Yo soy uno de ellos». Era peligroso, pero también resultaba electrizante.

Terror suspiró. Después dijo francamente:

—Y también a mí...

Capítulo 24

La inspectora se rio con ironía.

—¿Quién es ahora el que oculta pruebas?

—Mira, no sé qué decirte. Cuando dejaron esa nota en mi habitación, el asunto no parecía grave, pero ahora... Bueno, todo ha cambiado. Espero que este inconveniente no afecte a nuestra colaboración.

Pepa lo dejó correr. Hacer leña del árbol caído mientras se disponía a trabajar con él no hubiese tenido ningún sentido.

—No, no. Por supuesto que no —esbozó una leve sonrisa—. Necesito tener acceso a esa nota. ¿Puedo verla?

—¿Ahora?

—Sí, claro.

—Entonces, vamos, iremos a mi hotel.

Unos quince minutos más tarde, Terror y Pepa se apeaban de un taxi en la puerta del Hotel Princesa, en la rambla de Prim.

Los dos permanecieron en silencio durante unos minutos, andaban con parsimonia entre los huéspedes que deambulaban por el vestíbulo, el pasillo y los ascensores. Aunque por dentro estuvieran que echaban humo y desearan saber de una vez por todas qué otros secretos ocultaba cada uno.

Habían llegado a su habitación. Terror se dispuso a abrir la puerta.

—Confieso que verla me provoca una cierta curiosidad —habló de repente Pepa, consiguiendo que sus palabras intrigaran a Terror hasta el punto de no saber a qué se refería—, pero ¡es normal! Estoy deseando saber qué tienes de especial para que te haya elegido a ti, ¿no lo crees tú?

Él la miró intrigado y cerró la puerta tras de sí.

Pepa pasó a su lado y se adentró en la habitación. Y se quedó de espaldas junto a la cama, mirando por la ventana. Su corta melena castaña dejaba la nuca al descubierto. Tenía un cuello y una espalda perfectos, como el resto del cuerpo. Un cuerpo que Terror deseaba intensamente.

Él se acercó al escritorio, cogió la nota de un cajón y se situó a su lado mientras examinaba cada rincón, cada curva.

Ella se giró y lo miró con fijeza a los ojos. Se quedó un rato prendido de sus preciosos ojos marrones avellanados y los pétalos color carmesí que formaban sus labios.

Aunque no sabía qué esperar, no pudo evitar tocarla levemente al entregarle la nota. Mientras lo hacía, él le acarició el dorso de la mano con un dedo. Al ver que asentía, se atrevió a

acariciarle la mejilla. Después se acercó más a ella. El aroma de su piel era como un potente afrodisíaco.

Pepa cerró los ojos y la nota cayó al suelo y él continuó acariciando las elegantes curvas de su cuerpo y los largos brazos con un dedo.

Muy despacio, sus rostros empezaron a juntarse. Pepa abrió los ojos y lo miró. Una sonrisa se extendió por su cara. Lo cogió de las manos y lo acercó más a ella para besarlo en los labios.

—No deberíamos hacerlo —susurró Pepa en su oído—. No creo que sea conveniente mezclar trabajo y placer.

—¿Quieres que lo dejemos? —dijo retrocediendo unos centímetros.

Ella asintió convencida, pero volvió a acercarlo para que la besara.

Lenta y de forma seductora, sus labios empezaron a rozarse. Él paseó la lengua por la boca de ella. Y después la besó con intensidad, con un beso sensual que le atravesó el cuerpo inundándolo de calor.

Terrer siguió besándola por todo el cuerpo, empezó por el cuello y bajó por el escote. Y, mientras desabrochaba su blusa y acariciaba su piel, deslizó la palma de la mano por la cara interior de sus muslos, muy suave, hasta la zona húmeda que cubría la braga. Ella se arqueó contra la pared y él continuó con la presión para acrecentar el contacto. Del pecho de Pepa se escapó por los labios un suspiro de placer.

—No pares —le rogó.

Terrer sintió cómo se estremecía, excitada. Sus labios y sus mejillas se habían enrojecido. Él volvió a besarla en la boca con pasión. No pensaba dejar de hacerlo. Ella le quitó la chaqueta y la camisa y le desabrochó los pantalones. Después le agarró el glorioso pene erecto y lo acarició lenta pero decidida, dejándole claro que lo deseaba con cada parte de su cuerpo.

Se puso de rodillas ante él y se lo metió en la boca para disfrutar del sabor de su carne y del contacto con la fina piel. Lo hizo hasta que él la levantó con sus fuertes brazos y la llevó en volandas hasta la cama. Quería verla desnuda por completo y ella quería verlo a él. Continuó besándola y acariciándola por turnos mientras las últimas prendas de ropa caían al suelo.

Penetró en su interior poco a poco, hasta que no pudo más. Ella se sintió plena. El cuerpo de Pepa se amoldaba al suyo a la perfección. La unión completa de dos cuerpos desnudos que se agitaban con cada embestida, una tras otra, hasta que Pepa le dijo que quería ponerse encima de él.

Terrer accedió, se dio la vuelta y Pepa tomó el control. Él se embelesó acariciando sus pechos suaves y firmes, mientras ella se movía arriba y abajo con un ritmo cada vez más rápido y le pedía que la ahogara.

Ansiosa por alcanzar el clímax, aceleró más y Terrer la agarró por la cintura para controlar la cadencia. Estaba disfrutando del momento y quería que durara más. Mucho más.

Pepa no podía contenerse y él notó cómo se acercaba su orgasmo. Lo había notado en el revelador cambio en su respiración y en el ritmo cada vez más acelerado. Al mismo tiempo, el propio éxtasis de él ganaba intensidad. Con suerte, iban a llegar juntos al glorioso final.

Pero Pepa no pudo seguir conteniéndose. Antes de que ella perdiera el control, antes de que se

dejara ir con un intenso gemido de placer, miró hacia abajo, a los ojos de él, y el orgasmo se desprendió al unísono de ambos cuerpos temblorosos. Perdieron el control atrapados por tantas sensaciones maravillosas, arrastrados por un tsunami que lo barre todo a su paso. Hasta que volvieron a encontrarse, uno al lado del otro, echados en la cama.

Él le acarició la sudorosa mejilla con un dedo y ella le miró intrigada, recordándole que aquello era solo una unión carnal fruto de la mera atracción mutua. Después se levantó, se vistió, cogió la nota del suelo y se marchó.

Terrer abrió la boca para decirle algo, pero la puerta se cerró antes de que pudiera hacerlo. Qué situación. ¿Ya habían terminado?

Le gustaría haberle preguntado qué pensaba y qué sentía. Conocer algo más de ella, lo que la hacía feliz, lo que la atormentaba, lo que guardaba en su interior. Pero lo más sensato fue dejarla marchar. Se habían sentido atraídos el uno por el otro, pero, como ella había dicho, no era conveniente mezclar trabajo y placer.



Terrer se levantó de la cama. Cuando acabó de vestirse, bajó a la calle y se fue a dar un paseo. Giró a la derecha en la rambla, avanzaba despacio mientras disfrutaba de la absorbente soledad. Mantuvo la cabeza agachada y se limitó a escuchar el parloteo de la gente que transitaba por la acera o vociferaba desde alguna ventana. Unas cuantas personas se cruzaron con él, pero nadie le prestó atención. Había perdido la noción del tiempo.

No supo por qué, pero, de pronto, se encontró con un entorno solitario; con casas ruinosas, paredes con pintadas o medio derruidas, cristales rotos y restos de escombros. Caminaba instintivamente hacia... ¿dónde? Antes de levantar la cabeza, Terrorer supo la respuesta: se dirigía hacia el barrio de La Mina. Siguió adelante y luego ya se vería qué pasaba.

Ese barrio era una versión de la realidad más intensa y con una mayor carga emotiva, más peligrosa y severa. Debería tener cuidado. Sin embargo, la incipiente falta de seguridad, la callada verdad de una realidad invisible hacía irresistible la idea de recorrer la zona.

¿Qué había ocurrido allí? ¿Quién era el responsable de tal inmundicia? ¿La droga?, ¿la contaminación?

Terrer dobló por una esquina. Entonces sucedió algo extraño. Tras él una puerta se abrió. Oyó y reconoció la voz familiar antes de darse la vuelta.

—Elegante, seguro y preparado para lo que venga. Uno cree que no se cruzará con alguien así en este barrio. Cuidado con los que piensan que no se les caen los anillos a la hora de actuar. Oh, ¡sí! Ya lo creo que es él.

—Ginés —Terrer rubricó sus palabras con una sonrisa—, ¿vive aquí?

El abogado se detuvo frente a una casa en planta baja, con un pequeño patio que quedaba protegido por un muro a media altura.

Ginés López estaba sentado en una vieja silla de cocina con un tercio de cerveza en la mano, como si fuera un día de fiesta. Se levantó de improviso y avanzó a través de la maleza que cubría el portal hasta la cancela.

El hombre alzó la sudorosa botella a modo de saludo.

—Así es. Es la casa de mi hija. Pase y tómese una conmigo, por favor.

—¿Está de celebración?

—De vacaciones. No es Venecia, pero a mí me vale para descansar del trabajo. Además, hace un día espléndido.

—Eso no se lo discuto —dijo acompañándolo, después señaló una silla vacía que había junto a Ginés—. ¿Catalina está aquí?

Ginés negó con la cabeza.

—Buena memoria... No, se fue hace rato. Por favor, tome asiento.

Terrer se sentó en la silla. El hombre metió la mano en una nevera con hielo y le ofreció una cerveza helada.

—Ah —dijo Terrer, bebiendo un sorbo de cerveza. Estaba fría y con un retrogusto ligeramente amargo—, qué bien sienta.

Ginés sonrió y guiñó el ojo.

—Y también ayuda a olvidarse de los problemas, ¿eh?

—No piensa dejar el barrio, ¿verdad, Ginés?

—Ahora que tenemos hasta turistas paseando por aquí y allá...

—Cierto.

—Ya casi nadie me conoce y la mayoría me miran raro. Cosas del progreso. Se ha perdido la identidad del barrio donde naciste hasta el punto de que nadie te reconoce ni tú reconoces a nadie. La demolición llegará, pero mientras aguante el cuerpo seguiré luchando para no perder mi dignidad.

Ginés no era alguien particularmente bendecido con la suerte, pero se sentía orgulloso de su vida. Era un trabajador humilde, pero no era miserable. De algún modo, en medio de la incesante guerra por defender el derecho a una vida digna, conseguía mantener un semblante amable y sonriente.

—Quería hablarle de algo —comentó—. ¿Cómo lleva el caso?

—No lo sé. —Terrer bebió otro sorbo de cerveza—. Supongo que llegaré a algo, pero todavía quedan muchos cabos sueltos. Aunque es raro, porque cuanto más rebusco y me doy cuenta de toda la gente que está metida en un supuesto ataque de celos, no sé cómo encajar las piezas.

—Tiene razón, debería tomarse usted también unas vacaciones.

—Me temo que no puedo, amigo mío.

Ginés se rio.

—¿Quién dice que las cosas sean fáciles? —preguntó Ginés—. Dios le ha puesto en este caso por algo, ¿no? Si alguien puede encontrar al culpable es usted. Ese chico al que le han colgado el muerto es como su propio hijo, ¿no es así? Yo haría lo que fuera por defender a mi hija.

—Sí, claro que sí.

El hombre siguió bebiéndose tranquilamente la cerveza.

—La familia siempre está ahí. *És el millor que un té*. Y hay que defenderla y luchar por ella. ¿Qué importa lo demás?

—La verdad es que suena razonable —dijo Terror con una sonrisa.

—La vida es un mar de sorpresas, querido amigo. Un día te despiertas y has enfermado de cáncer y los políticos hacen la vista gorda. Otro día aparece una joven muerta y culpan a un inocente. Es bastante aleatorio.

—¿Es usted camarero o psicólogo? —preguntó Terror, sonriendo.

—Solo soy un viejo que ha bebido demasiado —contestó y bebió otro trago—. Mi hija no está aquí para regañarme, así que puedo hacerlo.

—Pues aproveche.

Cuando acabó la botella, Ginés tomó otra y la abrió; su expresión se tornó muy seria. Después golpeó con el puño encima de la mesa.

—Si le hicieran daño a mi niña, iría a por ellos. No lo dude. Es usted un hombre inteligente, señor Terror. Y tiene la opción de acabar con los hijos de puta que nos están matando. No la desaproveche.

Terror comprendió enseguida que se refería a Químicas Ripoll.

—Lo intentaré, no le quepa duda.

—Hágalo. —El hombre se levantó—. Voy al cuarto de baño.

El móvil de Terror sonó. Era Hugo. Lo dejó sonar.

—Ha sido un placer, Ginés, pero debo irme ya.

—*El plaer ha estat meu, senyor Terror*. Vuelva cuando quiera.

—Gracias. Y sepa que le tomo la palabra.

Terror se puso en pie y fue a estrecharle la mano. Ginés la apretó con nervio y añadió en tono sombrío:

—No podemos esperar más. Dios nos castiga en el infierno, pero esa gente debe pagarlo en vida. Y alguien tiene que hacerlo, ¿sabe?

Tras un breve silencio, Terror le dio un golpecito en el hombro y dijo:

—Sigo aquí —dijo Terror— y le prometo que haré todo que pueda.



Terror abandonó la casa de Ginés y paró un taxi en una calle cercana. Tal vez fuese la cerveza que había bebido con el estómago vacío o la intensa y apasionada sesión de sexo con Pepa, pero se sentía exhausto. Tuvo que reprimir el impulso de cerrar los ojos y echar una cabezada.

Cuando se apeó del taxi en la puerta de su hotel, se fijó en una chica joven que miraba al vacío mientras movía un papel entre las manos. Avanzó con paso cauteloso y reconoció su rostro. Alguien le esperaba. Era Carla y estaba sentada en las escaleras.

—Hola, Carla —saludó.

La joven se sobresaltó; sus dedos interrumpieron su mecánica acción.

—Ah, hola.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó Terror.

—Necesitaba hablar con alguien —repuso ella con tono indiferente, aunque su mirada preocupada transmitía otra cosa.

—¿Te importa si me siento contigo? —preguntó él.

Ella asintió. Terror se sentó a su lado y se la quedó mirando.

—Sabía que se alojaba en este hotel. Hugo me lo dijo.

Terror estudió su rostro.

—¿Estás bien?

—Hay algo que me da vueltas en la cabeza. —Hizo una pausa y apretó los dientes—. ¿No quiere saber por qué he venido a verle?

—Bueno, sé muy bien qué es lo que te preocupa. Así que, o es por Hugo, o es por Oliver.

—A veces esos dos pueden ser unos gilipollas integrales.

—¿Por qué dices eso?

—Bueno, ya sabe —dijo poniendo énfasis en las palabras—, supongo que no soy lo suficientemente guay para ellos. Las niñas de papá lo tienen más fácil. —Terror la dejó hablar. Carla cambió de actitud y reconoció—: Lo siento. Sarah me caía bien. No era la típica niña rica, mimada y egoísta.

—Entonces, ¿erais amigas?

Carla vaciló antes de responder:

—Al principio, no —reconoció—, pero después...

—¿Después de que cortara con Hugo?

—Uf, ¡no! Él no tuvo nada que ver.

—Él te gusta, ¿verdad?

Carla se quedó boquiabierta.

—¿Cómo?

—Simple curiosidad. Me ha parecido que es lo que sentías.

—Lo nuestro fue una tontería pasajera, según él. Hugo ahora no quiere ni verme. Está obsesionado con lo que le pasó a Sarah. Confuso.

—¿Estabas celosa?

—No —mintió Carla, sonrojándose—. Sabía que estaba jugando a dos bandas y que debía apartarme antes de que me tomara por tonta.

—¿Crees que jugó contigo?

Carla suspiró y bajó la mirada hacia el suelo.

—Si fue así, no me importó.

Hubo una pausa, apenas un momento, y entonces Terror dijo:

—¿Te contó Hugo que Sarah había cortado con él?

Carla negó con la cabeza.

—No hizo falta, Hugo no era su tipo.

—¿Quién lo era? ¿Oliver?

—Puede; Oliver es un tío genial cuando quiere.

—¿Sabías que Sarah y él estaban liados?

—Eso es lo que se comentaba en la universidad.

—¿No te lo contó él? Oliver me dijo que lo llamaste la noche que murió Sarah para que fuera a

consolarla, a su casa.

—¿Qué insinúa?

—¿No fue así? —preguntó Terror.

—Estoy tranquila con lo que hice, aunque supongo que usted pensará de otro modo. Solo le dije que entre Sarah y Hugo había ocurrido algo.

—¿De qué más estuvisteis hablando esa noche?

—De nada. —Terror arqueó las cejas de forma inquisitiva.

—¿Tienes idea de en qué está metido?

La joven se estremeció ligeramente y no contestó.

—Oliver ha desaparecido, Carla —insistió Terror.

—Lo sé. Por eso estoy aquí.

—¿Sabes dónde está?

—No —dijo con cierta timidez.

—¿Se ha puesto en contacto contigo?

—Él... me llamó ayer.

—¿Qué fue lo que te dijo?

Carla suspiró.

—Si se lo cuento, tal vez no vuelva a hablarme nunca, porque se trata de un secreto, pero está claro que usted puede ayudarme a encontrarlo.

Terror no replicó. Y menos si esperaba obtener un triunfo.

—Me dijo que había quedado con un desconocido —continuó ella—. Que estaba bastante seguro de que se trataba del asesino de Sarah y que iba a hacer lo posible para desenmascararlo.

Terror cerró los ojos. «Maldita sea».

—¿Y tú qué le dijiste?

—Le dije que no lo hiciera —contestó ella—, que era una locura.

—¿Te explicó cómo planeaba hacerlo?

—No. Se abstuvo muy mucho de mencionarlo, pero dijo algo más —insistió la chica—: que le había pedido ayuda a su amigo Adriá.

—Carla, esto es muy grave. Oliver puede estar en peligro. Tengo que llamar a la policía y contarle. Es mejor que te vayas a tu casa.

—Pero-pero...

—¡Mierda, Carla! No hay peros.

Terror empezó a levantarse. Ella se lo impidió agarrándole del brazo.

—Hay algo más.

Carla seguía moviendo un papel entre los dedos. Estaba pálida. En un momento, había transfigurado su rostro en una vaga caricatura de aquella otra chica nerviosa pero confiada que encontró sentada en las escaleras.

—¿Qué más?

Carla vaciló.

—Algo sobre Sarah.

—¿Qué pasa con ella? Por favor, Carla, dime de qué se trata.

La joven, de grandes ojos negros y cabello oscuro, se puso en pie.

—Mi padre dice que no es nada, pero yo tengo mis dudas.

—¿De qué?

—De por qué murió —confesó Carla y empezó a enrollar el papel que llevaba entre las manos—. Al principio, no presté mucha atención a lo que me decía, pero ahora ya no estoy tan segura.

—No-no sé a qué te refieres —tartamudeó Terror.

—De veras creía que era una niña mimada y consentida —Carla hizo una pausa, dirigió una vacilante mirada a Terror y prosiguió—, pero no lo era. Estaba tan sola como yo y la gente la odiaba por ser hija de Enric Farré. No soy persona de muchos amigos. No socializo, pero empezamos a hablar y acabamos conociéndonos muy bien. Deseaba tenerme como amiga y yo a ella, pero me dijo que debíamos mantenerlo en secreto. Y así lo hicimos.

Terror guardó silencio. Era indudable que Carla se estaba sincerando y deseaba con todas sus fuerzas que dijera lo que necesitaba oír.

—No solía hablar de lo que pensaba de Químicas Ripoll y los casos de cáncer —prosiguió Carla—. En realidad, no hablaba mucho de ese asunto. Quizá porque era demasiado duro admitir que su padre podría ser uno de los responsables. Pero últimamente empezó a comportarse de un modo extraño y poco habitual en ella, porque empecé a preocuparme.

Terror no se movió, inquieto. Carla se veía abrumada por los recuerdos. El pálido rostro de la chica se agravó con su última frase.

—Cuéntame lo que ocurrió —dijo en tono alentador— o te puedes meter en un lío.

—Se trata de... su padre —le explicó Carla.

—¿Enric Farré?

—Decía que había encontrado algo.

Terror estaba muy interesado por todo aquello. Antes de que él pudiera decir algo, Carla prosiguió:

—Un montón de mierda confidencial que había robado del despacho de su padre. —El abogado asintió—. Decía algo de un informe que podría demostrar que la fábrica había contaminado a esa pobre gente.

«Josep Miras», pensó Terror.

Dicho esto, Carla le entregó el papel que llevaba en la mano. Terror le dio la vuelta, era una dirección en el barrio de La Mina escrita a máquina. El mismo lugar en el que Hugo y Sarah se habían visto por última vez.

—Te llamó el día que la mataron —dijo Terror—. Te dijo que fueras a esta dirección para entregarte algo, ¿verdad?

Carla se mordió el labio y asintió.

—Me dejó el papel con el lugar adonde ir en mi taquilla. Sarah era así de rarita, bueno, bastante rarita. No confiaba en los mensajes de móvil. Creía que la espiaban, pero sí hablamos por teléfono. Comentó algo sobre que las emanaciones de la fábrica habían sido la causa de los casos de cáncer en el barrio y mencionó a mi padre. Estaba convencida de que al hacer pública esa

información se habría acabado todo, pero eso no llegó a suceder. Ella se fue después de la pelea con Hugo y nunca llegó a entregarme nada.

—No lo entiendo —dijo Terror, interrumpiéndola. Después de un corto silencio, añadió—: ¿Por qué no habló directamente con tu padre?

—Me usó de intermediaria. ¿Cómo cree que se sentiría Enric Farré si se enterara de que Sarah había traicionado su confianza? Me hizo prometer que no le contaría a nadie que ella me había entregado la documentación, ni siquiera a mi padre.

—¿Qué hiciste tú cuando ella se fue?

—Considerando lo poco que pintaba allí, me marché a casa. Sin embargo, ahora creo que cometí un gran error.

—¿Hablaste con tu padre?

Carla se estremeció.

—Verá, se lo dije, se lo conté. No mantuve mi promesa y él me pidió que me olvidara de ese asunto —explicó sonrojada—. Yo no soy ninguna heroína. —Una lágrima se deslizó por su rostro—. Mi padre temía que me pasara algo malo. Porque sabía lo que había hecho esa gente de la fábrica y que podría ser peligroso. Además, no le gustaba esta situación y la manera en la que Sarah me había involucrado en su propia batalla.

—Te convenció para que te mantuvieras al margen. Y no dijiste nada a la policía cuando encontraron el cuerpo de Sarah, como es natural.

—Sí, de acuerdo, pero póngase en mi lugar —se justificó—. Sarah ya había sido asesinada y, por lo que ella me confesó, yo podría ser la siguiente.

—Ese es el problema, Carla —dijo en voz alta—. Que todos vosotros, voluntaria o descuidadamente, a veces sin querer y otras intencionalmente, de una manera u otra, mirasteis hacia otro lado.

Capítulo 25

Mientras crecía en distintas casas de acogida, Adriá no había albergado deseo alguno de convertirse en astronauta, bombero, médico o cualquier otro oficio que los niños anhelan. Tampoco había puesto sus miras en seguir los pasos de su padre, militar de profesión, que había resultado carecer de estómago para encargarse de su hijo y al que no conoció hasta bien entrada la pubertad. Cuando pensaba en su infancia, cosa poco habitual, la única imagen alegre que le venía a la mente era la de su difunta madre asomada por encima de la baranda de la cuna con luminosa sonrisa, meneando su esponjosa cabellera mientras hacía caras graciosas.

A los diecisiete años su padre también murió por culpa de una grave cirrosis hepática. Pero a pesar de las lágrimas, en lo más profundo de su ser, Adriá no se sentía devastado por su pérdida. Ese hombre se había ido tan rápido como había llegado. No lo echaba de menos. Nunca había actuado como un verdadero padre, siempre lo había sentido como un papá temporal, uno más que sumar a la lista. Aunque ahora podía sobrevivir parasitariamente a expensas de una exigua pensión de orfandad.

Tras haberse criado en uno de los barrios más desfavorecidos de la Ciudad Condal, rodeado de miseria, con una plétora de fervientes plegarias, esperanzas y expectativas que no fueron alcanzadas o atendidas, tenía cierto sentido que Adriá estuviera acostumbrado a apañárselas por su cuenta, andar solo y hacer «cosas». Tantas como pudiera.

Poco después conoció a Oliver, un chico al que le gustaba jugar al ajedrez después de clase, los cómics de superhéroes y la música *metal*, igual que a él, y que tenía contactos. A partir de allí esa amistad le condujo a Enric Farré: su billete para salir de aquel ambiente asfixiante. Una oportunidad que Adriá, con sus pocos prejuicios, no estaba dispuesto a desperdiciar.

Se había convertido en el solucionador de problemas de Farré. Cuando el incisivo Josep Miras se convirtió en un obstáculo, Farré le encargó que se ocupara de él. Adriá, vestido con pasamontañas y un bate de béisbol en la mano, se coló en su casa para amedrentarlo, con tan mala fortuna que el pobre desgraciado al ver al intruso se asustó y tropezó con la mesa del salón.

Miras cayó hacia atrás y se abrió fatalmente la cabeza con el canto de mármol. Adriá limpió el estropicio en casa de Miras y arrojó su cuerpo en un vertedero al sur de Barcelona. Desde entonces Farré había dormido tranquilo, convencido de que Adriá decía la verdad y de que Miras ya no constituía una amenaza. No obstante, había momentos en que no estaba tan seguro.

Cuando sonó su teléfono móvil, Adriá se despertó turbado. Estaba en su habitación en la residencia de estudiantes, tendido en la cama en calzoncillos. Fuera había oscurecido. Le costó dormirse después del fiasco con Oliver. Se incorporó y miró la pantalla: la llamada provenía de un número oculto.

—Qui és?

Nadie contestó. Adriá se estremeció en silencio.

—*Digues alguna cosa, d'acord? O penjo!*

—Soy yo.

Era una voz enérgica y familiar. Notó una punzada de miedo, angustia y algo más: sobrecogimiento. Le iba a decir que estaba harto. Le iba a decir que llamaría a la policía si continuaba molestándole, pero nadie osaba hacerle frente a Enric Farré.

—¿Qué pasa? —preguntó Adriá y tragó saliva.

—Últimamente, se oye mucho un nombre, uno que no esperaba volver a oír nunca más.

—¿Qué?, ¿cómo?

—Josep Miras.

—¿Por qué hablan de él?

—Causa y efecto, por lo que parece.

—¿Se refiere a que yo he sido la causa?

—Tengo mis dudas.

—¿Quién está hablando de él?

—Mucha gente. Pero lo más inquietante es que no dejan de relacionar algunos de los temas asociados a ese hombre con mi hija.

—Eso no puede ser.

—¡Te dije que te encargaras de seguirla, te lo repetí! —le recordó Farré iracundo—. Pero tú tenías que hacer lo que te viniera en gana sin pensar en las consecuencias.

«Mierda».

—Claro que lo hice, joder. Hice lo que me pidió.

—¿La viste con él? ¿Te habló alguna vez de ese hombre?

—¿Verla? ¡No! Y sabe tan bien como yo que no era muy habladora.

—Mmm, bueno, Josep Miras... —repitió Farré con calma.

Adriá guardó silencio y respiró hondo para aplacar los nervios.

—Ya le dije hace un año lo que había ocurrido con él.

—Si la gente habla, vete a saber por qué —aseveró el político.

—¿No me cree?

—¿Dónde está?

—Ya se lo dije.

—Sí, ¿estás seguro? —insistió Farré para que confesara—. ¿Seguro que está muerto? Tú no me mentirías, ¿verdad? ¿No querrás pasarte el resto de tu vida rebuscando en los contenedores de basura?

Adriá se dejó caer en la cama y miró hacia la ventana.

—¿Por qué me pregunta esto ahora?

Farré se quedó en silencio. La sombra de la incertidumbre flotaba en el ambiente y la tensión se podía cortar con un cuchillo.

—La policía está detrás de ese tal Darío el Grande. Un nombre extraño, tan extraño como que sepa tanto y como que ahora se vuelva a oír la misma cantinela que antes a través de sus jodidas

notas amenazadoras.

—¿Y qué? —preguntó Adriá.

—¿Sabes quién es?, ¿de dónde ha salido?

—¿Yo?, ¿cómo voy a saberlo?

Adriá tenía razón. A otro perro con ese hueso. Él había cumplido con el encargo. En ese momento, ni siquiera era capaz de discernir qué buscaba Farré en realidad. Nada que tuviera que ver con él, eso seguro.

—Por lo que se ha filtrado, la policía sospecha que Darío el Grande es Josep Miras —reveló Farré—. Lo cual significaría que me has mentido.

—¿Quiere comprobarlo? —El pulso de Adriá se aceleró—. ¿Es eso lo que está diciendo? Le diré dónde está enterrado.

—¿Qué vas a decir tú? —preguntó Farré colérico—. En serio, ¿qué? ¿Que le ayudaste a desaparecer?

Adriá estaba harto de discusiones y Farré empezaba a perder los nervios. Ya que no le quedaba otra y, en su afán de ofrecer una solución destinada a neutralizar cualquier duda obvia, Adriá le dijo:

—Está bien. Mire, le enviaré la dirección del sitio donde me deshice del cadáver y nos vemos allí dentro de un par de horas. Así podrá verlo con sus propios ojos. Es imposible que los muertos envíen notas desde el infierno.



¿Dónde estaba Oliver?

Hugo quería olvidarse de él, pero no podía. Estaba en su habitación y miraba entre preocupado y esperanzado su teléfono móvil. No pensaba quedarse de brazos cruzados mientras el asesino de Sarah, aquel que le había arrebatado lo más importante de su vida, se le escapaba de entre los dedos. Al caer la noche, supo qué tenía que hacer y adónde tenía que ir. Esperó a que Michelle se durmiera, tomó prestado su coche y se puso manos a la obra.

Cuando llegó a la residencia de estudiantes, aparcó en una calle lateral, lejos de las cámaras de vigilancia que enfocaban hacia la majestuosa puerta de cristal de la entrada. Al bajarse, sintió que el corazón rebotaba en su pecho. Corrió hacia la parte trasera, donde estaban las pistas deportivas y se podía sortear el muro que sitiaba el recinto tras escalar por un árbol. Estaba muy oscuro, pero se veía luz en las ventanas del gran edificio pintado de blanco.

Todo estaba viejo y desconchado. Se asemejaba al patio de la cárcel de un país subdesarrollado. Sabía por oídas que la puerta lateral que daba a la cocina solía estar abierta. Hugo empujó la puerta y entró. El interior estaba muy oscuro, pero se veía un resplandor agradable que venía del pasillo. Cuando el chico se asomó por la puerta de la cocina, vio el mostrador de recepción al fondo. Había un señor de avanzada edad sentado tras él de pelo blanco y liso que leía el periódico. Cuando pasó a su lado, no se dio ni cuenta y subió por las escaleras.

Deambuló por el pasillo hasta un enorme tablón de anuncios, donde se detuvo a buscar el nombre de Adriá y el número de habitación. Era el último que había hablado con Oliver antes de

que dejara de dar señales de vida. Aspiró el olor rancio de la humedad de las paredes y el aroma de los cientos de alumnos, profesores e inquilinos que habían pasado por allí.

Caminó con cautela, sin hacer el menor ruido al andar. Hugo pensó que, si Adriá estaba durmiendo, lo sorprendería entrando de improviso en su habitación. Su mente empezó a llenarse con punzantes recuerdos que había enterrado. Sintió de nuevo el peso aplastante de la culpa por la muerte de Sarah, oprimiéndolo contra el suelo. «No es culpa mía».

Quería dejar atrás el amargo recuerdo, pero no podía.

Avanzó hasta encontrar la puerta del dormitorio de Adriá y se detuvo, tanteó con la mano la manija y vio que cedía. Estaba abierta. Sacó su teléfono móvil, que se podía usar como una linterna capaz de iluminar tenuemente la estancia. Al abrir lo supo: era la morada de Adriá; pero él no estaba allí.

La habitación estaba vacía, pero al colocar la mano sobre la cama notó que estaba caliente. La persona que buscaba se acababa de ir y todavía tenía alguna posibilidad de encontrarla. Esperó hasta que las voces de los chicos que deambulaban por el pasillo se dejaron de oír y pensó salir en su busca. En lugar de eso, decidió esperar en silencio. Adriá iba a volver. Por eso había dejado la puerta de la habitación abierta.

Se acercó con sigilo al escritorio, situado a la derecha de la cama. Adriá había dejado su mochila encima. Hugo escudriñó el interior; encontró unos guantes de tela gruesa, una linterna, una cuerda y una barra de hierro oxidada. No sabía qué significaba, pero estaba claro que algo tramaba.

Enfocó con el móvil en ambas direcciones y vio que el resto del cuarto era un desastre. El suelo estaba lleno de ropa sucia y había carpetas y libros amontonados junto a las paredes. Los cajones que había debajo del escritorio estaban abiertos y alguien había rebuscado en su interior. El ordenador portátil estaba sobre la mesa, con el salvapantallas danzando. En la pared de enfrente, vio unas fotografías pegadas con cinta adhesiva. Fotos de Sarah.

¿Qué era aquello?

Hugo retrocedió y un escalofrío recorrió su espalda. Echó un vistazo a las fotos y meneó la cabeza con gesto de incredulidad. Se vio a sí mismo fotografiado o con Sarah de charla en la universidad. Fotos y más fotos de Sarah, como si fuera una cantante famosa de gira mundial: en la calle, frente a unos grandes almacenes. En un acto público con su padre, rodeada de gente asintiendo y una multitud de periodistas. En la terraza de su apartamento en el barrio de Pedralbes con lágrimas en los ojos, mientras el sol trazaba franjas de luz sobre su pálido rostro. Aquel cabrón enfermizo había fotografiado a Sarah a escondidas; no era un chico normal, era un jodido perverso. La había seguido a todos los sitios a los que había ido. Había estado espiándola.

Hugo metió la mano dentro de un cajón y sacó algo que parecía una caja metálica del tamaño de un libro de bolsillo. Dentro había más fotos. Las pasó una a una, contemplándolas y, a medida que lo hacía, las estrujaba y las arrojaba al suelo con furia. Sin embargo, al llegar a una fotografía en concreto, se detuvo. Algo en ella llamó su atención. Estaba tomada de noche, tan oscura que

casi resultaba indistinguible. En esa, Sarah no estaba sola: él estaba a su lado. Y había alguien más. Era Carla.

La foto se había tomado en el barrio de La Mina. La noche que murió Sarah. Adriá estuvo allí. Él lo vio todo.

Se apartó del escritorio. De repente, un brazo lo placó por el cuello desde atrás y le cortó la respiración. Apenas sin aliento y ante la posibilidad de quedar inconsciente, Hugo forcejeó para librarse, pero fue inútil.

En ese instante, justo al borde del desmayo, lanzó el codo hacia atrás, directo al rostro de su atacante, impactó con tanta violencia que el brazo que oprimía su cuello cedió. Un aullido de dolor y alguien se desparramaba por el suelo agitando las manos delante de la cara. Entonces Hugo se fijó en su rostro. Era Adriá el que gemía sobre el suelo, a sus pies.

—Adriá, yo sé que tú-tú... —llegó a decir.

Hugo no podía apenas respirar. Tenía que hacerlo, pues una asfixia sofocante atenazaba sus músculos. Trastabilló y cayó de rodillas. Después empezó a toser para inhalar con normalidad, aunque la congestión no desaparecía de su rostro.

Adriá hizo ademán de levantarse, pero se quedó a medias, tieso como un tiburón bocarriba mientras contemplaba a Hugo haciendo gestos para que no se moviera. Se levantó y fue al escritorio a buscar algo. Una vez de pie, cogió su mochila, se dio la vuelta y salió de la habitación a toda prisa.

—¡No!

Hugo se levantó y trató de alcanzar la puerta, pero cayó de nuevo al suelo. Sin más ruido que sus intensos resuellos, el chico se incorporó por fin. Estaba oscuro. No podía dejar que el miedo lo dominase. Cerró los ojos. Consiguió desembarazarse del asfixiante sofoco tras varios intentos fallidos y, sin dejar de jadear, se sentó en la raída silla del escritorio.



Adriá había desaparecido.

¿Por qué necesitaba la mochila? ¿Adónde pensaba ir esa noche?

En su dormitorio no había encontrado ningún indicio de ello, según los papeles y las fotografías que había visto, tampoco lo había en su mochila. Al muchacho le resultaba desconcertante. «Está en alguna parte».

Movió el ratón del ordenador portátil y la pantalla se iluminó de un color azul refulgente. Abrió el correo electrónico; después las carpetas, los documentos y las notas. Usó el editor de registros para filtrar la actividad existente. Se fijó en una aplicación usada apenas una hora antes que estaba sincronizada con el teléfono móvil de Adriá. Así que, mientras revisaba la lista de llamadas que había efectuado y recibido, encontró un mensaje de texto enviado por Adriá esa misma noche a un número desconocido. Se citaba con alguien en un vertedero a las dos de la madrugada.

Anotó la dirección. Pero antes de marcharse de allí hizo una llamada. Una voz femenina somnolienta y pesada contestó al otro lado de la línea.

—¿Hugo?

—Lo siento. Carla, necesito tu ayuda.

—¿Qué es lo que pasa?

—No lo sé, no lo sé. Estoy en la habitación de Adriá, en la residencia. Ha intentado estrangularme.

—¿Qué?

—Algo trama, seguro. Tiene que ser algo importante. ¡Va a hacerlo esta misma noche! —exclamó y paró para tomar una bocanada de aire—. He visto las fotografías. ¡Argh! ¡Hay fotografías de Sarah por todas partes!

Carla abrió los ojos de par en par.

—¿Fotos? ¿Dónde?, ¿por qué?

—El muy hijo de puta la ha seguido a todas partes.

—No-no lo entiendo.

—¡Ese cabrón repulsivo estaba allí! —gritó—. ¡Él nos vio!

Hugo metió en su bolsillo un papel con la dirección del vertedero que encontró en el mensaje de texto de Adriá, mal doblado por las prisas.

—No sé a qué te refieres, Hugo. ¿Qué pasa?

—Adriá estaba esa noche en el barrio de La Mina —puntualizó él.

—¿Nos vio?

—Sí. Te vio a ti, me vio a mí y también a Sarah, y cómo no, immortalizó el momento. Tengo la foto delante de las narices.

Carla se sobresaltó y levantó la voz.

—¡Hijo de puta!

—Lo sé —gimió él—. Solo intento encajar las piezas.

—¿De qué?

—De lo que pasó esa maldita noche, Carla —dijo Hugo, en su intento por comprender el giro de los acontecimientos—. ¿Viste a alguien más allí?

—A nadie. Me fui justo después que vosotros.

Estremecido, Hugo se puso en pie como pudo y se apoyó de espaldas contra la puerta.

—Él puede saber qué pasó realmente.

—¿Qué insinúas?

—Solo digo que Adriá pudo haber estado en casa de Sarah. No olvides que la estuvo siguiendo. No solo eso, incluso puede que él sea el asesino.

Carla trató de decidir si le creía, esforzándose por aplacar sus emociones. Todo lo que le había contado parecía cuestionable.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Llamar a la policía y que ellos vayan a por él?, ¿decírselo a tu abogado? Tú sabrás, porque esto es muy gordo.

—No-no lo sé. Pienso que, bueno, que si se lo contamos a alguien llegaremos tarde, yo podría detenerlo. Sé adónde se dirige.

—Está bien, Hugo. Dame la dirección —le ordenó ella.

—¿Eh?

—Dices que sabes hacia dónde se dirige. Quiero saberlo. Iré contigo.

—¡No!

—O voy contigo o llamo a la policía —le exigió—. Lo digo en serio. Voy a contarles lo que me has dicho.

—Sí, claro. ¿También les explicarás lo que sabías de Sarah?

Carla mentalmente le dio una patada en los huevos. Un gran suspiro atravesó la línea telefónica.

—¡Joder, Hugo! ¡No pienso dejarte ir solo! —exclamó—. ¡Te quiero!

—Bueno, pues, si es cierto que me quieres, no te interpongas —replicó él—. Aquí pasa algo y no sé qué es. Tengo que averiguarlo. Iré solo.

Carla suspiró de nuevo y se tocó la cara con desesperación, con amargura. Parecía resignada y no tenía esperanzas de hacer cambiar de idea a Hugo. estaba decidido a hacerlo a su manera.

—Está bien, Hugo. Tú ganas. No iré, pero dame esa jodida dirección.

El chico sacó su teléfono móvil del bolsillo y le envió a Carla un mensaje de texto con las señas del lugar adonde él se dirigía.

—Ahora solo somos tú y yo los que sabemos esto. Si ves que no me pongo en contacto contigo dentro de una hora, avisa a la policía.

—No lo hagas. Te arrepentirás —le aseguró Carla.

Hugo negó con la cabeza.

—Lo sé. Pero me arrepentiré mucho más si no lo hago. Adiós, Carla.



Habían pasado minutos, pero a Carla le parecieron horas y Hugo aún no había dado señales de vida. Si bien ella le había prometido esperar su llamada, era incapaz de quedarse sentada y esperar mientras él arrojaba su vida por la borda. Se escapó de su casa, avanzó rauda pero sigilosa por la calle mientras sacaba la llave de su viejo Ford Fiesta oxidado del bolsillo. Cuando entró, arrancó a la primera, encendió las luces y salió disparada.

La dirección que le había dado Hugo era la de un vertedero de basura de la ciudad que estaba a veinte minutos en coche. A medida que reducía los kilómetros que la acercaban a él, el miedo hizo que se le formara un nudo en la garganta y tuviera que controlar sus repentinas ganas de vomitar.

Aparcó en la entrada, detrás de unos árboles. Aquello estaba en pleno bosque, totalmente aislado. Allí la civilización solo existía en días contados. Aquel paraje se hubiera convertido en un exuberante vergel, un valle de bosques, de olor a pino y de aire puro y cristalino, de no ser por el hedor a podredumbre e inmundicia que emanaba de allí.

Después de salir del coche, comprendió que lo que debía hacer primero era bordear el recinto, acercándose cautelosa a unas luces que se divisaban a lo lejos. Continuó a pie por un camino de tierra que discurría paralelo al vallado, junto al bosque, cuidando de no tropezar con alguna piedra de aquel sendero frondoso, oscuro y cambiante. Era como meterse en un agujero negro.

Las ramas de los árboles le arañaban el rostro y los arbustos, las piernas; pero era consciente de que no podía detenerse.

«No te pares».

Carla intentó controlar los nervios y aguzó el oído para escuchar posibles ruidos procedentes de la instalación. El viento soplaba con fuerza. De modo que, salvo el típico y monótono silbido que procedía del aire, no oyó nada. Ni pasos, ni gritos ni ninguna señal de vida. Si Hugo estaba allí, no lo oiría hasta que tuviera su aliento en la nuca.

Avanzó unos cuantos pasos más, a tientas, como una invidente. Carla estaba tan ensimismada en sus sombríos pensamientos que, sin darse cuenta, chocó contra algo duro y metálico. Era un coche, aparcado en el camino.

Carla se metió la mano en el bolsillo y sacó un teléfono móvil ultradelgado y giró la pantalla. El brillante resplandor sirvió para identificar al propietario. Lo reconoció. El coche pertenecía a Michelle.

Hugo estaba allí.

Abrió la boca para llamar a Hugo, pero las palabras murieron en sus labios, de los que solo salió un gemido de desesperación. No iba a dejar que nadie los descubriera. Al menos, sabía que estaba por alguna parte. Tenía que encontrarle. No estaba segura de lo que iba a decirle, pero tenía que hacerlo.

Se introdujo por una abertura en la verja y alcanzó la nave principal de la instalación, a solo unos metros de la profunda depresión donde vertían la basura. Estaba bien iluminada y no vio a nadie por los alrededores.

¿Estaría Hugo bien?, ¿lo estaba? Aquella tranquilidad que sostenía el silencio del ambiguo paraje, constreñida por el miedo, la inquietaba. Se acercó con sigilo a la parte trasera, que daba al gran agujero. Recorrió la zona de un extremo al otro, montículo a montículo; esperaba que aquella extraña sensación que tenía se fuera. No fue así.

Carla continuó por el borde del enorme orificio. Apuntaba con el haz de luz de la linterna del teléfono móvil, iluminando los montones de basura. Allí donde la profunda brecha daba paso al bosque y la tierra era singular y muy fina distinguió huellas de pisadas en la base de una pequeña colina.

¿Qué había ahí arriba?

Carla empezó a ascender y aplastó sus pies contra la mugre. No sabía si Adriá estaba por allí y la idea de encontrarse con él no entraba en sus planes. Justo antes de llegar a la cima, ¡plaf!

Un objeto pesado y metálico caía al suelo, cerca de ella. Un foco la iluminó por completo, cegándola, y luego otra vez la oscuridad. Distinguió la vaga silueta de alguien aproximándose. Era un chico y estaba mirándola.

—Hugo —susurró.

Estaba pálido y tenía el terror pintado en la cara.

—Carla, ¿qué haces aquí?!

Detrás de él, un cuerpo inerte, sin vida, tendido sobre el lecho de plásticos, resultaba casi invisible en la noche.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella sin perder la calma.

Hugo no contestó. Carla se acercó más a él y recorrió su cuerpo con el haz de luz de arriba abajo. Sus pantalones, su camiseta, igual que su rostro estaban manchados de rojo. Con la mano izquierda sujetaba una linterna y con la otra, la barra de hierro oxidado que antes había dejado caer. Carla también distinguió el cuerpo sin vida de Adriá tendido en el suelo.

—¡Oh, Dios mío! Hugo, ¿qué has hecho?

Carla estaba paralizada. Hugo la cogió de la mano. Era extraño. Estaba tranquila. En realidad, así se sentía con él. No podía comprender o, más bien, no quería saber qué había pasado con Adriá. Lo único que le importaba ahora era que Hugo estaba bien y que estaban juntos.

—Tenemos que irnos de aquí ahora mismo. Estamos en peligro.

Carla vaciló. Un gesto de desespero. Hugo insistió impaciente:

—Rápido —dijo, tirando de ella—, no perdamos más tiempo.

De inmediato, salieron corriendo.

Capítulo 26

Para alivio momentáneo de Terrorer, la puerta estaba abierta, no tuvo que llamar. No es que no pudiera entrar en casa de Michelle un día cualquiera o que no fuera bienvenido. A él sí que tendría que haberle aclarado ella algunas cuestiones, pero por miedo a ser escuchada, por así decirlo, no le contó qué era lo que le preocupaba cuando hablaron por teléfono.

Terrer avanzó hacia el salón con un nudo en la garganta. Ciertamente, con la desaparición de Oliver de boca en boca estaba convencido en parte de la posibilidad de encontrarse a Hugo metido en ese asunto, pero no tenía sentido especular. Era de esperar que la policía hubiera iniciado una investigación y no había contado con añadir un nuevo crimen a la lista del muchacho.

Michelle estaba sentada en un sofá beis ante la televisión encendida; examinaba unos documentos que acababa de sacar de un maletín, abierto a su lado. Terrorer se colocó junto a ella y fue entonces, mientras él contemplaba su rostro consternado, cuando el miedo que había logrado mantener a raya terminó por imponérsele. Y aunque esa cara enrojecida y los labios resecos debían de indicar que algo grave ocurría, si no por ella, al menos por Hugo, no se podía permitir el lujo de parecer preocupado.

Michelle apartó la mirada de los papeles, volviendo la cabeza para ofrecer a Terrorer una leve sonrisa, y estiró el brazo para coger su mano. Fue un acto inconsciente, una mano aferrada a la otra como antaño, lo que hizo que Terrorer cayera en la cuenta de que él también lo echaba de menos.

Excepto por la terrible tensión que lo rodeaba todo por completo como una nube eléctrica, al mirarse se olvidaron del pasado, la dolorosa ruptura, la indiferencia, el asesinato, la culpa, el dolor, el miedo. Durante una fracción de segundo, esos muros cayeron, como si el tiempo los hubiera derribado en el mismo instante que cruzaron la mirada. Él también sonrió.

—Hola, David.

—Hola —respondió él—. Espero no interrumpir algo importante.

—No, no pasa nada. —Guardó los papeles en el maletín—. Tengo toda la semana para corregir estos exámenes. Intentaba adelantar trabajo.

Terrer miró alrededor.

—Pensaba que tú y Hugo estaríais aquí.

—Él no, no está aquí. Y yo tengo demasiadas cosas en la cabeza, problemas por todas partes. Y por eso te he llamado.

—Pues adelante, aquí me tienes —dijo Terrorer y sonrió incómodo.

Ella lo miró a los ojos como si buscara algo.

—No lo sabes, ¿verdad?

—¿El qué?

Se produjo un largo silencio.

—Tenemos que hablar.

Terrer la vio aferrarse con la otra mano al brazo del sofá. Pero él no debió de pensar nada, porque arqueó las cejas y murmuró:

—Sí. Yo también tengo novedades que contarte. Puede que ya sepa lo que le pasó a Sarah.

—No se trata de eso.

—Entonces, ¿qué? ¿Qué pasa?

—No tardarán en llegar.

—¿Quién?

Michelle vaciló antes de responder:

—La policía.

—¿Por qué? —preguntó sorprendido—. ¿Hugo está bien?

—Sí, él está bien.

Su exmujer le apretó la mano con más fuerza. El miedo se abrió paso en los pensamientos de Terrorer, que se esforzó por comprender qué ocurría.

—No te entiendo.

—Cuéntame qué sabes —le pidió suplicante.

Terrer suspiró y fijó la mirada en sus ojos vidriosos.

—Sarah le contó a Carla Martí que tenía una prueba de que las emanaciones de Químicas Ripoll habían sido la causa de los casos de cáncer en el barrio de La Mina. Sospechaba que su padre podría estar involucrado. Al parecer, tenía en su poder el informe realizado por Josep Miras. Se suponía que iba a entregárselo a Carla la noche que la mataron.

—Y Carla se lo entregaría a Roger —dedujo Michelle—. ¿O sea que vinculas la muerte de Sarah con su participación en ese asunto?

—A lo mejor sí. La gente a la que desafió tiene mucho mucho poder —observó Terrorer—. Sigo pensando que todo está relacionado.

—¿Crees que Sarah decía la verdad?, ¿que su padre fue cómplice del encubrimiento?

—No estoy seguro, pero si averiguó algo y no informó a Carla, siendo Roger quien encabezó la demanda, puede que sí se lo dijera a alguien más.

—¿A quién?

—A ese anónimo, Darío el Grande. Ya no estoy tan seguro de que se trate del propio Josep Miras. Alguien que actúa de ese modo, digamos que no encaja en el perfil de un acosador anónimo —observó Terrorer—. Ya te conté lo de las notas amenazadoras. Si ese hombre sabe tanto es posible que Sarah lo pusiera en antecedentes. Puede que contactara con él porque creía tener una información que podría ayudar en su causa.

—¿Qué causa?

—Ese es el problema. Nadie lo sabe.

—¿Quién más podría estar al tanto? —quiso saber Michelle.

—Oliver. Y también ha desaparecido, dudo de que Adriá pueda saber dónde está. —Miró con preocupación a Michelle—. Carla me dijo que Oliver le había pedido ayuda a su amigo para

desenmascarar al asesino.

—Adriá está muerto —aseguró ella.

—¿Qué?

—Mira, siempre he podido contar contigo. Siempre. Pero no tengo derecho a implicarte más en esto. No es justo.

—Tienes todo el derecho. —Terrer tamborileó con los dedos sobre el reposabrazos del sofá—. Dime qué ocurre.

Michelle se imaginó que retrocedía en el tiempo hasta el día en que decidió abandonarlo. Y ahora deseaba no haberlo hecho. Pero el aullido de unas sirenas borró de inmediato todas estas chorradas.

—¡Vienen! —dijo ella, que se tapó los oídos con las manos.

No había tiempo para explicaciones. Terrorer enmudeció.

—No les cuentes nada sobre Hugo —rogó Michelle—, por favor.

Terrer se levantó y miró hacia abajo por la ventana del salón. Tres coches patrulla de los Mossos d'Esquadra frenaron en seco en mitad de la calle con un chirrido de neumáticos. Las sirenas cesaron y la ciudad quedó envuelta en un completo silencio.

Las barras de luz en el techo giraban destellando luces gemelas de color azul y rojo enfermizo. Un puñado de agentes descendieron de los vehículos y se dirigieron hacia el portal de entrada del edificio.

Terrer vio que una mujer los acompañaba; iba vestida con una chaqueta de cuero negra y pantalones vaqueros. Era Pepa Moreno.

Parpadeó. El asunto era peliagudo, desde luego, pero podría ser mucho peor. Una sensación extraña se instauró en su mente. Avanzó por el pasillo hacia el vestíbulo, con su exmujer pisándole los talones. Terrorer se detuvo detrás de la puerta junto al aparador y esperó. Se ajustó la corbata en el viejo espejo. Pepa Moreno aporreó la puerta y abrió.

La expresión de su rostro era sombría. Una pila de agentes se agolpaba detrás de ella. Terrorer no creía que viniera de visita: iba a detener a Hugo. Ella levantó la vista cuando apareció Terrorer y se apresuró a entrar. El abogado dio un paso atrás para dejarla pasar al exiguo pasillo y Pepa y otros cuatro agentes se apresuraron a entrar y enseguida cerró la puerta.

—¿Qué es todo esto? —preguntó Terrorer.

Uno tras otro, los agentes se distribuyeron por las habitaciones. Pepa se giró y miró de soslayo a Terrorer con la orden de registro en la mano. Había abrigado la esperanza de que podría salir de allí sin llegar a tropezarse con él después de la fría despedida tras su encuentro sexual. Pero lo tenía delante.

—Estoy buscando a Hugo. —Su voz era tan seca como de costumbre.

—Lo siento, no está en casa —se apresuró a decir Michelle.

Pepa asintió y le dirigió una mirada desconfiada.

—¿Cuándo volverá?

—No estoy segura.

—¿Ha tratado de ponerse en contacto con usted?, ¿le ha pedido ayuda?

—¿Por qué? —interpeló Terror—, ¿qué ha ocurrido?

—Alguien ha asesinado a Adriá Moreno esta noche.

Michelle apretó los puños y tensó el cuerpo, pero se contuvo para no contestar. Terror percibió el esfuerzo de ella por disimular su aversión por la «acusación» implícita en las palabras de Pepa. Permaneció impertérrita con la mirada clavada en el suelo y sintiéndose aliviada por el mero hecho de que su hermano no estuviera allí. Terror sentía lo mismo, nada más le importaba.

—¿Cómo ha ocurrido? —preguntó él.

—Le han golpeado con un objeto contundente en la cabeza, por detrás, y luego varias veces, con ensañamiento —explicó Pepa—. Una barbaridad.

Michelle se cubrió la boca con una mano, sin dar aún crédito. Terror no salía de su asombro. Pepa se quedó mirándolos fijamente para estudiar sus reacciones ante la macabra revelación.

—Creo que el asesino era alguien de su círculo de amistades —añadió la inspectora—. Alguien que pierde los estribos fácilmente. Poco meticuloso, pues ha dejado pistas, huellas y fibras. Pronto le atraparemos.

—¿Qué pistas?

—Hemos localizado un coche abandonado en el lugar de los hechos —respondió Pepa señalando a Michelle—. Propiedad de Michelle Brouwer.

—¿Cree que he sido yo? —preguntó ella.

—No lo sé, señora. ¿Dónde ha estado toda la noche?

—Aquí mismo —respondió con énfasis—, corrigiendo exámenes. Puede conectarse con el servidor de la universidad y comprobará que me he pasado las cuatro últimas horas enviando los resultados.

—Lo haré —aseguró Pepa—. Hemos encontrado una barra de hierro junto al cadáver repleta de huellas dactilares. Podría ser el arma del crimen. También hemos sabido que Hugo ha estado esta noche en la residencia donde vive Adriá. Unos estudiantes vieron que entraba en su habitación. Y después se pelearon. ¿Eso te recuerda algo, David?

Terror frunció el ceño. Sabía que Pepa se refería a la pelea de Hugo con Sarah la noche que fue asesinada.

—¿Y cómo os habéis enterado? —dijo él, que puso en duda el punto de vista de la inspectora—. Me gustaría saberlo.

—Nos alertó una llamada anónima a la comisaría de una actividad inusual en los alrededores del vertedero Montazán. Una patrulla de la Policía de Casteldefels encontró el coche abandonado y, poco después, el cadáver del joven asesinado en la cima de un montículo de basura.

«Una llamada anónima. Un vertedero». Terror mantuvo silencio, pero incluso Pepa Moreno sabía lo extraño que sonaba aquello.

—¿Dónde está su hermano? —le preguntó la inspectora a Michelle con toda intención mientras percibía la mirada de advertencia y desaprobación por parte de Terror—. Tengo que hablar con él.

—No lo sé —respondió ella—. Cuando está de exámenes, se queda a dormir en casa de algún amigo y no da señales de vida hasta pasados unos días. No sé lo que ha ocurrido con exactitud,

pero no tiene sentido culpar a mi hermano. Hugo no ha tenido nada que ver con esto. Se equivoca con él.

Su voz era calmada y el tono, convincente; pero Terror sabía que mentía. Michelle conocía el paradero de Hugo y lo que había pasado.

—¿Y tú, David? —continuó Pepa—, ¿lo has visto?

—Me temo que no —contestó Terror.

—Si lo supieras, ¿me lo dirías? —preguntó Pepa intentando mantener alejada de su voz la frustración que sentía.

—Por supuesto.

Las fosas nasales de la inspectora se abrían y cerraban mientras trataba de dilucidar si estaban siendo sinceros u ocultaban un velado interés, aunque sospechaba que se trataba de lo último, por lo que insistió:

—Tengo que encontrar a Hugo enseguida.

—¿Quiere acusarlo de otro asesinato? —preguntó Michelle afligida—. ¿Para eso nos pide ayuda?

—No se trata solo de acusar a Hugo, también de protegerlo.

—¿Protegerlo? —instó Terror—, ¿de quién?

—Mi instinto me dice que no ha sido él. Así pues, alguien le ha tendido una trampa —explicó la inspectora—. Oliver también ha desaparecido. Me han contado que Adriá y él intentaron atrapar al asesino de Sarah. Está claro que hay alguien más detrás de esto. Otro asesino.

—O siempre ha sido el mismo —dedujo Terror.

—Adriá está muerto y es posible que Oliver también lo esté. Se trate o no del mismo asesino, puede que ahora tenga intención de matar a Hugo.

Los agentes se pasaron diez minutos recorriendo la planta principal del apartamento, de forma metódica pero discreta. Lo inspeccionaron todo. No vieron nada que les indicara la presencia del joven. Y después se marcharon.



Terror observó por la ventana del salón cómo se reducía la luminosidad en la calle, a medida que los coches patrulla se alejaban. Michelle no llevaba ningún perfume, pero él notó delicadamente el dulce y agradable olor de su cabello detrás de él. Recordó que, para empezar, ella le debía una sincera explicación. Se dispuso a averiguar si su interés en mantenerlo al corriente seguía intacto. La mirada de Terror se posó en Michelle.

—¿Dónde está Hugo?

—Está ahí —contestó ella.

Michelle señaló la puerta falsa escondida detrás de la enorme librería y que los policías no habían encontrado. Al otro lado, en un angosto espacio, ella solía guardar cajas apiladas repletas de enseres y de ropa vieja.

—No podía negar un favor a un hermano, David —continuó—. Acudió a mí en busca de ayuda. Los dos lo hicieron.

—Michelle, si te refieres a... Dime que no ha estado escondido en tu casa todo este tiempo.

Ella no contestó. No hacía falta que dijera nada. Lo sabía. Sabía que era allí donde había estado. «Debía de haberlo imaginado».

Michelle se volvió y dio unos golpecitos en la pared.

—Hugo, soy yo —dijo con voz suave—. Ya podéis salir.

Una puerta falsa no visible se abrió por detrás de un lateral de la librería y, en efecto, Hugo apareció, seguido de Carla.

Terrer permaneció inmóvil. Por un instante, nadie más se movió. Luego Michelle cogió al muchacho de la mano y se encaminaron hacia el sofá. Se sentaron los cuatro en círculo alrededor de la mesa.

Terrer contempló la escena impaciente mientras los dos jóvenes terminaban de acomodarse. Sus pálidos rostros quedaron iluminados tan solo por el ligero resplandor amarillo de la luz del pasillo. Una luz que no impidió que Terror se fijara en unas pequeñas salpicaduras de sangre en el rostro de Hugo. Se había aseado un poco y vestido con ropa limpia. Pero había sido «poco meticuloso», tal y como Pepa Moreno había dicho.

Comprendía a la perfección que Michelle se viera obligada a ayudarlos, pero, con toda probabilidad, se había deshecho de la ropa manchada de sangre, ocultando pruebas. La anfitriona encendió la luz de una lamparita a su lado y le dio una manta a Carla para que se cubriera el regazo y las piernas. Carla hizo lo propio y puso el brazo alrededor de la cintura de Hugo.

Terrer podría estar ante la confesión de la urdimbre de un asesinato. La inexpresión en el rostro de Hugo, la claridad oscura de las venas de su cuello que palpitaban y se conmovían. El abogado parpadeó sin apartar la mirada del muchacho. Tenía la misma sensación hiperreal que recordaba cuando lo vio encerrado en el calabozo tras el asesinato de Sarah.

A Hugo se le veía abrumado por el desconcierto, por la incapacidad de entender lo que había hecho, por la responsabilidad de sus actos. Michelle no pronunció palabra, aunque sus ojos se veían tristes y anhelaban consuelo en las palabras de Terror. El silencio fue absoluto hasta que Carla habló; su voz era dulce y tranquila.

—No le miréis así —advirtió con voz calmosa—. Seguí haciéndolo. No os corresponde a vosotros juzgarlo, igual que yo no tengo modo de impedir que lo hagáis. Pero Hugo no ha matado a nadie. Él es inocente.



Enric Farré salió de la panadería envuelto en el olor a mantequilla de los cruasanes calientes que había comprado. Llevaba el abrigo puesto y el cuello levantado. Caminaba encorvado y con la cabeza hundida entre los hombros, una postura que solía adoptar cuando se encontraba cansado.

Miró hacia el cielo y vio que ya amanecía, así que aceleró el paso para regresar a casa, donde se sentía seguro y le esperaba Carlo. Farré quería preparar un succulento desayuno, pues valía la pena sorprender a su amante llevándoselo a la cama. Probablemente él estaría dormido, desnudo.

Tenía más de lo necesario: café ácido de Yirgacheffe en Etiopía, unos cruasanes, tostadas francesas empapadas en leche y zumo de naranja natural. Ese jugo refrescante le gustaba tanto

como el vino en la cena. No pensaba hacer ruido; sabía cómo entrar en casa sin necesidad de alertar al vecindario.

Había muchas más tiendas, hoteles y casas que antes en el barrio de Pedralbes y el número de habitantes se había duplicado. Poco después, esos mismos escaparates oscuros que pasaba de largo estarían repletos de vida y las calles, abarrotadas; pero a esa hora casi todo el mundo estaba en casa.

De buena mañana, deambulaban por las calles algunos curiosos. Con la que estaba cayendo, no podía exponerse a la vista del público. Farré era consciente del peligro que corría. Quería evitar encontrarse con periodistas o fisgones, de modo que miró alrededor para comprobar si le seguían. Decidió tomar el atajo por el parque en vez de continuar por la acera.

Suspiró contrariado. Aborrecía la sensación de lasitud que crecía en su interior cuando algo no salía como él había previsto. Estaba convencido de que Josep Miras ya no constituía una amenaza. No tenía nada que temer ni esperar. Pero el acosador anónimo era otro cantar. Si Miras estaba muerto, entonces Darío el Grande era un enigma. Nadie sabía qué estaba tramando. Recordó las palabras de Carlo: «*Quell'uomo vuole vendetta*».

Farré comprobó la hora. Estaba a punto de llegar. Abandonó el parque y esos malos pensamientos y continuó unos metros más por la calle hasta el bonito portal. Un tenue resplandor amarillento procedente de las primeras luces del alba iluminaba las cristalerías en la parte baja de su edificio.

Desde la muerte de Sarah, y por primera vez en años, Farré contempló la posibilidad de hacer público su romance. Esa mañana lo despertaría y le daría la noticia. Harían el amor apasionadamente. Lo único que le quedaba en su vida era él, el hombre que aún amaba por encima de lo que había ocurrido y pudiera llegar a ocurrir, Carlo. No podría soportar perderlo.

Cuando ya había llegado a la quinta planta, en la que se encontraba su apartamento, de pronto vio que la cerradura había sido forzada y se quedó petrificado. Aguzó el oído, inmóvil, y contuvo la respiración.

Empujó la puerta con la mano. En el interior no se veía a nadie, aquella enorme casa permanecía en completo silencio. Pulsó un interruptor. No había luz eléctrica; parecía que la hubieran desconectado. Farré empezó a sentir el corazón acelerado. Se colocó contra la pared revestida de madera, dejó la bolsa con los cruasanes en el suelo y avanzó a ciegas hacia el dormitorio.

Al llegar a la puerta, lo llamó:

—¡Carlo!

Nadie contestó. Algo le decía que no era nada bueno lo que estaba ocurriendo. Vacilante, Farré avanzó hasta que pudo ver por el quicio de la puerta. En la cama había un bulto hecho un ovillo tapado con la sábana.

Farré corrió a su lado.

—¡Carlo! —volvió a gritar.

Él no contestó o tal vez no pudiera hacerlo. El primer impulso de Farré era volver a gritar, pero se detuvo en el borde de la cama y levantó la sábana. Le aterrorizó lo que encontró. La cama

estaba vacía; su amante no se encontraba allí. En su lugar, unas almohadas se amoldaban de forma burlona a la figura de un cuerpo inmóvil.

Lanzó una mirada furtiva a la hoja de papel sobre la mesilla de noche. Justo entonces supo qué era y qué significaba. Estaba seguro de que lo habían raptado y que obviamente Carlo necesitaba ayuda.

«Oh, ¡no! —pensó—. ¿Por qué a ti?».

Sostuvo esa nota con los dedos temblorosos mientras la leía. Farré tuvo la sensación de que el mundo se estaba derrumbando a su alrededor. Primero su hija y ahora Carlo. Lo había perdido todo.

ESTIMADO SR. ENRIC FARRÉ:

LA VIDA DE CARLO ESTÁ EN MIS MANOS. LA RAZÓN OBLIGA AL SACRIFICIO. ACUDE A MI LLAMADA PARA SALVARLO Y ESE SERÁ MI REGALO.

DARÍO EL GRANDE

CUARTA PARTE

JAQUE MATE

Capítulo 27

—¿Dónde nos vemos? —preguntó Terror mientras sujetaba el teléfono móvil delante de la parada de taxis.

—En casa de Enric Farré —dijo Pepa al otro lado de la línea—. En la puerta principal. Hay un buen despliegue. No tardes, David.

Estaban condenados a entenderse: Pepa Moreno, decidida a poner fin a una investigación en marcha sobre una trama de sobornos a políticos, altos cargos y funcionarios públicos, ahora su principal prioridad; Terror, para entonar el *mea culpa* y esperar que la inspectora se apiadara de Hugo. Si había alguna oportunidad de que se solucionara aquel lío, reflexionó Terror, quizá sería mejor tenerla de su parte para que buscaran juntos al asesino de Adriá y no cada uno por su cuenta. Ocultar pruebas a la policía habría resultado erróneo y peligroso, pero tener a la inspectora de su lado no iba a ser tarea fácil. Y, desde luego, no podía pretender que todavía confiara en él.

Por supuesto, Terror no sabía qué esperar. ¿Cómo iba a saberlo? Pero era obvio que tenía que confesar su secreto.

Se había pasado toda la noche hablando con Carla y con Hugo por separado. Sus historias coincidían. Estaba seguro de que no mentían. Pero la inspectora poseía esas cualidades que tanto chocan con el controvertido parecer de ciertos abogados: era inteligente, un tanto condescendiente y fría como una lápida.

Algo alicaído por estos pensamientos, bajó del taxi a escasos metros del edificio donde vivía Enric Farré. Encontró a Pepa Moreno sola, ante la puerta principal; daba órdenes a un hervidero de agentes de policía que entraban y salían del edificio distribuyéndose en todas direcciones. Las luces de los coches patrulla parecían más tenues en la claridad del día.

Terror sonrió con un ápice de pesadumbre, se puso a su lado y le dio un golpecito con la mano en el brazo para llamar su atención.

—He hablado con Hugo, Pepa. Admite que fue al vertedero. Dice que escuchó gritos. Se acercó para ver qué ocurría y encontró el cuerpo sin vida de Adriá. Después oyó a alguien alejándose corriendo.

—David, espera un momento. Espera, espera, espera —pidió ella, en ese punto, totalmente alucinada por sus palabras—. Tú has... ¿Cómo que has hablado con él?, ¿cuándo?

—Después de que te fueras ayer de casa de Michelle.

—Tú sabías dónde estaba, ¿verdad? Porque me dijiste que no lo sabías. ¡Y te creí! —rio ella, escéptica—. Soy una ingenua.

La inspectora suspiró y se dijo que no, no era ingenua en absoluto, pero sí una idiota por haber confiado en que algo que no fuera una artimaña podría salir de labios de ese hombre.

—Cuando hablé contigo, no lo sabía —dijo él, haciendo un esfuerzo por sonar conciliador—. Discutir sobre esto es una absoluta pérdida de tiempo para ambos.

Lo miró con ceño. La credibilidad de Terror iba a ser puesta a prueba —después de todo, el abogado le había ocultado pruebas—, pero la reciente confesión, lo íntimo que habían compartido y su cara de cordero degollado lo compensaban, calculó él. Su sensación general de total incertidumbre aumentó. Además, Pepa le había llamado para ponerlo al corriente de una investigación paralela que había terminado con un registro en la casa de Enric Farré y Terror no había hecho lo propio. Esa omisión podría ser clave, tal vez. No estaba seguro de qué pasaría a continuación —ella había cumplido con su parte del trato y quizá opinaba que él no— y no iba a pedirle perdón para que ratificara que la había fastidiado. Por los labios torcidos de la inspectora y las arrugas de sus ojos, Terror supuso que debía de estar pensando en reaccionar de forma enloquecida para ajusticiarlo sin miramientos con toda clase de improperios. Pero no fue así.

—¿Tú le crees? —susurró en voz baja—. Dime la verdad, David.

—Él dice que no lo hizo. Me ha dado su palabra.

—Ya sé lo que dice. Y lo que indican las pruebas. Lo que quiero saber es qué opinas tú.

—No he dudado nunca de él —dijo Terror—, ni antes ni ahora. Ha sido sincero al relatar lo ocurrido. Ha reconocido que fue allí en busca de Adriá, porque sabía que había quedado con alguien en el vertedero.

—Eso parece.

—Entonces, ¿me crees?

—Hemos encontrado otras huellas dactilares ensangrentadas, que no se corresponden con las tuyas, en la barra que se utilizó para matar a ese chico.

La inspectora habló a través de su *walkie-talkie*, sin apartar los ojos de él. Terror no paraba de mirar de reojo a Pepa, con expresión sorprendida.

—Eso confirma lo que me ha dicho Hugo —señaló Terror—. Él no lo hizo, había alguien más.

—No, necesariamente.

—Tú misma has dicho que habéis encontrado otras huellas.

—Una cosa es que encontremos más huellas, David, y otra muy distinta es atribuir la autoría a alguien. Te aseguro que no es tan fácil como parece.

—¿Por qué iba a querer matar a Adriá?

—No lo sé. —Pepa torció la boca en una mueca irónica—. Hay varias posibilidades. Es probable que pensara que fue él quien asesinó a Sarah.

—¡No tiene sentido! Si Hugo hubiera matado a Adriá por tal motivo, lo habría dicho. Se habría jactado de ello.

—Es probable. Aun así, tengo que interrogarlo. Necesito que me digas dónde está.

—La última vez que lo vi estaba en casa de Michelle, con Carla.

Pepa reaccionó internamente. Se disponía a dar una orden, cuando hizo un gesto negando con la cabeza y lo dejó correr.

—Está bien. Ya me preocuparé por él más adelante. Mientras tanto, no dejes que diga nada a nadie ni que vaya a ninguna parte.

Hubo una pausa y luego Terrorer añadió con firmeza:

—Si Hugo no lo hizo, está claro que había alguien que iba detrás de Adriá —señaló Terrorer—. Alguien que tenía un motivo para matarlo.

—Bueno, la Científica dice que Adriá recibió una llamada telefónica la noche que lo mataron —explicó Pepa—. Y que después envió a ese mismo número un mensaje de texto. Creemos que contenía las señas del vertedero.

—¿Con quién crees que habló?

—Todavía no lo sé, pero apostaría a que era alguien que tenía mucha influencia sobre él. Creo que quienquiera que fuese tenía cuentas pendientes que saldar. Quedó con Adriá en un sitio aislado y después lo mató; entonces apareció Hugo y el culpable huyó a toda prisa sin borrar sus huellas.

Una fugaz emoción cruzó el rostro de Terrorer, entre la esperanza de ver a Hugo libre de culpa y la sombra de un violento y calculador asesino insospechado hasta el momento.

—Hugo está en peligro —observó Terrorer—. Tras asesinar a Adriá, ese monstruo pudo verlo. Puede que le haga lo mismo.

—No te precipites, David. Es imposible saber qué hará a continuación. Lo que sí sabemos es que está empeñado en tapar algo.

—¿A qué te refieres? —quiso saber Terrorer.

—Hemos registrado la habitación de Adriá. Había fotos y objetos personales, indicios de culpabilidad. Por supuesto debemos esperar a que se analice la información guardada en su ordenador portátil —puntualizó ella—, pero sabemos que siguió a Sarah Farré durante semanas, aunque no creo que él la matara. Lo hizo por cuenta de otro.

—Dios mío, Pepa, ¿de quién? —exclamó, agarrando a la inspectora por el brazo. Recordó comportarse un poco tarde y la soltó.

—Bueno, verás —Pepa vaciló y luego añadió—, había otro cuerpo en el mismo lugar donde encontramos a Adriá: el cadáver descompuesto y mal enterrado de un hombre de mediana edad.

Terrer ató los cabos sueltos. Estaban en el umbral de algo, en el inicio.

—¿Tenéis alguna idea de quién era?

Con verdadera emoción, la inspectora dijo:

—¡Quién sabe! Los forenses no están seguros. Averiguar su identidad llevará tiempo, pero se me viene a la mente el nombre de un funcionario que estaba a punto de destapar un escándalo y que desapareció misteriosamente.

Terrer caviló al respecto.

—Josep Miras.

—Si me gustase el juego, apostaría todo mi dinero a ese nombre.

—Si ese es el caso, Miras no es Darío el Grande.

—Así es. Por si fuera poco, Adriá sabía dónde estaba enterrada esa otra víctima, lo cual refuerza la sospecha de que haya tenido algo que ver con su muerte. Sea cual sea su grado de implicación, es bastante siniestro.

Terrer encajó las piezas sin mucho esfuerzo. Ese joven inconsistente, huérfano, que le amenazó

poniéndole una navaja en la cara era un instigador y, en el fondo, quizá fuera él quien había matado a Josep Miras.

—Comprendo lo que quieres decir. Solo pensar en ello se me pone la piel de gallina. Pero ¿por qué iba Adriá a querer matar a Miras? —se aventuró a decir Terror—. Puede que ese chico fuera un fracasado y un delincuente, pero otra cosa muy distinta es matar a un hombre a sangre fría. A menos que alguien muy poderoso lo persuadiera para hacerlo.

Pepa observaba a Terror. Parecía ensimismado en sus pensamientos, como si estuviera muy lejos de allí.

—Así es que, si pudiera haber alguien que quisiera quitar de en medio a Josep Miras, tenía que ser Enric Farré —continuó Terror.

—David, es solo una suposición. Será difícil demostrarlo.

—Entonces, ¿quién demonios es Darío el Grande? —preguntó Terror de pronto—, ¿y qué es lo que pretende?

—No lo sé, esos putos locos siempre actúan igual. Preparan en secreto su propia *vendetta*, el auténtico modo de restaurar el equilibrio en el mundo. A todos los efectos prácticos, la mano de Dios.

—Veo que empiezas a estar convencida de que, en realidad, sí que hubo un encubrimiento en el asunto de Químicas Ripoll.

—Relájate. Tiene toda la pinta de ser así, pero no nos precipitemos.

—Por favor, no me vengas con esas —dijo Terror—. Sabes que tengo razón. Nadie conoce su identidad, pero sí cuándo empezó. Surgió de la nada poco después de que se desestimara la demanda contra la fábrica. Darío el Grande está al corriente de todo lo que ha ocurrido. Y tiene el propósito de vengarse de Enric Farré y de aquellos que han tenido algo que ver con ese asunto. Estamos asistiendo al culmen de su venganza y ni siquiera sabemos por qué y cuál será su siguiente movimiento.

—¿Crees que Darío el Grande mató a Adriá?

Terror movió negativamente la cabeza.

—No creo que ese chico forme parte de su plan.

—Si no es Darío, ¿quién más puede ser? —insistió Pepa.

—Alguien que quería silenciarlo —concluyó Terror.

Pepa oyó su nombre en la distancia y frunció el ceño, preocupada al ver que un agente le hacía señas para que se acercara. Lo vio agitar la mano desde el vestíbulo y, unos segundos después, la inspectora se apresuró hacia él. Terror la siguió de cerca.

—Inspectora, ¡aquí!

—¿Qué ocurre? —exclamó ella.

—Bueno, verá —el policía miró a Terror y dudó. Pepa asintió con la cabeza—, hemos registrado a fondo el apartamento, como nos ordenó. Y, lo que es más importante, hemos descubierto algo. Debería verlo usted misma.

Avanzaron con paso decidido y subieron por las escaleras. Terror se quedó atrás, observando el revuelo con interés. Cuando llegaron a la quinta planta, el policía que esperaba en la puerta del

apartamento de Farré saludó por acto reflejo mientras la incertidumbre de Terrorer se extendía por su cara.

—Tiene usted que ver esto, inspectora —comentó el agente.

—Sí, por supuesto.

El interior del apartamento tenía el mismo aspecto que la última vez que Terrorer había estado allí, pero le dio la sensación de que había pasado una eternidad. Habían ocurrido tantas cosas.

El vestíbulo estaba lleno de cajas de cartón repletas de documentación y había muchas más en el pasillo. La calefacción estaba encendida y dentro de la casa hacía calor. Cuando accedieron al despacho de Enric Farré, una agente de la Policía Judicial aguardaba de pie con varios documentos en una mano y una carpeta bajo el brazo. Era joven, de grandes y pensativos ojos marrones y cabello oscuro. Terrorer la observó esbozar una mueca. Estaba delgada y presentaba un aspecto fatigoso, como si llevara días sin dormir. Tenía la mirada perdida, ajena al ajetreo del exterior. La inspectora dio unos golpecitos en la puerta y la mujer saludó con la cabeza.

Pepa se situó justo a su lado y Terrorer, al otro. La joven agente tenía un voluminoso dossier, repleto de documentación, abierto sobre el escritorio. Había varias carpetas con información sobre políticos influyentes y cargos públicos y una lista con sus números de teléfono.

Pepa se quedó de pie frente al escritorio tamborileando con los dedos mientras cavilaba. Habían descubierto que el político estaba metido en el ajo. Resulta que Farré ya llevaba meses con el teléfono pinchado. No habían actuado sobre él porque esperaban que sus investigaciones los llevaran al pez gordo. Seguían sus pasos, hasta que llegó el momento. Aquello explicaría la decisión repentina de Pepa de contar con la opinión de un abogado. Se giró hacia Terrorer y le preguntó:

—¿Tú qué opinas?

—Esto huele muy mal. Está claro que Farré ha estado involucrado y es sospechoso, pero tal vez solo sea un peón dentro de toda la trama.

—Lo sé. Aunque, teniendo en cuenta toda la documentación que hay aquí, empiezo a pensar que es mucho más que eso.

—Puede que tengas razón, Pepa, pero no conocemos el alcance real de su participación en el asunto.

—No creo que haya que especular mucho —replicó ella muy segura—. Ahora la cuestión es qué hacemos al respecto.

—Hay cosas peores que no habéis visto —dijo la agente judicial. Su voz reflejaba con elocuencia su asombro, su incredulidad y su desazón.

—¿Por ejemplo? —dijo Pepa.

—¿Ocultación?, ¿encubrimiento?, ¿muerte?

—Por favor, explícate —pidió la inspectora a su colega.

—No puedo creer que alguien hiciera algo así y creo que tú tampoco —dijo la mujer—. Farré ocultaba otra sorpresa. Al parecer, había alguien más que era consciente de ello, un cola borador, Carles Montoliu. Este entramado les ha permitido sacar provecho de un material que disponían desde hace años. Te aseguro que no es muy agradable de ver. Esos dos han podido estar

aprovechándose del dolor de las familias que perdieron a un ser querido en el Hospital de San Carlos. Aquí está el secreto mejor guardado de Enric Farré.

La agente judicial puso sobre el escritorio la carpeta que custodiaba bajo el brazo y la abrió. Pepa volvió los ojos hacia Terror, que le devolvió una mirada de consternación. No se trataba de rabia o desilusión, sino de tristeza.

El espionaje, el juego de los dosieres o la extorsión y el control político. El uso de información comprometedora para obtener ganancias políticas y la especial habilidad para enterarse de los deslices de sus colegas. Todas las prácticas ilegales que habían constatado palidecieron en comparación y les sacudieron en lo más hondo de su ser. Costaba reconocer que hubiera gente andando por la calle capaz de algo semejante.

—A lo largo de estos años, he visto de todo. Creía que estaba curada de espanto —argumentó la agente judicial—. Pero no, en realidad, no era así; esto todavía no lo he procesado. Es incalificable.

—Estoy de acuerdo —ajustó Terror—. Estas cosas no deberían pasar.

—Bueno, supongo que se podría decir que esto cambia las cosas —concluyó Pepa—. Podemos investigar su pasado. Podemos empezar por ahí.

—Yo lo haría —dijo la joven agente.

—Cuidado. Si empiezas a hacer preguntas, él probablemente se entere —sugirió un pensativo Terror todavía turbado.

Pepa volvió la cabeza y lo miró.

—Sí, puede que sea así, pero a pesar de ello tenemos que hacer algo. —De la voz de la inspectora emanaba una especie de poder, una fuerza, una oleada de rabia—. ¡Recuerda cuánta gente murió en ese accidente! Eran personas inocentes con familia y con amigos, personas que perdieron la vida por la incompetencia, la codicia y la estrechez de miras de otros y desde entonces no se ha hecho justicia.

—Está bien. Cuenta conmigo —dijo el abogado.

Terror pensaba que lo sabía todo acerca de lo que estaba ocurriendo. Qué iluso. Qué ciego había estado. Solo tenía una vaga idea de quién podría llegar a ser el culpable, quién parecía digno de ese lóbrego reconocimiento. Pero ese día había conocido, sin saberlo, una página sombría de la historia y, tras ella, una ficción verosímil que adornaba la descarnada realidad. Y aún peor era saber que el responsable de esos delitos andaba suelto.



Carlo abrió los ojos y apretó la mandíbula. Parpadeó ante la luz de la calle. Había caído en los brazos de alguien que no esperaba. No luchó cuando empezaron a atarlo. Su capturador se relajó cuando vio que empezaba por fin a hacer efecto el sedante que le había inyectado. Se rebeló e intentó tomar aire para gritar. Un suave ¡chist! le sugirió que callara.

Carlo se abalanzó hacia él, luchó por ponerse en pie. Habría jurado que lograba hacerlo. Después pataleó, sin colaborar para nada. Caminó dando tumbos hacia la puerta del dormitorio en busca de una salida, sumido en una cerrazón horrorosa que nublaba y estremecía su realidad.

La atravesó, se zambulló en la más absoluta oscuridad y cayó al suelo. Al cabo de un instante, su consciencia se había desvanecido. Tiempo total, quince segundos.

No sabía cuánto tiempo había permanecido inconsciente, tal vez días. Escupió para deshacerse del asqueroso sabor a productos químicos y permaneció quieto, jadeando. Dios, cómo echaba de menos el aire limpio. El lugar donde estaba atado de pies a cabeza era la parte trasera de una furgoneta atestada de unos enormes bidones de color azul que contenían una mezcla poco apetecible de productos químicos y de líquidos volátiles. Apenas podía respirar. El olor era como el del amoníaco, aunque mucho más fuerte, y algún combustible derivado del petróleo.

Carlo se tumbó de espaldas. Apreció la rendija de cielo azul que le ofrecía un pequeño ventanuco en la parte superior de uno de los laterales del vehículo, oportunamente instalado ahí, para evitar miradas indiscretas. La furgoneta debía de estar aparcada no muy lejos de la acera. El murmullo de la gente se escuchaba desde una distancia indeterminada, pero suficiente para que no se oyeran sus gritos.

La puerta trasera empezó a abrirse. Carlo, asustado, se pegó ansioso a un lateral y apoyó la espalda; se sentía vulnerable. En el luminoso exterior, se distinguía una figura humana, pero no lo suficiente.

—¿Quién es usted? —le preguntó sobresaltado—. No le veo.

Su captor no contestó de inmediato. El silencio volvió a inundarlo todo. Entonces se oyó un retumbo lúgubre cuando la puerta volvió a cerrarse.

—Vamos, Carlo, estoy seguro de que sabes quién soy.

Dejó que sus ojos se adaptaran de nuevo a la penumbra y se quedó mirándolo, presa del pánico.

—Darío el Grande.

—Sí —convino él—, así es.

—*Figlio di puttana* —dijo—. ¿Qué va a hacer conmigo? En serio, ¿qué? ¿Matarme?

El hombre le puso una mano en el hombro y lo zarandeó un poco. Le entraron ganas de girar la cabeza y desgarrarle la piel con los dientes como un león hambriento.

—No pasa nada, Carlo —dijo—. No es tu lucha. No vayas más allá.

—¿De verdad que no va a hacerme daño? —Carlo casi parecía decepcionado.

—De verdad.

—Entonces, ¿a qué viene esto?

—Estoy seguro de que eso también lo sabes —dijo—, ¿no es así?

—Enric —dijo con voz áspera—, ¿qué piensa hacer con él?

—*Post hoc ergo propter hoc*.

—Realmente, no sé qué pretende decir con eso.

—Es una falacia lógica. —Le apretó la soga con sombría expresión—. Le pediré que venga y no se opondrá, él querrá ser quien ocupe tu puesto. Después, serás tú quien será liberado.

—*Non mi piace questo* —dijo Carlo—. Este sitio, estos bidones. Tiene que ser algo más que un simple intercambio.

—A lo mejor te conviene aceptarlo.

Carlo, sin dejar de mirarle, musitó al cabo de un rato:

—No es usted la persona más indicada para dar consejos.

—Farré eligió bien. Eres una monada, muchacho.

—O sea que ¿es por venganza? —espetó Carlo—. ¿Usted defiende lo indefendible para hacer daño a Enric? Cree que conseguirá destrozar su pena, hacerla jirones. Que morirán los malos y usted reirá. No, la risa se apaga cuando te quedas solo en tu propia casa. Nunca estará en paz consigo mismo.

—Es irónico que lo diga el amante de Enric Farré —observó él.

—¿Por?

—Odio sacar el tema —dijo él—, pero hago esto por un motivo.

—Ya me lo imaginaba. ¿Es por un designio divino?

—¿Qué? Oh, ¡no! No es solo por eso.

El hombre se sentó a su lado, aspiró con profundidad y reprimió la tos.

—Y entonces, ¿qué es? —dijo Carlo—. ¿Es por dinero?, ¿envidia?

Soltó una carcajada con la boca bien abierta. Podría haber respondido, pero la respuesta no habría sido muy buena.

—¿Alguien le ha enviado? ¿Han enviado a un sicario? —insistió.

—No me envía nadie. Soy Darío el Grande, me envió a mí mismo.

—Claro. —Carlo se secó las lágrimas con el dorso de una de las manos amordazadas—. Supongo que es usted de los que imparten justicia divina, ¿no? Imagino que se cree con el derecho de ejecutar por mano propia la ira de Dios. *Dovevo aver immaginato*. Nunca pensé que pudiera ser tan patético. O, simplemente, puede querer tener un sitio privilegiado al lado del Creador. *Sei fantastico*, come como cualquier otro y caga pepitas de oro. ¡Quiere su propio trono de oro! —Dio una patada a uno de los bidones, que retumbó dentro del habitáculo—. Adelante, ¡dígalo!

—Te equivocas de nuevo.

—Entonces, ¿por qué quiere vengarse de Enric?

—Él me arrebató la vida y yo voy a llevarme la suya.

Carlo se estremeció ante la abyecta confesión. Había en sus palabras tanta sinceridad que el más profundo sentimiento de miedo se apoderó de él.

—¿Quién es usted? —volvió a preguntarle.

—Llegado el momento, lo sabrás.

—No es Josep Miras; lo conozco.

—Entonces, lo sabes.

—¿El qué?

—Lo que descubrió Josep Miras.

—Me temo que no sé de qué habla.

—Me cuesta creer que no lo sepas —aseveró el hombre—. Aunque eso explicaría muchas cosas —le dijo—. Sí, ese hombre descubrió que Químicas Ripoll llevaba años contaminando el aire del barrio de La Mina. Las muertes de todas aquellas personas están relacionadas con las emanaciones tóxicas de la fábrica. Cuando se enteraron de lo que Josep Miras había averiguado,

se aseguraron de silenciarlo. Se deshicieron de él y Enric Farré se ocupó de encubrir la verdad. Le pagaron un precio para que hiciera un buen trabajo y él aceptó, sin importar las consecuencias, sin el más mínimo remordimiento.

Carlo notó que el corazón se le encogía en el pecho. En su fuero interno lo sabía. Aun así, no quería creerlo.

—*Menzogna!* —le espetó Carlo—. Enric nunca haría nada semejante, no se prestaría a una cosa tan horrible como esa.

—No, Carlo, en el fondo sabes que es verdad. Yo me plantearía muy en serio si vale la pena defender a ese hombre. Si lo haces, sabrás tú lo que es tener que afrontar las miradas de odio de la gente, sabiéndote rechazado y despreciado. No eres responsable de eso. Tú eres una víctima, nada más. La farsa acaba aquí.

—¿Por qué hace esto? —preguntó suplicante—. ¿Es usted familiar de alguna de las personas que fallecieron de cáncer?

El hombre permaneció en silencio.

—Da igual. *Aiuto!* ¡Ayúdenme! ¡Por favor!

Carlo forcejeó para librarse de sus ataduras, pero era en vano. No tenía posibilidad de huir. El hombre se acercó a él y le puso un pañuelo en la boca; lo único que podía hacer era respirar por la nariz.

—¿Quieres saber algo? —murmuró Darío—. Sarah lo averiguó. —Se inclinó para asegurar la mordaza—. El problema era que ella era lista y le interesaba la verdad. Pero no pudo desenmascarar la maniobra diabólica de su padre.

Carlo lo entendió enseguida: la imagen difusa de Sarah rebuscando en los papeles del escritorio de Farré en plena noche. Entonces no sabía qué era, qué había averiguado. Pero había una cosa que le quedaba clarísima: Darío el Grande estaba en lo cierto, ella había dicho que el informe existía. ¿Acaso se le había olvidado? Era posible incluso que hubiera contactado con Darío, le habría puesto al corriente. Tratándose de Sarah, cualquier cosa era posible.

Para cuando quiso reaccionar, el hombre ya no estaba a su lado. Su captor regresó al asiento del conductor, en la parte delantera de la furgoneta, y puso el motor en marcha. Empezaron a moverse lentamente. Carlo aguzó el oído y distinguió el murmullo de su voz. Se había acabado el recreo. Y entonces lo comprendió: sabía adónde se dirigían. «*Oh, Dio, aiutami!*».

Al otro lado del lateral metálico, Darío cogió el teléfono y marcó.

—¿Señor Farré? —Y antes de que pudiera contestar añadió—: Usted sabe quién soy. Ha llegado el momento de vernos las caras.

Capítulo 28

—¿Cómo he...? —empezó a decir Oliver y tuvo que detenerse para aclararse la garganta reseca—. ¿Cómo he llegado hasta aquí?

El muchacho inhaló profundamente, se levantó del suelo y se puso a dar vueltas por la lóbrega habitación en la que estaba encerrado. Trató de recordar lo que había ocurrido. Estaba hundido en una desagradable mezcla de resaca, dolor de cabeza y rabia impotente.

Jadeando, sudoroso y debilitado, Oliver comprobó la hora y la fecha en su reloj de pulsera y se dio cuenta de que habían pasado dos días desde que había quedado con el supuesto asesino de Sarah. Se había llevado una sorpresa al subir a su coche. Una verdadera sorpresa.

Se pasó la mano por la cabeza y palpó la sangre seca que se desprendía del profundo corte producido por un golpe contundente y se asustó. Porque había estado inconsciente desde su último recuerdo y cuanto más pensaba en ello, más increíble le parecía lo que había constatado. La historia menos plausible. Una locura rematada. Le producía la sensación de ser el capítulo final de una novela escrita por un demente en la que los detalles no encajaban de forma convincente, a menos que el lector estuviera tan loco como el que la había escrito. Era el recuerdo que se correspondía con cuando había abierto la puerta del coche y había visto y ratificado quién era el asesino de Sarah.

Sin demasiadas esperanzas de ser rescatado, empezó a inspeccionar la estancia y trató de abrir la única puerta que allí había. Como sospechaba, estaba cerrada con llave. Y, si por algún milagro consiguiera abrirla, podría estar conectada a una alarma o, peor, lo que dejaba pocas posibilidades de huir sin ser visto ni oído. Tenía que haber otro modo.

En la pared opuesta, había una pequeña ventana con un marco de madera clara que había sido tapiada con adobes. La ejecución era rara, como si lo hubiera hecho un aficionado a la albañilería. Oliver estaba bastante convencido de que las juntas no estaban bien hechas porque a través de ellas se colaba la luz del día. Repasó la superficie a conciencia. Encontró un ladrillo mohoso y otro más. No era mucho, pero con aquello bastaba.

Empezó a rascar entre los adobes con un bolígrafo. Siempre guardaba uno en el bolsillo interno de su chaqueta. Y a medida que lo hacía empezaba a caer porquería al suelo desprendida de la sencilla e improvisada pared. Pero lo importante era que cada vez veía más luz.

Uno de los ladrillos terminó por soltarse. Aquel agujero, aunque fuera minúsculo e impidiera salir por él, se convirtió en el gran acicate que activó un sensor en el cerebro de Oliver, que empezó a rascar con más fuerza hasta que sacó otro ladrillo de su cómodo asiento y otro más.

Al cabo de un rato, el hueco fue lo bastante grande como para escapar por ahí. El muchacho asomó la cabeza y cerró los ojos deslumbrado por la claridad del exterior. Cuando su visión se

adaptó a la luz, se encontró con un paraje yermo de aspecto rural, lo cual indicaba, si semejante conjetura era digna de confianza, que Oliver estaba muy lejos de la civilización.

Al parecer, su captor había cometido un error al no tener en cuenta la humedad y las inclemencias del tiempo sobre la pésima ejecución de la pared de ladrillos, pero era obvio que había elegido un lugar aislado para retenerlo.

No le importó lo más mínimo. Podría correr diez kilómetros en menos de cincuenta minutos. Era un buen atleta y estaba en plena forma física. Podría acudir a la policía y hacer una declaración en su contra, pero no esperaba que se lo tomaran en serio; era su palabra contra la suya. Necesitaba un pequeño empujoncito. Y si ese individuo era capaz de haber engañado a todo el mundo, podría tener otra áspera sorpresa guardada en su chistera. Oliver se estremeció. Se sintió desolado. Y temeroso.

Sí. Su único modo de desenmascarar al asesino de Sarah se hallaba en ser más inteligente que él. Pero ¿cómo iba a conseguir algo así? Tal como estaban las cosas, lo único que podría hacer ahora era echar a correr.



David Terror estaba sentado en una silla acolchada mirando la pantalla de su ordenador portátil —se había quedado a dormir en casa de Michelle esa noche para asegurarse de que estaban bien—, cuando se abrió la puerta del estudio. Era Hugo en pijama. Sonrió a Terror, que lo miró sin moverse.

—¿Puedo pasar? —dijo el muchacho.

Terror levantó el dedo que permanecía tenso sobre el panel táctil que permitía controlar el cursor en la pantalla. Le hizo señas a Hugo para que se acercara y señaló con la mano una silla vacía en el centro de la habitación. Sin perder ni un segundo, el chico la cogió y se sentó a su lado.

El abogado entrecerró los ojos en dirección a la pantalla y continuó su labor. Había despertado temprano por culpa del giro de los acontecimientos, como si una voz quisiera susurrarle al oído, pidiéndole que actuara. Se puso una bata encima y fue al estudio. Había pensado toda la noche en Darío el Grande: quién era, qué tenía que ver ese personaje en la historia y qué haría a continuación. La duda le inquietaba y decidió disiparla, sobre todo porque le parecía improbable que actuara sin más. Un interés propio lo motivaba, pero no sabía qué era. Allí estaba la solución, la tierra prometida apenas visible entre la neblina. Tenía que haber algo que despertara su ira.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Hugo.

—Eso es lo que me gustaría saber a mí —dijo Terror y, a continuación, continuó con un torpe tecleo a dos dedos.

—¿Problemas?

—Esto es peor que un dolor de cabeza.

—¿Qué buscas?

—Información sobre el cáncer. Pero no encuentro nada.

—Gilipollecés.

—¿Te cachondeas?

—Si no buscas en el lugar adecuado... —empezó Hugo.

Terrer lo interrumpió.

—Si supiera cómo hacerlo, ¿crees que perdería el tiempo hablando contigo?

—Si quisieras encontrar lo que buscas, sí.

—¿Qué demonios? —exclamó Terror—. ¿Qué has querido decir?

—Vete a saber. Yo no pienso como un abogado ni como un carca.

—Lo cual yo tampoco soy.

Hugo se rio tontamente.

—Me alegra oírlo. Continúa tú solo, entonces. Pero de verdad que necesitas ayuda de alguien más experimentado en la red.

—Eso no te lo discuto. No me aclaro con este puto lío. Es lo que pasa.

Hugo guardó silencio por espacio de algunos minutos.

—Bueno, dime qué quieres que busque y lo que esperas encontrar.

—Mira, Hugo, me conformo con encontrar los nombres de las personas que fallecieron de cáncer en el barrio de La Mina. Tiene que haber algo por alguna parte y, a partir de ahí, ya veremos.

—Estarán en el expediente del caso.

Terrer suspiró.

—No, no están.

—Pues el hecho de que no estén ahí confirma que alguien no quiere que esa información salga a la luz. ¿Lo has intentado a través de Roger?

Profundas arrugas horizontales cruzaron la frente de Terror.

—Bueno, di un primer paso. Es una información reservada, ¿sabes?

—David —le dijo con parsimonia—, acabas de dar con la persona adecuada. Soy un experto en las redes sociales.

—Por ejemplo, ¿en Instagram? Eso no creo que ayude mucho.

—No solo eso —Hugo meneó la cabeza—, tiene que haber algo en algún foro especializado. O en la red oscura. Por lo general, se puede obtener de todo si eres capaz de moverte en las profundidades del sistema. Si quieres encontrar información jugosa, hay que empezar por ahí.

—Puede que tengas razón —dijo Terror y punteó la pantalla. Trataba de aparentar que entendía algo de lo que acababa de decir Hugo—. Emprendremos juntos la búsqueda del santo grial.

—Ahora que todavía no estoy en la cárcel, ¿no?

Terrer se giró hacia él y le dirigió una mirada tranquilizadora.

—Hugo, no. Escúchame, no lo digas nunca. Ni siquiera lo pienses. No permitiré que eso pase.

—Tengo miedo —declaró el muchacho.

—Lo sé. Es normal que te sientas asustado; eso significa que eres humano. Pero lo importante es que no estás solo.

Inasequible al desaliento, Hugo giró el ordenador portátil y se dispuso a buscar la información.

—Está bien, David. Veré qué averiguo.

Hugo tomó el control, que, en realidad, no era más que dirigir por la pantalla una flecha y la blandió como si fuera el Cid Campeador a lomos de su caballo portando en su mano derecha la espada Tizona. Terror contempló al muchacho mientras este llevaba a cabo aquel extraño ritual y las páginas y pestañas se sucedían unas a otras.

—¿Todavía la quieres? —preguntó Hugo, sin girar la cabeza, mientras tecleaba como si nada —, ¿a mi hermana?

—Es que... —murmuró Terror.

—Yo solía hacer lo mismo con Sarah —sonrió como si pudiera leer su mente—. Así es. Me hacía el interesante, pero estaba coladito por ella.

—Sí, eso suele pasar —y pronunció esa frase de un modo extraño.

—¿Por qué? ¿Por qué lo de vuestra ruptura?

El muchacho quería ir un poco más allá y Terror lo interpretó como lo que era: simple curiosidad. Así pues, la pregunta era el punto de partida; el hecho de haberlos abandonado a él y a su hermana, el destino. Ella se fue de casa, pero Terror dejó que se marchara.

Las palabras o los razonamientos no iban a reparar el daño causado. Si aquella pregunta causaba tal efecto en él era porque indudablemente le había dolido. ¿Qué sintió Hugo cuando conoció la triste noticia? Aquel suceso tenía una única explicación.

—No, mira, el caso es que estaba convencido de que volvería en cuanto se diera cuenta de lo que teníamos. Pero ella nunca lo hizo.

Hugo se quedó un rato en silencio.

—Es curioso que lo menciones, David —dijo al final—. Ella siempre pensó que tú vendrías a buscarla.

El corazón de Terror dio un vuelco. Sabía que era mejor no meterse en ese tipo de conversación. Con el tiempo, confiaba, podría reparar su error.

—Sí, es verdad. Había que hacerlo más pronto o más tarde. Pero es que a los adultos nos cuesta muchas veces dar nuestro brazo a torcer.

Hugo se quedó sorprendido.

—¿Adultos? —dijo y se tocó la mejilla—, ¿vosotros? Para ser adulto, hay que actuar como tal. Creo que este asunto es mejor dejarlo aquí.

—Me parece bien.

Hugo continuó tecleando y entró en una extraña página de internet. Estuvo quince minutos recorriéndola y otros tantos leyendo comentarios. El muchacho hizo un descubrimiento; al menos, él se lo figuró.

—Joder, debió de ser muy duro para Sarah enterarse de la verdad. —Dejó de teclear y giró la cabeza hacia su excuñado—. Lo de constatar que tu propio padre sea cómplice de decenas de casos de cáncer me parece una putada.

—Quizá. A pesar de todo, ella lo quería —razonó Terror.

—¿Crees que la curiosidad la llevó a la muerte?

—No sé, no me parece razón suficiente. Sarah tuvo que averiguar la causa, su padre, Josep

Miras, Químicas Ripoll, ¡y Dios sabe qué más! Esa chica sabía muy bien lo que hacía, más que nosotros. Es posible incluso que Sarah supiera quién era Darío el Grande y lo que pretendía.

—Bueno, vamos a ver si puedo seguir su rastro.

—¿Cómo?

—Sarah utilizaba el apodo *girl_anonymous* en internet —dijo Hugo muy seguro—, en todos los foros y blogs sobre ecología y medioambiente que solía visitar. Le gustaba pasar inadvertida. He visto que escribió en varios *posts* hablando de los casos de cáncer en el barrio de La Mina.

—¿Dónde están?

—Aquí mismo, en esta página.

—Indaga y a ver qué encontramos, ¿de acuerdo?

—Sí, vale —dijo Hugo, que parecía entusiasmado.

Terrer se levantó y empezó a caminar en círculos alrededor del muchacho con la mirada perdida, distraído y pensativo.

Hugo miró a Terror.

—Aquí pasa algo raro.

—¿A qué te refieres?

—Como he dicho, este es uno de los *posts* de los que te he hablado; pero cuando entro está vacío, no puedo ver nada. Lo cual significa que puede que hayan borrado los comentarios —se quejó—. O puede que dependa de la configuración de seguridad, que sea ese el rollo.

—Las chicas listas entran con más facilidad que los chicos, Hugo.

—No los chicos como yo. Tengo mis recursos. —Hizo una pausa y guiñó el ojo a Terror—. Pero ya entiendo por dónde vas.

—¿Qué piensas hacer? ¿Tienes algún plan?

Hugo guardó silencio varios segundos.

—Bueno, echaré un vistazo dentro del foro haciéndome pasar por Sarah, usaré su apodo y su contraseña y luego veremos qué pasa.

—Entonces, tendrá que bastar. Eso espero.

El muchacho estiró los dedos hasta que se oyó un chasquido.

—Vale. Aquí estamos.

Abrió de nuevo la misma pestaña y cinco segundos más tarde:

—Para ser un chico, soy la excepción que confirma la regla. Ya estoy dentro. Alguien lo dudaba hace poco.

Terrer suspiró.

—Bien, haz lo que puedas. Pero recuerda que lo que nos interesa es conocer los nombres de los que fallecieron de cáncer en el barrio de La Mina.

—No te preocupes, estoy en ello.

Los dedos de Hugo se movían por el teclado como los de un pianista.

—Uno de los miembros del foro menciona algo sobre ello.

Terrer miró hacia la pantalla del ordenador portátil.

—Según parece, fueron cinco los fallecidos —dijo Hugo—. Hablan de la demanda colectiva

que derivó en nada, de Josep Miras y su informe que finalmente no formó parte de la documentación aportada por la asociación y el resto de los querellantes. Son cientos de comentarios que vienen a decir que Químicas Ripoll manipuló las pruebas, presionó a los políticos y sobornó a la prensa. Se hacen llamar los Ripoll Papers.

Un pantallazo más y Hugo dejó al descubierto una lista, con todas las víctimas, los culpables y sus cómplices.

—Veamos qué pone sobre los fallecidos —dijo el joven, que tenía la mirada de un depredador—. Aquí están: Bruno Moreno, Lara Muñoz, Pol Álvarez, Catalina López y Samuel Torres. Tres hombres y dos mujeres. Casi todos vivían en el barrio de La Mina cuando murieron.

Terrer miró a Hugo e intentó esconder que su corazón había dado un vuelco al escuchar un nombre concreto: Catalina. El nombre le parecía familiar y, de pronto, recordó que la hija de Ginés López se llamaba así.

—¿Estás diciendo que una de las mujeres se llama Catalina López? —preguntó estremecido.

Otra pausa. Terrer hizo acopio de valor.

—Así es.

—¿Tienes idea de qué edad tenía?

El abogado se inclinó por encima del hombro de Hugo y este puso el cursor sobre el perfil de la mujer.

—Aquí está: Catalina López Contreras, veintiocho años.

—¡Qué hijo de puta! —Terrer se cubrió la boca con la mano y se levantó de improviso—. Es él —murmuró al fin.

Allí estaba la verdad. No podía creer que la tuviera delante. Y tampoco podía dar crédito a la irracional sensación de alivio que había experimentado al saberla. Los demás estaban descartados y Ginés López, su extraño amigo, su hija era la razón de todo, porque estaba muerta. Y Terrer se quedó de pie allí atónito, impresionado ante lo gilipollas que había sido, mirando esa pantalla que reverberaba enloquecida el nombre de Catalina. «Y entonces, ¡ahora-ahora qué!».

Habiéndose sacado en parte aquella congoja de dentro, Terrer exhaló un prolongado y satisfecho suspiro.

—¿Estás bien, David? —preguntó el muchacho.

Terrer se acercó a él y apoyó la mano derecha en su hombro. Hugo notó que temblaba. Después volvió a sentarse a su lado.

—No te preocupes por mí —dijo—. Estoy bien.

—No da la impresión.

Lo miró pensativo, con calma, con una expresión inescrutable.

—¿Hay alguna foto suya?

Hugo continuó tecleando.

—Espera, déjame buscar en Facebook.

—¿Seguro? —objetó Terrer.

—Si eres mayor de veinticinco, compartes tu vida en ese sitio.

Hugo abrió una nueva pestaña.

—Vale. Veo que ha subido varias fotos. También ha incluido la típica información básica. Creo que servirá, no es fiable al cien por cien, pero creo que servirá —aseveró—. Catalina López, misma edad, mismo lugar de residencia, etc. Tiene que ser ella. Es bastante atractiva.

—¿Dónde?

—Pestaña derecha, primera foto —indicó.

Terrer se inclinó hacia delante y observó la foto que se mostraba en la pantalla del ordenador que tenía delante. Hugo tenía razón, Catalina era una mujer atractiva y no solo eso, era la viva imagen de su padre.

Tenía el pelo oscuro y los ojos claros. Irradiaba juventud y belleza, pero aquella apariencia externa no engañaba. Terror estaba compadeciéndose de ella. Tenía toda la vida por delante y a la temprana edad de veintiocho años había perdido la batalla contra el cáncer que acabó con su vida. Debió de ser un golpe difícil de encajar.

Recordó las palabras de Ginés López, un tipo versado que no encajaba en el papel de camarero: «¿Catalina? Ella no podría, ya me entiende». Todas aquellas conversaciones con él llevaban implícito un aviso a navegantes. En realidad, no reveló a simple vista lo que hacía ni lo que pretendía, sino que, más bien, daba cortas y pequeñas pistas a Terror. Aquello era todo lo que podía hacer.

La pobre Sarah, defendiendo con valentía sus ideales y convicciones, también lo logró: descubrió la verdad antes que nadie. La conclusión era obvia: allí no había ninguna especie de conspiración. Había una realidad que trataba del amor de un padre y el inevitable dolor por la pérdida de su hija.

«Alma por alma, ojo por ojo, diente por diente, mano por mano». Darío el Grande ya había mostrado sus cartas y Terror temió lo peor.

—¿Cuándo murió? —dijo, con la respiración entrecortada.

—Déjame ver —contestó—. Hoy se cumple un año.

—¡Dios mío! —gritó Terror—. ¡Tal vez sea tarde!

—¿Tarde?, ¿para qué?

—Para salvarlo.

.....

Terrer no encontró a Ginés López en la cafetería del Hotel Princesa. En su lugar, un joven camarero contemplaba cansado y un poco aturdido las copas vacías sobre la barra e ignoraba las llamadas diplomáticas y las malas caras de varios clientes impacientes. El abogado sacudió la cabeza.

—¡Mierda! ¿Y ahora qué? —se preguntó.

Sus ojos claros chispearon.

—Su casa —se dijo.

Terrer repasó lo que sabía de Ginés mientras bajaba a toda prisa la escalera de entrada del hotel. Sus contactos previos con él habían sido breves pero intensos y, por lo que ahora sabía, en verdad indicativos. El camarero reconvertido era un hombre ducho y experimentado, que había

trabajado toda su vida en Navantia, un astillero naval en Cartagena —donde, según averiguó Terror, se construían todo tipo de buques—, con lo que el acceso a sistemas especializados y el manejo de tecnología puntera estaba asegurado.

Terror miró la puerta de la humilde casa situada en pleno barrio de La Mina. En un leve arrebatado de nostalgia, recordó la última vez que había estado allí bebiendo cerveza con él, con aquel hombre amable con el que había entablado una amistad filosófica. Después la aporreó.

—¡Ginés!

Resultaba fácil imaginarse a Ginés López inmerso en un curioso juego mental, en pleno territorio enemigo, a escasos metros de la fábrica que había causado la muerte de su hija. Desafiando de forma sigilosa un sistema que había prometido lealtad a unos asesinos que tanto detestaba, que permitía que continuaran destruyendo vidas; ahí había un fallo.

No hubo respuesta. Terror se estremeció. Los golpes en la ajada madera fueron más exasperados cuando se dio cuenta de que se había desatado un temporal contra el que ya nada podría hacer; nadie podría detenerlo.

—¡Ginés! —clamó Terror en voz alta, como si rogara.

¡Buuum! La puerta de la calle se abrió de golpe. Terror sacudió la cabeza después de la patada, confundido por la facilidad con la que había entrado. La oscilante luz de una vela se mecía al viento como la campana de una iglesia. El recibidor se había transformado en un altar de culto consagrado a Catalina; detrás de la vela había una fotografía hundida en la sombra y la luz de la llama. Pero allí no había nadie para venerarla.

Acelerado, suspiró, desbordante de energía. Terror corrió por todas partes, pasó de habitación en habitación; casi cae al suelo en una ocasión. Pero en mitad de la carrera, de pronto, como si una voz lo detuviese, se paró frente a una puerta.

Entró en la habitación y era la de ella, estaba por todas partes. Terror miró, entristecido sin razón, todas las fotografías.

Porque...

Porque Catalina parecía la hija más extraordinaria que hubiera existido jamás. La mejor; cuando trastabillaba y se dejaba caer en la nieve riéndose de sí misma. La más solidaria; cuando posaban en grupo todos juntos, codo con codo, como voluntaria abnegada en programas de atención especial para niños con discapacidades físicas y mentales.

La más dicharachera; siempre con una sonrisa en la boca, en su antigua ciudad, donde regresaba a darle la sorpresa a su padre y a sacarlo de casa y a pasear junto a los monumentales restos del teatro romano de Cartagena. Y daba voces y danzaba entre una marea de turistas.

Toda una vida retratada: cantaba, jugaba, bailaba, dormía, comía, reía, viajaba, compraba, lloraba o tan solo se divertía. Hasta que una rompiente de infortunio se plantó en el camino, privándola de vida en plena juventud.

Ginés aparecía también en algunas fotografías. Un padre orgulloso. Un hombre que el día que nació su hija su existencia burbujeó desbordada de alegría, como si un enjambre de hadas alborozadas le hubiera obsequiado con el mejor de los regalos. Una hija que debía de significar

un mundo para su padre. Tan grande como ese espacio vacío que ella había dejado en su alma y que nada ni nadie puede rellenar.

Catalina, una mujer encantadora devorada por el cáncer. Una joven que había sido víctima inocente de una especie de intriga, fraguada por unos asesinos y encubierta por un hipócrita y oportunista. De esos despreciables individuos dependía la desgracia de Darío el Grande. Ahora les tocaba sufrir a ellos. Sería él quien impartiera justicia.

Entró en la última estancia de la casa, un despacho pequeño y oscuro. La ventana, el suelo, hasta las paredes irradiaban demasiada tranquilidad. Lo que Ginés quería era sentir un poco de paz allí dentro. ¿Para qué?

Sobre el escritorio había una amalgama de papeles garabateados, fotografías, diagramas y planos; un compendio de la información que alguna vez había necesitado. Terror se sentó y lo examinó con celo.

—¡Joder, Ginés! —exclamó en voz alta—. Dime qué tramas.

Allí, frente a él, la pared estaba poblada de innumerables fotografías y diplomas de Ginés; vestido de uniforme azul, haciendo reparaciones con las manos negras como la tinta. Posaba con sus compañeros a la sombra oscura del casco de una fragata de la Armada española varada en el muelle, mirando al frente, junto a sus enormes hélices de bronce.

Ginés no era solo un empleado de Navantia. Había pasado buena parte de su vida trabajando en la jefatura de aprovisionamiento del arsenal militar de Cartagena. Un astillero y base naval donde se construían buques de guerra. Sus credenciales revelaban la aptitud psicofísica necesaria para el desempeño de su cometido: abastecimiento de materiales, víveres, combustibles y, lo más importante, munición. Miles de toneladas de munición.

Al cabo de unos segundos, su pulso se aceleró. Justo entonces se dio cuenta. Toda aquella documentación estaba procurándole la respuesta a la pregunta que se repetía en su cerebro. De repente, tomó conciencia de qué pretendía Darío el Grande. Porque allí estaba la verdad.

Había utilizado sus contactos para realizar varios pedidos de productos químicos: dispositivos de retardo, unos enormes bidones de plástico, unos más altos que otros, cables e interruptores y algunas cosas más, aunque todas las necesarias para construir un artefacto explosivo de fabricación casera.

Los planos y las fotografías hechas con objetivo de ángulo amplio al tejado, a la alta chimenea que emitía una bocanada de vapor y humo turbio, oscureciendo aún más el cielo, a la fábrica con las puertas cerradas a cal y canto. Y entonces Terror sintió frío en los huesos, se estremeció como si un viento helado hubiera soplado en su nuca.

—A Químicas Ripoll. Allí, ¡allí es adonde te diriges!

Ginés había estudiado las oscuras entrañas de este sitio monstruoso. Uno de los almacenes de abastecimiento estaba señalado en un plano con un círculo rojizo y las pesquisas de Ginés indicaban que dentro había suficiente material inflamable como para enviar una señal de humo hasta Saturno.

Volvió a recordar sus palabras: «Nadie se merece vivir así».

Terror avanzó a toda velocidad atravesando la casa hasta el vestíbulo. Ginés López, y solo

Ginés, podría haber dejado esa nota pegada en la parte trasera de la puerta principal. El abogado contuvo el aliento ante su astucia.

Y luego la leyó con lágrimas en los ojos.

ESTIMADO DAVID:

ME HUBIERA GUSTADO RETROCEDER, PERO ESTABA ATRAPADO. YA SABES CÓMO PIENSO HACER JUSTICIA, HACIÉNDOLES CAER A UN ABISMO. SIENTO QUE ESTO ACABE ASÍ. ME HUBIERA GUSTADO ESTRECHARTE LA MANO ANTES DE MI VIAJE SIN RETORNO.

DARÍO EL GRANDE

Terror bajó la mano fría y la premonitoria nota de muerte y la dejó caer. Asaltado por una necesidad apremiante de impedir la catástrofe, decidió entonces que solo tenía una opción: darse prisa en llegar a Químicas Ripoll. Ginés López le llevaba mucha ventaja.

Capítulo 29

Farré siguió a rajatabla las indicaciones de Darío el Grande cuando este le dijo que lo único que podría hacer para salvar a Carlo era ir a verlo y que fuera solo, hacía ya una media hora. El político sabía que, si llamaba a la policía, para su amante todo habría terminado. Incluso en el caso de que pudiera contarle a alguien de confianza lo ocurrido y conseguir ayuda, Carlo corría un peligro inminente. No obstante, Darío el Grande estaba a punto de saber que Farré aún disponía de una pequeña ventaja.

Se tocó la chaqueta, la palpó hasta encontrar la pistola que llevaba oculta en un bolsillo interior. Farré inspeccionó el arma con la mirada fría y posesiva de un hombre que piensa utilizar cada bala. Se trataba ni más ni menos de no dejar escapar aquella oportunidad. Utilizar una audaz maniobra para que finalmente ese misterioso desconocido revelara por qué sabía tantas cosas que, durante el último y largo año, habían pasado.

Su coche, un costoso y elegante Mercedes negro, estaba aparcado en los subterráneos del edificio, como de costumbre. No obstante, tenía que irse de allí antes de que llegara la policía, que iba de camino. Al parecer, alguien de la comisaría puso sobre aviso a Farré, que agradeció la sensación de no tener que dar explicaciones por su intervención en el turbio asunto de los sobornos. Faltó el reconocimiento que tal vez le habría correspondido por derecho a su contacto, una gran suma de dinero que le permitiera vivir mucho mejor de lo que, por ahora, le estaba permitido.

Mientras conducía su coche, repasó el plan una vez más y, ya dentro de la autopista, vio la salida y tomó la carretera al barrio de La Mina.

De repente, un pensamiento sombrío despertó en su mente: Sarah.

Era una adulta y se comportaba como tal, con obligaciones y cargas. Sin embargo, la trataba como a una niñita sin una vida propia ni pensamientos. La había convertido en princesa de un reino prohibido. Ella necesitaba otra cosa. La idea de haberla defraudado fue cobrando cada vez más fuerza. El cielo pareció oscurecerse. Aquello duró unos minutos.

Resultaba frustrante pensar que su propia hija había estado por ahí haciendo vete a saber qué. Desconfiando de él, odiándolo. Cada vez que ella asomaba la cabeza por el gran despacho, lo veía irritado, enzarzado en una conversación de lo más sugestiva. En cualquier caso, o se confabulaba con alguien, o se traía algo entre manos. No, Sarah no tenía la picardía suficiente para estar al tanto. Eso pensaba él, pero ella no era una niña.

«Sarah, por favor, vuelve. ¡Déjame explicártelo todo!».

En cierto modo, recordó que su muerte lo había llevado hasta allí. El precio era alto y conducía a un final feliz, ¿no? Cayó en la cuenta de que Carlo era su final feliz, quizá no fuera el de él.

—Calma, Enric. Carlo sabe que iré a buscarlo. Me perdonará.

«Podría, si no me culpaba por haberlo metido en este lío desde el principio», se repetía Farré, kilómetro a kilómetro.

En la distancia, a través del parabrisas delantero, el humo que salía de la alta chimenea de Químicas Ripoll brillaba tranquilo a la luz del día. La dirección que había tomado lo llevaría a la parte trasera de la instalación, pero antes tenía que pasar inadvertido.

Uno de los guardias de la puerta alzó la mano cuando creyó reconocer al recién llegado y el político bajó la cabeza con disimulo y continuó recto sin saludar ni detenerse. Tras rodear la manzana, Farré enfiló la calle trasera, en la que no había guardias, y aparcó el coche a cierta distancia de la redicha instalación, aunque eso no sirvió de mucho para que el Mercedes, uno de los únicos cuatro vehículos aparcados en toda la calle, fuera menos llamativo.



Llegó por los pelos a la hora que le había indicado Darío.

La parte posterior de Químicas Ripoll confrontaba a un enorme edificio desahuciado de unos cincuenta años de antigüedad. Ejemplos de arquitectura similar brotaban en un barrio compuesto por bloques aún más antiguos, pero que, a diferencia de este, no estaban abandonados por temor al derrumbe. El acceso al edificio estaba tapiado para evitar que cualquier vecino de aquel rompecabezas de nacionalidades, culturas y razas yuxtapuestas se aferrara obstinado a lo que entendía como propiedad. El consistorio pretendía, en franco proceso de renovación, salvarlos de un espantoso desastre.

Bajó del coche y empezó a caminar hacia el punto de encuentro. Con lo que no contaba era con que de repente hiciera tanto frío, como si la sombra de las altas paredes de la fábrica hubiera dejado esa parte de la ciudad sumida en una ominosa noche eterna de frío y oscuridad.

El frío se hacía más intenso a medida que el político caminaba. Quizá hiciera más frío en todas partes desde que su hija ya no estaba.

Farré vio una vieja furgoneta blanca aparcada frente a la puerta de servicio. No tenía ventanas laterales, de modo que desde ningún ángulo se podía ver el interior. Había alguien sentado en el asiento del conductor; Darío el Grande le esperaba para darle la bienvenida. Al verlo hizo un gesto de asombro, pero Farré no se apresuró.

Caminó sin prisa mientras alternaba la mirada en todas las direcciones para asegurarse de que estaban solos. Y, por suerte, así era. Reinaba el silencio. No se escuchaba ni un alma.

Sintió cómo el acero de la pequeña pistola rebotaba en el bolsillo interior de la chaqueta; se le hacía raro el peso. Le quedaba como torcida, se veía obligado a arreglarla para compensarlo.

Antes de llegar a su posición, la puerta delantera de la furgoneta se abrió de golpe y una figura se apeó en la penumbra. En cuanto su vista se adaptó a la cerrazón que reinaba allí fuera, distinguió la silueta de un hombre. Un hombre común y corriente. Era más bajo y debía de tener unos años más que él, porque su pelo blanco resplandecía por los cuatro costados.

Se acercó y lo estudió con detenimiento. El político no lo reconoció. Parecía relajado, casi se parecía a una persona normal. Después de todo, era un ser humano. Allí de pie, sin su anonimato

ni sus notas perversas poseía un menor encanto. Hasta el momento, había tenido un cierto aire místico.

Costaba imaginar que un tipo así hubiera tenido en jaque a la policía. Era como si a Carlo lo hubiera raptado un pensionista que apenas cobra mil euros mensuales. Además, se suponía que debía ir armado. Pero no, no le vio arma alguna. Hasta Farré se sintió relajado y, en cierto modo, defraudado.

Se acercaron el uno al otro como para reconocerse con visible recelo. Ginés se quedó parado a cierta distancia; mientras Farré, caminando con autoridad y sangre fría, se acercó a unos dos metros del hombre.

—Hola, señor Farré. —Su voz era grave y resonante. No la había oído antes y se puso tenso—. Me alegro de verlo por aquí.

—No ha sido una casualidad. Las casualidades no existen.

Así era Farré: nada de cháchara. El político se preguntó si ese incauto sabía que guardaba un arma escondida en su chaqueta.

—Supongo que no —repuso Ginés, aunque no estaba seguro de estar de acuerdo—. Entonces, ¿le ha costado mucho decidirse?

—Usted me llamó, ¿no? Por lo tanto, aquí estoy. ¿Dónde está Carlo?

—Tranquilo —dijo Ginés—. Primero saque el móvil del bolsillo, apáguelo y tírelo al suelo.

Farré metió la mano en el bolsillo derecho del pantalón. En la parte interior, sintió la familiar forma rectangular de un teléfono móvil. Lo sacó y presionó el botón de apagado, lo tiró a la acera y se quedó absorto mientras Ginés destrozaba el terminal de una patada.

—Por cierto —prosiguió—, ¿ha venido solo?

—La vida de alguien muy especial para mí depende de ello, usted me lo dijo. Hasta yo debo rendirme ante eso. Así son las cosas.

—Ah, claro. El amor. Lo había olvidado —repuso Ginés y respiró hondo con los dientes apretados—. Pero tratándose de usted, ¿no podría haber avisado a la policía?

—Podría haberlo hecho, pero no lo hice.

Farré miró la furgoneta. Aguzó el oído e intentó escuchar algún ruido en su interior que indicara que había alguien. Resultaba difícil apartar los ojos del vehículo y no pensar en Carlo, solo, amordazado, temblando y desesperado por oír a alguien en el exterior. Farré se atrevió a mirar a otro lado, a Darío. Él le devolvió la mirada y sonrió tímidamente. No estaba nervioso. Parecía tranquilo.

—Siente miedo —se limitó a decir Ginés—. Siente que ha perdido el control de la situación. Ya se ha convertido usted en lo que he esperado tanto.

—¡Basta! —gritó Farré—. ¡Basta!

Miedo, Farré ya no sentía miedo. Un hombre que ha perdido a su hija no siente miedo. Diría unas cuantas palabras más para convencer a ese mamón, metería a Carlo en su coche y se largaría de allí.

—Usted y yo hemos hecho un trato —continuó. Tragó saliva—. Ahora deme lo que me corresponde.

Sentía como si el aire no entrase en sus pulmones. Ginés miró hacia la furgoneta e hizo ademán de moverse, pero enseguida se quedó quieto. Farré, al ver que Ginés tardaba en reaccionar, se armó de valor y dijo:

—¡Démelo! —exigió el político—. ¡Me lo debe!

Farré lo miraba desde corta distancia, petrificado. La actitud inteligente y soberbia del político había desaparecido por completo. Parecía un niño al que le quitan su juguete. La sonrisa de Ginés se desvaneció antes de hablar.

—Recuerde que me debe un sacrificio —dijo con una voz profunda.

Ginés se acercó a la puerta trasera de la furgoneta, la abrió y ayudó a Carlo a bajar. Farré se quedó mirándolo con perplejidad. Su amante, de rostro agraciado y mirada profunda, siempre tan pulcro y aseado en el vestir, estaba pálido y presentaba un aspecto frágil.

Ginés aprovechó de manera efectiva la afligida circunstancia, cerró la puerta con la mano izquierda y con la derecha agarró a Carlo de los brazos, aún atados por las muñecas. El rehén se tambaleaba como si estuviera ebrio y tenía el rostro desfigurado en una mueca de dolor y miedo.

Los ojos de Farré se encontraron con los de Carlo. No pudo evitar un gesto de evidente fastidio y otro furtivo de desprecio a fin de anunciar a quién correspondía el despectivo comentario interno. El corazón de Carlo latía con fuerza en su pecho y su garganta. Aunque ya no lo hacía por él.

Trató por todos los medios posibles de autoconvencerse de que todavía no era tarde. Su amor era lo bastante fuerte como para soportar unas cuantas incomodidades más. Pero esa mirada mudó en asco y después en resentimiento y, poco a poco, en furia. Se dio cuenta de que lo había perdido para siempre. No obstante, ahora estaban metidos en aquello los dos, y Carlo lo necesitaba y se proponía rescatarlo.

—¿Estás bien? —le preguntó Farré a su amante.

Carlo no dijo nada. Notaba un enorme vacío en el pecho. Unas lágrimas salieron de sus ojos, cada una de ellas cargada de agonía por su triste situación. Ginés sacó un cuchillo que llevaba escondido en su espalda.

—Un momento —dijo—, ¿las llaves?

El político dudó.

—¿Qué?

—Las llaves de su coche, señor Farré.

—¿Para qué las quiere?

—Él se va y usted se queda. Ese era el trato.

Notaba otra vez el peso de la pistola en el bolsillo. Una sed de venganza invadió su ser y casi sintió deseos de reír y gritarle: «Gilipollas, ¡tengo un arma cargada! ¿Quién me va a impedir que te pegue un tiro?».

A oídos de Farré esas últimas frases de Darío le habían sonado huecas. No había ningún vestigio de peligro, pero los ojos de aquel hombre eran hojas muertas. Lo dijo con tanta intensidad que una parte de sí mismo supo que no estaba bromeando. Farré comprendió la amenaza implícita en sus palabras.

—Vete —le ordenó Ginés a Carlo. Y cortó sus ataduras.

Farré lo observó mientras movía los labios en silencio. Sintió que su mundo se le escapaba de entre los dedos. Luego le dijo a su amante:

—¿No tienes nada que decirme? —Carlo tenía la mirada perdida.

—No.

—No sé por qué pensé que sería distinto. —La ira altanera de Farré había vuelto. Volvía a ser él mismo—. En realidad, tú nunca me has querido, solo te has aprovechado de mí

—Bueno, lo he intentado, *il mio amore*.

—Te crees que el amor es esa ilusión que lees en los libros, que ves en las películas. No tienes ni idea de lo que es el amor.

—*Stronzo* —exclamó Carlo—, ¿por qué no me lo dices tú?!

—Mejor, voy a enseñártelo.

Farré, dolido por lo mucho que significaba ese hombre para él, decidió seguirle el juego a Darío, en cierto modo picado por la curiosidad. Sacó las llaves del bolsillo izquierdo del pantalón y se las entregó a su amante.

Entonces Carlo vaciló.

—Espera, Enric —le dijo.

A Carlo le parecía surrealista decir adiós a Farré de esa forma, máxime por cómo habían cambiado las cosas. No quería hacerlo, pero tampoco daba crédito a lo que estaba sucediendo. Hizo un gesto impotente al darse cuenta de que se había quedado sin palabras.

—Márchate, Carlo —le pidió Farré—, márchate de aquí.

Él le había llenado de mierda por puro egoísmo. Él se había cargado esa relación. Una disculpa habría servido de poco.

—Adiós, Enric —dijo al fin.

Ferré se esforzó por parecer inmovible a medida que su amante caminaba junto a él sin detenerse e intentó no girar la cabeza. Al político se le había ocurrido que su indiferencia despertaría el espíritu penitente de Carlo, pero si tal espíritu habitaba en su interior estaba entumecido.

Lo dejó atrás sin inmutarse. Él mantuvo la vista fija en Darío. Poco después oyó el motor de su coche alejándose y el corazón le dio un vuelco. Se preguntó si volvería a verlo de nuevo, pero inmediatamente desechó ese pensamiento. Al menos, estaba a salvo.

—¿Ahora qué? —preguntó Farré—. Ya estamos usted y yo solos.

—El error que comete el ignorante —dijo Ginés impasible— es pensar que lo sabe todo.

—Estoy de acuerdo.

Darío trató de replicar, pero, sin darle tiempo a hacerlo, Farré sacó la pistola del bolsillo y apuntó hacia él.

—Firmeza, anticipación, suspicacia y mentira: estos principios nunca me han fallado —continuó Farré—. Son muy de mi estilo.

Ginés estaba convencido de que sus expectativas sobre la reacción de Farré se cumplirían con creces, de modo que sonrió con fingida naturalidad, como si no le importara mucho estar

encañonado. Era lo mínimo que hubiera esperado de él.

—Cabrón presuntuoso —susurró.

Farré continuó apuntándole con la pistola.

—¿De qué se ríe?

Él asintió, sin dejar de sonreír.

—De usted, Enric —dijo.

—¿Quién demonios eres? —Estaba nervioso, adiós a los formalismos.

El hombre se llevó la mano al bolsillo del pantalón, de donde sacó una fotografía que estaba doblada. La imagen de Catalina resplandecía como una bombilla. Se hizo el silencio. Contempló a su hija sonreír ante sus ojos; contempló a una niña amada y feliz como ella lo había sido. Un bonito recuerdo, grabado a fuego en su mente.

Durante unos instantes, Ginés se quedó paralizado, sin vida. El hombre tuvo que parpadear para recuperar la visión. Sin mediar explicación, le tendió la fotografía a Farré, quien la cogió con despreocupación y se inclinó ligeramente para estudiar la imagen. No la reconoció.

—¿A qué viene todo esto? —dijo el político—. ¿Quién es? —añadió mirándolo con una mueca recelosa.

—Es mi hija.

El hombre se puso la mano en el pecho, sobre el corazón.

—Era mi hija —continuó—, Catalina.

—De acuerdo —y antes de que Ginés tuviera tiempo de replicar añadió—: ¿Y qué tengo yo que ver con ella, por el amor de Dios?

—Catalina murió de cáncer —dijo Ginés—. Murió, sí.

Farré abrió los ojos de par en par y estiró los brazos a los lados como diciendo «qué quieres que te diga».

—¿Me culpas a mí de su muerte? —replicó Farré a gritos—. Cielos, ¡eres patético! Yo no tuve nada que...

Ginés le interrumpió señalándolo con su dedo índice:

—¡Tú la mataste!

—¿Qué?

—Fuiste tú —insistió.

Farré volvió a dirigir el cañón de la pistola hacia Ginés. La escena empezaba a parecerle divertida, claro indicio de que estaba harto de tanto parloteo intrascendente.

—¡Puto loco de mierda! —espetó—. Este montaje no tiene nada que ver con Químicas Ripoll. Nunca ha tenido nada que ver con la fábrica. Haces esto solo para vengarte de mí.

—No es venganza, sino un acto de justicia.

A saber de dónde salía aquella idea. No se lo esperaba. Sin embargo, Farré sabía qué hacer con ese tipo de advertencias. Pero no sabía todo lo que Ginés sabía. Brotó de repente un ataque nutrido de arrogancia.

—¿Qué te crees? ¿Que envenené su comida?, ¿que le inyecté un virus? Te equivocas. No tienes ni idea de cómo funcionan las cosas en el mundo real. A veces la gente enferma, a veces muere.

Así de simple. Quizá no quieras aceptarlo, pero no puedes responsabilizarme de la muerte de tu hija.

Aquel arrogante y anárquico político que desconocía las reglas, que no había hecho ningún bien al mundo había tenido que digerir que un don nadie cualquiera le culpara de la muerte de su hija. Y eso era más de lo que estaba dispuesto a admitir. De hecho, estaba convencido de su inocencia. Y esa era la razón por la que no podía salvarse.

—No te falta razón.

—¿Cómo? —preguntó Farré, frenético—. No sé por qué coño estamos aquí, pero no voy a consentir que me echés la culpa de esto.

—Sarah lo descubrió —susurró Ginés.

Farré notó que se le agarrotaban las entrañas al oír ese nombre. Le apetecía sacarle la verdad de la boca, pero lo haría por las malas.

—¡Maldita sea! ¿Por qué nombras a mi hija?

—Te olvidaste de ella. Te mostraste indiferente a sus sentimientos, minimizándolos, restándoles importancia. Tú no sabías quién era ella. Y por primera vez ella supo exactamente quién eras tú y lo que habías hecho.

Farré dio un paso adelante y apuntó a la cabeza de Ginés con la pistola.

—Cabrón —dijo apretando el frío cañón del arma contra la sien de Ginés—, ¡¿qué le hiciste a mi hija?!

—¿Le hablaste alguna vez del informe de Josep Miras? —repuso Ginés—. ¿Aquel informe que escondiste durante años? Igual te pareció una gran idea, pero no, no lo escondiste de todos. Ella lo descubrió.

Farré entrecerró los ojos con frialdad. Se quedó callado, sin creer ni una palabra. Después reaccionó.

—¡Se acabó! No vuelvas a hablar o te juro que...

—Ella sabía qué clase de hombre eres y te odiaba por ello.

—¡Mentira! Ella me quería.

—Ya no podrás saberlo. Pero hay otro abismo en tu vida en el que estás a punto de caer. Uno que ha madurado como la fruta.

Un momento, ¿cómo? Farré abrió la boca para hablar, para preguntarle a qué se refería o para decirle que se fuera a tomar por culo por hablarle de ese modo, pero no lo hizo porque se quedó mudo.

La farsa había llegado a su fin y había que poner todas las cartas sobre la mesa. La suspicacia, las excusas, los gritos eran inútiles. Catalina era una víctima más. Una esclava de la enfermedad que él mismo había ayudado a propagar. No podía aliviar el dolor que ella le había causado con su marcha. Farré le había arrebatado a su hija, dejando a Ginés sin nada.

Su carrera política, su prestigio y su fortuna dependían de ello. El político tuvo que mirar hacia otro lado y pasar por alto que las emisiones tóxicas de Químicas Ripoll, las terribles consecuencias para la salud de las personas de las que Josep Miras hablaba en su informe, eran

una realidad. Tuvo que ocultar la verdad. Tuvo que mentir, condenar a personas inocentes a una muerte horrible. Lo que fuera para salvar su reputación intachable.

Podría fingir que no tenía nada que ver con esas muertes. Sí, podría hacerlo. Olvidarse del duelo interno de Ginés y de todas las familias, del dolor por esas vidas perdidas, pero ya no importaba. Se había esforzado durante tanto tiempo en ser algo que no era que ahora no podía tirar la toalla. ¿Qué podría hacer? En serio, ¿qué? La suerte estaba echada.

Y sin temor, sin quererlo, empezó a apretar el gatillo.

—Adelante, Enric, dispara —le animó Ginés—. Dispara —repitió—. Disfruta de esa alegría, porque te queda poco tiempo.

El dedo de Farré continuó haciendo presión contra el gatillo. Quería hacerlo; de hecho, sabía que debía hacerlo.

—¡Ginés!

La voz desconcertada de un hombre se escuchó lejos, muy lejos.

Ginés fingió no darse por enterado y metió la mano en el bolsillo con actitud apagada y leve indiferencia. Farré miró hacia el final de la calle, de donde provenía la voz, y luego volvió su mirada hacia él. Ginés aprovechó la coyuntura para sacar del bolsillo un pequeño aparato electrónico, algo parecido a un mando a distancia de garaje, y cerró el puño derecho.

Sonrió como para indicar que no era nada importante, pero la expresión con que miró a Farré estaba tan llena de ansiedad como su corazón.

—¡Ginés! —se volvió a oír esa voz que lo llamaba desde atrás.

Farré, absorto en sus pensamientos, devorado por su creciente ira, intuyó la silueta oscura de un hombre que levantaba los brazos al cielo.

El político buscó el origen de los gritos. Entonces lo vio y se quedó atónito. David Terror estaba de pie y gritaba, con los pies bien plantados y la mirada atenta, a unos cien metros de distancia, llamando a Ginés. Estaba en la parte más alejada de la calle, junto a una verja de acero. Solo un suave susurro llegaba hasta donde estaban ellos.

—¡Detente, Ginés! No lo hagas —suplicó Terror.

Ginés estaba inmóvil, con la vista fija en Farré; estudiaba la situación. Un tosco y polvoriento edificio abandonado se alzaba a su izquierda; el resto de los bloques se emplazaban lejos. La furgoneta estaba aparcada de forma estratégica para evitar daños colaterales. Después miró a Terror, entornó los ojos e intentó calcular la distancia exacta que aún le separaba de él. Supo que su querido amigo estaba a salvo de la explosión. Ginés fue abriendo los dedos mientras Farré torcía el gesto. Sobre la palma de su mano quedó visible un pequeño artefacto electrónico que emitió un tintineo armonioso en aquel infausto silencio. El político bajó la pistola.

Ahí estaba. Él quería prolongar la agonía de Ginés, pero, al parecer, este no compartía los mismos sentimientos. Creía que había ganado, que todo había terminado. Pero ni siquiera se le había ocurrido pensar que, en realidad, reunirse con ese loco podría suponer otra cosa. El desconcierto y el miedo se apoderaron de Farré mientras trataba de entender lo que sucedía, la urgencia y desesperación en las palabras de Terror.

Miró a Ginés, que permanecía inmovible. Él no tenía ninguna respuesta que darle.

Contempló la fábrica que estaba a su lado. Apreció el humo implacable que la alta chimenea arrojaba a un lado sin pensarlo siquiera. Una humareda que había destrozado con eficiencia la vida de los habitantes del barrio como el que sacude una piñata. Y vio la furgoneta.

Cargada hasta arriba de algo, con la suspensión cerca de sus topes.

Pero no había nada que preguntar. La solución estaba allí.

Farré estaba azorado y aturdido como para sentirse decepcionado consigo mismo. Había estado tan seguro que ni siquiera había pensado en lo que ocurriría si se equivocaba. Ginés lo miró sin temor alguno. Contempló su regocijo mientras los ojos del político se abrían con un salvaje destello de profunda y terrible comprensión. Esa contemplación le bastó para tener la certeza, por primera y última vez, de que estaba a punto de pagar por todos sus pecados. En ese preciso instante, Farré supo que iba a morir.

Ginés puso el dedo sobre el botón del detonador. Farré levantó la pistola, tembloroso, pero no tuvo fuerzas para disparar. Hacía falta más valor para disparar del que tenía. Ahora Farré descubría una nueva faceta de él: era un miserable cobarde. A Ginés no le tembló el pulso.

Pulsó el botón con fuerza.

La señal eléctrica procedente del detonar salió disparada a la velocidad del rayo. Tardó milisegundos en llegar a los bidones de ANFO aluminizado.

Antes de que pudiera maldecir a ese hombre, antes incluso de que, en un primigenio intento por sobrevivir, su voluntad pusiera en marcha los músculos de la boca, la presión de la explosión hizo que Enric Farré y Ginés López salieran volando por los aires.



A pesar de la considerable distancia que le separaba de la furgoneta, la onda expansiva hizo saltar a Terror y lo catapultó unos metros hacia atrás. El pertinaz abogado cayó en el suelo de cemento dándose un buen trompazo, como si un poder superior le hubiese derribado.

Allí estaba, acostado de espaldas, tendido sin movimiento, sin sentidos. Y si los tenía estaban defectuosos. David Terror, ensordecido por su propio sufrimiento y confundido, no oía, no veía, no hablaba. Estar en ese estado era como hallarse en una versión alternativa de su propia vida. El mundo a su alrededor se había quedado dormido, silencioso. Tal vez era hora de confesar sus pecados y sus fracasos, puede que le sirviera de algo allí donde fuera. En silencio, movió la cabeza.

Aspiró el fétido olor a amoníaco y a azufre procedente de la liberación de los gases tóxicos y el polvo y, en medio de la oscuridad, solo vio una densa nube negra que dejaba filtrar la luz opalina del cielo. Entonces, de repente, sintió un estremecimiento y supo que no estaba muerto. Sus pensamientos, una matriz que lo había guiado siempre, seguían fluyendo.

Terror trató de aparentar indiferencia. Se incorporó con una expresión de perplejidad en el rostro y se sacudió el polvo con las manos entumecidas. Paseó la mirada por el montón de escombros y objetos desperdigados por doquier, que habían convertido la zona en un lugar irreconocible.

El cuerpo le dolía, estaba débil y sentía molestias, por lo que se movió poco a poco hasta que las articulaciones recobraron la movilidad. Se sentía un poco menos aturdido. Se frotó la mandíbula, dolorida, ensangrentada y rígida como si fuera la de un autómata oxidado. De acuerdo, no tenía ningún hueso roto, solo algunos cortes y moratones, que para el caso era increíble.

La explosión había cumplido su propósito: hubo una deflagración que inundó de fuego una gran parte de la fábrica, que destruyó almacenes, silos, la chimenea y maquinaria muy valiosa. Los trabajadores corrían como locos.

Tierra, cascotes, ladrillos enteros se estaban desprendiendo del distante edificio de oficinas que todavía se mantenía en pie a pesar de la virulencia de la explosión. Se dio cuenta de que varios curiosos hacían gestos frenéticos desde el otro lado de la calle y agitó los brazos para alejarlos. A Enric Farré y a Ginés, obviamente, no hizo falta.

Conservaba intacta parte de su vestimenta, pero el aire caliente le punzaba la piel como infinitas brasas ardientes. Cuando respiraba, gases asfixiantes penetraban en su garganta y sintió tal amargura seca y ardiente que le impedía tragar saliva. Ese aire polvoriento y enrarecido que lo rodeaba penetró en sus pulmones como un tapón asfixiante.

Se agachó para rebuscar con las manos en el suelo y encontró un palo que había sido arrojado a su lado, como un gato que juguetea con un ovillo de lana, y era lo bastante sólido. Se apoyó en él mientras su cabeza y su imaginación daban vueltas en un círculo vicioso.

Darío el Grande había cumplido su promesa. Había recogido el testigo y pasado a primer término, como un tiburón enfurecido que se lanza sobre su presa desde las profundidades del océano.

Ginés López llevaba más tiempo que nadie buscando venganza, pensó. Ese papel era suyo, esa victoria era suya y de nadie más.

Capítulo 30

Accedieron con dificultad al interior de la instalación. El aire húmedo se tornó viciado contra la cara de Terror; olía a humo rancio y sulfuro, un fuerte hedor a productos químicos. Pepa Moreno cruzó el amplio aparcamiento y se asomó a echar un vistazo a la parte interior de una de las pocas naves que quedaban en pie. Una estrecha franja de tejado corría unos quince metros por encima, estaba en precario equilibrio y podría caer en cualquier momento. El ayuntamiento había decidido derribarlo todo porque querían dar ejemplo y desterrar el recuerdo de la fábrica de la mente de los que allí moraban.

Habían pasado dos días desde la explosión y el barrio de La Mina estaba de nuevo en el candelero. Su popularidad seguía siendo baja, por no decir pésima, y lo último que necesitaba para su recuperación era estar en boca de todos. A pesar de ello, se había ganado el derecho a ser reconocido como un hogar para supervivientes. Aquel mito operante de la droga y la pobreza había perdido la batalla contra la superación y la persistencia. La guerra contra Químicas Ripoll había terminado.

Terror suspiró entre dientes. Deslizarse sobre una zona catastrófica no era una de las actividades que le entusiasmaban. Soltó un gemido al pisar sobre cristales rotos y, sin prestar la más mínima atención al peligro, se abrió la corbata para poder respirar mejor. Después se detuvo, como si quisiera dar marcha atrás. Pero al final continuó. Cuando se situó junto a la inspectora, era un torrente de adrenalina.

Pepa asintió con un gesto y ambos se dirigieron hacia la entrada trasera. La enorme parcela se extendía ante ellos y el humilde barrio; salpicado de policías, curiosos dispersos por los alrededores y una multitud de periodistas de plantón al otro lado del perímetro cercado. La calle estaba abarrotada de vehículos: máquinas excavadoras, camiones que iban y venían efectuando el desescombrado, ambulancias, una furgoneta de la Policía Científica y coches patrulla. Bomberos y un grupo de técnicos en explosivos se dedicaban a examinar el escenario del atentado.

—Espero que no piensen construir un parque aquí —le susurró a Pepa.

—Me alegra saber que no has perdido tu sentido del humor a pesar de que podrías haber muerto —comentó ella.

—¿Sospecho que podrías haber estado preocupada por mí?

Pepa sonrió y dijo:

—No lo he dicho tan claro, pero supongo que sí.

Terror y Pepa intercambiaron una mirada.

—Lo siento por Ginés López —admitió Terror—. Me caía bien. Me gustaba charlar con él. No estoy a favor de lo que ha hecho, pero no le culpo. Perder así a su única hija, su único consuelo,

puede trastocar a cualquiera.

—No lo dudo. Pero parece que ese hombre estaba bastante cuerdo.

Para la mayor parte de los vecinos del barrio, la historia era la misma que la de antes, pero para otros era muy distinta. Aquel día, el día que Ginés López decidió que él y Enric Farré recorrieran juntos el camino hacia la luz cegadora, la vida de algunos había dejado de agrietarse. La suerte, el destino o quizá la minuciosa planificación de Ginés, quiso que tan solo tuvieran que lamentarse pérdidas materiales. Farré estaba muerto. Ginés estaba muerto. Carles Montoliu, detenido por su participación en la trama de sobornos. Los documentos encontrados en casa de Farré fueron los clavos de su cruz. Había escapado de una muerte espantosa, pero no iba a escapar de la cárcel.

—Supongo que estabas en lo cierto cuando me dijiste que Hugo no tenía nada que ver con el asesinato de Adriá —reconoció Pepa—. La Policía Científica también lo cree.

—Eso suena muy revelador.

La inspectora asintió y dijo:

—Así es. La llamada que recibió Adriá la noche que lo mataron procedía de Enric Farré y fue con él con quien se citó en el vertedero. Sabemos que podría haber estado utilizando al chico para encubrir sus trapos sucios. Tal vez lo mató porque sabía demasiado. Sería una buena razón para hacerlo. No podemos demostrarlo, pero, desde luego, eso explicaría por qué las huellas de Farré estaban también en el arma homicida.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó Terror—. ¿Te preocupas por mí a estas alturas de la película?, ¿y ahora me das la razón?

Pepa ladeó un poco la cabeza.

—Tanto subterfugio, ¿con qué objetivo? —continuó él.

—Tienes razón, David. Tienes toda la razón. Algo pasa.

Sabía a qué se refería. Ninguno de los dos lo había mencionado, pero ambos pensaban lo mismo. Ginés López era Darío el Grande, cierto, pero el juicio por asesinato no había concluido.

—Hay un problema con Hugo —continuó la inspectora con un gesto de incomodidad en el rostro.

—Claro —dijo Terror—, la letra pequeña y todo eso.

—Déjame explicártelo —dijo ella—. Me encuentro sometida a cierta presión en lo que concierne a resolver el caso de Sarah Farré.

—Sí, lo sé.

Un abogado combativo en la posición de Terror habría saltado a la yugular de cualquiera que insinuara tal cosa, pero en esta ocasión estaba decidido a seguir hasta el final. Conocía las reglas del juego y lo jugaba bien.

—Pensé que quizá podría demostrar que Darío el Grande había asesinado a Sarah —no estaba en concreto segura de cómo se tomaría aquello Terror, pero decidió seguir adelante de todas formas—, ya fuera, como era de esperar, una simple venganza contra su padre o incluso un modo de evitar ser desenmascarado en caso de que ella lo hubiera descubierto. Sin embargo, ahora

sabemos que Ginés López era Darío el Grande y, según nuestras averiguaciones, es imposible que cometiera ese crimen.

—Ginés no mató a Sarah —confirmó Terror—. Soy consciente de ello.

—¿No tienes ninguna reserva acerca de su culpabilidad?

Terror no dudó. Sabía que Pepa estaba en lo cierto. Sabía que Ginés no tenía nada que ver con el asesinato de Sarah. No era la clase de persona que cose a puñaladas a una joven inocente.

—Sé a qué te refieres, Pepa —dijo él—. Debo ser capaz de anticipar cualquier posible obstáculo antes de que aparezca. Ginés estuvo trabajando en el Hotel Princesa la noche que mataron a Sarah. No voy a entrar en detalles, pues supongo que tú ya lo sabes.

—Así es —ratificó ella—. El gerente del hotel y un camarero lo han corroborado y también que se marchó a las ocho de la mañana a casa. Es imposible estar en dos sitios a la vez.

—Eso parece —dijo Terror.

—Entonces, ya sabes adónde quiero llegar, ¿verdad?

Terror había palidecido.

—Eso creo.

—Como de costumbre, la historia se repite. Existen dos explicaciones posibles para el asesinato de Sarah y solo dos.

Hubo una pausa. Después, Terror chasqueó la lengua para mostrar su desaprobación con aquellas últimas palabras de la inspectora y dijo:

—¿Y esas explicaciones son?

—La primera tiene que ver con la pelea entre Hugo y Sarah. Los celos parecen haber sido la causa; ella mantenía una relación secreta con Oliver. Y luego aparece muerta. Mi preferida desde el principio. La segunda tiene que ver con Oliver, el tercero en discordia. No tiene un móvil claro, pero Sarah estaba embarazada y cualquier de los dos podría ser el padre. No es un motivo suficiente para matarla. Pero él ha reconocido que estuvo en su casa la noche del asesinato. Y tenemos el colgante y su ropa manchada de sangre.

—Bueno, eso en cuanto a ellos dos —dijo—. ¿Qué hay de Adriá?

—No sé. Así que ¿él ha tenido algo que ver en esto?

—Según parece, Adriá estuvo siguiendo a Sarah durante algún tiempo y la vio marcharse esa noche del barrio de La Mina —dijo Terror— después de la pelea con Hugo. Y ella seguía con vida. Puede que viera algo.

Pepa no mordió el anzuelo.

—Ese pobre chaval está muerto, David —señaló Pepa—. No creo que pueda contarnos mucho.

Terror titubeó, perplejo.

—Supongo que di por sentado. ¿Insinúas que no lo has contemplado?

—Sabes que no puedo descartar ninguna posibilidad —dijo Pepa—. Pero Hugo era el que tenía un motivo más claro para hacerlo.

—O bien pudo ser otro, porque hubo quien estuvo en casa de Sarah esa noche —argumentó él—. Tú misma lo has dicho.

—Sí, esa posibilidad también existe. —Terror captó un ligero fulgor en los ojos de ella—. No

quiero discutir contigo, pero he pensado que deberías saber que no pienso abandonar el caso. Me tomo mi trabajo muy en serio y en estos momentos considerar a Hugo como principal sospechoso es una de las condiciones para conservar mi empleo. No voy a dejar que lo que le han hecho a esa pobre chica quede impune.

—Desde luego. Nunca te he pedido que lo hicieras —replicó Terror.

—Naturalmente, lo que ha ocurrido entre nosotros es otra cuestión —dijo ella.

—Por supuesto, ese asunto hay que dejarlo al margen —observó él.

—Bueno —declaró Pepa. Se acarició la mejilla, cavilando—, no, no, no puedo ir por ahí prediciendo el futuro. No sería correcto. Tampoco sé si fue Hugo o no, pero lo que sí sé a ciencia cierta es que este asunto puede prolongarse meses o años. Y es posible que al final no llegue a ninguna parte.

—¿Crees que la causa podría llegar a archivarse?

—Claro. Lo que ha ocurrido es muuuuy raro y han entrado en la ecuación otros factores que no fueron tenidos en cuenta, si mal no recuerdo, lo cual es..., bueno, algo que puede decantar la balanza en ese sentido.

Los ojos de Terror habían recuperado el brillo de un depredador.

—Bien, vale. No preguntes demasiado, Pepa. Es mejor no remover la mierda. —Terror pronunció esa obscenidad con sequedad—. Hasta donde tú sabes, Oliver sigue desaparecido. Te diré algo extraoficialmente —dijo—, sé dónde está.

—¿Cómo?

—He hablado con él —desveló Terror.

Pepa dejó escapar un hondo suspiro de frustración. Así pues, teniendo en cuenta lo que se estaba cocinando allí, el misterio le recomía por dentro.

—Una pequeña explicación vendría de fábula. Gracias. —La cara de confusión de la inspectora no dejaba lugar a dudas—. Por cierto, la «mierda» a la que haces referencia puede ser clave. Fundamental, incluso.

—Escucha, seré sincero contigo. —Terror respiró hondo—. Sé que a veces soy un poco raro y un tanto gilipollas, pero no preguntes. Ahora no te diré nada más; hay cosas que no son fáciles de explicar.

—Pero-pero no puedes pedirme eso ni por asomo.

—Pepa, solo te pido que confíes en mí. Conozco tu punto de vista y te equivocas. Hugo no mató a Sarah y Oliver tampoco. No eran más que tres jóvenes atrapados en un tórrido triángulo amoroso.

—Esos juegos amorosos pueden confundir a cualquiera.

—No lo dudo. Solo que... —se interrumpió y meneó la cabeza— eso no significa que sea la razón por la que mataron a Sarah.

—Mira, lo siento, ¿vale? No todo tiene que salir como tú esperas. O fue Hugo, o fue Oliver. Solo ellos estaban al tanto de lo que ocurría.

Terror notó lo nerviosa que estaba Pepa.

—No y no. Y había más gente que lo sabía. —Miró a la inspectora con expresión inquisitiva—.

Eres consciente de ello, ¿verdad?

Ella asintió con expresión pensativa. Tras el lapsus mental, reaccionó:

—Pero ¿qué coño? David, ¿estás hablando de Carla Martí?

—Sí, así es. Fue a Carla a la única persona a la que llamó Sarah el día que la asesinaron. ¿Te has preguntado por qué? —dijo—. Esa chica sí lo sabía. Sabía que algo pasaba. Por eso estuvo con ellos en el barrio de La Mina.



Visitar de nuevo la Universidad de Barcelona se había convertido en algo rutinario para él. Cuando algunos estudiantes se pusieron en fila para regresar a sus aulas, Terror recordó sus años mozos en aquel internado en Orihuela. Le pareció retroceder en el tiempo, guardaba un entrañable recuerdo y sentimiento. Nudos emocionales de los que Terror no había sido consciente se deshicieron en su mente mientras inhalaba el aire húmedo, acumulado a lo largo de años en los anchos muros de piedra, y absorbía las distintas imágenes y sonidos subliminales del trasiego estudiantil.

Terror esperaba que Roger Martí estuviera en su opulento despacho, pero lo encontró sentado en un viejo banco de madera en el claustro. Parecía preocupado. El catedrático le devolvió el saludo y Terror se sentó a su lado.

—Hola, Roger.

Roger observó a Terror.

—No lo dije la última vez que casi te atropellan, pero me alegro de que estés bien —le dijo al fin, tras un silencio que se prolongó largo rato.

—Gracias, Roger. Ha sido un maldito infierno, de verdad. Supongo que he tenido suerte.

—Yo no creo que la suerte tenga nada que ver, David.

Hubo una pausa, que duró apenas un segundo, y entonces Terror dijo:

—¿Cómo está Carla?

—Algo mejor, diría yo —dijo Roger—. Aunque no sé qué pasa por la cabeza de los jóvenes de hoy en día.

—Ya. En eso tienes razón —convino Terror.

El silencio se instaló de nuevo entre los dos. Terror lo observaba, sus ojos expresaban sentimientos encontrados, no solo preocupación. Terror no parecía especialmente contento de estar allí. Parecía, sobre todo, enfadado. Estaba enfadado por todo lo que había sufrido Hugo. Enfadado por la muerte de Sarah, por la pérdida de un amigo y por otras tantas vidas truncadas. Enfadado por la obstinación de algunos, la avaricia, la mentira y la injusticia.

—¿Conocías a Ginés López? —le preguntó a Roger.

—No. No sabía quién era. Ni siquiera me sonaba.

Terror frunció el ceño. Qué raro.

—¿Conocías a su hija, Catalina?

—De vista, como ella a mí. Nunca nos presentaron.

—Yo sí conocía a Ginés, era un buen hombre.

—Bueno —dijo Roger y resopló por la nariz—, vaya por Dios, ¿cómo puedes decir eso?

—Es irónico, pero es verdad. A veces las circunstancias pueden llevar a la buena gente a cometer los actos más atroces —contestó Terrorer.

La expresión de Roger volvió a alejarse y guardó silencio.

—No me puedo ni imaginar cómo debió de sentirse Ginés después de saber que Enric Farré había ocultado pruebas que podrían haber salvado la vida de su hija y de otras muchas personas —continuó Terrorer—. Farré conocía el drama de esas familias de La Mina, ¿no es así? Sabía perfectamente lo que estaba sucediendo. Esa lenta agonía antes de una horrible muerte.

—Claro —convino Roger—, intervino en el juicio.

—Qué espeluznante —dijo Terrorer—. Me pregunto si Farré era siquiera humano o una especie de jodido robot sin sentimientos o peor. Ni siquiera le importaba que estuvieran matando a esa gente. No hizo nada. Y luego pagó por ello, no sé si me entiendes.

—Ya lo sé. Increíble pero cierto.

—Créeme que sigo sin entenderlo —reconoció Terrorer—. Era como si Farré estuviera atrapado, aunque ¿quién iba a juzgarlo? No lo sabía nadie. Estaba a salvo. Tal vez sea una tontería, pero pensé que a lo mejor la verdad dolía. Sin embargo, nada duele más que tener que vivir en una farsa.

Roger tenía la mirada perdida, como si estuviera muy lejos, a un millón de kilómetros de distancia.

—Se comienza con una mentira y luego otra —continuó Terrorer—. De repente, te das cuenta de que necesitas otra más para poder seguir adelante y así, sin darte cuenta, vas tejiendo una red en la que luego terminas atrapado.

—Es verdad —admitió Roger sin mucho convencimiento.

—Me refiero a que cuesta abandonar las costumbres de toda la vida.

Roger no pilló la ironía y asintió con frialdad, se incorporó y se ajustó los puños de la chaqueta.

—David —señaló con un dedo su reloj de pulsera—, siento no poder quedarme a hablar contigo de tus monsergas legales y de Enric Farré. Yo tampoco soportaba a ese hombre, pero tengo que dar una clase.

Roger iba a levantarse, pero Terrorer le sujetó por la muñeca.

—Siempre pensé que Josep Miras era la clave —dijo Terrorer—. Parecía tener la respuesta, ese inconformista creía en lo que decía. Pero parece ser que no tenía ni idea de con quién se había metido.

—Supongo. —Roger hizo una pausa—. Algunos dicen que fue alguien de Químicas Ripoll quien lo mató.

—Por supuesto —aceptó Terrorer—, nadie queda excluido. Pero no los veo ensuciándose las manos. No creo que fuera alguien de dentro, pero estoy convencido de que fue alguien de su entorno; algún socio, posiblemente. Comprobé las finanzas de Farré. Estuvo en nómina desde el principio.

—Tenían comprado a todo el mundo. Pudo ser cualquiera.

—Sí, así es —convino Terrorer—. Farré les había otorgado los permisos y estaba metido de lleno

en el juego. No podía permitir que Josep Miras participara en el pleito porque sabía que su informe condenaría a Químicas Ripoll. Y si ellos caían, caía él. Pero a ti no te tenían comprado, Roger. Sin embargo, hay algo que no consigo entender. Algo que no cuadra. ¿Por qué no pediste otro informe? El juez lo habría autorizado.

La pregunta flotó en el aire frío de la universidad. Por un momento, Roger pareció inmutarse, pero después contestó sin más.

—Me cuesta creer que Josep Miras llegara a una conclusión definitiva —aseveró Roger—. Nadie lo tomaba en serio, aunque era una posibilidad.

—Lo ves, ¿verdad? La posibilidad existía.

—Supongo que sí.

De repente, Terror soltó una breve y amarga carcajada.

—Confieso que no puedo entender la situación. No puedo entender cómo un político como Farré hizo semejante esfuerzo para quitar de en medio a Josep Miras para arriesgarse a que la asociación a la que tú representabas solicitara otro informe —explicó—. No creo que se arriesgara, a menos que...

Roger terminó la frase con firmeza:

—A menos que no hubiera nada que informar.

—¿No sentiste ni una pizca de curiosidad?

—No. ¿Por qué iba a sentirla?

—Viste cómo desaparecía Miras y lo que decía. Ahí había algo.

—La vida es así. Siempre hay gente que cree tener la solución para todo. Pero eso no significa que merezca la pena alentar con falsas esperanzas a esas familias, con la situación traumática que estaban atravesando.

—Es posible —sonrió irónico—, pero hay otra cosa que me intriga.

Terror intentaba llegar a algún sitio, pero, como era habitual, sin prisa.

—¿Otra? ¿Cuál?

—La nota que te envió Darío el Grande.

—Dime adónde quieres llegar, porque estoy empezando a hartarme.

—A esto quiero llegar: a que tú no eras su enemigo —explicó Terror—. No tiene sentido que te amenazara si estabas en el mismo bando. No tiene sentido que dijera que no habías conseguido nada. Tampoco lo tiene el hecho de que condenara a muerte a Carla en esa nota. Te das cuenta, ¿no?

Roger lo miró con expresión curiosa.

—¿Cómo sabes todo eso?

—Pepa Moreno me lo dijo.

Roger frunció el ceño y susurró:

—¿Antes o después de que os acostarais?

Terror negaba con la cabeza.

—Creo que Ginés nombró a Carla por un motivo.

Roger vaciló.

—Bueno, a lo mejor sabía que Carla y Sarah eran amigas —apuntó Roger—. Ya sabes —Terrer lo miró con sequedad. Roger continuó—, tal vez tenía esa información. ¿No te has parado a pensarlo?

—No fue por eso. Sarah le pidió a Carla que mantuviera su amistad en secreto y no se lo contara a nadie. No hay forma de que Ginés lo supiera.

—¿Qué más da lo que dijera ese loco en la nota? —espetó Roger—. Si de verdad me quería meter miedo, lo consiguió.

Terrer le puso una mano en el hombro.

—Sé lo duro que es, Roger. Yo también siento lo mismo por Hugo. Si algo va mal, surge ese instinto básico. Entiendo que impidieras que Carla hablara con la policía de lo que Sarah le había contado. Por eso le advertiste a tu hija que guardara silencio acerca de la llamada que recibió de ella el día que la asesinaron. No querías exponerla.

El catedrático hizo un gesto de asentimiento.

—Sí, así fue. —Roger se mordió el labio inferior y le brillaron los ojos.

—Quizá. Sí, quizá sea esa la explicación, lo sabremos pronto. Supongo que hay gente que diría que es así. Pero ahora sabemos que Ginés López no era la clase de hombre que planea a sangre fría el asesinato de una chica joven e inocente. La policía ha llegado a la conclusión de que él no mató a Sarah. Y tampoco le hubiera hecho ningún daño a Carla.

—Pero la nombró en su nota. Venga, dime, ¿por qué lo hizo?

—Muy sencillo, intentaba decirte que sabía lo que habías hecho. De algún modo, lo averiguó. —Terrer miró a Roger con dureza.

—¿Qué insinúas, David? —preguntó, aunque fue consciente de que su rostro delataba la impresión que sentía.

—Digo que lo que pasó en el barrio de La Mina esa noche: la pelea entre Hugo y Sarah. Aquella fue tu gran oportunidad.

—Esto es de locos.

—¿Tú crees? ¡Esto no tiene nada que ver con lo que hizo Ginés López! —exclamó Terrer, que notó que pisaba arenas movedizas—. Esto va de lo que Sarah le contó a Carla. Lo que le contó sobre su padre. Ese tipo de cosas. O, más bien, lo que Sarah le iba a entregar a tu hija esa noche en el barrio de La Mina. Una documentación que ella debía entregarte después a ti, ajena a cómo te iba a afectar.

—¿Y qué hice yo? ¿Te crees que se lo impedí?

—Sí, creo que sí. Pero luego debiste de pensar que se había presentado tu ocasión. Y la dejaste marchar. Tú no piensas como los demás, Roger. No aprendiste lo que sabes a base de desperdiciar las oportunidades —explicó Terrer mientras lo miraba fijamente a los ojos—. Sarah fue muy ingenua al pensar que podía contar con tu ayuda. Llevaba mucho tiempo planeando todo aquello, reuniendo las piezas que necesitaba. Pensó que si delataba a su propio padre, al corrupto Enric Farré, iba a cambiar el destino de la gente de La Mina. Pero no tenía ni idea de que se había equivocado de aliado.

Roger mostró indiferencia y guardó silencio.

—Roger —prosiguió Terror—, tú sabes que estuvo muy mal lo que hiciste, ¿verdad?

—¿Qué dices? —preguntó indignado y repitió aún más alto—: ¿Qué coño dices?

—¡Escúchame! —le gritó Terror—. No hace falta fingir más. Tuviste miedo de que Sarah te descubriera. ¡Fuiste a su casa esa noche y la mataste!

—¿Que la maté? ¿Y en qué te basas? —dijo Roger enfurecido.

—Carla te contó que Sarah se había peleado con Hugo —añadió— y eso era lo que necesitabas. Había mucho por hacer y poco tiempo disponible. Tenías que actuar antes de que la ventana de oportunidad se cerrara y no volviera a aparecer. Todos los elementos de tu plan se combinaron entre sí a la perfección. Pensaste que nadie lo sabría jamás. Y decidiste matarla. Sarah se había convertido en un perro rabioso que debía ser eliminado. No podías permitir que le contara a nadie lo que había averiguado de su padre, porque eso implicaba un grave problema para ti.

—¿Para mí? —preguntó Roger con escalofriante mirada.

—Siempre había creído que Farré se había limitado a silenciar a Josep Miras. Era un inconformista, pero ese tipo iba en serio. Da un poco de pena, la verdad. Pero Farré también averiguó muchas cosas, que ahora sabemos, de gente a la que chantajeaba y que estaban desesperados. Hay que andarse con ojo con los desesperados, son capaces de hacer cualquier cosa; entonces es cuando llegan los problemas. Y ahí es donde encajas tú, Roger. Farré no se encargó tan solo de silenciar al pobre Josep Miras, también se encargó de silenciarte a ti —declaró Terror.

Roger negó con la cabeza.

—Es típico de un abogado pensar algo así. Justo cuando tu cliente está acabado, cambias el rumbo y te crees indomable. Ten cuidado.

—La gente no me contrata porque sea duro de pelar, lo hacen por los detalles. Como siempre, el diablo está en los detalles, Roger, y de estos te deberías haber encargado mejor. Después de que ese cabroncete disidente de Miras desapareciera, otro tendría que trazar la ruta, pero eso no era un problema porque sabían a quién acudir. Ya no importaba, porque hiciste un trato y la demanda se archivó. Lo único que tenías que hacer era dejar las cosas como estaban. Todos lo entenderían, nadie te cuestionaría.

—Desde luego es una historia muy entretenida, pero ¿cómo ayudará eso a Hugo?, ¿o cómo piensas probar que asesiné a Sarah?

Era el momento para que sucediese algo importante. El adecuado, pero tal vez fuese el único en el que podría haber sucedido.

—Sé que fuiste tú el responsable de que muriera toda esa gente en el Hospital de San Carlos, Roger. Treinta y dos personas inocentes.

Roger Martí se quedó petrificado. Su expresión no requería palabras. Su superioridad intelectual acababa de convertirse en irrelevante. Él lo sabía, así como que Terror había logrado destapar su mascarada.

—¿Acaso no fuiste tú el ingeniero encargado de las reparaciones en el hospital? —continuó Terror, mirándolo con fijeza—. ¿El responsable del programa de inspecciones? Se trataba de una

reparación rutinaria, solo que, en este caso, desviaste los fondos a tu propio bolsillo. Emitiste la aprobación sin ni tan siquiera revisar la instalación de gas. Así que tres semanas después de acabar la rehabilitación pasó: «una inexplicable fuga».

—No sabes lo que dices, ¿me oyes? —dijo Roger. Sus manos se retorcían impotentes bajo su pesada carga.

—Deberías haber ido a la cárcel —Roger absorbía esas duras palabras mientras una oleada de angustia lo embargaba—, pero encubriste el desastre y saliste indemne. Y Enric Farré se enteró. Tu culpabilidad era su mejor baza. Debiste de pasar un mal rato cuando fue a verte y te dijo lo que había averiguado sobre ti, ¿no? Si no hacías lo que él te pedía, tu vida entera se iría a la mierda: tu trabajo, tu reputación, tu familia. La gente sabría la clase de hombre que eres en realidad, incluida tu hija.

—¡Eso son calumnias! —declaró Roger con sequedad—. No puedes probarlo. Es imposible. ¡Enric Farré está muerto! Volatilizado.

—La policía halló datos muy valiosos en su despacho. Sí, así es. Una documentación completa. ¿Creías que no iban a registrar su casa?, ¿que él no guardaría una copia de todo? Era su póliza de seguros.

—Oh, ¡no! No creas que puedes engañarme, no.

Roger se puso en pie y se detuvo al ver acercarse a una mujer. Era Pepa Moreno, seguida por varios agentes de policía. Roger se preguntó qué querría. Pero ella se quedó parada un largo rato; esperaba algo.

Terrer movió la cabeza en un gesto negativo.

—Creo que es mejor que vuelvas a sentarte —le dijo a Roger.

Por sorprendente que fuera, le hizo caso y se sentó de nuevo.

—¿Qué está pasando?

—No actúes como si no lo supieras —repuso Terrer—. He visto la documentación, Roger. El hombre es un animal muy predecible. Tiene la necesidad primordial de sobrevivir, avanzar con tal de no quedarse atrás. Pero hay unos límites, un límite moral; pero no para un monstruo como tú. ¿Cómo puedes vivir con eso, sabiendo lo que le hiciste a Sarah?, ¿sabiendo lo que le hiciste a toda esa gente que murió en el hospital?

Para Roger era extraño y terrible aceptar que aquello no fuera fruto de su imaginación. Sus dedos se entrelazaban dolorosamente en sus manos.

—Ya basta —dijo, sin aliento.

—No he terminado contigo —le aseguró Terrer—. Sí, he sostenido una interesante conversación con alguien que conoces bien. Alguien que reconoció tu voz detrás de la puerta mientras te reunías con el presidente de Químicas Ripoll y que le ha contado cosas muy interesantes a la policía.

De repente, el tiempo se detuvo, la escena se cristalizó como por arte de magia. Oliver acababa de hacer acto de presencia acompañado por Hugo, que caminaba a su derecha, y por Carla, situada a su izquierda.

La extraña serenidad que mostró ese joven, esa omnipotente sensación de seguridad, gozo y

resarcimiento hizo que Roger se estremeciera en su interior y los pelos de los brazos se le pusieran en punta por el miedo.

Oliver avanzó y dejó que la luz del sol le diese de lleno en el rostro amoratado. Estaba de vuelta. Se sentía como si hubiera vuelto a nacer.

Le explicó a Pepa Moreno lo que había escuchado en la fábrica y lo de la llamada anónima del «supuesto» asesino de Sarah. Oliver le contó que su amigo Adriá se disponía a grabar el momento en que se subió al coche con Roger. Le contó cómo el catedrático le había golpeado en la cabeza y cómo lo secuestró después. Y cómo había escapado de milagro.

Carla alzó la vista, temblando, y empezó a sollozar como si el corazón estuviera a punto de partirse. Lo que estaba ocurriendo podría parecer imposible, pero era real. Muy real. Iban a detener a su padre.

Terrer interrumpió el trance con un carraspeo y le dijo:

—Oliver ha venido, por supuesto. No te lo esperabas, ¿verdad?

Roger cerró los ojos y se dejó embargar por la desesperación, ya no podía resistir más. Sabía que el fin había llegado. Todo había acabado para él. Era tan grande el peso que oprimía su corazón que se echó a llorar desconsolado, allí sentado, con las manos en la cara.

Terrer quería dejar ahí el asunto, pero le era imposible. No sabía qué se lo impedía. Sarah, con toda probabilidad. Era hora de ir al grano, de que Roger comenzara a confesar los crímenes que había cometido. Era hora de dar el golpe de gracia.

—Es irónico pensar que Farré, al presionarte para que traicionaras a esas familias del barrio de La Mina, de manera inconsciente, fue cómplice del asesinato de su propia hija —le explicó. Roger alzó la vista—. Al principio, tuve una sensación vaga e imprecisa. Parecía que fuera donde fuera y hablara con quien hablara el nombre de Hugo siempre salía a relucir. Volvía una y otra vez al punto de partida. Pero luego comprendí que solo podría haber un culpable. Solo uno. Sarah tenía un único enemigo. Y ese, Roger, eras tú.

En un momentáneo arranque de desesperación, la voz desgarrada de Carla sorprendió a los presentes.

—¿Cómo pudiste hacer algo tan horrible, papá?

Roger comenzó a percibir cómo el mundo entero se desmoronaba a su alrededor, oscureciéndose. Oh, ¡no! Qué sensación más extraña. «Bueno, me habéis descubierto. Fui yo. Haced conmigo lo que queráis», se dijo.

Tenía que abrazar a su hija, aprovechar la última oportunidad para estrecharla entre sus brazos con fuerza, cuando, de repente, notó la aversión en sus ojos, como si Carla viera al demonio en persona.

Hugo lo miraba fijamente, con una expresión impasible, casi invitando a Roger a volver a negarlo, pero esta vez no lo hizo. Bajó la cabeza y asintió.

—No quería hacerlo, es solo que no-no tuve más remedio.

Carla negó con la cabeza.

—Oh, papá, por eso te marchaste esa noche. Seguro que Sarah pensó que habías ido a ayudarla. Yo lo pensé. Pero solo habías ido allí para matarla. ¡No te perdonaré nunca! —exclamó Carla—.

¡Nunca!

En ese preciso instante, Roger vio morir una parte de su hija y no había ninguna medida posible para resucitarla. Tuvo miedo de mirarla a los ojos otra vez, de observar cómo se hundía en una profunda tristeza.

Hugo tomó la mano de Carla y la apretó para tranquilizarla. Sin duda, se le notaba que estaba sufriendo. Cerró los ojos encharcados en lágrimas. Todo cuanto quería era retroceder en el tiempo y haber guardado el secreto sobre la llamada y la nota que recibió de Sarah. Pensó que así era como debía de haber actuado una verdadera amiga y se le revolvió el estómago. Apartó la mano, dio media vuelta y se alejó sin mirar atrás. Si te aferras a alguien que se hunde, te arrastrará al fondo, eso era lo que Carla se decía a sí misma. Desapareció entre una masa de estudiantes agolpados en la lejanía.

Terrer se preguntó si Carla intuía lo que su padre se traía entre manos. Pensar en las consecuencias de sus actos, pensar seriamente en ello la habría enloquecido de remordimiento, así que guardó silencio. No le quedaba más remedio. No obstante, fue a verlo aquel día a su hotel y se sinceró con él. Dejó su conciencia en paz. Era una chica lista. Había hecho lo correcto.

—Vamos —instó Pepa Moreno a los agentes—, ¡moveos!

Rodearon a Roger y se prepararon por si oponía resistencia. No obstante, no tenían de qué preocuparse porque ni siquiera reaccionó. Se vino abajo como si le hubiera golpeado un boxeador. Uno de los agentes le ayudó a levantarse del banco mientras otro le ponía las esposas.

Roger miró a Terror. Movié la cabeza y asintió. Terror observó que en aquel gesto sutil había también algo de admiración.

—Vas a pagar por esto. Vas a pagar por muchas cosas —le dijo Oliver.

Era la primera vez que Oliver abría la boca en presencia de Roger, pero todos comprendieron que estaba justificado.

—¡Hugo! —Michelle consiguió eludir el cerco policial, apareció de repente y corrió a abrazar a su hermano.

—Él la mató —gimoteó Hugo.

Los agentes escoltaron a Roger a la calle y lo introdujeron en un coche patrulla. Necesitó dar un par de pasos antes de recobrar el equilibrio.

Terrer se quedó mirando cómo se lo llevaban. Era un final excelente. Por mucho que intentó evitarlo, sus pensamientos retrocedieron a esa última conversación con Ginés López. «La vida es un mar de sorpresas, querido amigo». El recuerdo hizo que se sintiera reconfortado. En eso el hombre tenía razón: un día lo tienes todo y al siguiente te lo arrebatan.

Mientras Michelle abrazaba a su hermano, Terror se acercó a ella.

—Tranquila, Michelle. Ya pasó.

—Gracias, David. Yo...

Terrer apretó los labios y asintió.

—Lo sé, Michelle, lo sé.

Pepa Moreno se acercó al grupo antes de marcharse.

—Una táctica brillante —reconoció la inspectora y miró a Terror.

—Todas lo son cuando funcionan —contestó él.

—Hemos encontrado el cuchillo ensangrentado en casa de Roger.

Terrer asintió. Pepa se giró hacia Hugo y esbozó una mueca culpable.

—Siento haber dudado de ti —se interrumpió y miró a Oliver—. Siento haber dudado de vosotros dos. —Hizo una pausa—. Quiero decir que...

—No, no te preocupes —respondió Oliver, entre dolido y perplejo.

—¿Eso significa que ya no soy sospechoso? —preguntó Hugo.

—Bueno, ¡ya lo veremos! —replicó Pepa guiñándole un ojo—. ¿Por qué no se lo preguntas a tu abogado? Suyo es el honor y la gloria.

Pepa alzó la mirada desde donde estaba y observó el ingente ajetreo. De repente, se giró y, poniendo las manos en los hombros de Terror, le besó.

—Y tú, vayas adonde vayas y hagas lo que hagas, lleva cuidado.

Y, con estas palabras, la inspectora se encaminó deprisa hacia la puerta principal en un intento de reprimir sus propios sentimientos. Terror se quedó mirándola hasta que desapareció entre los curiosos que esperaban fuera.

En aquel momento, rodeado de sus seres queridos, Terror cerró los ojos y sintió que no había ningún otro lugar en el que él prefiriera estar.

Fin

Índice

[Prólogo 7](#)

[Primera parte](#) [Duda razonable](#)

[Capítulo 1 23](#)

[Capítulo 2 37](#)

[Capítulo 3 55](#)

[Capítulo 4 69](#)

[Capítulo 5 81](#)

[Capítulo 6 95](#)

[Capítulo 7 109](#)

[Capítulo 8 123](#)

[Capítulo 9 139](#)

[Capítulo 10 155](#)

[Capítulo 11 169](#)

[Capítulo 12 181](#)

[Segunda parte](#) [Cortina de humo](#)

[Capítulo 13 193](#)

[Capítulo 14 209](#)

[Capítulo 15 225](#)

[Capítulo 16 233](#)

[Capítulo 17 247](#)

[Capítulo 18 255](#)

[Capítulo 19 263](#)

[Tercera parte](#) [Pecados capitales](#)

[Capítulo 20 273](#)

[Capítulo 21 281](#)

[Capítulo 22 287](#)

[Capítulo 23 297](#)

[Capítulo 24 307](#)

[Capítulo 25 321](#)

[Capítulo 26 335](#)

Cuarta parte

Jaque mate

[Capítulo 27 349](#)

[Capítulo 28 365](#)

[Capítulo 29 381](#)

[Capítulo 30 397](#)